



*Amigos
y nada más*

ANA ÁLVAREZ

se

Lectulandia

Javier Figueroa decide distanciarse de su familia y amigos y se va a estudiar a Estados Unidos para alejarse de la mujer que ama y que no le corresponde. Comienza así una vida rutinaria marcada por la soledad y la añoranza de los suyos.

Alice es una joven que ha sufrido maltrato, tanto físico como psicológico, por parte de su pareja. Cuando queda embarazada y se ve sola y sin recursos, es Javier, su vecino, quien le brinda el apoyo que necesita. Encuentra en él a un hombre cariñoso y amable y, sin poder evitarlo, termina enamorándose.

Hasta que la vida de Alice no da un giro inesperado, Javier no comprende que ha olvidado a su amor platónico y ella es mucho más que una amiga.

Lectulandia

Ana Álvarez

Amigos y nada más

Amigos - 5

ePub r1.0

Titivillus 08.10.2018

Título original: *Amigos y nada más*

Ana Álvarez, 2018

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Quiero dedicar esta novela, que es una de las más románticas que he
escrito,
a la persona que me puso el primer libro de romántica en las manos.
Aquel libro de Victoria Holt, El Amante diabólico,
que me enganchó al género de por vida.
Sé lo que significaría para ella, si viviera, verme hoy donde he llegado.
Para ti, tita.*

Prólogo

El verano en que Marta empezó a salir con Sergio había sido decisivo en la vida de Javier Figueroa. Por un momento, al finalizar el semestre y volver a España de vacaciones, se había planteado quedarse y continuar allí sus estudios, pero la elección de Marta lo había disuadido. Por mucho que echara de menos su país y a su familia no se encontraba capaz de enfrentarse cada día a la relación de su hermano con la mujer a la que había querido desde que tenía uso de razón. También quería evitarles la incomodidad de su presencia, y dejarles vivir su amor sin trabas y sin disimulos. Era consciente de que cuando él estaba cerca la pareja se comportaba como simples amigos sin permitirse un gesto o una mirada que indicara la relación amorosa que estaban manteniendo, y se sentía mal por ello, aunque se lo agradecía.

Al finalizar el verano había regresado a Estados Unidos con la decisión de permanecer allí hasta terminar la carrera, y el firme propósito de olvidar a Marta, convencido ya de que nunca sería suya, y regresar a continuación.

Para aliviar la decepción se había refugiado en los estudios; aparte de las clases de la facultad se había apuntado a cuanto curso de especialización encontró para ocupar el tiempo y los pensamientos.

También comenzó a relacionarse con compañeras de estudios empezando alguna que otra aventura con la intención de olvidar a Marta en los brazos de otras mujeres, pero con escaso éxito. Estas aventuras no habían ido más allá del sexo, ni siquiera habían alcanzado el grado de amistad y habían acabado en poco tiempo. Cuando observaba que la chica en cuestión empezaba a esperar de él más de lo que podía ofrecerle, se alejaba y se volvía a concentrar en los estudios. Su aire serio y el viso melancólico de sus ojos pardos atraía a las mujeres, aparte de su innegable atractivo físico. Pero después de cada fracaso se metía de nuevo en sí mismo y se centraba en sus ocupaciones.

Debido a esto no había tardado en ser «descubierto» por sus profesores, que habían sabido ver el inmenso potencial de aquel chico estudioso y metódico y habían empezado a introducirlo en el mundillo de la investigación antes incluso de terminar la carrera.

Era frecuente verlo por los laboratorios ofreciendo su tiempo y su ayuda después de clase, ávido de conocimientos. En esos momentos era completamente feliz, no echaba de menos familia, amigos o amor. Con un microscopio en las manos, con una prueba a punto de dar resultado sentía vibrar todo su ser como no lo había conseguido el sexo. Quizás porque solo se había tratado de sexo.

Se graduó con honores y toda su familia, incluida Marta, se desplazó para la ocasión. Se había sentido feliz al ver la expresión orgullosa de los suyos, las lágrimas veladas de sus padres que, cogidos de la mano, rememoraban el episodio agrídulce de

su propia graduación.

Todos se habían reído mucho cuando después de la ceremonia les explicó el cambio de dirección de la borla del birrete, situada a la izquierda antes de la graduación y que el alumno debía mover a la derecha justo después. Las celebraciones estadounidenses estaban cargadas de simbolismo.

Después todos le habían abrazado emocionados y cuando le tocó el turno a Marta esta había ahondado en sus ojos, tratando de leer en ellos un olvido que no encontró, por mucho que él había intentado fingir lo contrario. Seguía enamorado de ella, empezaba a pensar que siempre lo estaría, aunque sus sentimientos estaban bañados de una pátina de amor imposible que lo hacía más llevadero. Era consciente de que ella nunca sería suya, y esa idea había ido calando en su corazón y en su mente, y Marta había pasado a ser esa persona que se ama en la distancia, que se adora en silencio, pero no se toca. Ya no era su Marta, era la Marta de Sergio.

Después de la graduación se había trasladado a Maryland para trabajar en el NCI, centro de investigación del cáncer, por un salario bastante moderado; pero él no necesitaba mucho, estaba a gusto en aquel apartamento pequeño y de precio asequible en Bethesda, Maryland, y el sueldo cubría de sobra sus sencillas necesidades.

Desde entonces su vida se reducía a trabajo, trabajo y trabajo. Este le resultaba tan apasionante que no había tenido tiempo para relaciones y tampoco ganas. Se sentía cansado de estar con mujeres por las que no sentía más que un deseo físico momentáneo y que apenas le dejaban satisfecho, y con las que se veía obligado a cortar después.

Lo único que realmente echaba de menos era a su familia, alegre y bulliciosa. Y a Marta, por supuesto, y no solo a la mujer sino a la amiga. Nunca había conseguido mantener con nadie una relación de amistad como la que había tenido con ella, ni hombre ni mujer.

Normalmente intentaba llegar a casa tan cansado que no tuviera tiempo de pensar, ni de añorar. Se daba una ducha, se preparaba algo ligero de cena y se sentaba a comerla, casi siempre ojeando algún informe o revista médica que distrajera los recuerdos de cenas alegres y divertidas en la cocina de su casa en Sevilla.

Pero el trabajo lo compensaba todo. Algún día volvería, cuando hubiera conseguido hacer algo importante en su campo. Entonces intentaría obtener un trabajo de investigación en España, y volvería a casa.

Capítulo 1

8 años después

Javier llegó a casa más tarde de lo habitual. Habían estado preparando unas pruebas que tardarían varias horas en dar algún resultado, por lo que se había ofrecido a quedarse hasta dejarlas terminadas, en vez de permitir que el encargado de realizarlas, su compañero Sam, fuese otra vez al laboratorio aquella noche. Este tenía mujer y dos hijos mientras que a él nadie le esperaba en casa, por lo que pidió algo de comida a una cafetería cercana y la tomó en el despacho adjunto entretanto aguardaba para anotar la evolución de la prueba.

Ya desde el pasillo y mientras abría la puerta escuchó las voces alteradas de sus vecinos. Sacudió la cabeza, pensando en que iba a ser otra noche ruidosa. La pareja discutía con frecuencia, cada vez con más frecuencia; si no recordaba mal era la tercera pelea esa semana.

No los conocía, nunca se había cruzado con ellos, pero se sabía de memoria sus voces, sobre todo la de él, y la evolución de sus desavenencias. Las delgadas paredes del apartamento no permitían ningún tipo de intimidad, todo se escuchaba, todo se sabía.

Por regla general la chica empezaba preguntando donde había estado, cosa que él nunca respondía. Luego venían reproches por ambas partes, lágrimas, algún que otro grito y a veces acababan haciendo las paces con un polvo. La cama rebotaba con fuerza y la respiración agitada del hombre traspasaba la delgada pared. Otras, en cambio, escuchaba el llanto apagado de la mujer durante un buen rato, hasta que el sueño la rendía o Javier se dormía, también agotado después de una larga jornada de trabajo.

Entró en la ducha intentando evadirse de la discusión, pero solo pudo hacerlo el tiempo que permaneció bajo el agua. Al salir, y sobre todo cuando se tendió en la cama, la pelea estaba en su punto más álgido, y puesto que ambos dormitorios compartían una pared, le fue imposible ignorarla.

«—¿Qué has estado haciendo durante todo el día?» —preguntaba él con una voz ronca y fuerte.

«—He estado aquí, en casa» —respondió ella. Por su voz debía ser bastante joven.

«—¿Y por qué todo está sucio?»

«—No está sucio Josh, he limpiado durante toda la mañana.»

«—Deberías haber limpiado también por la tarde» —dijo con ánimo de buscar pelea.

«—¿Y tú que has hecho durante todo el día?» —preguntó la chica alzando la voz

en tono desafiante.

«—Eso no es asunto tuyo.»

«—Claro que lo es... soy tu novia. Y me paso todo el día aquí sola.»

«—Yo trabajo.»

«—Pero no todo el día... a veces vienes temprano.»

«—Pues hoy no... y no se hable más del asunto. Ya sabes cómo son las cosas...».

«—No, Josh, no lo sé.»

«—Claro que lo sabes. Yo hago lo que me viene en gana, y tú no preguntas ni cuestionas. ¿Queda claro?».

Llegado a este punto, ella rompió a llorar. Javier se removió inquieto en la cama, y trató de dormir. Al parecer la discusión había terminado, pero el llanto desgarrador de aquella chica le oprimía el alma. En su familia no se trataba así a las mujeres, se las respetaba y se las mimaba, no se las consideraba como a objetos sin voz ni opinión. Se sintió disgustado con el hombre al que no conocía, pero al que estaba empezando a aborrecer.

La chica lloró largo rato ante el silencio de su novio y Javier pensó cómo podía alguien ser tan insensible para escuchar llorar a su pareja con tanto sentimiento y no tratar siquiera de consolarla.

Al fin, el llanto cesó y él pudo conciliar el sueño, pero un sueño inquieto que no le permitió descansar.

Capítulo 2

Javier salió del ascensor y enfiló el largo pasillo que llevaba hasta su apartamento. Se paró en seco al ver una figura acurrucada en el suelo justo delante de su puerta. Era una chica morena y delgada vestida con un pantalón vaquero y una camiseta blanca. El largo pelo oscuro le cubría parte de la cara y le caía sobre los hombros.

Se acercó presuroso hasta ella y se agachó a su lado.

—¿Te encuentras bien?

Ella pareció darse cuenta de su presencia y asintió sin levantar la cabeza.

—¿Te has caído?

Volvió a asentir y un sollozo ahogado escapó de su boca. Javier la agarró por los brazos y tiró con cuidado de ella para levantarla.

—¿Te has hecho daño? ¿Dónde te duele? No quisiera lastimarte más.

—Estoy bien, no es nada... —susurró.

Una vez estuvo de pie a su lado pudo comprobar que era delgada y bajita, apenas le llegaba al hombro. La chica insistía en ocultarle la cara, mientras los sollozos le sacudían el cuerpo.

—Deja que te vea, soy médico.

—Estoy bien... —insistió.

—Lo dudo.

Javier estaba casi seguro de que se trataba de su vecina de al lado, aquella a la que oía llorar por las noches durante horas. Cogiéndole la barbilla con una mano le alzó la cara. Era muy joven, no tendría más de veinte años y un feo moretón se estaba formando en su mejilla izquierda a la altura del pómulos. Sintió la rabia crecerle dentro.

—¿Te lo ha hecho él? ¡Será malnacido!

—Me caí... se marchaba y quise detenerle... y me caí.

Javier abrió la puerta de su apartamento.

—Entra, te pondré un poco de hielo.

—No hace falta, de verdad...

Sin hacerle caso la agarró del brazo y la guio hasta el interior de la vivienda. Ella no se resistió, parecía acostumbrada a obedecer. La sentó en el sofá y se dirigió a la cocina, separada del salón por una barra americana, abrió el congelador, sacó una bolsa de guisantes y se la colocó sobre la mejilla.

—Sé que duele, pero debes aguantarla ahí un poco. Evitará que se inflame, aunque no el moretón.

—Gracias.

Fue hasta el dormitorio situado al fondo de un largo corredor para quitarse la

chaqueta y así darle a la chica unos minutos de privacidad. Luego regresó y se sentó junto a ella, que continuaba apretando con fuerza la bolsa contra su cara y miraba al suelo, avergonzada. Continuaba llorando en silencio, con un llanto que él conocía demasiado bien.

—¿Tienes más golpes?

—No.

—¿Seguro?

—Sí... solo...

—No te has caído, eso es una bofetada en toda regla y dada con mucha fuerza, además. Tienes marcados hasta los dedos.

El llanto de la chica se intensificó, y Javier decidió dejarlo de momento. Se levantó y le ofreció un vaso de agua, que bebió agradecida.

—¿Cómo te llamas?

—Alice. Alice Sanders.

—Yo soy Javier Figueroa.

—¿De verdad eres médico?

—Sí, aunque no trabajo con pacientes; investigo sobre el cáncer. ¿Y tú, a qué te dedicas? ¿Estudias?

—No... trabajo en lo que sale... repartidora, camarera por horas... Josh mantiene la casa, no sabe que lo hago, no le gusta que salga del apartamento si no es con él. Pero de todas formas yo intento sacar algo de dinero propio mientras está fuera.

—¿Por eso te ha pegado? ¿Lo ha descubierto?

—No.

—¿Te golpea a menudo?

Alice negó con la cabeza.

—No; solo cuando lo enfurezco mucho.

—¿Cuando lo enfureces? Parece como si lo estuvieras justificando. Nada justifica el maltrato, Alice.

—Esta vez lo enfurecí... Yo sabía que iba a enfadarse mucho... y que probablemente me iba a golpear.

—No soy quién para meterme en esto, pero deberías dejarle.

—¿Y dónde voy a ir? Llevo con él toda la vida.

Javier sonrió y sus ojos pardos se entrecerraron un poco.

—¿Toda la vida? No puedes tener más de veinte años.

—Veintidós, pero Josh cuida de mí desde los catorce cuando murió mi madre. No tengo a nadie más ni sitio alguno donde ir. Solo debo tener cuidado de no enfurecerle demasiado.

—¿Desde los catorce? ¿Qué edad tiene Josh?

—Es siete años mayor que yo.

—¿Y cómo los Servicios Sociales lo permitieron? Eras menor de edad.

—No sé cómo lo logró, cuando la asistente social quiso internarme en un centro

de acogida él adujo ser un pariente y después de presentar una serie de documentos que no sé de dónde sacó, el expediente se cerró. Me llevó a vivir con él, yo me enamoré... y desde entonces estamos juntos.

Él sacudió la cabeza.

—¿Y puedo preguntar qué cosa tan terrible has hecho hoy para que te golpee?

—Prefiero... prefiero no hablar de eso.

—Como quieras. Pero sea lo que sea, no tienes por qué aguantarlo... hay sitios donde te pueden ayudar. Policía, asociaciones...

—Yo le quiero.

Javier se encogió de hombros. Ante eso no podía hacer nada, pero por su mente pasó la imagen de su hermana Miriam y lo que él le haría, lo que todos los hermanos le harían a un tipo que le pusiera la mano encima de mala forma. O a Marta.

—Debo irme... se hace tarde. Si vuelve no sería buena cosa que no me encontrara en casa —dijo Alice levantándose y alargándole la bolsa de guisantes a medio descongelar—. Gracias.

—Quédatela, sería conveniente que siguieras poniéndola sobre la mejilla durante un rato aún.

—De acuerdo.

Se dirigió a la puerta y Javier la acompañó. Cuando ella salía le susurró:

—Si alguna vez necesitas ayuda, solo golpea la pared y acudiré.

—Eso no sería buena idea, Javier.

—Probablemente, pero acudiré.

—Gracias otra vez.

La vio entrar en la puerta contigua y regresó a su apartamento, dispuesto a ducharse y relajarse un rato después de la tensión del trabajo, pero no pudo. No podía quitarse de la cabeza el llanto de Alice y se preguntaba cuántas de las veces que la había escuchado llorar era a causa de los golpes.

Era un hombre pacífico, de los que creían que las cosas se arreglaban hablando o, a las malas, en los tribunales, pero de pronto sentía que los puños le quemaban de deseos de hacer probar a aquel tipo un poco de su propia medicina. No sabía qué habría podido hacer la chica para provocar su ira, pero fuera lo que fuese, nada justificaría los golpes.

Se duchó, cenó y se puso a leer un rato, con los oídos alerta por si sentía al tal Josh llegar a su casa, pero ya de madrugada lo venció el sueño sin que lo oyera regresar.

Alice debía haberse dormido, porque tampoco se escuchaba sonido alguno proveniente del piso de al lado. No obstante, cuando despertó por la mañana para acudir al trabajo tenía la sensación de no haber descansado. Y también de que su apacible vida iba a verse complicada sin remedio.

Capítulo 3

Javier salió de la ducha y empezó a secarse con la toalla. Le dolían los músculos de la espalda por la tensión de las largas horas sentado ante los bancos de pruebas. Además, los últimos días no había descansado demasiado bien, sin pretenderlo estaba pendiente de los ruidos que provenían de la casa de al lado; pero los vecinos debían haber arreglado sus diferencias porque no había vuelto a escuchar ni gritos ni llantos. Se dijo una vez más que no era asunto suyo, pero no conseguía sacarse de la cabeza la imagen de aquella chica tirada en el suelo ni el llanto desgarrador que había escuchado en ocasiones a través de la pared.

Se estaba secando la cabeza cuando escuchó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie y la idea de Alice se coló en su mente haciéndole temer. Se puso un pantalón y, con la toalla todavía colgada al cuello y el torso desnudo salpicado de gotas, salió a abrir.

En efecto, tal y como había imaginado, Alice estaba en el umbral. Vestía un pantalón corto y una camiseta que acentuaba todavía más su juventud y su aire desvalido y frágil.

—Perdona si te pillo en un mal momento —dijo mirando el pelo húmedo de Javier y las gotas de agua que aún brillaban en su pecho—. Solo quería devolverte esto. —Le dio la bolsa de guisantes—. No he encontrado la misma marca.

—No tenías que devolver nada.

—Por supuesto que sí.

La mirada de Javier se detuvo en la mejilla amoratada que el maquillaje apenas podía cubrir.

—¿Cómo tienes la cara?

—Va mejor. Ha dolido un poco al masticar estos días, pero ya apenas me molesta.

—Déjame ver... puede que te haya hecho daño en la mandíbula. No se me ocurrió el otro día.

—No, no... es superficial.

Javier sintió de nuevo crecer la rabia en su interior.

—Espero que al menos se haya disculpado al regresar.

Alice apretó los labios y bajó la cabeza.

—¿No lo ha hecho? ¡Espero que no haya vuelto a golpearte!

—No ha vuelto —dijo en un susurro angustiado.

Alargó la mano y tiró de la chica haciéndola entrar y cerrando la puerta a continuación. Fue lo que ella necesitaba para derrumbarse y empezar a llorar. La acompañó hasta el sofá y la hizo sentarse.

—Espérame un segundo, en seguida vuelvo.

Regresó al cuarto de baño, terminó de secarse y se puso una camiseta. Luego

salió a reunirse con Alice. Ella seguía llorando en silencio tratando de secarse las lágrimas con el dorso de la mano. Le dio un pañuelo de papel y se sentó a su lado.

—¿Lo hace a menudo? Me refiero a marcharse y no regresar en varios días.

—No... pero esta vez es diferente... No va a regresar hasta que yo... solucione algo. Me lo ha dejado muy claro.

Los ojos pardos de Javier se clavaron en ella invitándola a hablar, y Alice no pudo resistirse. Sentía que no tenía ningún derecho a involucrar a aquel chico tan amable en sus problemas, pero no tenía a nadie con quien desahogarse. Ni familia, ni amigos, Josh se había encargado durante años de alejarla de cualquier persona que pudiera brindarle apoyo o amistad. Quería tenerla solo para él, nadie la quería como él ni la cuidaba como él. Era lo que le repetía a menudo y ella había acabado por creérselo.

Alzó hasta Javier unos ojos cargados de pesar y se decidió a confiarle su problema.

—Estoy embarazada, por eso me pegó el otro día. Dice que he sido descuidada y me culpa por ello. Quiere que me libre del niño. Añadió que no volvería hasta que hubiera «resuelto el problema». Yo le dije que quería tenerlo y se enfadó mucho, fue entonces cuando me golpeó.

—Menudo bastardo. ¿Y qué vas a hacer?

—No quiero abortar... es mi bebé... —dijo colocándose una mano protectora sobre el vientre a la altura del ombligo.

—Más abajo —dijo Javier sonriendo—. Aún está más abajo.

Agarró la mano de Alice y la desplazó unos centímetros.

—Más o menos ahí.

—¿Crees que siente mi mano?

—Seguro que sí.

Levantó los ojos aún llenos de lágrimas y los clavó en los de él.

—No puedo hacerlo... no puedo matarle. Pero tampoco puedo perder a Josh... es lo único que tengo.

—Un hombre que te golpea no es gran cosa, Alice.

—¿Tienes familia?

—Sí, una familia grande y maravillosa: padres, hermanos, abuelos... cuñada —añadió.

—Entonces no puedes comprender cómo me siento. Yo estoy sola... desde hace ocho años Josh ha sido mi única familia, él ha cuidado de mí.

—Bonita forma de cuidar, golpeándote cuando no haces lo que quiere.

—Sigues sin entenderlo.

—No, pequeña, eres tú la que no lo entiende. Llevas años dependiendo emocionalmente de ese mal nacido, pero hay un mundo aparte de él, un mundo maravilloso en el que no tienes que vivir con el temor continuo de no enfurecerle. Ten valor y rompe la cadena que te ata a ese hombre, y entonces lo entenderás. Y respecto al embarazo, solo puedo darte un consejo. Haz lo que quieras tú. Si no

deseas ese niño, no lo tengas, hoy día hay buenas clínicas donde puedes abortar sin riesgo para tu salud. Pero si lo quieres, como me ha parecido entender, sigue adelante con el embarazo. Si te libras de él por complacer a Josh nunca te lo perdonarás. Y si hay alguien con quien tienes que convivir el resto de tu vida es contigo misma.

—Nunca he estado sola, he sido incapaz de cuidar de mí... ¿Cómo voy a cuidar además de un bebé?

—Cuando empezaste con él eras solo una niña. Ahora, aunque muy joven, eres una mujer y muy capaz de cuidar de ti misma y de tu hijo. Yo nunca he vivido solo, como ya te dije tengo una familia grande y cariñosa. No fue fácil para mí venirme al otro lado del mundo y vivir alejado de todos ellos, pero se consigue. Y tú, si decides tener ese hijo, no estarás sola, le tendrás a él. Además, tu chico es muy probable que cuando vea que no consigue lo que quiere, regrese. Aunque, la verdad, pienso que estarás mucho mejor sin él.

—Estaba muy enfadado... nunca le había visto así antes. Dijo que yo me había quedado embarazada a propósito para pescarle. Y no es verdad, aunque una vez... me golpeó en el estómago y vomité toda la cena. Es posible que vomitara también la píldora anticonceptiva. No se lo dije por temor a que se enfadara aún más...

Alice se había calmado. Hablar le estaba sentando bien, la angustia que había en sus ojos cuando entró en el apartamento había ido dejando paso poco a poco a una determinación nueva y poderosa. Habló y habló... de inseguridades, de miedo y de dependencia emocional. De cosas que nunca se había dicho ni siquiera a sí misma; de cosas que ni siquiera sabía que sentía.

Javier la dejó hablar, sintiendo crecer su fuerza y su determinación. Observando cómo acariciaba una y otra vez el bajo vientre donde se encontraba su hijo. Y pensó que, si ese bebé no le daba la fuerza necesaria para romper con el pasado y con aquel hombre despreciable, nada lo haría.

Cuando acabó, miró fijamente al chico sentado a su lado y dijo con firmeza.

—Voy a tener a mi hijo. Si Josh quiere aceptarlo, bien y si no, que se marche. Ya me las apañaré.

—Si se va, puedes contar conmigo para cualquier cosa que necesites.

—No quiero involucrarte en mis problemas, Javier.

Este, le agarró la mano con firmeza y susurró:

—Ya estoy involucrado.

—No quisiera causarte molestias, ni problemas.

—No me los causas, lo hago porque quiero.

—Gracias.

—De nada.

—Ahora será mejor que me marche, es tarde.

Se levantó del sofá y Javier la acompañó hasta la puerta.

—¿En qué rama de la medicina te especializaste?

—En ninguna, me dedico a la investigación.

—Pues deberías haber sido psicólogo. Se te da genial.

—Gracias, pero no. Me conozco y sé que me implicaría demasiado en las historias de todos mis pacientes. Prefiero lidiar con microscopios y probetas, es menos complicado.

—Sí, es cierto. Gracias por todo, Javier...

—De nada. Descansa y cuídate. Ese pequeño, aunque de momento solo sea un grupo de células, se altera si tú te alteras.

—Vale.

La vio entrar en su casa y cerrar a sus espaldas. Regresó a su salón y recogió la bolsa de guisantes de encima de la mesa. Estaba empezando a descongelarse, de modo que al día siguiente tendría que comerlos.

Capítulo 4

Durante varios días, Javier no pudo quitarse de la cabeza a Alice. Aguzaba el oído a través de la liviana pared que los separaba, pero no conseguía escuchar nada. No se atrevía a llamar a su puerta por si su novio hubiera vuelto y su visita pudiera ocasionarle más problemas que ayuda, pero el continuo silencio de la casa de al lado le tenía muy intranquilo y al fin se decidió a llamar a la puerta. Le abrió una Alice pálida y ojerosa.

—Hola, Javier.

—¿Cómo te encuentras?

—No muy bien, hace tres días que no paro de vomitar.

—¿Ha vuelto?

Alice asintió y unas lágrimas silenciosas le empezaron a rodar por las mejillas.

—Hace dos días... para marcharse definitivamente.

—Ven a casa y me lo cuentas.

—Puedes quedarte aquí un rato... no va a venir.

—Prefiero en mi casa, Alice. No me siento cómodo en un lugar donde sé que te ha golpeado.

—De acuerdo.

Alice cogió las llaves y lo siguió. Se sentó en el sofá y recostó la cabeza contra el respaldo, permitiéndole ver la vulnerabilidad que había en su cara. Parecía una niña, asustada e indefensa... una niña que iba a convertirse en madre en pocos meses.

—¿Cuánto hace que no comes?

—Como, pero no consigo retenerlo.

—Te voy a preparar una infusión de manzanilla, te aliviará los vómitos.

—¿Una infusión?

—Sí, consiste en hervir hierbas en agua y beber el líquido después de colarlo. Mi tía Inma es una experta en todo tipo de hierbas, y la verdad es que dan resultado. Para una mujer embarazada es menos dañino que una medicina tradicional y la manzanilla tiene un sabor agradable.

—Gracias.

Puso el agua a hervir y regresó junto a Alice.

—Y ahora cuéntame que pasó con Josh.

—Vino hace dos días muy convencido de que yo estaba asustada y dispuesta a hacer lo que él quisiera, pero le dije que no iba a abortar. Primero trató de convencerme por las buenas de que era lo mejor para mí, dijo que soy muy joven para ser madre, que no era el mejor momento... pero yo me mantuve firme. Este niño me está dando una fuerza que nunca he tenido antes, de modo que le respondí que no, que quería tenerlo por encima de todo. Entonces me dijo algo que yo ya sabía, que

tendría que elegir entre el bebé y él, porque no se iba a hacer cargo de ningún mocoso. Volví a decirle que tendría el bebé por encima de todo, incluso si eso significaba perderlo a él. Eso lo enfureció muchísimo y se abalanzó sobre mí para golpearme, pero esta vez yo estaba preparada y tenía unas tijeras en la mano. Las había cogido de forma instintiva, solo por si acaso, pero las alcé y le amenacé con ellas. Sé que si hubiera querido me las habría podido quitar fácilmente, pero se detuvo en seco, incrédulo de que yo le hubiera plantado cara. Nunca lo había hecho antes, pero estaba dispuesta a defender a mi hijo por encima de todo. Se dio la vuelta refunfuñando sobre mi ingratitud, dijo que se había ocupado de mí siempre y que así se lo pagaba. Trató de hacerme sentir mal, y lo consiguió, pero mi niño está por encima de todo en este momento. Hizo la maleta, recogió sus cosas y arrojó su copia de las llaves sobre la mesa añadiendo que el alquiler estaba pagado por este mes, pero que a partir del próximo me las tendría que apañar sola. Y se fue.

Había hablado de un tirón, soltando todo lo que llevaba dentro, vaciando su alma, su miedo y su angustia y no fue hasta que terminó de decir la última palabra que no se derrumbó y empezó a llorar. Javier la abrazó con ternura dejando que empapara su camiseta con las lágrimas que con toda seguridad llevaba conteniendo durante días. Cuando le pareció que ya el llanto le hacía más mal que bien, la soltó, y le tendió un pañuelo.

—Cálmate... añadiré un poco de tila y melisa a la infusión y verás cómo te relajas.

—Gracias...

La dejó sola un momento mientras vertía las hojas en el recipiente y lo dejaba reposar. Por dentro hervía de indignación ante el comportamiento de Josh; en su familia tanto él como sus hermanos habían sido tan queridos por sus padres que no le entraba en la cabeza cómo un hombre podía largarse tan pancho sabiendo que dejaba atrás a un hijo y a una mujer embarazada y sin recursos. Se consideraba un hombre tranquilo y pacífico, pero si tuviera a aquel tipo delante en aquellos momentos sería capaz de estrangularle.

Regresó al salón con una taza humeante en la mano.

—Espera que se enfríe un poco y tómatelo. Luego te prepararé algo ligero de comer.

—No es necesario, Javier... no quiero causarte más molestias. Bastante haces con escuchar mis problemas y animarme.

—No es ninguna molestia. Iba a preparar algo para mí, podemos compartirlo. Me quiero asegurar de que lo retienes en el estómago antes de que te marches a casa. Además, me viene bien un poco de compañía, siempre ceno solo y me da nostalgia de mi familia.

Alice bebió sorbo a sorbo el líquido templado y sintió que tanto sus nervios como su estómago revuelto se iban calmando. Contempló a Javier, ese hombre alto y serio de profundos y melancólicos ojos pardos y se dijo que debía sentirse muy solo para

ayudarla en la forma en que lo estaba haciendo sin pedirle nada a cambio. Ni siquiera la había mirado como mujer, y eso la tranquilizaba.

Compartieron una cena a base de sopa de verdura y yogur, y después se sentaron en el sofá a charlar un rato. Javier quería asegurarse de que no vomitaba la cena, pero en su fuero interno sabía que esa no era más que una excusa. Deseaba la compañía de la chica, un rato de charla amistosa para la sobremesa, algo que hacía mucho tiempo que no disfrutaba. La conversación recayó sobre el embarazo.

—¿Sabes de cuánto estás?

—El test decía que de seis semanas, y de eso hace ya casi tres.

—Nueve semanas... —dijo Javier pensativo—. Supongo que no te ha visto un médico ni te has hecho analíticas... ¿me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Pues ya es hora.

—No tengo apenas dinero, ni seguro médico.

—De momento yo te puedo hacer una analítica en nuestro laboratorio. Y luego, si todo está bien, ya veremos.

Alice fue a abrir la boca para darle las gracias, pero él se le adelantó.

—No me lo agradezcas... voy a disfrutar viendo cómo mis compañeros de trabajo se asombran de ver a una amiga mía. Creo que piensan que soy gay o, por lo menos, un tío raro.

Alice pensó que nunca la había mirado como se mira a una mujer y se dijo si tendrían razón. Aun así, le preguntó. Las preguntas, las palabras que a menudo no se atrevía a decir delante de Josh, le salían con una asombrosa facilidad ante Javier.

—¿Y lo eres?

Él se echó a reír y los ojos pardos brillaron con chispitas doradas.

—¿Gay? No.

—¿Y raro?

—Eso, es muy posible que sí. Supongo que para el resto de mis compañeros puedo parecerlo. Pero no soy ningún loco peligroso ¿eh?

—Estoy segura de ello. Nunca he conocido a nadie más amable que tú. Pero ¿por qué te consideran raro? Si no te molesta la pregunta. Yo te veo de lo más normal.

—Pues porque tengo veintinueve años y en el tiempo que llevo trabajando con ellos no me han conocido ninguna novia, ni rollete, ni siquiera una amiga. Tampoco suelo salir con ellos cuando van de ligue.

Alice abrió mucho los ojos. Le costaba creerlo, era un hombre guapo, con un toque melancólico en la mirada que debía atraer a muchas mujeres.

—¿Nunca has tenido novia?

—No, nunca.

—¿Nunca, nunca?

—He salido con alguna compañera en la universidad, pero nada serio.

—Ah... eso es otra cosa. Me estaba preguntando qué les pasa a las mujeres para

no fijarse en un hombre como tú.

Javier rio de nuevo. Y se sintió bien al hacerlo.

—A las mujeres no les pasa nada, soy yo el culpable —dijo recordando las navidades anteriores, que había estado en Sevilla para asistir a la boda de su hermana, y la inquisidora mirada de Marta hurgando en sus ojos—. Mi corazón se quedó en España cuando me vine.

—¿Y llevas aquí mucho tiempo?

—Unos nueve años.

—Vaya. Lo lamento.

—No hay nada que lamentar, Alice. Solo me enamoré, ella no me correspondía y yo aún no he conseguido olvidarla. Todo llegará. Y puesto que veo que la comida te ha sentado bien, es hora de irse a la cama, señorita. Ese bebé que llevas dentro necesita descansar —dijo deseoso de cambiar de conversación. Esa noche había hablado más de sí mismo que en varios años.

Alice se sintió avergonzada. Era evidente que Javier no quería seguir hablando del tema, de modo que se levantó, obediente, y se dirigió a su casa para dormir, preguntándose qué clase de hombre era aquel capaz de seguir enamorado en la distancia durante nueve años.

Capítulo 5

Javier se levantó del asiento que ocupaba en el banco de pruebas. Había mirado el reloj varias veces contando los minutos que faltaban para la hora de salida, deseando marcharse a casa cuanto antes. Quería comprobar cómo se encontraba Alice, sus náuseas persistentes le tenían muy preocupado. Se había propuesto asegurarse de que comía, aunque fuera algo ligero, y hacía ya varias noches que le preparaba la cena y la obligaba a tomarla por muy mal que se encontrase, porque ella se sentía incapaz de cocinar nada. El hecho de cenar con él hacía que le resultara un poco más fácil.

No podía evitar sentirse algo responsable desde el día en que la había encontrado tirada en el suelo del corredor delante de su puerta. Desde pequeño siempre se había ocupado de cualquier ser desvalido que encontrase, ya fuera una persona o un animal. Un compañero de clase al que los demás niños molestaban, un gato callejero, un pájaro expulsado del nido eran objeto de su atención y sus cuidados. Y ahora le estaba sucediendo de nuevo con Alice. Además, era estupendo sentir que alguien le necesitaba y le esperaba al llegar a casa, que no iba a enfrentarse una noche más a la soledad de su apartamento.

Estaba quitándose la bata cuando Sam, el compañero que llevaba con él la investigación, le preguntó:

—¿Ya te vas? Apenas falta una hora para terminar esto del todo.

—También se puede hacer mañana, no es vital dejarlo acabado esta noche, el resultado no va a cambiar por unas horas más.

—No, por supuesto que puede esperar, es solo que me extraña. Siempre te sueles quedar cuando falta poco tiempo para concluir una prueba.

—Sí, ya lo sé; pero hoy no puedo.

Javier ya se había quitado la bata y la colgaba en la habitación contigua habilitada como guardarropa. Su compañero lo siguió.

—¡No me digas que tienes una cita!

—No, qué va. No es nada de eso. Es... que tengo invitados a cenar y todavía debo preparar la comida.

—De modo que tienes vida social y todo —bromeó el hombre. Sam estaba casado y era padre de dos niños y con mucha frecuencia Javier se ofrecía para hacer las horas extras que el trabajo requería y que su compañero, lo más parecido a un amigo que tenía en Maryland, pudiera dedicar más tiempo a su familia—. No sabes cómo me alegra saberlo.

—Por supuesto que la tengo, no soy ningún ermitaño.

—Pues vete, no te demores más. Yo me ocupo.

—Puede esperar a mañana, márchate a casa tú también.

A Sam no se le escaparon las prisas de Javier y sacudió la cabeza. Si el chico

tenía vida social él era extraterrestre y le alegraba mucho verle con prisas por abandonar el trabajo por primera vez desde que le conocía.

—Hasta mañana, Sam.

—Que disfrutes tu cena.

Se dirigió apresuradamente a su apartamento. No estaba demasiado lejos del centro, por eso lo había escogido, porque podía ir caminando. Después de un trabajo tan sedentario a sus piernas entumecidas le venía bien el paseo hasta casa, salvo que el tiempo fuera demasiado malo. No solía hacer un frío excesivo, salvo en los meses de enero y febrero, pero sí llovía con bastante frecuencia.

Llegó rápido y antes de entrar en su casa llamó en el apartamento de Alice deseoso de comprobar cómo había pasado el día. En contra de lo que esperaba esta le abrió la puerta con una sonrisa y mucho mejor aspecto que los días anteriores. Vestía un pantalón vaquero y un jersey ajustado que se ceñía a sus pechos con suavidad en vez del chándal cómodo que solía usar, y un delantal le cubría la cintura todavía esbelta. El pelo recién lavado lo tenía recogido en una trenza que le caía sobre un hombro y Javier se alegró de verla tan animada. Del apartamento salía un olor delicioso a carne asada que excitó su estómago.

—¡Qué buen aspecto tienes hoy! —exclamó entusiasmado.

—Sí, esta mañana me he levantado muy bien, sin náuseas y con apetito. Me he tomado la libertad de preparar la cena para los dos. ¿Te gusta el cordero? Tenía un trozo en el congelador y he querido preparar algo especial.

—Me encanta el cordero —comentó sonriente y sintiendo que se le hacía a boca agua—. ¿Celebramos algo?

—Sí. Que no he vomitado en todo el día, ¿te parece poco?

—Eso quiere decir que es muy posible que el periodo de las náuseas haya pasado ya.

—No te imaginas cómo me alegra escuchar eso. Voy a poner la mesa, en veinte minutos estará lista la cena.

—Me doy una ducha mientras.

—¿No te importa que cenemos aquí? Me hace ilusión invitarte y prepararlo todo. Es una forma de agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—No me importa. En seguida vuelvo.

Entró en su casa y se metió en la ducha. Se frotó a conciencia el cuerpo y el pelo. Desde que se reunía con Alice por las tardes se lavaba más cuidadosamente que de costumbre, no quería transmitirle ningún germen que pudiera andar pululando por los laboratorios. Mal que le pesara, él trabajaba con la enfermedad y ella estaba embarazada y era más vulnerable a la hora de contraer algo que otras personas.

Se detuvo ante el armario y en lugar de vestirse con el habitual vaquero viejo con que solía andar por casa y la camisa de franela, se puso un pantalón de pana y un

jersey oscuro que acentuaba su delgadez. Mientras se peinaba ante el espejo se dijo que aquello podría calificarse de la cita a la que había hecho referencia Sam un rato antes. La ocasión merecía que se arreglara un poco, aunque solo fuera por las molestias que Alice se estaba tomando para agasajarle.

Se dirigió al piso vecino como si de verdad fuera a una cita. Alice le abrió la puerta, se había quitado el delantal que le rodeaba la cintura y también parecía haberse retocado el pelo. Le hizo pasar y le señaló la mesa puesta con mimo: servilletas cuidadosamente dobladas, cubiertos alineados con esmero y una fuente con ensalada y otra de puré de patatas en el centro de la mesa junto con una jarra de agua.

—No tengo vino —se disculpó.

—Ni falta que hace. El agua irá bien, soy un hombre de costumbres sanas. Y tú no debes tomar alcohol por el embarazo, supongo que lo sabes.

—Yo no bebo, ni embarazada ni antes de estarlo.

Javier la miró con suspicacia.

—¿Josh sí? ¿Era entonces cuando te golpeaba?

—Bebía algunas veces, pero no era un alcohólico. Y no me golpeaba porque estuviera bebido, sino cuando yo hacía algo que le enfadaba.

Alice sacó del horno la bandeja con la carne y se sentó frente a él.

—Pero no quiero hablar de Josh esta noche —dijo decidida.

—Ni yo tampoco, lamento habértelo recordado. Disfrutemos de la cena.

Javier observó cómo ella se servía de las fuentes raciones no demasiado abundantes por si las náuseas regresaban, y comía con apetito por primera vez desde que la conocía. Él también se sirvió, con generosidad. Los olores que inundaban la estancia le hacían rugir el estómago, de apetito y de nostalgia, añorando el tipo de cocina que no disfrutaba desde que vivía solo.

—Está delicioso, Alice. Muchas gracias por la invitación y por tomarte tantas molestias.

—No son molestias, es lo menos que puedo hacer para compensar las que te estoy causando a ti.

—No me causas ninguna molestia. Es un placer compartir estos ratos contigo.

Alice sintió un agradable calor subirle por dentro y se sintió contenta por primera vez en mucho tiempo. No recordaba que nadie le hubiera dicho jamás que era un placer pasar un rato con ella. Tampoco que lo que había cocinado estaba bueno. Si lo estaba, Josh no lo decía; si no lo estaba entonces sí gruñía y le dejaba claro que no hacía nada bien. Sentada frente a Javier se preguntó cómo sería ser la pareja de alguien tan amable y con tan buen carácter. Ella no había conocido más hombre que Josh, su padre se marchó y abandonó a su madre cuando ella apenas tenía un año y esta nunca había vuelto a tener pareja dedicándose a su hija en cuerpo y alma. Cuando murió, se sintió tan sola y perdida que supuso un alivio empezar a salir con Josh y permitir que él cuidara de ella.

—¿Quieres más? —preguntó cuando vio que Javier tenía el plato vacío.

—No, muchas gracias. Estoy lleno, no suelo cenar tanto, pero esto estaba irresistible. Echo mucho de menos las comidas de mi casa. Yo me preparo algo rápido cuando llego del centro, porque no tengo tiempo ni ganas de tomarme todo este trabajo.

—¿Tu madre es una buena cocinera?

—Mi madre cocina bien, pero la que es una gran cocinera es nuestra tata, Manoli. Ella se ha ocupado de nosotros mientras mis padres trabajaban, y de pequeño también cuidó a mi padre. Es una más de nosotros. ¿Y tú, tienes familia?

—No tengo a nadie, ya te lo dije. Mi madre murió cuando yo tenía catorce años, pero antes de eso estábamos las dos solas. Ella nunca quiso hablarme de su familia, y tampoco de mi padre. Solo sé que su relación no fue demasiado larga y que él desapareció de nuestra vida cuando yo era muy pequeña. Ni siquiera guardo ningún recuerdo suyo. Cuando le preguntaba por él o por algún pariente, solía decirme que estábamos mejor sin ellos.

—Mi gente en cambio es estupenda. Tengo dos hermanos y una hermana, primos, tíos, abuelos... siempre hemos formado una familia alegre y bien avenida.

—Qué envidia me das, yo me he criado un poco sola.

—Yo me siento solo ahora, aquí.

—Y si no es indiscreción ¿por qué te viniste tan lejos?

Él sacudió la cabeza.

—Cuando decidí estudiar Medicina y dedicarme a la investigación mis padres me aconsejaron que lo hiciera aquí, porque en España no se emplea mucho dinero en ese campo, así que les hice caso.

—Pero ya terminaste los estudios ¿no? ¿Por qué no volviste si sientes tanta nostalgia de los tuyos?

—Me atraparon con un trabajo interesantísimo... y decidí quedarme un tiempo. También hay una chica a la que debo olvidar.

Su voz se suavizó al pronunciar esas palabras y Alice intuyó unos sentimientos profundos que aún no se habían superado.

—Lo harás... estoy segura.

—Por supuesto, algún día.

Hacía rato que habían terminado de cenar.

—Será mejor que recojamos esto y me marche a casa. Se hace tarde y mañana debo madrugar. Hay un trabajo que debería haber terminado esta noche, pero... estaba cansado y no me he querido quedar más tiempo.

—Yo recogeré.

—Ni hablar, entre los dos lo haremos en un momento.

Se levantaron y colocaron platos y vasos en el fregadero. Como bien había dicho Javier, en poco rato dejaron todo recogido y reluciente.

Después se despidió. Alice deseaba que se quedara un poco más, se encontraba

tan a gusto en su compañía que el rato que pasaban juntos se le hacía muy corto. Antes de que se marchara ella le propuso:

—Si te ha gustado la cena, puedo preparar algo mañana también. No será cordero, pero la cocina se me da bien.

—No quiero abusar.

—¿Pasta?

—De acuerdo, pasta. Yo lo organizaré todo para que vengas a hacerte una analítica lo antes posible. Y no me des las gracias o no aceptaré tu invitación —dijo cortando la palabra justo antes de que ella la pronunciara.

Alice sonrió.

—Sin gracias entonces. Hasta mañana, Javier.

—Hasta mañana. Descansa, y recuerda... si te sientes mal o tienes algún problema, solo golpea la pared, yo duermo al otro lado y acudiré en seguida.

Ella asintió y cuando cerró la puerta tras él se sintió muy bien al saber que al otro lado de la pared había alguien que se preocupaba por ella.

Javier llegó al trabajo a la mañana siguiente un poco más temprano de lo habitual. Quería continuar y finalizar la prueba que había dejado inconclusa el día anterior. Le gustaba trabajar en el silencio de los laboratorios semivacíos, cuando ya todos se habían marchado o estaban por llegar, se concentraba mucho mejor que cuando las instalaciones bullían de actividad.

Cuando Sam llegó le encontró inclinado sobre un preparado, absorto en la prueba.

—Buenos días.

—Hola, Sam, buenos días.

—Muy madrugador estás hoy, deduzco que tu cena no salió todo lo bien que debía.

Javier alzó hacia él unos ojos asombrados.

—¿Por qué dices eso? La cena salió genial, solo hubo un pequeño cambio y no se hizo en mi casa. Pasé de anfitrión a invitado.

—¿Y no te invitaron también a dormir?

Divertido, Javier sacudió los hombros.

—No era ese tipo de cena. Se trataba de una comida de amigos.

—Entiendo. Al menos te lo pasaste bien, espero.

—Sí, muy bien.

Sam observó a su compañero. Las últimas semanas lo veía más alegre, más sonriente, y se trataba de alguna mujer o solo de vida social, le estaba sentando de maravilla.

—Sam...

—¿Sí?

—¿Tú crees que habría algún problema en hacer una analítica particular aquí en

el laboratorio?

—¿Para ti?

—No, para una amiga mía. No tiene dinero y tampoco me va a permitir que se la pague yo, y es necesario que se haga una analítica ya.

—Puedes meterla como una de las pacientes en fase de observación.

—Lo había pensado, pero no quiero que entre en determinadas zonas, está embarazada.

Sam lanzó una risita.

—¿Debo felicitarte?

—¡Nooo! —rio Javier a su vez—. No es hijo mío. Se trata de una vecina; su novio la ha dejado en la estacada y me gustaría echarle una mano, eso es todo.

—En ese caso dile que venga, súbela aquí y extráele la sangre tú mismo. Yo me ocuparé de que la analicen y nadie tiene por qué enterarse.

—Gracias, Sam, te debo una.

El hombretón le dio una palmada en el hombro.

—Yo te debo muchas, amigo. Para eso estamos.

Javier volvió a inclinarse sobre la preparación que debía controlar mientras su amigo lo miraba en silencio.

Capítulo 6

Una semana después de la cena en su casa, Alice, con un papel en la mano en el cual tenía anotada la dirección, contemplaba el imponente edificio doble lleno de ventanas donde trabajaba Javier. Iba en ayunas, como él le había aconsejado para hacerse la analítica, lo que hacía rugir su estómago que había pasado de no admitir comida a estar siempre clamando por alimentos.

Nada más entrar en el suntuoso edificio se encontró con un escáner y un guardia de seguridad, y se dirigió a él.

—¿Podría avisar a Javier Figueroa, por favor? Me está esperando.

—¿Su nombre?

—Alice Sanders.

El hombre cogió el teléfono móvil que colgaba de su cinturón y habló por él durante unos minutos. Poco después Javier salía de uno de los ascensores vistiendo una bata blanca y Alice se paró a contemplarlo desde lejos acercarse a ella con su andar decidido. Estaba guapísimo con el pelo rubio oscuro cayéndole un poco sobre el cuello y la ligera barba que le cubría el mentón. Además de la sonrisa ancha y franca que siempre le dedicaba.

—Viene a verme a mí, Henry, para unas pruebas. Pasa, Alice.

Ella colocó el bolso en la cinta transportadora y vaciló ligeramente antes de traspasar el arco magnético.

—Cruza sin miedo, no le hará daño al feto. —La animó entendiéndolo sus titubeos.

Luego, subieron al ascensor y Javier la condujo por un laberinto de pasillos hasta entrar en una de las dependencias. No era muy grande y estaba llena de aparatos, sofisticados microscopios y tubos de ensayo, colocados sobre una encimera corrida y adosada a la pared. Se sintió un poco abrumada ante tal despliegue de tecnología.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, ese es mi banco. —Señaló una de las largas mesas y el sillón regulable en altura que había ante ella.

—Ufff.

—No es para tanto, mujer. ¿Traes la orina como te dije?

—Sí —respondió extrayendo un tubo esterilizado y hermético del bolso.

—Siéntate aquí, y alarga el brazo. No te mareas con las agujas ¿verdad?

—No. Aunque hace mucho que no me sacan sangre.

Javier realizó la extracción con pericia, con manos suaves y movimientos lentos que ella apenas notó.

—Listo. Ahora vamos a desayunar, debes estar hambrienta.

—Mucho, desde que desaparecieron las náuseas es como si tuviera un Alien dentro que lo devora todo.

—Es que lo tienes —dijo él divertido.

La condujo hasta la cafetería y allí cogieron unas bandejas.

—Come todo lo que te apetezca, pero hazlo de forma equilibrada. Lácteos, fruta, algo de hidratos y proteína, y trata de evitar las grasas. En los embarazos es conveniente evitar el sobrepeso.

—¿No puedo aprovecharme de mi condición de embarazada para hartarme de helado y comer cosas raras?

—No deberías. Aparte de que no es conveniente para el niño, cuanto más engordes más te costará recuperar la línea después, y más dificultades tendrás en el parto.

—Bien, haré caso al médico. Ten la bandeja, sírveme tú lo que consideres apropiado, que yo prometo comérmelo todo.

Javier colocó sobre ella un vaso grande de leche, un par de piezas de fruta y unas rebanadas de pan con jamón cocido.

—¿Todo eso?

—Sí, todo eso. En la época de los vómitos no te has alimentado como es debido y ahora hay que remediarlo.

—¿Y si me vuelven las náuseas?

—No creo que lo hagan, una vez pasa el periodo inicial y desaparecen es raro que aparezcan de nuevo. Come.

Se sentaron a una de las mesas y mientras daban cuenta de su desayuno, Javier comentó:

—En dos o tres días tendré los resultados y para entonces concertaré una cita con un colega ginecólogo que se ha mostrado encantado de llevar tu embarazo.

—¿Muy caro?

—No cobrará sus servicios, fue compañero mío en la facultad y teníamos una buena relación. Solo las pruebas que haya que hacerte, que, si la gestación va bien, tratará de que sean las mínimas posibles. Y por supuesto los gastos de hospital, eso es obvio.

—Que serán considerables ¿no?

—No te preocupes por eso. Lo más importante sois el bebé y tú.

—Ya. Conseguiré el dinero.

—Claro que sí.

Desayunaron en silencio y luego Javier se despidió tras acompañarla de nuevo a la salida. Una vez en la calle, Alice se sentía ligera y feliz, la amabilidad de Javier era algo a lo que no estaba acostumbrada. Josh siempre era hosco y malhumorado, continuamente le recordaba lo torpe que era, cuánto le debía y lo agradecida que debía estar de que se ocupase de ella. En cambio, Javier todo lo hacía con una sonrisa y en el último mes había hecho por ella mucho más que Josh en los últimos años.

Se dirigió a paso rápido a la cafetería donde solía trabajar algunas horas a la semana hasta que empezó a sentirse mal. Tenía que conseguir más trabajo, no podía cargar a Javier con los gastos de su embarazo y su parto. El día anterior, después de pagar el alquiler, el pequeño montón de dólares que tenía escondido entre la ropa interior había bajado de forma alarmante, no tenía ni idea de que el alquiler de aquel apartamento pequeño fuera tan caro. Pensaba que con sus ahorros tendría para dos o tres meses, pero apenas había bastado para uno y cuando pagara la comida del mes no le quedaría casi nada. Era importante que se alimentase bien, no podía comer cualquier cosa. Tampoco en su tercer mes de embarazo le cerraban ya los vaqueros que tenía en el armario. Lo estaba solucionando con alguna camisa holgada que tapaba la cremallera parcialmente abierta y la cinturilla cerrada con una goma, pero eso no iba a durar mucho.

Si no conseguía trabajo iba a tener que abandonar el apartamento y la compañía de Javier, que en algo más de un mes se había convertido en un amigo inestimable. Se sorprendía cada tarde esperándole impaciente para aliviar el tedio del día y ansiaba la charla amistosa y distendida que compartía con él.

Llegó al local que servía almuerzos y cenas y buscó al encargado.

—Hola, Alice. ¿Trabajas hoy? No me acordaba.

—No, Mike, he venido a hablar contigo.

—Tú dirás.

—Necesito trabajar más horas. A jornada completa, a ser posible.

—¿Sin problemas de horario? —preguntó sabiendo que en el pasado ella había puesto pegas a la hora de hacer turnos de tarde y noche.

—Sí, he roto con mi novio y los horarios ya no son un inconveniente para mí. Ahora mi problema es pagar las facturas. Durante unos meses trabajaré todas las horas que pueda, luego... luego ya veremos.

—De acuerdo. Puedes empezar esta tarde, desde el almuerzo hasta el cierre, si te parece bien.

—Me parece perfecto, necesito el dinero.

Llegó eufórica a su casa dispuesta a tomar las riendas de su vida y a valerse por sí misma. Por fortuna las náuseas habían remitido y el embarazo no le causaba ninguna molestia y esperaba que continuara así durante muchos meses, para poder trabajar hasta el final. Los gastos del hospital no iban a ser baratos y necesitaba echar todas las horas posibles.

Cuando Javier llegó a su casa aquella tarde encontró una nota debajo de la puerta. Se agachó y la recogió advirtiéndole que tenía una llave pegada con cinta adhesiva en el reverso.

«Estoy trabajando y llegaré tarde. En el refrigerador de mi casa te he dejado la cena, entra y cógela. Alice».

Sintió una punzada de decepción, aquella noche no habría charla ni compañía. Se había habituado a esos ratos de tiempo compartido, a no sentarse solo a la mesa para una cena fría y solitaria, que no disfrutaba. Eso era alimentarse, no comer.

Sacudió la cabeza, pesaroso. Sabía que Alice tenía que trabajar, que debía cuidar de sí misma y de su hijo, pero la sola idea de volver a pasar solo las veladas se le antojó deprimente.

Se dio una ducha y cogiendo la llave entró en casa de su vecina dispuesto a recoger su cena.

El apartamento estaba limpio y ordenado, y todavía flotaba en el aire el olor a comida casera, un olor que él asociaba a hogar. Algo que ni Alice ni él tenían en aquel momento. Abrió el frigorífico y encontró una fuente de canelones cubierta por un film de plástico. Se sirvió una porción y dejó el resto para que ella lo tomara al regresar.

Era casi medianoche cuando la escuchó llegar. Salió al pasillo y la vio abriendo la puerta; se veía cansada y maldijo una vez más al irresponsable Josh por no ocuparse de ella y obligarla a trabajar duro en su estado.

—Hola, Alice.

—Buenas noches, Javier. ¿Cómo estaba la cena?

—Exquisita, como siempre.

—Eres un buen comensal, te gusta todo.

—¿Y tú qué tal? ¿Muy cansada?

—Me duelen muchísimo los pies, es la primera vez que trabajo un turno completo y no estoy acostumbrada. Pero me habituaré.

—Claro. ¿Has cenado?

—No, pero no tengo hambre. Tomaré algo ligero y me meteré en la cama, mañana entro a las doce del mediodía.

—¿Hasta?

—Las ocho.

—Bien, entonces mañana cenaremos juntos —dijo aliviado—. Tienes canelones en el frigorífico, no los he comido todos.

—Demasiado pesado para tomarlos tan tarde, comeré un poco de fruta.

—Solo fruta es muy poco en tu estado, puedo hacerte una tortilla mientras te pones cómoda.

Ella le miró esperanzada. Si había algo que lamentaba de empezar a trabajar era perderse el rato de charla con Javier, al que se había acostumbrado en las últimas semanas.

—¿No te importa?

—Pues claro que no.

Cogió las llaves de ambos apartamentos que colgaban de un gancho en la pared y tiró de la puerta tras él. Siguió a Alice hasta el interior de su casa y se coló en la cocina de barra americana.

—Voy a darme una ducha rápida —dijo ella—. Necesito quitarme de encima el olor a comida que empapa mi ropa y hasta mi piel.

Cuando un cuarto de hora más tarde apareció de nuevo en el salón vestida con un pijama cómodo, ya Javier había dispuesto sobre la mesa baja que había delante del sofá una tortilla francesa y una ensalada. La ducha la había revitalizado y no presentaba el aspecto cansado de un rato antes.

A pesar de no tener demasiado apetito, se esforzó en tomarse todo lo que había en los platos por el bien de su bebé.

Cuando terminó, Javier, que la había observado comer en silencio, le preguntó:

—¿Te vas ya a la cama?

—No, me quedaré un rato levantada. Prefiero no acostarme recién cenada, tengo miedo de que vuelvan las náuseas. Todavía no me acostumbro a la sensación de sentir bien el estómago. Pero sí voy a estirar las piernas, me duelen un poco y los pies también. Nunca he trabajado tantas horas seguidas —dijo alzándolas sobre el sofá y recostándose contra el respaldo. Javier se levantó del sillón que ocupaba.

—Déjame sitio —pidió. Se sentó a su lado cogiéndole los pies y colocándolos sobre sus rodillas, empezó a masajearlos con suavidad.

Por un momento Alice estuvo tentada de retirarlos consciente de las cosquillas que solía padecer, pero en esta ocasión no fue así. Las manos de Javier se movían bajo sus plantas con movimientos firmes y rotatorios, descargando la tensión acumulada durante horas de estar de pie; después, se entretuvieron en los dedos produciéndole una sensación muy diferente a las temidas cosquillas y ascendieron hasta los tobillos. Si alguna vez había dudado de que los pies eran una zona erógena, acababa de confirmarlo. La calidez que empezó a subir por sus pantorrillas era la prueba, y por primera vez desde que le conocía sintió las manos de Javier como las de un hombre y no las de un amigo.

—¿Alivia? —preguntó él presionando con los dedos a ambos lados del tendón de Aquiles.

—Mucho. ¿Dónde aprendiste a dar masajes? ¿En la facultad?

—No, qué va. Es un don natural, siempre se lo daba a mi madre cuando volvía tensa del despacho.

—¿Ella no es médico?

—No, mis padres son los dos abogados. Vengo de una familia de larga tradición en la abogacía, tradición que solo mi hermana pequeña ha seguido. Mi hermano Sergio es marino mercante y se pasa media vida navegando. Hugo trabaja como camarero en un bar de copas.

Alice abrió mucho los ojos.

—¿Alguien con posibilidades de estudiar o elegir otra profesión prefiere trabajar de camarero en un bar? —preguntó mirando sus pies doloridos.

—Hugo. Le encanta y tira las mejores cervezas del mundo. Cuando cumplió los dieciocho decidió que no quería seguir estudiando y empezó a trabajar en el bar.

Javier empezó a hablar de su familia, de sus padres y hermanos y se enfrascó tanto en la conversación que no se dio cuenta de que a Alice se le empezaban a cerrar los ojos y se quedaba dormida. Cuando estaba con ella, su reserva y su mutismo habitual se volvían todo locuacidad y se sentía cómodo hablando de sí mismo.

Cuando se percató de que ella ya no le escuchaba, se levantó con cuidado, fue hasta el dormitorio y abrió la cama. Luego la alzó en brazos y la llevó hasta allí, depositándola con cuidado sobre las sabanas y tapándola a continuación. Cogió las llaves que pensaba devolverle y salió del apartamento sin hacer ruido.

Capítulo 7

Javier preparaba la cena para cuando llegase Alice. Ahora le daban casi siempre el turno de tarde y llegaba a casa sobre la medianoche y él se había acostumbrado a esperarla para cenar con ella. Después de haber compartido durante unas semanas comida y veladas, le resultaba imposible volver a cenar solo. En esta ocasión estaba preparando una tortilla de patatas, a la que Alice se había aficionado desde que la probara casi un mes antes, aunque él trataba de equilibrarle la alimentación todo lo posible.

Estaba preocupado, porque solía llegar agotada. Con fuerzas apenas para darse una ducha y cenar algo antes de meterse en la cama. Él sabía que un embarazo podía producir cansancio, pero lo de Alice llegaba a unos extremos exagerados y preocupantes. La analítica había resultado normal, no había síntomas de anemia ni ninguna alteración que pudiera ocasionar ese cansancio tan extremo. La chica, que empezaba a tener una ligera tripa propia de sus cuatro meses de gestación, presentaba además una delgadez extrema en el rostro, brazos y el resto de su cuerpo.

Quitó la tortilla del fuego y la colocó en una fuente, a la espera de que ella llegase. En aquel mismo momento sintió la puerta de al lado. Miró el reloj; era más temprano de lo habitual por lo que no esperó a que se duchase y llamara a su puerta para cenar como solía hacer, sino que se apresuró a abrir.

—Hola. Qué pronto hoy...

—Sí, he terminado antes —respondió ella agachando la cabeza.

—Pues date prisa y cenaremos temprano. La tortilla ya está preparada.

—Vale.

Un cuarto de hora más tarde, Alice llamaba a su puerta. En cuanto abrió se dio cuenta de la pequeña brecha que tenía en la frente sobre la ceja izquierda y el feo hematoma que se estaba formando a su alrededor y que le llegaba hasta el pómulo. Sintió una rabia sorda crecerle dentro y tirando de su brazo la hizo entrar en el apartamento para examinarle la cara.

—¡Menudo pedazo de cabrón! De modo que ha vuelto.

Ella negó con la cabeza.

—¿No? ¿Y quién te ha hecho eso?

—Nadie, ha sido un accidente, te lo juro. Me caí en el trabajo.

—¿Te caíste? ¿Cómo?

Alice bajó la cabeza. Javier la conocía lo suficiente para saber que no le estaba diciendo la verdad.

—¿Qué ha pasado, Alice? No me mientas, por favor.

—Está bien, no me caí. Me desmayé. Me sentía muy cansada y sin saber muy bien cómo, me encontré en el suelo. Me golpeé contra una mesa.

—¿Te han curado?

—Sí, mi jefe me atendió y después me ha mandado a casa —dijo abatida.

—¿Te ha despedido?

—No, pero se ha enterado de mi embarazo y no me va a permitir doblar más el turno.

—¿Estabas doblando turnos? —dijo frunciendo el ceño.

—No tengo más remedio, Javier. Mi contrato es de cero horas, cobro las horas que trabajo y con las ocho horas habituales no me da para pagar el alquiler, mucho menos cubrir todos los gastos que se me vienen encima. Tendré que irme y eso...

Sintió que la voz le vacilaba y guardó silencio. Tener que irse de aquella casa sería muy doloroso para ella. Javier había llegado a ser muy importante en su vida, soportaba la dura jornada de trabajo porque sabía que él estaría allí al final del día esperándola sonriente y mirándola con cariño, como no la había mirado nadie desde hacía mucho tiempo. Era consciente de que estaba abusando de él, apoyándose demasiado en su fortaleza, pero no podía evitarlo. Se sentía tan vulnerable, tan sola y perdida que no sabía qué haría si tenía que sacarlo de su vida.

—No quiero irme de este edificio —terminó—. Necesito tu amistad y tu energía para seguir adelante. Estoy asustada, muy asustada. Tengo veintidós años y he decidido seguir adelante con mi embarazo, pero... no soy fuerte ni valiente y la sola idea de hacerlo sola me aterra. Entiéndeme, no me arrepiento, pero...

Javier se acercó a ella despacio y la abrazó con suavidad. Le llegaba poco más arriba del hombro, y apoyó la cara sobre la coronilla de la chica. La sentía temblar contra su cuerpo de puro miedo.

—Pues claro que estás asustada, todas las mujeres lo están en su primer embarazo, aunque tengan a su lado una pareja y una familia. Tú con más motivo, no tienes que avergonzarte de ello.

Alice se recostó contra el cuerpo alto y delgado, permitiendo que él asumiese una parte de su carga, de su miedo.

—Pero no puedes seguir doblando turnos, en eso coincido con tu jefe —añadió tajante.

Ella se separó a regañadientes y lo miró a los ojos.

—Si no lo hago tendré que irme del edificio, no puedo pagar el alquiler. No me pidas eso, por favor... no puedo irme.

La sola idea de alejarse de él se le antojó de pronto insoportable, llegar a casa y enfrentarse a la noche sin su compañía, sin esas cenas compartidas, sería lo peor que le pudiera pasar. Mucho peor que los golpes recibidos a manos de Josh.

—No vas a irte a ningún sitio, ya encontraremos una solución.

También a él la posibilidad de no ver a Alice al final de cada jornada le parecía impensable. Había entrado en su vida apenas dos meses atrás y ya le parecía que la conocía de toda la vida. Ella y su bebé no nacido formaban parte de su existencia para bien o para mal.

—No voy a tolerar que me pagues tú el alquiler, esa solución olvídala. No voy a permitir de nuevo que un hombre me mantenga.

—Yo no quiero mantenerte, solo echarte una mano, al menos hasta que nazca el niño.

—No.

—De acuerdo, ya pensaré en algo. De momento, vamos a cenar.

—No tengo mucha hambre, siento algo de náuseas y me duele un poco la cabeza, supongo que será del golpe.

Javier la acercó a la luz y le observó las pupilas.

—Mira hacia arriba... ahora a la derecha... abajo...

Alice hizo lo que le pedía.

—No parece que haya síntomas de conmoción, pero por si acaso, esta noche te quedas aquí a dormir.

—¿Dónde?

—En mi cama, por supuesto.

Ella abrió mucho los ojos.

—Yo dormiré en el sofá —aclaró él.

—Ni hablar. En el sofá dormiré yo.

—Es un sofá cama, lo compré para alojar a mi familia cuando viene a verme. Estaré muy cómodo en él.

—Y yo también. Si quieres que duerma aquí, el sofá es para mí.

—De acuerdo. Ahora cenemos.

Se sentaron a la mesa como cada noche. A Alice le costaba comer, se sentía cansada y algo mareada, y la preocupación por el futuro le impedía sentir el apetito habitual. Si no podía doblar turnos tenía que encontrar otro trabajo y no sabía cuál. Después de la cena, Javier la hizo ir a su casa por ropa para dormir mientras él recogía la cocina y, ya vestida con el cómodo y holgado pijama, se sentaron en el sofá a ver un rato la televisión. Él colocó las piernas de Alice sobre una silla para que descansaran de la presión del día y se recostó en el respaldo a su lado. A ella se le antojó una escena hogareña y entrañable y se sintió muy a gusto. De pronto dio un respingo. Un ligero movimiento dentro de su vientre la hizo incorporarse. Fue algo muy liviano, como si un ratoncillo corriera por sus entrañas y duró solo unos segundos.

La cara de Javier denotó preocupación.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal?

—No... es que creo que se ha movido. Ha sido algo muy fugaz, pero...

Él acercó la mano sin atreverse a ponerla sobre su vientre.

—¿Puedo? —preguntó.

—Claro.

Colocó la mano por debajo del ombligo de Alice y la dejó allí quieta en espera del siguiente movimiento. El calor del contacto traspasó la ligera tela del pijama y le

provocó a ella sensaciones que ya tenía olvidadas. Respiró hondo y se dijo a sí misma: «No, Alice... no puedes verle como hombre... es tu amigo y nada más... y eso debe seguir siendo. No puedes permitirte estropearlo con otro tipo de sentimientos. Además, hay otra mujer que ocupa su corazón y sus pensamientos».

—¿Ha vuelto a moverse?

—No.

Javier apartó la mano y se recostó de nuevo. Alice, agitada y nerviosa sintió que debía poner las cosas en su sitio y recordarse a sí misma que había otra mujer en la vida de Javier y dijo:

—Háblame de ella.

Él frunció el ceño.

—¿De quién?

—De la mujer de la que estás enamorado. La que se quedó en España.

—¿De Marta? ¿Por qué quieres que te hable de ella ahora? Está muy lejos.

—Simple curiosidad. Además, es bueno hablar de esas cosas de vez en cuando y desahogarse. ¿Desde cuándo no lo haces?

—Años, quizás. Desde que ella eligió a otro.

—Eso suena terrible.

—No lo es tanto. Marta se ha criado con nosotros, es la hija de los mejores amigos de mis padres.

Alice vio cómo su expresión se iluminada al evocar los recuerdos y sintió un pinchazo en el corazón, pero se dijo que era necesario. Debía cauterizar lo que estaba empezando a sentir. Él continuó hablando.

—Siempre estaba en casa, pasamos juntos la infancia y la adolescencia y tanto mis hermanos como yo estábamos enamorados de ella, desde siempre. Todos lo sabíamos y peleábamos por su atención y nos desvivíamos por atenderla y mimarla, aunque ella nos trataba a los tres por igual. Pero cuando llegó a los diecinueve, yo tenía veinte y ya llevaba estudiando aquí un año y medio, ella comenzó a salir con mi hermano Sergio. Hugo y yo nos retiramos de la competición. Y creo que esa fue la última vez que hablé del tema con alguien. Marta pasó a ser la novia de mi hermano y mi cuñada y yo le eché siete llaves a mis sentimientos y me propuse olvidarla.

—Pero no lo has conseguido.

—Aún no. Algún día.

—Seguro que lo lograrás.

—Sí —dijo él con un sentimiento agrídulce en su interior. No estaba seguro de querer olvidarla, Marta llevaba tanto tiempo ahí que si algún día no estuviera sentiría un enorme vacío. Y su recuerdo ya no hacía daño, ya no había celos ni dolor, solo estaba ahí como algo suave y siempre presente.

La mirada de él, perdida en el pasado y evocadora lastimó a Alice y supo que sin darse cuenta había pasado una delgada línea de la que era muy difícil retroceder. Que ya Javier había dejado de ser para ella solo un amigo.

—Tengo sueño —dijo sintiéndose incapaz de continuar con aquella conversación.
—Te prepararé la cama —respondió él regresando al presente.
—Gracias.

Alice se acostó y trató de dormir, pero no lo conseguía a pesar del cansancio. El descubrimiento de aquella noche, la excitación que la mano de él en su vientre le había producido, la hacía dar vueltas en la cama, agitada. No podía enamorarse de Javier, tenía que controlar esos sentimientos que estaban naciendo en ella. Era normal sentirse atraída, él la trataba como nadie lo había hecho jamás, era guapo y encantador, pero tenía que frenar lo que le estaba ocurriendo, por su propio bien. Se convenció de que podía hacerlo, de que conseguiría que él volviera a ser su amigo y nada más. Y al fin se durmió.

Al día siguiente la despertó el ligero sonido de los pasos de Javier caminado por la habitación. Por mucho que intentó ahogarlos andando de puntillas, Alice tenía el sueño ligero.

—¿Javier?

—Sí... Es temprano, sigue durmiendo. Me marcho ya al trabajo.

—¿Sin desayunar? —preguntó incorporándose en la cama.

—Tomaré algo en la cafetería del centro.

—Si tienes tiempo prepararé desayuno para los dos. Ya estoy despierta y no suelo dormir hasta tarde. Entro a trabajar a media mañana y me gusta ir despejada.

—De acuerdo, así me aseguro de que también tú desayunas bien.

Consciente de su pelo revuelto y sus ojos hinchados por el sueño, Alice se levantó.

—Dame un minuto.

Cuando salió del cuarto de baño con la cara limpia y despejada, y el pelo alisado ya él tenía una cafetera preparándose y varias rebanadas de pan en la tostadora.

—Iba a prepararlo yo...

—Ya está. Siéntate a comer.

—Me estás malacostumbrando.

—¿Y te gusta?

—¡Claro que me gusta! ¿A quién no? Que te preparen el desayuno y la cena cuando vienes cansada del trabajo... Es un lujo que nunca he tenido.

—Pues... —dijo él colocando ante Alice un plato con tostadas, una taza de café con mucha leche y una manzana—, he estado pensando y creo que la solución a tus problemas sería que te vinieras a vivir aquí, conmigo.

Alice detuvo la taza que se llevaba a la boca a medio camino. Su estómago dio un vuelco y su corazón se saltó varios latidos.

—¿Vivir aquí contigo?

«Sí, sí, sí», gritaba eufórico su corazón. «No es buena idea», aconsejaba su mente.

—Sería la solución ideal. Compartiríamos gastos y no tendrías que doblar turnos para pagar el alquiler. Y así podría mimarte, vigilaría de cerca tu embarazo y...

—¿Y tú que sacas de todo esto, aparte de ceder tu espacio y mucho más trabajo del que ahora tienes?

—También reduciría gastos y... tendría el placer de tu compañía todo el tiempo. No te haría dormir en el sofá, sacaría mis bártulos y el ordenador del cuarto de trabajo y prepararía una habitación en condiciones para ti y para el niño.

—¿Y dónde trabajarías?

—Puedo acondicionar una parte del salón. Piénsatelo, ¿quieres? Ahora debo marcharme.

—De acuerdo, me lo pensaré. Te daré una respuesta esta tarde.

—Estupendo. —Se agachó y la besó en el pelo—. Procura que la respuesta sea afirmativa.

Javier se marchó y Alice enterró la cara entre las manos mientras su corazón brincaba de júbilo. Sabía que era una pésima idea, que si compartía casa con él le iba a resultar imposible frenar sus sentimientos recién estrenados, pero sabía que iba a aceptar. La idea de saberlo bajo el mismo techo día y noche, ponía mariposas en su estómago como si fuese una quinceañera. Y, ¿por qué no? Podría darse el caso de que él olvidara a la tal Marta y se enamorase de ella, y si no lo hacía, no tendría su corazón, pero sí su tiempo y su cariño. Mucho más de lo que había tenido nunca de ningún hombre.

Javier llegó a casa impaciente aquella tarde. Durante todo el día no había dejado de pensar en la respuesta de Alice. Estaba convencido de que sería la solución ideal para ambos. Ella solventaría sus problemas económicos y él aliviaría su soledad, que le pesaba ya como una losa. El estar lejos de los suyos durante el apresamiento del barco de su hermano Sergio le había pasado factura y, desde entonces, a veces pensaba en dejarlo todo y regresar a Sevilla donde tiraría por la borda un futuro prometedor y el trabajo de varios años de investigación. Pero desde que Alice había entrado en su vida esa idea no le había asaltado ni una sola vez. Sabía que ella estaría reacia a aceptar su oferta, pero tenía que convencerla, por el bien de los dos. También del bebé.

Cuando llegó a casa sintió ruido en el apartamento vecino y acudió a llamarla. Ni siquiera se entretuvo en darse su habitual ducha, estaba impaciente por saber su respuesta.

Alice abrió en seguida. El moretón había adquirido un tono más oscuro pero la inflamación había bajado desde el día anterior.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

Ella sonrió y le franqueó la entrada.

—Pasa.

Se sentó en el sofá y la interrogó con la mirada.

—Dime que te vas a venir a vivir conmigo.

Ella asintió.

—Pero con condiciones.

Javier no pudo ocultar una radiante sonrisa.

—Te escucho.

Alice tomó asiento a su lado, no demasiado cerca.

—Yo pagaré la mitad del alquiler.

—¿Qué tal un tercio?

—No.

—Déjame terminar; a cambio tú haces la compra y te ocupas de lavar la ropa de los dos, son tareas que odio. La cocina y la limpieza, compartidas. Además, tu habitación es más pequeña que la mía, es justo que pagues menos.

—De acuerdo. Pero el resto de los gastos a medias.

—Vale. ¿Cuándo te mudas?

—Tengo pagado el alquiler todavía por una semana, ¿crees que será tiempo suficiente para acondicionarlo todo o pago otro mes?

—Más que suficiente. Estoy deseando tenerte allí.

—Gracias.

—No, Alice, soy yo quien te da las gracias a ti. No te imaginas lo solo que me siento.

—¿No sales con nadie? A cenar, o a tomar algo, me refiero. Algún amigo.

—No he congeniado con nadie en este tiempo, salvo contigo. Y ya que lo dices salgamos a cenar esta noche, te invito para celebrarlo.

Alice se tocó con cautela el ojo amoratado.

—Esta noche no, no quiero que nadie piense que tú me has hecho esto.

—¿Y por qué lo iban a pensar? Te has caído ¿no?

—Créeme, sé lo que digo.

Javier se acercó y le rozó con dos dedos muy suavemente la zona lastimada.

—Cada vez que pienso en lo que has tenido que pasar... Y yo al otro lado de la pared sin hacer nada. Pero de verdad que no imaginaba los golpes, pensaba que únicamente discutíais.

—Ya se acabó, Javier. Nunca más permitiré que un hombre me ponga la mano encima de mala forma. Ya no.

—Yo tampoco lo permitiré, Alice. Voy a cuidar de vosotros.

—Eres un gran tipo, Javier —respondió alzando la cabeza y dándole un beso en la mejilla.

Él negó con una sonrisa.

—Nada de eso, egoísta como todos. Estoy deseando librarme de hacer la compra. Y ahora vamos a cenar aquí y ya mañana nos ocuparemos de buscar una cama para ti y de acondicionar la habitación.

—De acuerdo.

Capítulo 8

Alice aguardaba en su casa a que Javier llegase. Iban a ir a su primera visita al ginecólogo, un compañero de él de la facultad, y se había tomado media mañana libre para acompañarla. Por una parte, le hacía una tremenda ilusión que la acompañase, como si fueran una pareja, pero por otra no podía evitar sentir cierta vergüenza. Esperaba que el médico no le hiciera demasiadas preguntas íntimas, a las que le costara responder delante de Javier, y sobre todo que no le hiciera preguntas sobre su relación con Josh. En aquel momento se le antojaba algo muy lejano, como si perteneciera a otra vida.

Después tenían planeado ir a comprar una cama y pinturas para decorar la habitación que ya Javier había vaciado de sus objetos personales, dejándola lista para que Alice se instalara. Ella se había resistido a gastar en la estancia más dinero del necesario, pero él estaba entusiasmado con la idea de que se mudara a su casa y de que estuviera confortable, de modo que llevaba en el bolso el poco dinero que le quedaba de sus ahorros, y esperaba que fuera suficiente, porque cuando cobrase a finales de mes quería empezar a ahorrar para los gastos médicos.

Javier llegó puntual, y ella bajó a reunirse con él. Tomaron un autobús hasta la consulta, algo retirada de su casa, y Alice se sintió sobrecogida cuando vio la elegante sala de espera.

—Javier, esto... —dijo señalando a su alrededor— yo no sé si voy a poder pagarlo.

—Calla —susurró él—. Ya está todo acordado. Marc es un buen médico, y yo no voy a ponerte ni a ti ni al niño en manos de ningún matasanos.

—Pero...

—¡No, Alice! —dijo tajante—. Déjame esto a mí, por favor.

—Está bien —dijo resignada.

Al momento, una enfermera salió y les hizo pasar a la consulta. Un hombre alto y rubio salió al encuentro de Javier y ambos se saludaron con efusividad.

—¡¡¡Cuánto tiempo!!! —dijo el hombre.

—Desde que terminamos la carrera. No sabía que estabas en Maryland hasta que he buscado ginecólogos por la zona y me encontré con tu nombre.

—Hace año y medio que estoy aquí.

—Pues no te imaginas lo feliz que me hace, porque quiero poner a Alice en manos de alguien competente, y nadie mejor que tú.

El hombre se volvió hacia ella.

—¿Alice? Encantado de conocerte —dijo tendiéndole la mano.

—El gusto es mío...

—Marc. Y no veas lo que me alegro yo de que al fin alguien haya pescado a este

empollón, que apenas sacaba la cara de los libros.

—No... yo no...

Javier intervino.

—Alice es mi vecina y una gran amiga. El niño que espera no es mío.

—Ah... pensaba que sí.

—Como si lo fuera.

—¿Y el padre?

Alice se encogió de hombros.

—Se marchó cuando supo que estaba embarazada.

—Lo siento.

—Créeme, tanto el niño como ella estarán mejor sin él.

—En ese caso, mejor solo que mal acompañado. Y no estás mal acompañada si Javier está a tu lado, es realmente amigo de sus amigos.

Alice no pudo evitar sonrojarse antes de responder.

—Lo sé, me lo ha demostrado con creces.

—Bueno, ahora vamos a lo nuestro.

—¿Salgo? —preguntó Javier.

—No, de momento voy a hacerle unas preguntas y el historial, y si vas a ejercer de padre putativo, debes estar al tanto de todo. Luego, para reconocerla pasaremos a esa habitación.

Durante un rato Marc escribió un amplio informe sobre Alice y Josh, todo lo que ella pudo informarle para prevenir posibles problemas en el feto. Después Alice pasó a la sala de reconocimiento y Javier permaneció en la consulta.

—En principio todo está bien, pero me gustaría hacer una ecografía para asegurarnos.

—De acuerdo.

—¿Te hace ilusión ver a tu bebé?

Alice sonrió.

—Mucha.

—¿Quieres que llame a Javier para que esté presente?

—Si es posible... aunque no sé si querrá.

—En un momento se lo preguntamos.

Marc asomó la cabeza por la consulta.

—Vamos a hacer la eco. ¿Quieres verla?

—Por supuesto.

Entró a la sala donde Alice ya estaba preparada sobre la camilla y con una sábana cubriéndola desde las caderas hasta los muslos. El vientre ligeramente abultado bajo el ombligo aparecía liso y brillante por el gel. Se colocó a su lado y de forma instintiva le agarró la mano, que ella apretó emocionada. La imagen en la pantalla acaparó la atención de los dos. Una serie de puntitos blancos y negros fue conformando una forma concreta y Javier sintió una emoción nueva correrle por las

venas cuando contempló aquellos contornos. Alice dijo que no distinguía nada, pero él sí adivinaba ese pequeño cuerpo todavía a medio formar y de alguna manera lo veía algo suyo y apretó la mano de Alice un poco más. Ella apartó la mirada del monitor y la clavó en él.

—¿Hay algún problema? —preguntó recelosa.

—No, ninguno —comentó él con una sonrisa—, salvo que desees una niña. Porque me parece que vamos a tener un machote. ¿No crees, Marc?

—Sí, eso parece. Aunque aún no se puede asegurar al cien por cien, pero creo que sí. Te lo confirmo en la próxima ecografía, Alice.

—Un niño... —murmuró emocionada.

—¿Preferías una niña? —preguntó Marc, pasando la mirada de una a otro. Lo que estaba viendo era lo habitual entre las parejas que acudían a la consulta.

—Ni siquiera lo había pensado... para mí era mi bebé, sin sexo. Pero el hecho de saberlo te hace sentir de otra forma... ya puedes imaginártelo, pensar un nombre, elegir ropa... esas cosas.

Marc miró a su amigo con la vista clavada en la pantalla y una amplia sonrisa en la cara y pensó que aquel niño podría no tener el ADN de Javier, pero era su hijo, él lo consideraba así. Luego contempló las manos agarradas, y sonrió.

—Todo está correcto —dijo—. Imprimo la foto para que os la podáis llevar y por hoy hemos terminado. Si no hay ningún problema antes, nos vemos el mes que viene, Alice. En caso de que lo haya, Javier sabe cómo localizarme.

Mientras ella se vestía, Marc y Javier regresaron a la consulta.

—Pásame a mí las facturas —dijo Javier en tono bajo.

Marc denegó con la cabeza.

—No voy a cobrarte por traer al mundo a tu hijo.

—Ya te he dicho que no es mi hijo.

—Claro que lo es. Tenías la misma cara de embobado de todos los padres mirando esa pantalla.

—Es por Alice. Ella está muy ilusionada con este niño.

—Claro.

—Ha renunciado a mucho por él, yo solo pretendo ayudarla y hacerle todo esto un poco más fácil.

—Ha encontrado compensación, estoy seguro. He visto cómo apretaba tu mano.

—Sí. Cuando la conocí estaba muy perdida, y creo que nuestra amistad le está sentando muy bien, le está dando confianza en sí misma.

—Y a ti, ¿qué te está aportando esta amistad?

—Muchas cosas. Compañía, ilusión, sentirme útil.

—En ese caso salís beneficiados los dos o, mejor dicho, los tres. Quien más va a ganar aún no ha nacido.

Alice regresó ya vestida. Marc le entregó la foto con la forma del feto, un papel en el que ella no distinguía apenas nada más que puntos blancos y negros, pero que

era la primera foto de su hijo. Después le dio cita para un mes más tarde.

—¿Cuánto es la consulta? —preguntó temerosa de no llevar suficiente dinero.

—No voy a cobraros la consulta. Cuando deba hacerte alguna prueba que no pueda realizar aquí, entonces sí. Es para mí una gran satisfacción que Javier me haya escogido para llevar tu embarazo y traer al mundo a este niño y le debo una cantidad enorme de apuntes y ayuda de nuestra época de estudiantes. Solo estoy pagando un favor.

—Pero a mí no me debes nada... yo no soy Javier.

—No hay más que hablar, Alice, no vas a convencerme.

—Gracias.

—No hay de qué. Cuídate, camina todos los días de media a una hora, controla la alimentación, evita las grasas y los dulces y nos vemos en un mes.

Se despidieron y salieron de la consulta. Hacía un día bonito y cálido, algo raro en una región bastante lluviosa. Caminaron durante un rato hasta la zona comercial y allí entraron en primer lugar en una tienda de muebles donde Alice escogió una cama individual y un colchón cómodo. Después visitaron una tienda de pinturas y compraron una de un tono amarillo pálido para la habitación. A Alice aún le quedaba algo de dinero e insistió en invitar a Javier a almorzar.

Se sentaron en un restaurante italiano con buenos precios y ambiente acogedor.

—No recuerdo el tiempo que hace que no salía a comer fuera de casa —comentó sintiéndose feliz como una niña.

—Yo tampoco, pero hoy tenemos algo que celebrar.

—Tenemos mucho, diría yo —respondió ella con la mirada iluminada.

—Celebro que lo veas así.

Encargaron un plato de pasta para cada uno y una botella de agua mineral. Mientras comían, Alice levantó la cara hacia Javier y le preguntó:

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Por supuesto, lo que quieras.

—Me gustaría ponerle tu nombre al niño. ¿Te importa?

Él sintió algo cálido recorrerle por dentro, una emoción inesperada y extraña.

—¿Importarme? —preguntó—. Alice, es un honor que quieras hacerlo, pero... ¿estás segura? ¿No hay ningún familiar cuyo nombre quieras que lleve tu hijo? ¿O alguno que te guste especialmente?

—No hay nadie cuyo nombre yo quiera que lleve este niño más que el tuyo. Nadie ha hecho por mí ni la mitad que tú en toda mi vida, salvo mi madre. Si fuera una niña, la llamaría como ella sin dudarle, pero Margaret no es muy adecuado para un varón ¿verdad? —dijo sonriendo, y añadió—: Y Javier es un nombre precioso, me gusta mucho, si a ti no te importa, claro.

Él alargó la mano y agarró la de Alice por encima de la mesa.

—Me encanta que se llame como yo, me emociona, aunque Javier es un nombre un poco serio para un niño. A mí me lo pusieron porque es el segundo nombre de mi

padre. De pequeño en casa me decían Javi, de hecho, todavía algunas personas lo siguen haciendo.

Alice detectó la leve variación en el tono de voz de Javier y supo, sin lugar a duda, quién le llamaba así. Sintió un pinchazo en el corazón, pero se sobrepuso al instante; si iban a vivir juntos tenía que acostumbrarse a que a menudo su mirada melancólica se perdiera en el pasado, en un pasado donde reinaba otra mujer.

—Me encanta Javi —dijo sonriendo.

Terminaron de comer y Alice se marchó al trabajo. Había cogido el turno de tarde para poder acudir a la consulta, pero ya iba justa de hora. Javier regresó a su casa y no perdió el tiempo. Se cambió de ropa y empezó a pintar la habitación para darle la sorpresa cuando regresara aquella noche. No era ningún profesional, pero estaba seguro de que ella lo apreciaría, aunque no quedara perfecto. El trabajo le recordó su niñez, cuando todos los hermanos se reunían para encalar la casa de los abuelos en Ayamonte. Se divertían de lo lindo, acababan con más cal ellos que la pared y luego, para compensarles, su abuelo los llevaba de paseo en el barco y su abuela les hacía rosquillas.

Cuando Alice volvió aquella noche y se detuvo ante la puerta de Javier, un penetrante olor a pintura fresca que se escapaba por las rendijas la hizo sonreír. Él le abrió vestido con un vaquero viejo y una mancha de pintura amarilla en la nariz.

—Has estado jugando, ¿eh? —le preguntó divertida.

—Un poco... Ven, verás qué bonita ha quedado —dijo agarrándola de la mano y haciéndola entrar.

La condujo a través del salón hasta la habitación que resplandecía con un tono amarillo pálido y relajante.

—Está preciosa, Javier, pero deberías haber esperado a que estuviera yo y te hubiese ayudado. Te has cargado tú solo con todo el trabajo.

Él se encogió de hombros.

—Ha sido divertido, y tú ya trabajas bastante.

Alice se alzó sobre la punta de los pies y le besó la nariz, manchada de pintura seca.

—Gracias.

—Mañana traerán la cama y, si me da tiempo a montarla... podrás quedarte ya a dormir —dijo esperanzado. Le hacía una tremenda ilusión que Alice se mudase cuanto antes.

—Me quedan todavía cuatro días de alquiler pagado antes de entregar las llaves, no hay prisa.

—Como quieras —dijo él con el entusiasmo ligeramente desinflado.

—Pero si está la cama montada cuando vuelva por la noche, me quedaré ya a dormir y empezaré a trasladar mis cosas. Ahora déjame que te limpie la nariz, la tienes manchada de pintura.

—¿En serio?

—Ajá.

La precedió hasta el cuarto de baño y esperó a que ella humedeciera una esquina de la toalla y le restregara la nariz hasta hacer desaparecer la mancha. Después, sus miradas se encontraron a través del espejo y encontró la escena hogareña y entrañable.

—Vamos a estar aquí genial los dos con Javi —dijo—. Va a tener una familia de verdad, Alice... te lo prometo. Haremos que se sienta feliz y seguro, como todo niño se merece.

—No tengo ninguna duda de ello, Javier —contestó mirándole a través del espejo con los ojos empañados. Él alargó los brazos, le dio la vuelta y la rodeó con ellos. Alice deseó quedarse allí para siempre, en aquel círculo cálido y reconfortante, entre aquellos brazos que no le pertenecían. Quiso levantar la cabeza y rozar la boca, probar esos labios que la emocionaban con sus palabras, borrar con besos el recuerdo de cualquier otra mujer, pero en lugar de ello apoyó la frente en su hombro y permaneció quieta. Luego él la soltó.

—Será mejor que nos demos una ducha y cenemos algo. Ha sido un día largo y emocionante.

—Sí. En seguida vuelvo e improvisamos algo de cena —dijo marchándose a ducharse a su casa. Por última vez. A partir del día siguiente su casa sería aquella y su vida estaría íntimamente ligada a la de aquel hombre maravilloso que había entrado en su mundo llenándolo de afecto y de calidez.

La cama llegó a media mañana, una enorme caja rectangular y un colchón que Alice recibió y dejó en el piso de Javier en espera de que este llegase a media tarde. No tenía ninguna duda de que estaría montada y lista para usar cuando ella volviera del trabajo aquella noche, y sintió mariposas en el estómago al pensar en la nueva etapa de su vida que estaba a punto de iniciar.

Estaba segura de que convivir con Javier iba a ser muy fácil, el único problema podría surgir de ella misma y de sus sentimientos hacia él, que no conseguía frenar y se estaban disparando con demasiada rapidez. La noche anterior, cuando la había abrazado en el cuarto de baño había tenido que hacer un esfuerzo para no alzarse y rozarle los labios con los suyos. Lo había conseguido y tenía que mentalizarse para que esa tentación no volviera a producirse, porque solo les llevaría a una incomodidad que dificultaría la convivencia.

De todas formas, su corazón saltaba de júbilo ante la idea de que ya la noche siguiente empezaría a vivir con él, a pasar juntos muchas, muchas horas y con eso

debía tener suficiente.

Con cuidado cerró la puerta del piso y, tras pasar por su casa, se marchó al trabajo.

Como había supuesto, al regresar aquella noche, Javier tenía la habitación preparada. Con una sonrisa la cogió de la mano y tiró de ella hacia el interior, mostrándole el dormitorio terminado y listo para usarse con el orgullo de un niño que ha hecho bien los deberes.

La cara de Alice se iluminó al contemplarla, la cama hecha y cubierta con una colcha blanca, una mesita pequeña que hacía las veces de mesilla de noche con una lámpara encima que esparcía por la estancia una agradable luz tenue, unas cortinas blancas que Alice no tenía ni idea de dónde habían salido y sobre las que prefirió no preguntar.

—Es la habitación más bonita que he tenido nunca.

—¡No digas eso, mujer! Es modesta, pero acogedora ¿verdad?

—Sí. Javi y yo vamos a estar muy bien en ella.

—Cuando nazca se puede mover un poco la cama y entrará la cuna sin problemas en este lado, pero mientras tanto queda mejor así ¿no te parece?

—Sí —dijo con un nudo de emoción en la voz. Se volvió hacia él y lo miró a los ojos que brillaban entusiasmados.

—Está preciosa, Javier. No sé cómo voy a pagarte todo lo que haces por mí.

—Ya lo pagas, con cada minuto que compartes conmigo. ¿No ves lo feliz que me hace que te mudes aquí?

Ella asintió. Claro que lo veía, Javier parecía otro en las últimas semanas. Más alegre, lleno de entusiasmo y vitalidad y Alice quiso creer que se debía a ella.

—Date una ducha y ven para que cenemos. Y no olvides traer el pijama y el cepillo de dientes.

—No lo olvidaré.

Cenaron como tantas otras noches, pero después, en vez de despedirse, se sentaron juntos en el sofá y Javier propuso ver una película.

—Me apetece mucho —aceptó Alice—, pero no sé si aguantaré. Estoy cansada y ya sabes que me duermo en cuanto me pongo cómoda.

—Sin problema. Si te duermes, la cama la tenemos bien cerca ahora y aún no pesas tanto como para que no te pueda llevar en brazos.

Puso todo su empeño en aguantar despierta y lo consiguió. No quería perderse su primera noche en aquella casa, ni un segundo de la intimidad que empezaban a compartir. De vez en cuando Javier la miraba para comprobar si se había dormido, y le dedicaba una sonrisa expresando con ella lo feliz que se sentía de tenerla allí. Tan feliz como ella, aunque por motivos diferentes.

Cuando la película terminó, se dieron las buenas noches con un beso en la mejilla

y cada uno se fue a su habitación.

—Cualquier cosa que necesites, solo llámame; tengo el sueño ligero.

—De acuerdo... tú también.

Se tendió en la cama y se dijo que esa era una de las noches más felices de su vida.

Capítulo 9

Con la presencia de Alice en la casa Javier casi se había olvidado de las llamadas dominicales que hacía por Skype a sus padres. Cuando el ordenador registró la llamada estaban sentados en el sofá viendo una película, algo a lo que ambos se habían aficionado. Alice alzó la cara hacia el ordenador.

—Es mi familia —dijo Javier levantándose—. Nos solemos llamar por videoconferencia los domingos por la tarde, pero les puedo decir que hablamos después, cuando termine la película.

—No, qué va. No se debe hacer esperar a la familia; Para la proyección y yo me voy a mi habitación y me pongo a leer un rato. La película podemos terminar de verla más tarde.

—No hace falta que te vayas...

—Yo prefiero hacerlo, así tienes más intimidad. No quiero que el hecho de tenerme aquí te cambie ninguna costumbre, y menos si tiene que ver con la familia —dijo levantándose. Se dirigió a su habitación, cerró la puerta a su espalda y se tendió en la cama cogiendo el libro que reposaba sobre la mesilla de noche.

Javier se lo agradeció en el fondo, prefería no dar demasiadas explicaciones sobre su presencia allí.

Se sentó ante el ordenador y aceptó la llamada. La cara sonriente de Susana se perfiló en la pantalla.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Muy bien, ¿y vosotros?

—También estamos genial.

—De pareja de recién casados ahora que la niña se ha ido, ¿no?

Susana se echó a reír.

—No tanto... viene casi todos los días. Ángel visita a sus padres muy a menudo y Miriam ya sabes que no aguanta mucho a su suegra. Se suele venir a casa y tomar un café con nosotros, si no está en el bufete.

—¿Está bien? ¿Cómo lleva el embarazo?

—Pasando por las molestias de la última etapa, pero muy bien. En poco tiempo tendremos aquí a la pequeña María. Tu padre y yo le hemos dicho que no venga a trabajar ahora que está más molesta, pero no quiere ni oír hablar de ello. Dice que se aburre en su casa. Lo que no queremos es que conduzca, de modo que la recogemos y la llevamos nosotros, porque está enorme y se le clava el volante.

Javier pensó cómo sería el final del embarazo de Alice, si también se pondría enorme. Hasta el momento estaba controlando bien el peso, pero Sam le había dicho que este solía aumentar mucho al final.

—¿Debe tener algún cuidado especial en esa etapa del embarazo? —no pudo dejar de preguntar.

—Si todo ha ido bien, no, salvo sobrellevar la incomodidad y el peso lo mejor posible —respondió Susana que había tenido unos embarazos magníficos con apenas molestias.

Fran se unió en aquel momento a la conversación.

—Hola, hijo. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, papá. Y tú ya veo que tienes un aspecto estupendo. Nadie diría que estás a punto de convertirte en abuelo.

—Voy a ser el abuelo más marchoso del universo. Nos lo vamos a pasar pipa la niña y yo.

—Pobrecita —susurró Susana—. Entre Hugo que la quiere hacer motera y tú no le vais a dejar tener una infancia normal.

—Pero para eso estás tú ahí, ¿eh, mami? Para poner un poco de sentido común —dijo Javier recordando las veces que de niño Fran hacía con sus hijos planes descabellados y luego llegaba Susana con su lógica habitual para «meterles las cabras en el corral», como decía su padre.

—Por supuesto.

Durante un rato mantuvieron una agradable charla en la que se pusieron al día de los últimos acontecimientos sucedidos en la familia. Javier supo de Hugo, de Miriam y de la larga ausencia de Sergio, pero por su parte no hizo mención a las novedades surgidas en su vida ni mencionó a Alice. No es que quisiera mantener en secreto que tenía una compañera de piso, sino que creía que sus padres verían en ella algo que no era, y prefirió guardar silencio. Ojalá pudiera darles la noticia que todos deseaban escuchar, que había olvidado a Marta y rehecho su vida con otra mujer, pero ese momento aún no había llegado y él prefería no mencionar a la chica que compartía su casa, pero no su cama. Alice y él eran amigos y nada más. Compañeros, de piso y de embarazo.

Cuando un rato después terminó de hablar con sus padres, se levantó del ordenador y se dirigió a la habitación de la chica. Tocó levemente con los nudillos en la puerta cerrada y no recibió contestación. Insistió y dudó unos segundos, pero al final se atrevió a abrir la puerta. La encontró dormida encima de la cama con un libro caído sobre el pecho. Se dormía en cualquier parte y cuando lo había comentado con Marc este le había dicho que era muy normal, que la dejase dormir porque cuando el bebé naciera pasarían más de una noche en vela.

Se acercó a su propia habitación y, cogiendo el edredón de su cama, la cubrió con él, cerrando cuidadosamente a sus espaldas para dejarla descansar y volvió a sentarse ante el ordenador dejando de lado la película que habían abandonado a medias. No le apetecía terminarla solo. Ya no le apetecía hacer nada solo.

Capítulo 10

Mientras preparaba unos cultivos, Javier no dejaba de darle vueltas a una idea que se le había ocurrido la tarde anterior.

Alice y él habían estado buscando en Internet información sobre el embarazo, cuidados específicos y ese tipo de consejos que se suelen transmitir las mujeres unas a otras y que queda fuera de las competencias del ginecólogo. Ella se había lamentado de no tener una madre o una hermana a las que preguntarle las dudas que le iban surgiendo. Tampoco tenía amigas, Josh se había ocupado durante años de apartarla de cualquier persona de su pasado para hacerla dependiente y, ahora que había desaparecido, Alice solo le tenía a él. Pero él no sabía nada de embarazos salvo los conocimientos básicos que había estudiado en la carrera. Aunque intuía que lo que Alice necesitaba era alguien que se hubiera sentido como se sentía ella, que hubiera experimentado el cansancio, las patadas o el asco a determinados alimentos en sus propias carnes.

Había pensado en ponerla en contacto con Susana o tal vez con Miriam, pero se resistía a implicar a su familia en el tema de Alice. No les había dicho que compartía piso con una chica, y si podía evitarlo prefería no hacerlo.

La voz de Sam al teléfono preguntándole a su mujer cómo se encontraba su hijo pequeño, que había pasado la noche con fiebre, le dio la solución.

—Sam... ¿Puedo pedirte un favor? —preguntó cuando hubo terminado de hablar.

—Claro, lo que quieras.

—¿Tú crees que a tu mujer le importaría darle a Alice algunos consejos sobre embarazos?

—¿Alice es la chica de la analítica? ¿Tu vecina?

—Ya no es mi vecina, se ha mudado a vivir conmigo para compartir gastos. No tiene madre, hermanas o amigas con las que hablar del tema. Busca información en Internet, pero creo que lo que necesita es hablar con una mujer que haya pasado por lo mismo. Yo no la puedo ayudar, nunca he estado embarazado ni cerca de una mujer que lo estuviera.

—Estoy seguro de que le encantará, Javier. A todas las mujeres les chifla hablar de sus embarazos.

—Alice se siente un poco sola, no tiene a nadie más que a mí.

—¿El padre sigue sin aparecer?

—Sí, pero fue lo mejor que les pudo pasar tanto a ella como al crío.

—En ese caso...

—Le diré a Alice que la llame si piensas que no le va a molestar.

—Haremos algo mejor que eso, venid mañana a cenar.

—Alice trabaja por las tardes y solo descansa los jueves.

—Os esperamos el jueves, entonces.

Alice se estaba arreglando ante el espejo del cuarto de baño para ir con Javier a cenar a casa de su compañero de trabajo. Después del día que habían ido al médico, era la primera vez que salían juntos. Ella lo consideraba una cita por mucho que Javier le hubiera dicho que Helen, la mujer de Sam, le quería dar algunos consejos que la ayudarían con su embarazo, cosa que ella le agradecía.

Le había preguntado a Marc sobre los cuidados de la piel para evitar las estrías, pero siempre surgían otras dudas que no consideraba importantes para molestar al hombre. Sobre todo, porque no le cobraba.

Alice se acicaló con especial cuidado aquella tarde. Se había comprado un par de jerséis holgados y dos pantalones premamá que esperaba le sirvieran durante todo el embarazo, puesto que ya el truco del elástico para cerrar sus vaqueros no le funcionaba y ni siquiera le subían por el trasero. El compartir casa y gastos le estaba permitiendo no solo comprar la ropa necesaria para ella, sino también ahorrar un poco para cuando naciera el bebé, al que ambos llamaban Javi cuando se referían a él, como si ya viviera con ellos y formara parte de sus vidas.

Aunque Javier estaba habituado a verla con pijama o chándal cuando estaba en casa y con vaqueros el resto del tiempo quería que aquella noche la viera como una mujer a pesar de su vientre hinchado, y no como a su compañera de piso. Se maquilló un poco y se puso la ropa nueva que le marcaba un poco más la tripa. Se miró de perfil en el espejo y se acarició la barriga comprobando que los cinco meses de embarazo ya se dejaban notar.

Cuando salió al salón, Javier la contempló con una sonrisa.

—Vaya, nuestro Javi cómo crece.

—¿Verdad? Está hecho todo un hombrecito.

—Y su mamá está guapísima.

Ella se sonrojó de satisfacción al comprobar que no solo se había fijado en el vientre.

Salieron a la calle y caminaron hasta la parada del autobús. Una vez acomodados en él, Javier le comentó.

—Sam y Helen te van a gustar.

—Estoy un poco nerviosa, hace mucho que no hago una visita social, ¿sabes?

Él le agarró la mano para tranquilizarla.

—Yo también. De hecho, solo hago ese tipo de visitas cuando estoy en Sevilla.

—¿Tienes allí muchos amigos?

—No muchos. De mi época de bachillerato hay alguno, pero yo siempre me he relacionado más con mis hermanos y con Marta. Crecimos juntos y tenemos muy poca diferencia de edad. No hemos necesitado hacer amigos porque nos teníamos unos a otros.

—Ya.

—Cuando voy a casa lo que sí tengo es familia que visitar. Los abuelos, mis tíos Merche e Isaac, y los padres de Marta que son como otros tíos especiales. Todos reclaman mi atención cuando estoy allí.

—¿Vas mucho?

Él se encogió de hombros.

—No tanto como quisiera, normalmente en navidades, cuando se suele reunir toda la familia. Salvo mi hermano Sergio, que es marino y no siempre está libre en esas fechas.

—Navidades... —dijo Alice con la voz apagada. El parto de Javi se produciría en diciembre y ella había esperado contar con la presencia de Javier a su lado. Él notó el cambio en el tono de su voz y comprendió el motivo.

—Este año tendrá que ser en otra época, no voy a dejarte sola en la fecha del parto o con un bebé recién nacido.

—No quisiera...

—Está decidido. De hecho, ya he hablado con mis padres al respecto.

—¿Y qué les has dicho?

—Que este año no me puedo pillar vacaciones en esas fechas. Que será para la primavera o el verano.

Ella se volvió hacia él y le miró agradecida.

—Gracias... Sé lo mucho que echas de menos a tu familia y las ganas que tienes de verlos.

—¿Crees que me voy a perder el parto de Javi? ¿O sus primeros meses? Ni por asomo. Me marcharé cuando vea que te desenvuelves bien con él y no necesitas mi ayuda.

—Trataré de que sea lo antes posible, no quiero privarte ni a ti ni a ellos de tu visita. Yo me crie sola con mi madre, mi padre nos dejó cuando yo era muy pequeña y nunca más volvimos a saber de él. Ella no tenía familia o no quería tener tratos con ellos, no lo sé. Cuando yo le preguntaba su mirada se tornaba triste, se empañaba y me decía que nos teníamos la una a la otra y que no necesitábamos a nadie más. Nunca hablaba de ellos ni de mi padre.

—¿Y tú no has sentido curiosidad por saber nada de él?

—Sí, por supuesto. Cuando fui lo bastante mayor hice preguntas, pero ella siempre decía que a quien no quería estar con nosotras no había que dedicarle ni siquiera un pensamiento. Por lo que yo supongo que mi padre conocía mi existencia, pero no quería saber nada, y llegó el momento en que pensaba igual que mi madre. Ni le queríamos ni le necesitábamos en nuestra vida. Pero la verdad es que cuando me hablas de tu familia numerosa y de tu infancia empiezo a darme cuenta de lo que he perdido.

El autobús llegó a su destino y Javier bajó de él y ayudó a hacerlo a Alice. Después le colocó la mano sobre la espalda y la guio hasta el portal donde vivía Sam,

era un gesto habitual cuando estaban en la calle. A Alice le encantaba que la tocara, aunque fuera de forma amistosa, nunca había sentido esa familiaridad con nadie; Josh nunca la tocaba salvo cuando hacían el amor o cuando la golpeaba. Esos gestos cariñosos de Javier en el día a día le daban una sensación cálida y la llenaban de alegría.

Sam salió a abrirles la puerta con un niño a cada lado. Javier les presentó.

—Esta es Alice.

—Hola, yo soy Sam.

Se besaron en la mejilla y les hizo pasar al interior. Javier se agachó a saludar a los niños.

—Yo soy Javier, el compañero de trabajo de papá. ¿Quién de vosotros es Sonny?

—Yo —dijo el más pequeño.

—Y tú debes ser Al.

—Sí.

Les tendió la mano, muy serio, y ambos niños se la estrecharon. Alice observó cómo con un simple gesto se había ganado la confianza de los pequeños y se dijo que iba a ser una gran ayuda cuando naciera su hijo.

Helen salió de la cocina quitándose el delantal.

—¡Bienvenidos! Yo soy Helen —dijo besando a ambos después de que Sam hiciera las presentaciones—. La cena estará enseguida. ¿Queréis tomar una copa mientras?

—Yo no bebo alcohol —dijo Alice.

—Y yo tampoco, por solidaridad —añadió Javier sonriendo.

—Tómame algo si te apetece. Para mí no es ningún sacrificio no beber, no acostumbro a hacerlo.

Helen se dirigió a Alice.

—Vamos a dejar a los chicos que disfruten de su copa. Yo voy a acostar a los niños. Ellos han cenado ya, pero querían conocer al amigo de papá. ¿Quieres venir y así vas cogiendo práctica?

—Claro —dijo siguiéndola al interior de la casa.

—¿De cuánto estás?

—De cinco meses. Veintiuna semanas.

—Te mantienes delgada, apenas se te nota.

—Javier es muy estricto en cuanto a la alimentación, supongo que porque es médico.

—Está bien mantener una alimentación adecuada, pero no te prives de algún capricho. Los famosos «antojos» de las embarazadas. Sam también intentaba mantenerse firme con la comida, pero yo le hacía pucheros y de vez en cuando me compraba lo que me apetecía. De todas maneras, cada embarazo es diferente, en el de Al cogí bastante más peso que en el de Sonny.

—Yo no quiero coger demasiados kilos, y haré lo que Javier me aconseje a

rajatabla —dijo con énfasis—. Si consigo mantenerme delgada será mucho mejor para el parto y también para recuperar la línea después.

Alice contemplaba embelesada cómo Helen ponía el pijama a sus hijos, los metía en la cama y los arropaba después.

—Ahora vamos a llamar a papá para que os dé el beso de buenas noches.

—¿Y nos lea el cuento?

—Esta noche no hay cuento, cariño; tenemos invitados. Mañana te leerá dos.

—¡Biennn!

Helen besó a sus hijos y salió de la habitación buscando a Sam.

—Los niños ya están en la cama, ve a darles un beso.

—Enseguida.

Alice y Javier se miraron y ambos sabían que estaban pensando en lo mismo. En el momento en que el pequeño Javi formase parte de sus vidas, lo acostaran y le dieran el beso de buenas noches. Una oleada de ternura invadió a Alice al imaginarle arropando a su hijo.

Después se sentaron a cenar y la conversación versó casi en exclusiva sobre embarazos, consejos y sentimientos maternos: la sensación de hormigueo que produce el movimiento cuando todavía es pequeño, las fuertes patadas que despiertan en mitad de la noche, la pesadez del final cuando la madre tiene que cargar con unos kilos adicionales que le impiden realizar la vida con normalidad y otras situaciones propias del estado. Helen se entusiasmaba a medida que la conversación iba avanzando y Alice la interrumpía con observaciones y preguntas. Sam y Javier las observaban en silencio con una sonrisa tierna, conscientes de que ellos estaban fuera de aquello, que por mucho que quisieran, esas experiencias eran algo que nunca vivirían de primera mano.

—¿Os estamos aburriendo? —preguntó Helen dándose cuenta de que ninguno de los hombres participaba en la conversación.

—No, cariño, a mí al menos no. ¿Y a ti, Javier?

—Tampoco. Me parece estupendo saber lo que el embarazo os hace sentir, hay cosas que jamás me había planteado al respecto. Creo que esta charla me ayudará a entender mejor a Alice.

La conversación continuó fluida durante toda la cena, y una vez terminada esta, se despidieron. Helen ofreció su ayuda y sus consejos para todo lo que Alice necesitara, así como elementos necesarios para el bebé cuando naciera, lo que supondría un alivio económico. También quedaron en verse a menudo para hablar, ir de compras o tomar un café y Alice sintió que había hecho una amiga. Helen era apenas seis años mayor, pero durante la cena se había sentido como si su madre estuviera con ella dándole consejos y apoyo. El tipo de consejos que solo una mujer que hubiera tenido hijos podía dar a otra.

Javier sonreía porque estaba seguro de que entre la mujer de su amigo y Alice se había establecido un vínculo fuerte que iba más allá de la simple amistad.

Cuando se marcharon, Helen se volvió a su marido con una ceja levantada.

—¿De verdad solo son compañeros de piso?

Él se encogió de hombros.

—Eso dicen.

—¿Y tú te lo crees?

—Javier es un hombre serio, y no tiene por qué mentirme... Si hubiera algo, los dos son jóvenes y libres.

—Es que parecen dos padres primerizos.

—Son dos padres primerizos, Javier considera ese niño como suyo.

—Espero que no se lleve un palo. Aunque ella está colada por él, eso es evidente, pero siempre puede aparecer el padre biológico.

—Esperemos que no.

Mientras aguardaban en la parada a que llegase el autobús, Javier comentó:

—Creo que debería comprar un coche.

—¿Un coche? —preguntó Alice extrañada.

—Sí. Nunca lo he necesitado, mi trabajo está cerca de casa y me gusta caminar, por eso nunca me planteé tener uno, pero con un niño es diferente. Aquí llueve mucho y no es buena cosa sacar a Javi a la calle con mal tiempo y tampoco quiero que se críe metido siempre en casa. ¿No te parece?

—No sé... no quisiera que tengas que hacer ese gasto por mí... por nosotros.

—También por mí, Alice. Podríamos hacer excursiones y disfrutar un poco. Creo que los dos trabajamos demasiado. Sí, lo voy a comprar; si lo tuviéramos no estaríamos aquí de pie esperando un autobús que no termina de llegar.

—A mí no me importa.

—Pero a mí sí. Esta noche no hace frío, pero el mal tiempo llegará en un par de meses e intuyo que esta no será la última vez que vengamos a cenar con Sam y Helen. No quiero que cojas frío.

Alice levantó los ojos hacia él y le vio tan entusiasmado con la idea que se emocionó.

—Gracias.

—No me las des, yo también voy a disfrutar del coche.

—No es por el coche, es por todo lo que haces cada día... porque no solo nos cuidas a mí y a Javi sino porque pareces saber lo que necesito y haces todo lo posible para dármelo. Como lo de traerme aquí esta noche... ha sido idea tuya, ¿verdad?

—La invitación vino de Sam, pero la idea de que hablaras con Helen sí fue mía. Se me ocurrió que una mujer embarazada debía hablar con otra que hubiera pasado por lo mismo. Yo intento estar ahí, pero nunca he estado embarazado ni sentido pataditas.

Alice sonrió.

—¿Quieres sentir las? Ahora mismo está jugando un partido ahí dentro.

Alargó la mano y agarrando la de él la deslizó dentro de la fina chaqueta que llevaba sobre el jersey y la colocó sobre el vientre justo donde sentía unos ligeros golpecitos.

—¿Las sientes?

—Sí, aunque muy levemente, como amortiguadas.

Se levantó un poco el jersey y deslizó la mano por debajo. Una sensación cálida y excitante se apoderó de ella cuando la palma grande cubrió una parte de su vientre. Las mariposas en el estómago se mezclaron con las patadas de su hijo estableciendo un vínculo entre los tres.

—Ahora sí —dijo él acariciándole la piel desnuda, deslizando la mano con suavidad—. Hola, Javi —añadió dando unos leves golpecitos justo donde notaba el movimiento. Alice notó una especie de respuesta desde el interior de su vientre y sonrió.

Una pareja se acercaba a la parada y Javier sacó la mano de debajo del jersey de Alice y se dispuso a seguir esperando el autobús. Ella aún sentía el calor de su mano y se preguntó si alguna vez la sentiría como mujer y no como la única forma de comunicarse con el niño, que seguía dando pataditas reclamando el contacto con el mundo exterior.

Capítulo 11

Susana y Fran se bajaron del taxi, ella decidida, él algo más reticente.

—Sigo sin creer que esto sea una buena idea, Susana.

—A mí me parece magnífica.

—Puede que se enfade.

—¿Javier? —preguntó ella incrédula—. Si fuera Hugo seguro que sí, pero no Javier.

Después de que su hijo les hubiera dicho que no podría ir a Sevilla a pasar las navidades con ellos y se hubiera mostrado, al parecer de Susana, algo esquivo en las explicaciones, ella había empezado a sospechar que había algún otro motivo además del trabajo. Javier esperaba las vacaciones con verdadera impaciencia, y no era normal que hubiera pospuesto su visita por tiempo indefinido, sin dar una explicación clara y convincente. Al menos no estaba clara para ella y por tanto había decidido que si no iba a verlos, serían ellos quienes fueran a visitarle. Encargó unos billetes de avión dispuesta a averiguar qué pasaba, porque no tenía ninguna duda de que ocurría algo insólito.

Cuando iban a verle solían alojarse en su casa, pero en aquella ocasión el instinto le había aconsejado a Susana coger una habitación en un hotel y allí habían descansado y esperado a que fuera la hora adecuada para encontrar a su hijo en casa.

Fran siguió a su mujer después de pagar al taxista, aún renuente.

—Creo que deberíamos al menos haberle avisado de que estamos aquí y no presentarnos en su casa por las buenas.

—¿Y estropearle la sorpresa?

—A lo mejor la sorpresa nos la llevamos nosotros. Susana, tú no eres así, nunca has actuado con los chicos a traición.

—Yo no estoy actuando a traición, solo vengo a ver a mi hijo.

—Sin avisarle.

—Para darle una sorpresa.

—Ya...

Entraron en el portal y se dirigieron al apartamento de Javier. Susana llamó al timbre con decisión. Les abrió la puerta una chica morena, bonita y con una imponente barriga de embarazada.

—Vaya... no sé si nos hemos equivocado —dijo Fran algo perplejo—. Buscamos a Javier Figueroa.

—Sí, vive aquí, pero no está en casa, ha salido un momento.

Acababa de bajar a comprar un par de cosas para la cena.

Susana la miró con una sonrisa divertida y preguntó a bocajarro:

—¿Voy a ser abuela de nuevo?

—Somos los padres de Javier —aclaró Fran.

Alice enrojeció y se miró la tripa. Después, algo azorada, respondió:

—No, no... yo solo vivo aquí... Javier... él no es el padre.

—¡Ah!

Después se dio cuenta de su descortesía.

—Perdonen, no les he invitado a pasar... —dijo apartándose de la puerta—. No tardará, solo ha ido un momento al supermercado...

Entraron y ante la evidente incomodidad de la chica, Susana se presentó.

—Yo soy Susana y él es Fran, mi marido. Y si lo prefieres podemos volver más tarde.

—No, no, por favor... siéntense... yo soy Alice, la compañera de piso de Javier. Disculpen mi torpeza, es que no estoy acostumbrada a recibir visitas.

—Quizás debimos llamar antes —intervino Fran con una mirada a su mujer en la que le decía que él estaba en lo cierto.

—Queríamos darle una sorpresa —aclaró Susana—. Lamento si hemos sido inoportunos.

—Se va a alegrar mucho de verlos.

—Eso espero —susurró Fran entre dientes.

—¿Les apetece tomar algo? Un té o un café... no tenemos alcohol en casa.

—Un café, gracias —aceptó Susana—. Nos ayudará a combatir el *jet lag*. Apenas hemos descansado, impacientes por verle.

Aliviada, Alice se perdió en la cocina. Fran se inclinó para hablarle a su mujer al oído.

—Le hemos dado a esa pobre chica un susto de muerte.

—Yo sabía que había algo raro.

—Te ha dicho que Javier no es el padre, y que solo son compañeros de piso.

—Lo he oído.

—¿Y no te lo crees?

—Claro que me lo creo, he interrogado a suficientes personas en mi vida como para saber cuándo alguien miente. Pero también conozco lo bastante a mi hijo como para estar segura de que ella y su embarazo, sea quien sea el padre, es el motivo por el que Javier no viene a casa estas navidades.

—¿Estás segura?

—Es hijo tuyo, cariño, el que más se parece a ti de todos. ¿Tú te irías de viaje y dejarías a tu compañera de piso, aunque solo sea eso, a punto de parir? Por el tamaño y la altura del vientre debe estar de unos seis meses... para diciembre más o menos. Dime, ¿te irías?

—No. Pero debe haber un padre.

—Si vive aquí con Javier el padre no debe estar muy presente ¿no crees?

Fran se inclinó y besó a su mujer en la mejilla.

—Mi abogada lógica y observadora. Y si a eso unimos el instinto de madre... ¡No

quisiera yo ser hijo tuyo!

La entrada de Alice en la habitación portando una bandeja con tazas y una cafetera, puso fin a la conversación.

El café supuso un alivio en la tensión existente.

—Hum, está muy bueno. No sabes cuánto te lo agradecemos, Alice, necesitábamos un chute de cafeína —dijo Susana—. No todo el mundo sabe preparar un buen café, aquí lo soléis tomar bastante más flojo de como lo bebemos en España.

—Lo he preparado como le gusta a Javier, he supuesto que es así como lo toman en su casa.

—Justo así.

En aquel momento oyeron el timbre de la puerta. Alice se levantó y fue a abrir con presteza.

Javier estaba en el umbral cargado con dos bolsas de la compra, bastante más de lo que en principio iba a traer. Alice se las cogió de las manos y señaló hacia el salón.

—Tienes visita.

Javier vio a sus padres sentados en el sofá; Susana con expresión radiante, Fran caviloso. Sorprendido y feliz, se dirigió hacia ellos que se levantaron a su vez. Se fundieron los tres en un apretado abrazo, y Alice contuvo a duras penas unas lágrimas de emoción al contemplar los sentimientos que había en aquel abrazo por parte de todos.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó cauteloso—. No pasa nada malo ¿verdad?

—No, hijo —dijo Fran secándose una lágrima—, solo que tu madre no aguantaba más sin verte.

—Siempre es bueno que haya madres —dijo Susana riendo—. No pensarías que me iba a conformar sin verte estas navidades ¿verdad? Tu padre y yo hemos aprovechado un bajón en el trabajo para venir a hacerte una visita antes de que empiecen los preparativos para las fiestas.

—¿Y por qué no habéis avisado? Hubiera ido a buscaros al aeropuerto, ahora tengo coche.

Javier detectó un ligero alzamiento de cejas por parte de Fran.

—Queríamos darte una sorpresa —dijo Susana riendo.

—Y lo habéis conseguido.

—Tú a nosotros también —añadió mirando a Alice—. Por un momento pensé que iba a ser abuela otra vez.

Javier lanzó una carcajada.

—¡No... qué va! Alice es una amiga.

—Solo amigos ¿eh? —dijo Fran moviendo la cabeza con aire divertido.

—Exacto. Vive conmigo porque se quedó sola en su apartamento y embarazada, además. Necesita cuidados y también compartimos gastos; es bueno para ambos.

—Me alegra mucho que no vivas solo, Javier. Es estupendo tener compañía cuando se llega a casa. Un apartamento vacío y solitario puede pesar mucho —dijo

recordando los años que había vivido sola en Barcelona.

—¡Y que lo digas! Pero por suerte, ahora Alice está aquí y pronto tendremos con nosotros al pequeño Javi.

Fran miró de reojo a Alice, que se había sonrojado.

—Le voy a llamar así, es un nombre muy bonito —dijo esta a modo de explicación.

—Es un chico entonces.

—Sí.

—A mí también me gusta mucho el nombre, es evidente —rio Susana cómplice—. ¿Sabes? Es el segundo nombre de Fran y yo siempre pensé que si alguna vez teníamos un hijo le llamaría así.

—¿Y vuestro equipaje? —preguntó Javier mirando a su alrededor.

—En el hotel.

—¿No os vais a quedar aquí?

—Como hemos venido sin avisar no hemos querido dar nada por sentado.

—El hecho de que Alice viva aquí no quiere decir que no os podáis quedar vosotros. El sofá cama sigue estando disponible ¿verdad? —dijo mirando a esta buscando su aprobación.

—Claro.

—No queremos ser un incordio.

Javier la rodeó de nuevo con los brazos.

—¿Cómo vas a ser un incordio, con lo que te echo de menos? Convéncela, papá.

—No se va a resistir a un abrazo como ese, Javier.

Aun así, Susana miró a Alice que sonreía.

—A mí también me gustaría tenerles aquí —dijo la chica.

—Entonces hecho. Iremos al hotel por el equipaje.

—Os llevo en el coche.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—No, unas semanas. Pensé que cuando Alice tenga al niño necesitaríamos un vehículo, aquí los inviernos son duros y llueve mucho. No queremos que esté siempre resfriado. ¿Vamos?

—¿Te importaría ir tú con él, Fran? Estoy un poco cansada del viaje y si a Alice no le molesta preferiría quedarme aquí.

—No, claro que no —dijo esta ya más relajada.

Fran miró a su mujer y adivinando sus pensamientos, advirtió:

—Recuerda al veterinario que debía compartir sala de espera con el abogado. Las ovejas mezcladas con los delincuentes.

Susana lanzó una sonora carcajada ante la alusión a la primera cena que hizo en casa de Fran, muchos años atrás, cuando solo eran compañeros de clase y Magdalena la sometió a un auténtico interrogatorio.

—No es el caso, cariño, solo estoy cansada.

Javier y Fran salieron del apartamento y se dirigieron al garaje subterráneo. Una vez instalados y de camino Fran comentó, esta vez en castellano, puesto que la conversación anterior se había desarrollado en inglés para incluir a Alice en ella.

—Ha sido cosa de tu madre.

—¿Lo de venir a verme?

—Lo de venir sin avisar. Espero que no te hayas molestado, sé que debimos al menos llamar antes de presentarnos en tu apartamento.

—Claro que no me he molestado, estoy encantado con la sorpresa. Yo también pensaba que iba a tardar en veros este año y me ha dado una alegría enorme encontraros en casa.

—Estaba preocupada, pensaba que te ocurría algo y no nos lo querías decir.

—Alice dará a luz en diciembre, no quiero dejarla sola en esas fechas, no tiene familia.

—¿Y el padre del niño? Porque realmente no eres tú ¿verdad?

—No, no lo soy, aunque me siento como si lo fuera. Yo he vivido este embarazo con ella desde el principio; Alice compartía con su novio el apartamento de al lado, pero él se marchó cuando se quedó embarazada y se negó a abortar. No ha vuelto a dar señales de vida, ni creo que lo haga. Y será lo mejor para todos. Y ahora ¿vas a decirme a qué venía eso de las ovejas y los delincuentes que tanta gracia le ha hecho a mamá?

Fran se echó a reír.

—Cuando todavía éramos estudiantes, ella vino a mi casa a hacer un trabajo en el ordenador y la abuela la invitó a cenar y le hizo todo un interrogatorio para averiguar si había algo entre nosotros.

—¿Y lo había?

—Sí y no. No estábamos saliendo juntos aún, pero estábamos colados el uno por el otro, aunque insistíamos incluso ante nosotros mismos en que éramos solo amigos.

Javier frunció el ceño levemente.

—¿Crees que mamá se ha quedado para interrogar a Alice y averiguar si tenemos una relación?

—Interrogarla no, tu madre no es así, pero seguro que querrá saber qué hay detrás de ese compartir piso.

—Nada en absoluto, solo somos compañeros de apartamento y amigos. Ojalá lo hubiera, porque Alice es una chica encantadora, tierna, sensible y muy cariñosa. Pero yo... no puedo verla como mujer —dijo con pesar—. Sigo enamorado de Marta.

Fran sacudió la cabeza.

—Tu madre y yo estuvimos tres años separados, ya os lo hemos contado en alguna ocasión.

—Sí.

—Nunca la olvidé. Aprendí a vivir sin ella, pero nunca olvidé la relación que tuvimos. Y hoy sé que no fue porque no pudiera, sino porque no quería. Seguía

atesorando los recuerdos de nuestro noviazgo y no permití a nadie acercarse a mí. Ella y yo volvimos a encontrarnos, la vida nos reunió de nuevo y nos dio una segunda oportunidad, pero Marta y tú no habéis tenido nada, y nunca lo vais a tener... Ella está enamorada de Sergio y tú lo sabes.

—Claro que lo sé. Y sé que, aunque él no existiera, Marta no me quiere a mí de la misma forma que yo a ella, pero en el corazón no se manda. ¡Ojalá pudiera olvidarla y enamorarme de nuevo, de Alice o de cualquier otra mujer! Lo intenté en la facultad, pero no funcionó.

—Abre tu corazón, Javier, y permite que la mujer de tu vida llegue. Pero tienes que dejar ir a Marta, mientras no lo hagas todo será inútil.

—Lo haré, te lo prometo.

Apenas los hombres se hubieron marchado Susana se volvió hacia Alice que estaba parada en mitad de la habitación sin saber muy bien qué hacer con aquella mujer que acababa de aparecer en su casa y que la hacía sentirse un poco cohibida. Era la madre de Javier y ella no sabía muy bien cómo comportarse. Pero Susana le dedicó una cálida sonrisa y dijo:

—Espero que de verdad no te importe que me haya quedado, no estoy cansada, pero quería estar a solas contigo un rato.

Alice sintió que se encogía un poco más.

—Para decirte lo contenta que estoy de que vivas aquí con Javier. Lo veo feliz y eso me alegra muchísimo.

—Ya le he dicho antes que entre él y yo no hay nada, no soy la causa de su felicidad. Tampoco compartimos la habitación, ya lo comprobará puesto que va a quedarse aquí.

—Claro que eres la causa de su felicidad, aunque no tengáis una relación amorosa ni durmáis juntos. Vivir contigo, ilusionarse con Javi, le está haciendo mucho bien, y yo quiero agradecerlo. Si compartís o no la cama, no es asunto mío, sois dos personas adultas, y me hace ilusión que le pongas su nombre a tu hijo.

Alice se sintió animada.

—Es mi forma de agradecerle lo mucho que hace por mí —dijo con los ojos brillantes de felicidad, lo que a Susana no le pasó inadvertido—. No sé qué habría hecho si no hubiera estado a mi lado estos meses.

—Mi hijo es muy cariñoso.

—Sí que lo es; siempre tiene una sonrisa, una palabra amable. Sé apreciar eso en lo que vale —dijo enrojeciendo un poco.

Susana decidió cambiar de tema, porque ya tenía más que claros los sentimientos de aquella chica. Y deseó que con su dulzura consiguiera cambiar los de Javier y le diera la paz que necesitaba.

—¿Amigas entonces? —preguntó con una sonrisa.

Alice asintió, y Susana decidió llevar la conversación hacia un terreno que hiciera sentir cómoda a la chica.

—¿De cuánto estás?

—De seis meses.

—¿Y el embarazo va bien?

—Sí, muy bien. Un compañero de la facultad de Javier lo lleva.

—Yo tuve unos embarazos estupendos, sin apenas molestias. Me sentía feliz y pletórica y hasta me veía más guapa cuando me miraba al espejo. Los tuve todos muy seguidos.

—Sí, Javier me ha contado que se lleva poco tiempo con sus hermanos.

—¿Te ha hablado de ellos?

—Algo, no mucho.

—A nosotros no nos ha dicho nada de que compartiera piso, de ahí mi sorpresa cuando has abierto la puerta. Te pido disculpas si te he hecho sentir incómoda.

—No pasa nada. Imagino que ha debido ser una sorpresa encontrar a una chica embarazada en casa de su hijo.

—Un poco, la verdad. Pero no me hubiera importado en absoluto ser abuela de nuevo.

—¿Es abuela?

—Sí, tenemos una nieta de poco más de un año. Javier solo la ha visto una vez, las navidades pasadas.

—No va a ir este año por mi culpa —dijo apesadumbrada.

—Por tu culpa no, son las circunstancias. Javier es muy amigo de sus amigos y está ahí siempre que se le necesita.

—Ya lo sé, me lo ha demostrado con creces. Ojalá yo pueda corresponderle de alguna forma, y devolverle todo lo que está haciendo por mí y por mi hijo.

—Ya lo haces. Está ilusionado, feliz, como no le veía desde hace años, desde que se vino aquí solo.

—Echa de menos a sus hermanos y su vida en Sevilla.

—Sí, pero al hacernos mayores a veces tenemos que dejar atrás a gente a la que queremos, para conocer a otra. Es la vida.

—A mí conocer a Javier es una de las mejores cosas que me ha pasado nunca. Si alguna vez tengo que dejarle atrás... me costará mucho —dijo con un hilo de voz.

Susana miró a la chica con atención. Sí, no se había equivocado, Alice sentía por Javier algo mucho más profundo que una simple amistad. Por un momento se sintió transportada al pasado, a aquella época en la que estaba enamorada de Fran y pensaba que era solo una amiga para él. Entonces se conformaba con eso, con tenerle cerca e intuyó que a Alice le ocurría igual.

—Esperemos que eso no suceda.

—Esperemos. Ahora, si no le importa voy a preparar la cena. ¿Alguna cosa que no le guste a usted o a su marido?

—Comemos de todo. Si me lo permites, me gustaría ayudarte, y que me tutearas.

—Claro que te lo permito. Y si me puedes dar recetas que le gusten a Javier, te lo agradecería, así le puedo dar alguna sorpresa.

—La paella... le encanta. Te enseñaré a prepararla.

Ambas mujeres entraron en la cocina y allí, disfrutando de una alegre charla, las encontraron Javier y Fran a su regreso.

Estuvieron allí una semana que a todos se les hizo muy corta. Disfrutaron de una temperatura todavía agradable para dar paseos, salir a comer y realizar alguna excursión en el coche por los alrededores. Alice se sintió parte de una familia, cosa que nunca había tenido y a veces no podía dejar de imaginar, más bien soñar despierta, que Javier y ella eran pareja, que Javi era el hijo de ambos y Fran y Susana unos abuelos maravillosos.

El día antes de marcharse, mientras Javier trabajaba, ambas mujeres fueron de compras. Susana quería regalarle algo para el niño, y Alice no pudo negarse ante la insistencia. Fueron al centro comercial, a una tienda especializada en ropa infantil y volvieron cargadas de bolsas tanto para María, la hija de Miriam, como para Javi.

Se sentaron a comer en una cafetería, comida de chicas, lo calificó Susana, y Alice se sintió abrumada por tantas atenciones.

—Vas a permitirme que te invite, ¿verdad? —dijo una vez acomodadas en la mesa.

—No debería —comentó Susana con un leve movimiento de cabeza—, pero sí, voy a hacerlo porque sé bien cómo te sientes.

—¿Lo sabes?

—Antes de terminar la carrera tenía muy poco dinero, pasaba muchos apuros para llegar a fin de mes y Fran tenía que invitarme a casi todo. Me costaba bastante aceptarlo y me sentía muy feliz cuando podía corresponder. De modo que, aunque sé que el dinero no te sobra, voy a dejar que pagues tú, siempre y cuando sea algo que te puedas permitir. ¿Qué tal una ensalada para compartir y un par de sándwiches?

—¿Solo eso? Quisiera...

—No; hace años que no me tomo un sándwich en una cafetería, me traerá recuerdos de mi época de estudiante.

—De acuerdo.

Pidieron las consumiciones y Alice comentó:

—Ahora entiendo cómo es Javier... se parece a Fran y a ti.

Susana negó con la cabeza.

—Tiene poco de mí, salvo el ansia de saber y el afán de estudiar. Es clavadito a su padre tanto en el físico como en el carácter.

—¿Todos tus hijos son así?

—No, no todos. Hugo es un pillastre bueno, pero encantador. Se lleva a las

mujeres de calle, aunque ahora ha sentado la cabeza y encontrado a su media naranja.

—¿Él es el novio de Marta?

Había bajado la voz, temerosa de hacer una pregunta tan personal. Ignoraba si Susana sabía los sentimientos de Javier por la novia de su hermano, pero tenía que preguntarle, saber más cosas de la mujer que ocupaba su corazón.

—¿Te ha hablado de Marta?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

Por el tono de voz de Susana, Alice supo que estaba al tanto del amor de Javier por su cuñada.

—Que está enamorado de ella desde que era adolescente y que es la novia de su hermano.

—De Sergio, no de Hugo.

—¿Es muy guapa?

—Sí, cariño, lo es, pero no es eso lo que hace que Javier esté enamorado de ella. Hubo una época en que todos mis hijos lo estaban, pero eligió a Sergio. A Hugo se le pasó cuando encontró a Inés, su chica —mintió un poco al respecto, pero sabía que Alice necesitaba un poco de esperanza—, y también a Javier se le pasará cuando encuentre a la suya.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. El tiempo y la distancia curan cualquier amor por muy fuerte que sea.

—Gracias... yo...

—Tú le quieres, ya lo sé.

Alice bajó la mirada.

—Sé que no puedo competir con Marta, pero yo haría lo que fuera para hacerle feliz.

—Y a mí me encantaría que Javi y tú formarais parte de nuestra ruidosa familia.

—Gracias por decirme eso.

—Es lo que siento, y a Fran le pasa lo mismo. Quizás algún día.

—Quizá. Yo me conformo con vivir con él y quererle en silencio, con que me coja la mano o me roce el brazo de forma amistosa.

—Sí, lo sé. A mí con Fran me pasaba lo mismo, pero eso cambió y llegó un momento en que quería más.

—Yo sé que no voy a tener más, no me hago ilusiones. Pero las cosas están bien así, me basta con quererle, con tenerle cerca. Con cocinarle esa paella que me has enseñado a hacer e imaginar que él, Javi y yo somos una familia.

Susana no dijo nada, pero rogó por que Alice hiciera a su hijo olvidarse de Marta y enamorarse de nuevo. Porque le diera esa familia que también él necesitaba.

Terminaron de comer en silencio, como si las dos sintieran que ya habían dicho demasiado y luego volvieron a casa, cargadas de paquetes.

Al día siguiente, Javier los acompañó al aeropuerto y, una vez instalados en el avión para el largo vuelo hasta Madrid, Fran le preguntó a su mujer:

—¿Tranquila ya respecto al chico?

—Sí, mucho más tranquila.

—¿Tú crees que llegarán a tener algo? Dicen que el roce hace el cariño.

—Cariño ya hay, Fran, mucho. Lo que hace falta es que se transforme en algo más. Por parte de Alice ya ha sucedido, ahora esperemos que a Javier le suceda también. Mientras tanto, creo que no deberíamos hablar de Alice en Sevilla.

—¿Por?

—Porque Sergio y Marta lo pasan mal por el tema de los sentimientos de Javier y no estaría bien que se hagan ilusiones de que ella pueda cambiar las cosas, por si no sucede.

—Sí, creo que tienes razón. Javier no viene estas navidades por motivos de trabajo.

—Así es. Y nosotros, recemos a San Antonio.

—¿A San Antonio? ¿Para qué?

Susana se echó a reír.

—Cosas de viejas. Mi abuela, cuando veía que pasaba mi adolescencia y ningún chico me cortejaba, me decía que le rezásemos para pedirle un novio.

—¿Y tú lo hacías?

—Pues claro —dijo con una carcajada—. ¿Cómo crees que te pesqué?

—No sé, siempre pensé que había un duendecillo suelto por el aula de cultura disparando flechas a diestro y siniestro.

—Podría ser.

Fran se recostó contra el asiento.

—Trata de dormir, Susana.

—No sé, ya sabes que me cuesta conciliar el sueño en los viajes.

—Inténtalo, porque no sé tú, pero yo estoy deseando llegar a casa y desquitarme de una semana durmiendo en un sofá en el salón y sin poder cogerte más que la mano. No te voy a dejar dormir mucho cuando lleguemos.

—Dormiré ahora —dijo sintiendo la anticipación en las entrañas. También ella había echado de menos el sexo y la intimidad. Cerró los ojos y trató de relajarse.

Capítulo 12

Eran casi las once cuando Alice llegó a casa aquella noche y sintió un nudo de aprensión al encontrar la puerta cerrada con doble llave y la casa a oscuras y vacía. Javier solía llegar a media tarde, y aunque a veces tuviera que prolongar un poco la jornada, nunca en los meses que llevaban viviendo juntos había llegado después que ella cuando hacía turno de tarde. Imágenes de accidentes, de atropellos o de otras cosas terribles la sobrecogieron. Lo primero que hizo fue mirar el móvil, en silencio desde que entró a trabajar a media tarde y al que ni siquiera había echado un vistazo al salir. Estaba ansiosa por llegar a casa, quitarse los zapatos para aliviar la presión de sus pies hinchados, y sobre todo ver a Javier, su sonrisa cálida de bienvenida que la recibía cada noche.

Respiró tranquila cuando vio un mensaje suyo en el aparato.

«Han surgido problemas en el laboratorio, no sé a qué hora llegaré a casa. No me esperes levantada».

Respiró hondo, y una vez calmada su inquietud, afloró la decepción por no verle aquella noche. Se dio su habitual ducha y se preparó algo ligero para cenar, que tomó sentada en el sofá con una bandeja sobre las rodillas. La casa se le antojó vacía y triste, la presencia de Javier llenaba cada rincón cuando estaban juntos. Levantó las piernas sobre una silla y se dispuso a esperarle un rato, a pesar de su recomendación.

Javi parecía percibir que algo no iba bien, porque estaba muy inquieto. Colocó la mano sobre el vientre tratando de calmarle, lo que consiguió solo a medias. Quizás también él necesitaba la mano grande de Javier que cada noche jugaba a dar golpecitos donde el pequeño daba patadas. Era un juego que se había vuelto habitual y que a Alice le encantaba. A los siete meses de embarazo ya debía tener poco espacio, no era muy alta y Marc les había dicho que era un bebé grande.

Esperó durante casi una hora, pero ya la espalda le molestaba y los pies y piernas doloridos echaban de menos el habitual masaje de las manos de Javier. Decidió acostarse y esperarle tendida para aliviar el cansancio.

No pudo dormir, inquieta esperaba sentir en la cerradura las llaves, con los ojos como platos, incapaz de conciliar el sueño.

Al fin lo sintió llegar, ya muy avanzada la noche. Vio encenderse la luz del salón y luego nada, solo silencio. Ningún sonido que le indicara la más mínima actividad ni en el salón ni en el baño. Aguardó un poco sin querer ser indiscreta, pero ante el persistente silencio saltó de la cama y, tras ponerse una bata, salió de su habitación.

Vio la figura de Javier sentado en el sofá con los codos apoyados en las rodillas y la cara hundida entre las manos. Se acercó despacio sin hacer ruido y solo cuando estaba a su lado susurró:

—Javier... ¿Qué ocurre?

Él tardó unos segundos en levantar la cabeza. Y se asustó al ver los ojos enrojecidos y una infinita angustia reflejada en ellos. La expresión abatida y desolada como nunca le había visto antes. Él, que era la fuerza en persona, que siempre encontraba lo positivo de todo, se veía realmente hundido.

—Que probablemente acabo de matar a una persona... a una chica joven, de apenas diecisiete años —dijo con voz desgarrada.

Alice se sentó a su lado.

—No... ¿cómo va a ser eso? Tú no ejerces la medicina, te dedicas a la investigación.

—También nos relacionamos con pacientes, aunque no de forma directa. Hay un tratamiento que está ya en fase de comercialización y funciona. Está siendo de gran ayuda en los casos de leucemia... ya se ha utilizado con buenos resultados, está suficientemente probado. Al centro vienen los pacientes que lo están tomando para que les hagamos controles sobre los resultados y para ajustar las dosis. Esta chica venía desde hace unos meses, Sam y yo llevamos su caso y su seguimiento. Todo iba bien pero ayer tuvo una reacción extraña. Su madre nos llamó para decirnos que tenía síntomas raros, y le pedimos que viniera para que los oncólogos la examinaran. Le detectaron una dolencia que al parecer se le ha desarrollado hace poco y que no habíamos diagnosticado, no sé si por error o porque cuando empezó el tratamiento no existía. No lo sé —dijo mesándose los cabellos con desesperación—. El caso es que entró en coma este mediodía y ha fallecido hace una hora y media.

Había desesperación en su voz.

—Diecisiete años, Alice... Yo ajusté las dosis y hacía el seguimiento quincena a quincena, y no me di cuenta. Estaba tan satisfecho de los avances que no pensé que algo no pudiera ir bien. A lo mejor si hubiera estado más atento, si no hubiera estado tan confiado con los resultados...

Alice le rodeó los hombros con el brazo y bastó eso para que Javier se aferrase a ella con todas sus fuerzas. Enterró la cara en su cuello y pudo percibir sollozos y lágrimas que mojaban su pijama.

—Nunca quise ejercer la medicina, porque no sabía si podría soportar perder pacientes, preferí las probetas y los microscopios. Pero es algo que no se puede evitar al cien por cien, siempre hay pacientes, aunque no de forma directa. Esta chica estaba tan feliz porque el tratamiento la hacía mejorar, hacía planes y me los contaba, de lo que iba a hacer cuando estuviera totalmente restablecida. Ya no hará nada.

Alice le estrechó con más fuerza, el vientre abultado apretado contra el cuerpo de él, y le dejó llorar y desahogarse. Durante mucho rato Javier tuvo la cara hundida en su cuello y ella sentía la respiración cálida sobre su piel y no se atrevía a moverse para no romper el momento. Y de repente algo cambió. Javier dejó de llorar, su respiración se hizo pesada y su boca se posó sobre el cuello y permaneció allí quieta con los labios entreabiertos apoyados sobre la piel desnuda. El aliento cálido le quemaba la piel y el abrazo fraternal se hizo diferente. Alice subió la mano y le

acarició la nuca con la yema de los dedos. Un ligero gemido la animó a seguir, a jugar con el pelo subiendo y bajando los dedos. Él deslizó la boca por el cuello hasta el borde de la mandíbula y ella, con el corazón latiendo a toda velocidad, giró un poco la cabeza buscando su boca. La encontró sin dificultad, los labios se acariciaron con suavidad por unos largos minutos y luego se abrieron y el beso surgió con espontaneidad, cálido y suave. Las lenguas se rozaban apenas, tanteándose. Alice temblaba y Javier la rodeó con los brazos buscando y encontrando el consuelo que necesitaba.

El beso se hizo más intenso, más profundo y se dejaron llevar. Ninguno de los dos quería pensar y se aferraron el uno al otro como dos náufragos, cada uno por diferentes motivos.

Las manos se deslizaron bajo la ropa, los dedos de Javier acariciaron la piel tersa del vientre de una forma diferente a como lo había hecho antes y Alice rogó que Javi no empezara a moverse como solía hacer al sentir la caricia, y rompiera la magia de aquel momento maravilloso que jamás había esperado vivir.

Un beso se sucedía a otro, las manos acariciaron y exploraron hasta que, al fin, con la respiración entrecortada separaron las bocas y se encontraron las miradas. Alice contuvo el aliento, temiendo que él diera marcha atrás y se arrepintiese de lo que estaba ocurriendo, pero el deseo que leyó en sus ojos la hizo levantarse y alargando la mano tiró de él, que se dejó conducir sin resistencia hasta su propia habitación.

Allí, de pie, se quitó despacio el pijama con la mirada de Javier clavada en su cuerpo provisto de una belleza que solo un hombre podía apreciar. Alice vio la pasión de su mirada a pesar de su cuerpo hinchado y empezó a desnudarlo a su vez.

Le quitó el jersey, sacándoselo por la cabeza con esfuerzo, con movimientos lentos y temerosa de que en cualquier momento pudiera interrumpirla. Pero Javier no lo hizo, la ayudó a quitarle toda la ropa y después la abrazó de nuevo y la besó con intensidad. Cuerpo con cuerpo, piel con piel. La llevó hasta la cama y se acostó a su lado. Sus manos exploraron los grandes pechos con cuidado, rozando apenas los pezones demasiado sensibles al tacto, el vientre, los muslos y las caderas. Alice se excitaba por momentos, nunca había sentido en su cuerpo caricias tan intensas, tan íntimas. La boca de él se cerró sobre uno de los pezones y lo rozó con la lengua, una caricia lenta y ligera que mandó sensaciones por todo su cuerpo. Quería pedirle que intensificara la caricia, pero no se atrevía a hablar consciente del estado de *shock* de Javier. Se limitó a acariciarle la espalda y los hombros tratando de contener el deseo que por primera vez en su vida la asaltaba con ferocidad. Por fin, él la giró de costado sobre la cama y la penetró desde atrás, lentamente, centímetro a centímetro, como si temiera lastimarla. Empezó a moverse despacio, con mucho más cuidado del que Alice deseaba.

—Si te hago daño, dímelo —susurró contra su cuello, y ella pensó que antes se moriría.

Una mano de Javier rozaba uno de los pechos y la otra bajó hasta el clítoris jugueteando, y presionando hasta que todo se precipitó. Las emociones dieron paso a sensaciones fuertes que Alice nunca había experimentado antes, la presión subió y al fin estalló de forma violenta en su interior. Giró la cabeza y mordió la almohada tratando de acallar el grito que pugnaba por salir de su garganta, pero la voz suave de Javier en su oído, le susurró:

—No te contengas... déjate ir...

Y el gemido salió liberador de su boca y él se dejó ir también. Después hundió la cara en su cuello y la rodeó con los brazos, permaneciendo así mucho tiempo. El corazón de Alice palpitaba con violencia, sentía el cuerpo de Javier pegado al suyo y en toda su vida había sido más feliz. Fuera cuales fueran los motivos por los que le había hecho el amor esa noche no le importaban. Jamás olvidaría esos momentos ni la felicidad y el placer que había sentido. No quiso pensar en la mañana siguiente y se recostó contra su cuerpo disfrutando el momento.

Por mucho que intentó no dormirse, el cansancio pudo más y la fue sumiendo en un sueño tranquilo y relajado, y poco después Javier también se quedó dormido.

Alice se despertó y encontró la cama vacía; él se había marchado a su hora habitual a pesar de que ambos se durmieron muy tarde. Lo último que recordaba era su cuerpo pegado a su espalda, el olor de ambos mezclado y el cosquilleo leve de su barba en el cuello.

Se levantó con cuidado porque ya le costaba moverse y se metió en la cocina. Desayunó con apetito y se preparó para ir al trabajo y para lo que fuera que la esperase a la vuelta.

Después de lo ocurrido aquella noche sentía más que nunca que Javi era hijo de Javier y no de Josh.

Pasó todo el día con un nudo de inquietud en el estómago y era consciente de que no se le quitaría hasta que llegase a casa y Javier y ella tuvieran la conversación que sabía que debían mantener. Porque él no iba a actuar como si nada hubiera pasado, pero de esa conversación dependía que la situación entre ambos cambiara o continuase igual que hasta entonces. Estaba preparada para cualquiera de las dos opciones.

Cuando llegó al apartamento había luz bajo la puerta. Abrió con cautela y entró. Javier estaba sentado en el sofá leyendo un fajo de papeles con atención, y levantó la cabeza al sentirla. Se le veía ojeroso y cansado.

—Hola —dijo quitándose el abrigo y colocándolo en el perchero.

—Hola, Alice. ¿Qué tal ha ido el día?

—Bien. ¿Y tú cómo estás?

—Cansado.

—Sí, se te nota. Dejé preparada la cena antes de irme para que no tuvieras que

ocuparte tú.

—Lo he visto. Gracias.

—No me las des, tenía tiempo. Voy a ducharme —dijo entrando en su habitación a buscar ropa limpia. Él la seguía con la mirada, serio... demasiado serio, y Alice se dijo que eso no presagiaba nada bueno.

Se metió en la ducha y dejó caer el agua caliente sobre su cuerpo tenso y mientras se enjabonaba se dijo que lo que iba a escuchar cuando saliera no era lo que deseaba. Al fin no pudo postergarlo más y, tras ponerse el pijama, cálido y abrigado, se dirigió al salón.

Javier había soltado los papeles sobre la mesa y la esperaba en silencio.

—Alice...

Se detuvo a medio camino de la cocina.

—Lo de anoche... tenemos que hablar.

—Claro —dijo sentándose a su lado, no demasiado cerca, sin tocarle—. Dime.

Javier se retorció las manos con nerviosismo.

—No sé cómo pudo pasar... estaba realmente hecho polvo, se me fue de las manos.

Alice tragó saliva.

—Vamos a ver —dijo tratando de que su voz sonara con naturalidad—. Somos adultos y esas cosas pasan entre adultos. No ocurrió nada que uno de los dos no deseara ¿verdad?

Él agachó la cabeza.

—No, pero no estuvo bien.

Ella sacó una voz fuerte, no supo bien de dónde.

—¿Por qué?

—Porque no, porque me aproveché de ti. Yo tenía un mal momento y te utilicé para sentirme mejor.

—Y yo me alegro de que lo hicieras.

Javier volvió a sacudir la cabeza, pesaroso.

—No debí hacerlo y tú no debiste permitírmelo.

Alice contuvo las ganas de decirle que llevaba esperando que sucediera mucho tiempo y que por nada del mundo le hubiera detenido. Que había sido muy feliz fuera cual fuera el motivo por el que había ocurrido.

—Javier, vuelvo a repetirte que somos adultos, y tenemos necesidades. Quizás podríamos...

Él levantó la cabeza y clavó en ella una mirada intensa.

—¿Podríamos qué?

—Satisfacerlas mutuamente. Vivimos en el mismo apartamento, sería fácil... y cómodo.

Javier le agarró la mano.

—No, Alice, yo no podría hacerte eso. A ti no. Estoy enamorado de Marta y

aunque sé que nunca va a ser mía, no puedo evitarlo. Y sí, soy un hombre joven, sano y claro que tengo necesidades sexuales y las tengo que satisfacer con otras porque no puedo hacerlo con la mujer que quiero. Pero no contigo, porque tú me importas; te quiero mucho y por eso no puedo utilizarte como un cuerpo en el que desahogarme.

Alice sintió un dolor hondo y profundo al escuchar sus palabras.

—¿Eso fue lo que hiciste anoche? ¿Utilizarme como un cuerpo para desahogarte?

—No; lo de anoche fue otra cosa. Anoche yo no necesitaba una mujer para satisfacer mis necesidades sexuales sino una amiga que me ayudara a superar un momento muy malo. Te necesitaba a ti, tu cariño y tu consuelo. Solo quería abrazarte, llorar sobre tu hombro, pero llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer... Tu cuerpo cálido, tu olor... pudieron más que mi fuerza de voluntad y todo se complicó. Lo siento.

Alice agarró la mano que cogía la suya y se la llevó a la boca, rozando el dorso con los labios.

—Solo respóndeme a una pregunta y hazlo con sinceridad, necesito que me digas la verdad. ¿Lo disfrutaste?

Él la miró asombrado.

—¡Pues claro que lo disfruté! ¿Cómo puedes dudarlo?

—Y mientras lo hacíamos, ¿pensaste en ella, en Marta?

—¡No!

Alice sintió el alivio inundarle el pecho y sin apartar la mano de Javier de su boca lo miró a los ojos que centelleaban con intensidad y culpa a la vez.

—Yo también lo disfruté. Y aunque tú pienses que te aprovechaste de mí, no ha sido así. Por primera vez me he sentido tratada con respeto en la cama, una mujer y no un cuerpo en el que descargar unas necesidades.

—¿Estás hablando en serio? ¿No lo dices para que me sienta mejor?

—Completamente en serio.

Sonrió y añadió:

—También ha sido mi primer orgasmo, así que por favor no vayas a decir que te arrepientes. Los dos hemos sacado algo de esta noche. No volverá a ocurrir si tú no quieres, y tampoco volveremos a hablar de ello, pero por favor, no te arrepientas.

Javier retiró su mano de la de Alice y le acarició la cara.

—De acuerdo, olvidemos lo de anoche y volvamos a ser la Alice y el Javier de siempre.

Por un momento ella estuvo tentada de volver la cara y besar de nuevo la mano que la acariciaba, pero no lo hizo. Si algún día él quería que volviera a suceder algo debería dar el primer paso. No quería estropear lo que tenían metiendo el sexo por medio, si él no lo deseaba. Por mucho que se muriera por repetir.

Se separó despacio pensando en que ella ya no volvería a ser la de antes, después de lo ocurrido estaba más enamorada aún que el día anterior. Hizo un esfuerzo por llevar la conversación a otro tema.

—¿Y tú cómo estás? Respecto a la chica, quiero decir.

—Sigo hecho polvo, pero trato de asumirlo. Hoy ha hablado un psicólogo con Sam y conmigo y nos ha ayudado a aceptar que estaba muy enferma y que estas cosas pasan, que cualquier tipo de cáncer es traicionero y que su fallecimiento nada tiene que ver con un error por nuestra parte. Todo eso lo sabemos, pero siempre te queda la duda de si pudiste hacer más, ver más y prevenir lo ocurrido. Tendré que asimilarlo, Alice, y vivir con ello.

—Yo estoy aquí, siempre que quieras hablar de ello o simplemente distraer tu mente con una película, un paseo... o lo que quieras.

—Lo sé. Gracias.

—De nada. Y ahora ¿qué tal si cenamos? Te caes de cansancio.

—Sí, estoy deseando irme a dormir.

—Vamos, entonces.

Capítulo 13

Javier llegó del trabajo y se encontró la casa revuelta; el sofá desplazado, las cortinas recogidas, las alfombras levantadas y a Alice provista de bayeta y *spray* limpiador abrigando todo el salón.

—¿Se puede saber qué te pasa? Llevas dos días limpiando como si nos fuera a visitar el mismísimo presidente.

—La casa necesita una buena limpieza.

—Pues espera a que yo llegue y lo hacemos entre los dos. ¿Cómo se te ha ocurrido mover el sofá? Llevas ocho meses y medio de embarazo, no debes hacer tonterías.

—Me encuentro de maravilla. Y no me apetece estar quieta, necesito actividad.

—Y yo, como médico, te digo que necesitas reposo. Tu cuerpo está soportando más kilos de lo habitual, además de unos cambios físicos para adaptar la espalda al peso del bebé. Dame esa bayeta y déjame colocar todo esto en su sitio. Si necesitas actividad demos un paseo, eso te relajará.

Hacía ya una semana que había dejado de trabajar por recomendación de Mark, y la idea de quedarse en casa esperando el parto inminente se le hacía difícil. Cuando Javier llegaba del trabajo solía encontrarla limpiando o preparando algo que quería dejar terminado. La habitación estaba dispuesta con la cuna que Sam y Helen les habían prestado para evitar un gasto innecesario, lista para usar. Habían disfrutado mucho montándola juntos, vistiéndola y colocando encima un peluche con un delfín que Javier le había regalado.

—Dame diez minutos para ducharme y en seguida estoy. Me apetece mucho ese paseo.

—Yo mientras recolocaré todo esto —dijo sacudiendo la cabeza.

—De acuerdo. Gracias —respondió con una radiante sonrisa que lo desarmó.

Entró en la ducha despacio, con cuidado de no resbalarse. Le costaba trabajo agacharse para lavarse los pies; el vientre, muy abultado ya, le impedía realizar ciertos movimientos. Le hubiera gustado que Javier y ella fueran una pareja para poder pedirle ayuda, pero no se atrevió, y mucho menos después de que hubieran hecho el amor. A raíz de aquella noche él había estado unos días más distante, había tenido mucho cuidado en no rozarla ni siquiera de forma accidental y había evitado tocarla en ningún sentido. Los habituales juegos que Javi y él mantenían a través de su vientre habían quedado relegados y Alice había echado en falta sus caricias espontáneas, los habituales roces de sus manos en su brazo o en su espalda. Pero poco a poco él se había ido relajando, y su relación había vuelto a ser la de siempre, sincera y espontánea. Aunque ella soñaba cada noche con lo ocurrido, con las caricias compartidas, los besos apasionados y el placer que había experimentado por primera

vez en su vida.

Se agachó con dificultad para secarse los pies y se vistió para dar el apetecido paseo, a pesar de la punzada que se había instalado en la parte baja de su espalda. Quizás Javier tenía razón y se había excedido en sus esfuerzos. Quizás no había debido mover el sofá.

Pero le encantaba salir con él, recorrer despacio los alrededores de su casa, o llegar hasta el parque donde un día llevarían a Javi para que jugase. Sabía que ya le faltaba poco para tenerlo en los brazos, y se sentía impaciente, aunque también un poco asustada, a pesar de que Marc le había dicho que todo estaba bien y no se esperaban complicaciones en el parto.

Después de arreglarse salió a reunirse con Javier, que había ordenado el salón y la estaba esperando.

Hacía frío, diciembre estaba ya avanzado y el tiempo era desapacible, aunque la lluvia no había hecho su aparición aquel día. Echaron a andar uno junto al otro y Javier le cogió la mano y la colocó sobre su brazo para que se agarrase.

—Agárrate fuerte, no te vayas a caer, sería fatal en estos momentos.

Alice sonrió.

—Llevas diciéndome eso todo el embarazo, y hasta ahora no me he caído —dijo aferrándose con fuerza a su brazo enfundado en el anorak y sintiendo el calor de su cuerpo a través de la gruesa prenda.

—No pretendo ser pesado, solo quiero...

—Cuidar de mí, lo sé. Y me encanta que lo hagas.

—Es la costumbre, supongo; eso de ser el hermano mayor marca. Siento si soy un pesado.

Ella le apretó el brazo con más fuerza aún.

—No eres un pesado, me encanta que te preocupes por mí; soy yo la que no está acostumbrada a que la mimen. Hace ya mucho tiempo que nadie lo hacía.

—Pues vas a tener que acostumbrarte de nuevo, porque pienso seguir haciéndolo. Y ahora quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué?

—Que mañana vas a dejar de limpiar. La casa está reluciente, Alice.

—Te lo prometo. Es posible que el ajetreo de estos días me haya pasado factura, hace un rato que tengo molestias en la espalda. Pero me aburro mucho sola en casa sin nada que hacer.

Javier se volvió a mirarla.

—¿Desde cuándo tienes molestias?

—Desde que estaba en la ducha, no es un dolor fuerte, solo una molestia, como una presión.

—Creo que deberíamos volver.

—¿Ya? Pero si me encuentro bien... apenas llevamos paseando un cuarto de hora.

—Insisto.

—Bueno —concedió de mala gana. Dieron media vuelta y emprendieron el regreso.

—Y tú mañana lee, escucha música, o lo que se te ocurra, pero nada de esfuerzos. Aprovecha ahora que puedes, ya te dijo Helen el otro día que cuando nazca Javi no tendrás tiempo ni para comer.

—Estoy deseando, y también un poco preocupada, desde ayer no le noto moverse.

—Eso es normal al final, ya está encajado y no tiene sitio. Es un bebé grande y está comprimido y tan incómodo como tú o más.

—Lo sé.

Llegaron al apartamento en pocos minutos y Javier la obligó a sentarse en el sofá.

—¡Quédate ahí quieta! —dijo con su voz de médico que rara vez utilizaba—. Yo me ocupo de servir la cena.

—Gracias, la verdad es que ahora no me apetece otra cosa.

Se recostó en el sofá con un cojín en la espalda mientras lo veía moverse por la habitación. Él acercó la mesa para que no tuviera que levantarse, pero el malestar persistía, tanto que apenas probó la cena.

—Tengo el estómago un poco revuelto, creo que me voy a ir a la cama.

—Hazlo, y deja la puerta abierta, yo me quedaré un rato despierto y entraré a verte antes de acostarme.

—De acuerdo.

Alice se acostó Y Javier se quedó sentado leyendo, pero no consiguió relajarse. Estaba nervioso e inquieto, por lo que pasado un rato decidió irse a la cama él también. Entró a ver a Alice y la encontró dormida, pero no relajada, sino sumida en un sueño inquieto que la hacía moverse de un lado de la cama al otro. Al notar su presencia ella abrió los ojos.

—¿Estás mejor? —preguntó con voz suave.

—No, no consigo encontrar una postura cómoda. Sigue doliéndome la espalda y la zona lumbar.

—¿Quieres que te dé un masaje?

—No, es interno, no muscular.

—Es posible que hayas cogido frío. ¿Por qué no te acuestas conmigo y te doy calor con mi cuerpo?

En otro momento ese ofrecimiento la hubiera hecho excitarse, pero aquella noche solo le produjo tranquilidad.

—O a lo mejor el parto se va a adelantar... —dijo expresando abiertamente sus temores recordando lo que le había contado Helen sobre los primeros síntomas.

—En ese caso, vente a la cama conmigo, me quedaré más tranquilo. Quiero estar cerca y saber qué te pasa en cada momento.

Ella lo miró a los ojos con intensidad y un poco de temor ante lo que le esperaba, mirada que él malinterpretó.

—No tienes que temer nada, Alice, lo de aquella noche no va a repetirse, y mucho

menos en esta fase del embarazo donde el riesgo de infección es grande. Hablo solo de compartir la cama, y tratar de aliviar tu malestar.

—Ya lo sé, no es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces?

—Es la posible inminencia del parto... estoy un poco asustada, la verdad. Acepto la invitación a compartir tu cama —dijo incorporándose con esfuerzo.

Al ver la dificultad, Javier alargó los brazos y la ayudó a levantarse. Juntos fueron hasta la habitación de él y se metieron en la cama. Alice sintió las manos suaves masajeando la zona lumbar, pero no le produjeron ningún alivio, aunque sí calidez y ternura. Lamentó que su estado no le permitiera disfrutar más de la caricia, pero nada conseguía aliviarla.

—Déjalo, Javier, es inútil.

Él dejó de deslizar las manos y la abrazó contra su pecho, con las palmas apoyadas en el vientre donde no se producía la menor reacción por parte de Javi, proporcionándole calor en la zona dolorida, y la besó en el pelo. Permanecieron así mucho rato, en silencio, cada uno inmerso en sus propios temores.

La primera contracción fuerte llegó a las cinco de la madrugada; algo apretó su bajo vientre produciéndole más que malestar. Esperó nerviosa una segunda que se produjo casi media hora después; a la tercera, a los quince minutos, ya no tuvo dudas. Llamó a Javier que respondió al instante, como si estuviera despierto o con el sueño tan ligero que apenas un suspiro podía despertarle.

—Javier...

—¿Sí?

—Tengo contracciones.

—¿Cómo las de estos días atrás?

—No, mucho más fuertes, estas producen dolor.

—Entonces...

—Sí, creo que estoy de parto.

Se separó de ella y se incorporó en la cama.

—¿Hace mucho que las sientes?

—Como una hora.

—¿Por qué no me has avisado antes?

—Porque quería estar segura, y además eran muy espaciadas. Te lo digo ahora.

No quiso añadir que quería que continuara el mayor tiempo posible abrazándola, que sus abrazos no se prodigaban demasiado desde que se acostaron juntos.

—¿Nos vamos ya al hospital? ¿Llamo a Marc?

—Llámale si quieres para que esté prevenido, pero espera un poco antes de irnos.

—De acuerdo.

Nervioso como un padre primerizo, Javier telefoneó a Marc, que le dio una serie de instrucciones y le indicó en qué momento debían salir para el hospital. Después se sentaron uno junto al otro en el sofá, vestidos y preparados para irse. Apretó su mano

cuando las contracciones la hacían encogerse sobre sí misma y lamentó el sufrimiento que Alice debía padecer en las horas venideras. A pesar de ello estaba impaciente por ver al bebé, por abrazarlo. Si fuera hijo suyo no lo estaría más.

Después de un par de horas las contracciones se hicieron más frecuentes y decidieron irse al hospital.

Mark les estaba esperando al llegar y, tras reconocerla, les dijo que todo se desarrollaba con normalidad y les asignó una habitación. Javier se sentó junto a la cama y empezó un periodo de tiempo que se les hizo interminable. Hubo un momento en que lo hicieron salir para ponerle a Alice la anestesia epidural, lo que le alivió el sufrimiento considerablemente, su expresión se relajó en el momento de las contracciones; aunque seguía sintiéndolas estas ya no iban acompañadas de dolor.

—Ha dejado de doler —dijo—. Pero noto cómo se me pone la tripa dura. Ahora...

Javier colocó la mano sobre el abdomen, la posición del niño ya muy baja, y pudo notar el endurecimiento del vientre bajo su palma.

—Ánimo, campeón —dijo emocionado—. En nada estarás fuera y mami y yo vamos a cuidarte mucho.

Mark entró dos veces a reconocerla y la última, con las contracciones casi seguidas, indicó que era el momento de ir a paritorio. Javier respiró hondo ante la sonrisa divertida de su amigo.

—Pareces un padre primerizo.

—Soy un padre primerizo.

—Y supongo que quieres estar presente en el parto.

—Supones bien.

—¿Alice? —interrogó a su paciente que en aquel momento respiraba algo agitada en medio de una contracción— ¿Quieres que esté?

Ella lo miró a los ojos, nada le gustaría más, pero no se había atrevido a pedirselo.

—Si él quiere, claro que sí. Dar a luz sola es duro.

—No estás sola, ni en esto ni en nada —dijo agarrándole la mano y apretándosela—. Yo estoy aquí.

—Vamos entonces, el tiempo corre. Preparémonos nosotros, mientras las enfermeras la preparan a ella.

Javier y Marc entraron en la zona restringida al personal y, mientras se colocaban las batas y gorros esterilizados, este último le advirtió.

—Todo va bien y no es de esperar complicaciones, pero ya sabes cómo son las cosas en medicina. Si las hay, tendrás que salir.

—¿Por qué? Soy médico.

—No, aquí solo eres padre. A veces el cuerpo de la mujer sufre laceraciones en el parto que se curan, pero el contemplarlas puede marcar rechazo en unas posibles relaciones sexuales futuras.

—Alice y yo no tenemos relaciones sexuales ni presentes ni futuras —dijo, pero

se paró en seco recordando el desliz de la noche que pasaron juntos.

A Marc no le pasó desapercibida la ligera vacilación.

—Aun así, saldrás.

—De acuerdo.

Pocos minutos más tarde entraron en el paritorio, donde ya Alice estaba colocada y lista para dar a luz.

—Javier, colócate a su lado y agárrale la mano cuando yo le diga que debe empujar. Antes no, Alice. ¿Notas las contracciones?

—Sí.

—Estupendo, eso ayudará. Hay pacientes que después de la epidural no notan nada y sienten el cuerpo desmadejado.

—Yo no.

Javier se colocó a su lado y tal como había indicado Marc le agarró la mano. Las contracciones se sucedían una tras otra, la frente de Alice se perlaba de sudor cada vez y Javier notaba la fuerza con que apretaba sus dedos enredados en los de ella. El rostro tan joven de la chica había adquirido una madurez notable en los últimos meses y él sintió un orgullo y una admiración sin límites al contemplarla. Veintidós años, a punto de ser madre y luchando como una fiera por salir adelante. Pero había dicho la verdad un rato antes, no estaba sola. Y él sintió que tampoco lo estaba ya.

Al fin Marc dio la orden.

—Empuja, Alice... ahora.

Esta aferró la mano de Javier con todas sus fuerzas y obedeció. Los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo, el vientre duro, y sintió cómo su interior se iba desgarrando, aunque sin dolor alguno.

—Vale, descansa ahora.

Se recostó durante unos segundos recuperando la respiración. Javier le enjugó el sudor que le corría a raudales por la frente y luego, con apenas unos segundos de intervalo, una nueva contracción la sacudió.

—Otra vez, Alice... vamos, con fuerza... ya veo la cabeza...

Repetió la operación un par de veces más, empujando con un esfuerzo titánico que hacía que las venas del cuello se le marcasen.

—Lo estás haciendo genial, vamos cariño, solo un poco más. En la siguiente sale —dijo mirando a Javier—. ¿Quieres recibirlo tú?

Este, emocionado miró a Alice que asintió con la cabeza, al límite de sus fuerzas.

—Sí... por favor.

Se colocó entre las piernas ocupando el lugar donde estaba Marc, que se situó a su lado dándole indicaciones. Las leves lecciones sobre partos que recibiera en la facultad volvieron con sorprendente nitidez a su memoria y colocando las manos con suavidad a ambos lados de la cabeza que ya asomaba, tiró aprovechando la siguiente contracción y recibió el cuerpecito pequeño y ensangrentado en sus manos.

—Ya está —dijo emocionado. Lágrimas cálidas le corrían por las mejillas y no

hizo nada por enjugarlas.

Alice, después del esfuerzo supremo se había desplomado hacia atrás con el cuerpo relajado y libre de tensión.

Sus miradas se encontraron, húmedas ambas y sintieron que un vínculo fuerte acababa de unirles, y ese vínculo era Javi. Alice sintió que nunca había querido a nadie tanto como a Javier en aquel momento, con su hijo ensangrentado y sucio entre las manos. Él colocó al bebé sobre el vientre de ella que se calló de inmediato al sentir el latido familiar del corazón de su madre. Después, cuando dejó de latir el cordón umbilical Marc lo cortó separando definitivamente al bebé de Alice.

—Es precioso ¿verdad? —dijo contemplándolo arrobada.

—Sí que lo es —respondió él inclinándose para darle un cálido y emocionado beso en la mejilla.

Marc los contemplaba risueño.

—Lamento interrumpir el momento, chicos —advirtió—, pero aún no hemos terminado. Alice, tenemos que ocuparnos de ti y de la placenta. Javier, ahora tienes que salir y esperar a Alice en la habitación, tanto ella como el bebé deberán pasar a posparto y se reunirán contigo en el plazo de un par de horas.

—De acuerdo.

Se volvió a inclinar sobre Alice para besarla, esta vez en el pelo sudoroso.

—Hasta luego, campeona.

Salió eufórico de la zona de paritorio, se quitó la bata y el gorro esterilizados y se dirigió a la habitación. Era veintidós de diciembre, en España se estaría celebrando el sorteo extraordinario de la lotería de Navidad; en su casa de Espartinas, Manoli lo estaría viendo en la pequeña televisión de la cocina, y a miles de kilómetros de distancia, él acababa de ser padre de un hijo que no había engendrado, pero que sentía suyo en lo más hondo de su alma. La emoción que le había embargado al coger a Javi entre sus grandes manos y sacarlo del cuerpo de Alice no se podía comparar a nada que hubiera vivido con anterioridad.

Sentado en el sillón del acompañante, en la habitación vacía, sintió que tenía que compartirlo con alguien. Cogió el móvil y puso un mensaje a su madre.

«Alice acaba de dar a luz un niño precioso. Los dos están bien»

Al momento, Susana le llamó.

—Hola, cariño. Enhorabuena.

—Gracias, mamá. Ha sido tan... no sabría describirlo. Todavía estoy emocionado —dijo con la voz enronquecida.

—Lo sé, no hay palabras. Emoción se queda muy corta.

—Sí.

—¿Ha sido muy duro para Alice?

—No, le pusieron anestesia epidural y eso le alivió el dolor.

—Me alegro. La epidural es un gran invento, a mí en el parto de Sergio no me la pudieron poner y la diferencia es tremenda. Menos mal que os pagamos a los

científicos para que encontréis la forma de hacer más llevaderos el dolor y la enfermedad —bromeó.

—Yo no he hecho gran cosa todavía. Lo más grande que he hecho hasta ahora ha sido ayudar a traer a Javi al mundo.

—¿Y te parece poco? Me alegra que Alice te haya tenido al lado, dar a luz sin el padre de tu hijo junto a ti debe ser terrible.

—No menciones ahora a ese cabrón, este es un momento maravilloso para Alice y para mí.

—Lo sé. Dile a ella que la llamaré para felicitarla cuando haya descansado un poco, y tú, mándame una foto de mi nieto en cuanto la tengas.

—Faltaría más. Un beso, mamá.

—Hasta luego, Javier.

Después de colgar se recostó sobre el respaldo del asiento y se permitió cerrar los ojos y descansar un rato. Se sentía agotado por la tensión y no quería ni imaginar cómo se sentiría Alice después del tremendo esfuerzo que había realizado.

Se adormiló hasta escuchar el ruido que producía la cama de ella entrando en la habitación. Detrás, la cuna con el pequeño dormido plácidamente, agotado también por la dura experiencia de venir al mundo. Acarició la mejilla sonrosada con los nudillos y se prometió a sí mismo que iba a estar allí siempre para hacerle más llevadera la existencia. Que nunca iba a echar de menos a un padre que no se merecía ni a Alice ni a su hijo.

—Se te cae la baba —escuchó decir a Alice a sus espaldas.

Se volvió hacia ella con una sonrisa en los labios.

—Lo admito.

—Gracias por estar ahí.

Javier sacudió la cabeza.

—No, gracias a ti por permitírmelo. Ha sido lo más bonito que he vivido nunca.

—También para mí. Y ha sido mucho más bonito porque tú estabas conmigo.

—Siempre voy a estar, Alice... siempre. Ahora debes descansar, en un rato cuando despierte, esa cosita preciosa se va a convertir en una fiera que reclama alimento y se te acabará la tranquilidad.

—Sí, me muero por dormir un rato.

—Hazlo. Yo velaré vuestro sueño mientras.

Alice cerró los ojos y se permitió sucumbir al sopor que la invadía, feliz y confiada. Sabía que Javier estaba allí, y que Javi y ella no podían estar en mejores manos.

Capítulo 14

Alice, con el pequeño en brazos, traspasó el umbral de la puerta de su apartamento. Detrás, Javier cargaba con el maletín que había llevado al hospital, bastante más pesado a la vuelta que cuando salieron. Después de cuarenta y ocho horas tanto ella como Javi habían sido dados de alta y estaba deseando regresar a casa y empezar su nueva vida como madre.

Tras cerrar a su espalda, Javier se le acercó y alargando los brazos, le pidió:

—Déjame que lo tenga un rato, mientras tú te pones cómoda. Apenas he podido disfrutarlo en el hospital, esa enfermera cruel me reñía cada vez que lo cogía en brazos diciéndome que lo malcriaba y que a los niños había que dejarlos tranquilos. No se malcría a un bebé por demostrarle cariño, a nosotros tanto mis padres como Manoli nos tenían en brazos siempre que podían y no hemos crecido como niños mimados en absoluto, pero sí nos hemos sentido muy queridos.

—Espera que lo ponga cómodo a él también.

Alice, tras despojar al pequeño del cálido abrigo, se acercó a Javier y se lo depositó en los brazos.

—Ve con papi —dijo.

Javier se sentó con el niño en el sofá, y contempló arrobado su carita redonda y sonrosada, aspiró su olor y sintió de nuevo esa emoción intensa que le embargaba cada vez que lo cogía.

Era la mañana del veinticuatro de diciembre, otros años en esa fecha había estado en Sevilla o camino de Ayamonte, para pasar la Nochebuena en familia, era la primera vez que pasaba las navidades lejos de los suyos, pero no podía sentirse más feliz. Ahora, Alice y ese trocito de carne que se removía confiado en sus brazos eran su familia, su prioridad... y su felicidad.

Alice entró en su habitación a cambiarse de ropa con una sonrisa, dejando en el salón a los dos hombres de su vida. Cuando volvió a salir, se sentó junto a ellos.

—Lamento que no puedas pasar las navidades con tu familia.

Él levantó la cara y la miró a los ojos.

—Habrás más navidades, no te preocupes. Iré a verlos en cuanto pueda. ¿Qué más da una fecha que otra?

—Estas son fechas especiales. ¿De verdad no lamentas que me haya cruzado en tu vida? No he hecho más que complicártela.

—Bendita complicación —dijo mirando al niño dormido en sus brazos.

Alice lo miró a su vez, dormido con placidez, tan pequeño, tan vulnerable y se dijo cuán diferente sería si aún siguiera con Josh, si él no hubiera desaparecido de su vida. Estaría temiendo continuamente por el pequeño.

—¿Qué ocurre? —preguntó Javier con el ceño fruncido.

Ella sacudió la cabeza.

—Estaba pensando en Josh.

—¿Le echas de menos? ¿Lamentas que no sea él quien acune a tu hijo?

—¡Nooo! Al contrario, pensaba en la suerte que he tenido de que se marchara, porque nunca iba a estar tranquila si él continuara a mi lado; estaría siempre temiendo que le hiciera daño al niño.

—¿Le crees capaz de hacerle daño a un bebé?

—Sí —dijo ella recordando las veces que la había golpeado sin ningún motivo, el continuo temor a no enfurecerlo, las noches en vela llorando por el dolor e incluso por no ser capaz de agradarle, sintiéndose culpable y merecedora de los golpes y los insultos que recibía. Con Javier todo era tan fácil, la convivencia tan relajada y ella se sentía tan feliz que le había sido imposible no enamorarse. Se dijo que no importaba que no la viera como mujer, que se conformaba con lo que tenía, con vivir con él, con verle cada día y dejar que la mimara. Con amarle en silencio y tratar de ignorar la sombra que se cruzaba en sus ojos cuando recordaba su vida anterior, una sombra que ella sabía que tenía nombre de mujer: Marta.

Sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos. Marta estaba muy lejos en aquellos momentos y Javier sostenía en brazos a su hijo. Y ella, en poco tiempo, recuperaría la figura y quizás él empezaría a verla como la mujer que era, la mujer enamorada y no la chica embarazada con la que había convivido hasta entonces. Ya una vez la había visto como tal, la noche que pasaron juntos fueron solo un hombre y una mujer. Quizá volvería a suceder... quizá.

—No pienses en ello —dijo Javier a su lado—, Josh no está y nadie va a hacerle daño a Javi. Tendría que pasar por encima de mi cadáver.

Ella sonrió volviendo al presente.

—Lo sé.

—He comprado algunas cosas para la cena. No vamos a preparar nada muy especial, pero es Nochebuena, nuestra primera Navidad juntos, y hay que celebrarlo en condiciones. Además, mi madre ha mandado un paquete con productos de nuestra tierra: turrónes, jamón, caña de lomo y otras especialidades típicas. No quiero ni pensar en lo que le habrá costado mandarlo, pero se le agradece. También tenemos champán sin alcohol, para brindar.

—¿Has hablado con ellos?

—Con mi madre cuando nació Javi. Les llamaré cuando estén ya en casa de los abuelos, para felicitarles las fiestas. Y ahora vamos a acostar a este caballero y también tú deberías descansar un rato. Yo me ocuparé de Javi si se despierta.

—Sí, me vendrá bien echarme un poco. Gracias.

Él se inclinó a besarla en el pelo.

—A la cama... orden del médico.

Alice se acostó, con el pequeño en la cuna situada junto a su cama, y se quedó adormilada de inmediato. Despertó con el sonido del móvil de Javier y la voz de él

hablando en español. Escuchó su voz cálida teñida de nostalgia al hablar con los suyos y sintió pesar por ser la culpable de que no estuviera en España celebrando las fiestas. Hubo un momento en la conversación en que él pronunció el nombre de Marta y ella aguzó el oído tratando de advertir algún matiz diferente en su voz, pero no lo captó. A pesar de ello se le formó un nudo en el estómago y una lágrima se deslizó por su cara. Y todo lo que había pensado un rato antes, las vagas esperanzas de que entre Javier y ella pudiera haber algo más que amistad, se diluyeron. Marta, aunque a miles de kilómetros de distancia, estaría siempre entre ellos, ocupando la mente y el corazón de Javier, mientras que ella solo ocupaba su casa.

Aguardó hasta que él terminó de hablar y poco a poco se fue adormeciendo. Cuando se levantó la mesa estaba puesta con dos cubiertos, servilletas de tela dobladas en triángulo y unas copas.

—¡Qué bonita!

—Es Nochebuena.

—Te he escuchado antes hablar por teléfono.

—Sí, he llamado mi madre, te manda muchos besos y felicitaciones. Estaban ya todos en casa de mis abuelos, en el pueblo. Este año también están mi hermano Sergio y mis primos.

—El marino.

—Sí, ahora trabaja en tierra, ha decidido sentar cabeza. Marta y él están haciendo planes para irse a vivir juntos.

Alice buscó alguna inflexión en su voz, pero no notó ninguna. No pudo evitar preguntar:

—¿Y tú como llevas eso?

—Bien porque siempre supe que llegaría el momento, del mismo modo que sé que algún día se casarán y tendrán hijos. Marta no me quiere, su corazón siempre ha sido de Sergio y aunque hubo un tiempo en que yo tenía esperanzas, en el fondo siempre supe que no era para mí. A mí me toca el papel de mejor amigo.

—¿No sientes celos?

—De adolescente los tenía y muchos, de mis dos hermanos. Pero luego eso pasó, acepté que Marta era la novia de Sergio, que estaban enamorados y me negué a sentir celos de mi propia sangre. No se merecen que yo tenga ningún tipo de sentimiento negativo hacia ellos. Cada vez que veo a Marta ella indaga en mis ojos con la esperanza de sentir que la he olvidado, y yo trato de transmitírselo, pero sé que no la engaño. Algún día lo conseguiré.

—Sí, seguro que sí.

—Y ahora vamos a cenar antes de que despierte nuestro Javi y reclame su comida también.

Empezó a colocar sobre la mesa fuentes con chacina ibérica, quesos, y otros productos españoles a los que Alice hizo los honores.

—No he tenido tiempo de preparar nada, llevo dos días en el hospital.

—No importa, esto está buenísimo —dijo volviendo a meterse en la boca una loncha de jamón.

—En cambio el champán sin alcohol está asqueroso —dijo él haciendo una mueca después de dar un sorbo a su copa.

Alice rio.

—Repugnante.

Se sentía feliz, era la primera Navidad que disfrutaba desde hacía muchos años. Josh era poco dado a celebraciones y para ellos siempre había sido una noche más.

—Cuando Javi sea un poco mayor quizás quieras venir a pasar las navidades en España con mi familia.

—¿Lo dices en serio?

—Pues claro. ¿No te gustaría?

—No lo sé... tal vez a ellos no les agrade.

—A ellos les encantará, estoy seguro.

—Javi es aún muy pequeño, ya hablaremos cuando llegue el momento.

Como si supiera que estaban hablando de él, un ligero llanto les llegó desde la habitación.

—Javi reclama su ración de caña de lomo —dijo Javier levantándose de la mesa para ir a cogerlo—. Termina tú de cenar, yo lo entretendré mientras.

—Ya he acabado, no podría comer ni un bocado más. Al menos ahora.

Alice ya había comprobado que su apetito aumentaba después de dar el pecho al niño. Se levantó de la mesa y se acomodó en el sofá, con un cojín en la espalda y cogiendo al pequeño se dispuso a alimentarlo ante la mirada atenta de Javier.

Después, se intercambiaron los regalos, un jersey abrigado para él, un bolso enorme donde llevar todo lo que mover a un niño implicaba y juguetes especiales para bebé, para Javi.

Y de nuevo con el niño en brazos de Javier, se sentaron en el sofá a disfrutar de una película, dando fin a una Nochebuena diferente y especial para ambos.

Capítulo 15

Después del nacimiento de Javi, Alice se tomó diez días para recuperarse y después se reincorporó al trabajo. Al no existir baja maternal remunerada, como le dijo Javier que sucedía en España, no pudo permitirse permanecer más tiempo ociosa y, puesto que se encontraba bien, no tenía sentido continuar renunciando a un sueldo que necesitaba.

Lo organizaron para ocuparse del niño por turnos, Javier empezó a trabajar una hora más temprano cada mañana para salir antes y así permitir que Alice lo hiciera en el turno de tarde noche, con lo que entre ambos no tenían necesidad de recurrir a guarderías o canguros para cuidarle.

Aquella mañana Alice se extrañó al escuchar el timbre de la puerta, no esperaba a nadie. Helen, que acudía con cierta regularidad a verlos, solía telefonar antes de ir.

En el umbral se encontró con una mujer de mediana edad, a la que reconoció como la nueva inquilina del que había sido su apartamento. No obstante, ella no se relacionaba demasiado con los vecinos.

—Buenos días —dijo la mujer— perdona que te moleste, pero quería hacerte una pregunta.

—No es molestia... diga.

—¿Tú conocías a la chica que vivía antes en mi apartamento? Una tal Alice Sanders.

Alice sintió una punzada de inquietud alojarse en su interior.

—No, no demasiado —dijo cautelosa—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque ayer vino un hombre preguntando por ella, y parecía muy interesado.

—¿Un hombre? ¿Qué clase de hombre?

La mujer esbozó una sonrisa amable.

—Pues un hombre como todos los demás. Cuando le dije que ella ya no vivía aquí pareció muy contrariado.

Alice sintió que la inquietud se convertía en angustia.

—Pensé que a lo mejor tu marido y tú sabíais su nueva dirección.

—No, no sabemos nada. Esa chica no se relacionaba con ningún vecino, nunca salía de casa y solo hemos intercambiado con ella algún saludo ocasional en el portal. Un día ella y su pareja se marcharon sin decir ni adiós.

—En ese caso... El hombre dejó un teléfono para que le avisara si sabía algo de ella, pero si se fue sin dejar rastro...

—Eso parece.

—Gracias. De todas formas, guardaré el teléfono por si tu marido recuerda algo.

—De nada.

Apenas Alice cerró la puerta llamó a Javier, presa de un ataque de nervios.

—¿Alice? ¿Ocurre algo? —preguntó este alarmado, puesto que nunca le llamaba en horas de trabajo.

—Creo... creo que Josh está buscándome.

También Javier sintió la inquietud apoderarse de él.

—¿Qué te hace pensar eso?

—La vecina que ahora vive en mi apartamento ha venido a decirme que un hombre ha preguntado por mí.

—¿Y ella le ha dicho algo?

—No, no sabe que yo soy Alice Sanders. Cree que soy tu mujer, supongo que Javi la ha inducido a pensar que estamos casados.

—¿Y crees que puede tratarse de Josh?

—¿Quién si no? No conozco a nadie más. Mi madre murió hace años y desde entonces él ha sido la única persona que ha formado parte de mi vida, no se me ocurre nadie que pregunte por mí de no ser él. También era el único que sabe dónde vivía.

Javier respiró hondo reconociendo que tenía razón.

—Bien, tranquilízate. Si esa mujer no sabe quién eres, y le ha dicho que Alice Sanders ya no vive ahí, no creo que vuelva. De todas formas, si alguien llama no abras la puerta; yo trataré de ir un poco más temprano hoy.

—Gracias, Javier, estoy muy nerviosa.

—Prepárate una infusión, iré lo antes que pueda.

Colgó y se dejó caer en el sofá. Pensaba que Josh había desaparecido de sus vidas y la sola idea de que volviera la aterraba. Aunque ella ya no era la misma y nunca volvería con él, Javi era su hijo y Josh lo sabía, y si quería podía darles a todos muchos quebraderos de cabeza. Aunque ella no iba a permitir que le pusiera la mano encima nunca más, ni para acariciarla ni para golpearla, y sobre todo no iba a acercarse al niño, no se lo permitiría.

Javier llegó casi una hora antes de lo habitual. Alice había pasado el resto de la mañana sobresaltándose al escuchar cualquier ruido procedente del pasillo exterior y cuando sintió las llaves en la puerta salió presurosa a su encuentro. Él, sin mediar palabra abrió los brazos y ella corrió a refugiarse en ellos. Temblaba como un flan y Javier maldijo una vez más a ese hombre que producía un efecto tan devastador en Alice ante la mera posibilidad de que regresara a su vida.

—Tranquila, no te preocupes. No voy a permitir que se acerque a vosotros. No estáis solos, y para que os toque un solo pelo de la cabeza a Javi o a ti tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Tampoco quiero eso. Yo solo quiero que nos deje en paz, a todos. Soy tan feliz ahora con el niño... contigo, no quiero volver a sentir miedo. ¿Por qué ha tenido que volver?

—Tampoco estamos seguros al cien por cien de que se trate de Josh. Tú no le has visto.

—No le he visto, pero mi intuición me dice que es él, que nunca nos va a dejar en paz.

—Algo podremos hacer, estoy seguro. De momento vamos a conservar la calma y a pensar cómo afrontar esto. Hablaré con mis padres y les preguntaré si hay alguna forma legal de librarnos de él. Aunque el derecho estadounidense sea diferente al español, se podrán informar y asesorarnos. Y siempre está la posibilidad de mudarnos.

—¿Lo harías? ¿Te mudarías por nosotros?

—Haría cualquier cosa por vosotros.

Alice se aferró a él con más fuerza y Javier la besó repetidamente en el pelo.

—Todo va a ir bien, ya verás.

Su fuerza, su seguridad consiguió transmitirle la calma que necesitaba y que había perdido aquella mañana. Pero no se decidía a soltarse de su abrazo, a abandonar el cálido refugio que tanto necesitaba y deseaba. Al fin, a regañadientes, se separó.

—Esperemos que no sea necesario, me gusta este apartamento —dijo mirando a su alrededor.

—Solo es un apartamento, Alice.

—Sí, pero en él he sido feliz.

—Yo también, pero sé que lo seremos en cualquier otra parte.

—Gracias. Voy a darle de comer a Javi antes de irme.

—Pero relájate antes. El corazón te late a mil por hora y eso no es bueno, le transmitirás tu estado nervioso cuando le des el pecho.

Alice era consciente de los acelerados latidos de su corazón, pero no todo se debía a la preocupación y la inquietud. El abrazo que habían compartido tenía mucho que ver. Desde que se acostaron juntos, cada vez que Javier la abrazaba su corazón latía desbocado con la esperanza de que la magia estallase de nuevo y el abrazo dejara de ser fraternal para convertirse en la expresión de amor que ella anhelaba. A medida que los meses pasaban las ilusiones que al principio de mudarse había albergado de que Javier se enamorase de ella y olvidase a su gran amor se iban haciendo más débiles. Con cada caricia amistosa que le prodigaba, y eran muchas porque él tenía la necesidad de expresar sus afectos tocando y abrazando, sentía que la amistad se fortalecía, pero el amor se alejaba cada vez más. A veces, en la soledad de sus noches odiaba a aquella mujer que le había robado el alma y no le permitía enamorarse de ella. Luego se arrepentía, consciente de que uno no elige de quién se enamora y por lo que él le había contado Marta no había alentado su amor en absoluto.

—Voy a beber un poco de agua —dijo.

—Muy bien.

Bebió un vaso de agua a sorbos lentos hasta aquietar su corazón y luego se dirigió a su habitación para amamantar a Javi. Aquella tarde necesitaba intimidad para

hacerlo, no hubiera podido sentir la mirada indiferente de Javier sobre su pecho desnudo sin sentirse un poco triste, sin recordar que una vez lo había acariciado y besado.

Aunque a él le pareció extraña su actitud, puesto que siempre le daba el pecho al niño en el salón, no dijo nada. Encendió el ordenador y se puso a revisar unos datos que había dejado sin terminar, ansioso por llegar a casa y tranquilizar a Alice y a sí mismo.

Ella pasó la tarde inquieta en el trabajo. Ya el camino desde su apartamento lo hizo mirando a su alrededor temerosa de encontrarse la silueta delgada de Josh saliéndole al encuentro o siguiéndola, pero no había sido así. No hubo nada extraño o diferente a cualquier otro día, pero eso no la tranquilizó.

Aunque Josh desconocía dónde trabajaba, al llegar a la cafetería le preguntó a Mike si alguien había preguntado por ella en los días anteriores, pero este negó. Nadie había estado indagando sobre ella ni durante los últimos días ni con anterioridad, con lo que se relajó un poco.

De todas formas, la tarde se le hizo interminable, y cuando llegó a casa se sentía agotada física y emocionalmente. Esperaba que Javi tuviera una buena noche y no se despertase llorando como sucedía en ocasiones.

—¿Ha venido alguien? —preguntó nada más abrir la puerta.

—Nadie.

Respiró aliviada, Y comenzó el ritual de preguntas habituales.

—¿Cómo ha pasado Javi la tarde?

—Durmiendo como un bendito. Tuve que despertarle para bañarlo y darle el biberón de la noche.

En las tomas en que Alice estaba en el trabajo habían empezado a darle biberón, para que no pasara demasiado tiempo sin comer.

Ella se acercó a la cuna y se contuvo para no besarlo. No quería despertarle, por mucho que deseara abrazarle y comérselo a besos. El olor del jabón infantil inundaba la habitación y la hizo ser más consciente del olor a comida que impregnaba sus ropas. Como cada noche entró en la ducha, y también como cada noche Javier tenía la mesa puesta cuando salió.

Se sentaron uno frente al otro para cenar.

—¿Has podido hablar con tus padres?

—Sí, y me han prometido que se van a informar de cómo están las leyes aquí al respecto. Dice mi madre que piensa que el hecho de que Javi esté inscrito como hijo tuyo y el nombre de Josh no figure en ningún documento nos beneficia. De todas formas, yo he estado dándole vueltas a la cabeza toda la tarde y se me ha ocurrido una idea.

—¿Qué idea?

—Casarnos.

Alice dejó caer el tenedor incapaz de asimilar lo que acababa de oír.

—¿Casarnos? ¿Quieres decir tú y yo?

—Claro —respondió él indagando en sus ojos—. Si lo hacemos tú dejarías de llamarte Alice Sanders y pasarías a ser Alice Figueroa. Eso dificultaría a Josh el encontrarte, y además yo podría adoptar a Javi.

El corazón de Alice empezó a latir alocado.

—Pero... tú no me quieres.

—Por supuesto que sí, yo te quiero mucho. Y a Javi también, ya sabes que no podría quererlo más si fuera mi hijo.

El nudo de la garganta se hizo intenso y le impidió tragar. Bebió un sorbo de agua y evitó mirarlo a los ojos. Le había dicho que los quería a ambos de la misma forma, el adverbio mucho detrás del verbo querer dolía. Él continuó hablando.

—Vivimos bien aquí los tres juntos, formamos una familia. Hace un rato me decías que eras feliz.

—Y lo soy, pero...

—También me dijiste una vez que somos adultos y tenemos necesidades sexuales, y que podríamos satisfacerlas juntos.

—Y tú respondiste que no, y me explicaste tus motivos. ¿Acaso ha cambiado algo desde entonces? —preguntó esperanzada.

—Sí, ha nacido Javi y parece ser que Josh os está buscando. Necesitáis la protección que puede daros mi apellido.

—Comprendo.

Se tragó la decepción y el rayo de esperanza que había empezado a abrirse camino dentro de ella lo mejor que supo y continuó comiendo.

—No sé, Javier, no me parece un motivo suficiente. Casarse es algo serio, importante, no es algo que se deba hacer a la ligera.

—Ya lo sé, yo llevo pensándolo toda la tarde, buscando pros y contras y creo que puede salir bien. Pero no es necesario que me des una respuesta ahora. Piénsatelo, ¿quieres? Consúltalo con la almohada o con alguien, tómate el tiempo que necesites.

—Vale.

Había perdido el poco apetito que tenía, pero se obligó a comer consciente de que tenía que alimentar a su hijo. Después, tras recoger la cocina sin que se volviera a mencionar el tema, se fueron a la cama.

Y empezó para Alice una de las noches más difíciles de su vida. Se debatía en medio de sentimientos encontrados; por una parte, su corazón le decía que aceptara, que formarían una familia, que le tendría en su cama cada noche, sus besos, sus caricias, que incluso podría tener más hijos con él. Javier sería un buen marido y un buen padre para Javi. Pero luego pensaba en que nunca ocuparía su corazón, en que nunca podría estar segura de que cuando le hiciera el amor su mente no volara lejos, a esa otra mujer que nunca sería suya, y se decía que no podría soportarlo. Que era más

fácil tenerle como amigo y compañero de piso que como marido y compañero de cama.

Luego volvía a repetirse que esa mujer estaba lejos y ella cerca, que sería ella la que formaría parte de su vida y no Marta, que le debía a Javi darle el mejor padre que pudiera tener, y que le bastaba con amarle en silencio y tener su cariño y su respeto.

Pero después el corazón se le rebelaba de nuevo pidiéndole que no se conformase con eso, que era preferible ser solo su amiga que sentirse querida a medias, que la mirada perdida que le sorprendía a veces, esa que ella sabía le llevaba al pasado y a Marta dolería mucho más si era su mujer y compartía sus noches.

Apenas consiguió dormir unas horas presa de sentimientos encontrados. Javi se despertó reclamando su toma de madrugada y se levantó a cogerlo. Le cambió el pañal y se sentó en la cama a darle el pecho, y trató de pensar solo en él, pero fue incapaz. Le proporcionaría a su hijo todo lo que estuviera en su mano, se partiría la espalda trabajando para que no le faltase de nada y le daría el mejor tío adoptivo del mundo, pero no podía castigar a su corazón casándose con un hombre que no la quería de la misma forma que ella a él.

Mientras veía los pequeños mofletes succionar con fuerza, alzó la mano, le acarició con cuidado para no interrumpir su comida, y susurró con voz apesadumbrada:

—Perdóname, Javi. Perdóname por no darte la estabilidad y la seguridad que deberías tener, pero no puedo. Algún día, cuando seas mayor y te enamores, lo entenderás.

Una lágrima silenciosa le corrió por la mejilla, sabiendo que había tomado una decisión y que nunca se le iba a presentar otra oportunidad como aquella. Pero no podía. Tampoco era justo atar a Javier a ella y a su hijo; quizás algún día él olvidara a Marta y se volviera a enamorar de otra mujer y si eso sucedía estaba segura de que no les dejaría tirados y continuaría con ellos por lealtad. No, no aceptaría su propuesta, era lo mejor para todos.

Acostó al pequeño y se tendió de nuevo en la cama, dejando que las lágrimas fluyeran en silencio hasta que la venció el sueño, porque había tomado la decisión más dura de su vida.

Le sintió levantarse y marcharse al trabajo, y después abandonó la cama a su vez incapaz de permanecer más tiempo acostada.

Cuando él regresó escudriñó en su mirada esperando una respuesta, y si esta hubiera sido afirmativa se la hubiera dado, pero no había tiempo para explicaciones, también ella debía marcharse a la cafetería o llegaría con retraso.

—Hablamos luego —le dijo saliendo del apartamento de forma apresurada.

—De acuerdo.

Estuvo la mayor parte de la tarde distraída, teniendo que esforzarse mucho por

atender los pedidos sin equivocarse, y al fin llegó la noche.

De vuelta en el autobús, una parte de su cerebro le dijo que aún estaba a tiempo de aceptar, pero había tomado una decisión y volvió a acallar la vocecilla traviesa e insistente. Llegó a casa y encontró a Javier con el niño en brazos.

—Hola. ¿Todavía está despierto?

—Acabo de cambiarle, esta noche está protestón, tiene ganas de marcha.

—Justo lo contrario que yo.

—Vete a la ducha, yo intentaré dormirlo mientras tanto.

Se demoró un rato bajo los chorros, relajando los músculos doloridos y tensos y tratando de encontrar la mejor forma de rechazar el ofrecimiento de Javier sin que pareciera una desagradecida y sin decirle la verdad, al menos no toda.

Cuando salió, él estaba acostado a Javi, dormido de nuevo, y ambos se dispusieron a cenar.

Apenas estuvieron sentados a la mesa, frente a frente, abordó el tema.

—¿Has pensado en lo que te dije anoche?

—Sí.

—¿Y...?

—No es buena idea, Javier.

Él había estado mirándola fijamente, esperando su respuesta, y por la expresión desencantada de su rostro estaba claro que no era lo que esperaba oír.

—¿Por qué no? —preguntó.

Alice bajó la mirada, incapaz de sostener la de él, y dijo bajito:

—Porque no se trataría de un matrimonio por amor, y yo soy una romántica.

Javier sacudió la cabeza, pesaroso.

—Tenía pensados algunos argumentos para convencerte en caso de que no aceptaras, pero con eso que acabas de decirme me dejas desarmado.

—¿Qué argumentos eran esos? —preguntó con la esperanza de que él dijera algo que la hiciera cambiar de opinión, aunque solo fuera un atisbo de sentimientos que fueran más allá de la amistad. No había nada que deseara más.

—Que la convivencia funciona, que los dos queremos a Javi con locura, que el sexo contigo fue estupendo... pero si metemos el amor en la ecuación... ahí no puedo hacer nada.

Alice sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y parpadeó para evitarlas. Y añadió en voz baja:

—Sé que un matrimonio contigo funcionaría, todo eso que has dicho es cierto, pero yo siempre soñé que me casaría por amor. Quiero amar con locura y ser amada de la misma forma.

«Como la amas a ella», pensó.

Él asintió.

—Entiendo. Yo solo puedo ofrecerte un cariño inmenso para ti y para Javi, mi respeto y mi total entrega en ese matrimonio, de eso puedes estar segura.

—Lo sé, pero yo quiero mucho más.

—En ese caso, continuaremos como estamos —dijo con un tono quizás un poco más seco de lo habitual.

—No te enfades.

—No estoy enfadado, Alice. ¿Cómo podría estarlo? Lo que deseas es lógico, yo no he debido proponértelo, pero es la única forma que se me ocurrió de ayudarte.

—Lo sé, y te lo agradezco muchísimo. Estoy segura de que encontraremos otra solución.

—Claro que sí. Yo os protegeré de ese hombre como sea.

Su mirada se suavizó y alargando la mano acarició la de Alice sobre la mesa.

—No pasa nada, Alice; es normal que quieras enamorarte, que alguien te dé lo que Josh nunca supo, lo que te mereces. Algún día llegará ese hombre, ya verás... entretanto yo cuidaré de vosotros.

Mientras hablaba le acariciaba el dorso de la mano con dedos suaves, y ella no pudo soportar su mirada; temiendo que él adivinara sus sentimientos y el verdadero motivo de su rechazo, apartó la vista y parpadeó para absorber las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Pero Javier se dio cuenta y la acarició con más intensidad.

—No llores...

—No quiero que pienses que soy una desagradecida, que no aprecio en lo que vale tu proposición.

Él se levantó y rodeando la mesa, tiró de ella para levantarla y la abrazó. Alice no pudo más y se aferró a él, a su espalda rompiendo a llorar abiertamente.

—Tranquila... tranquila... no pienso nada de eso. Vamos, llora y tranquilízate, llevas un par de días muy tensa con todo esto. Pero no debes preocuparte, Josh no puede aparecer por las buenas y entrar de nuevo en tu vida si tú no se lo permites. Y no estás sola, me tienes a mí para ayudarte, para protegerte.

—Gracias —dijo con voz entrecortada.

Él la besó en la sien y por un momento Alice contuvo la respiración y esperó que su boca continuara bajando para encontrar la suya. Si lo hacía, si la besaba... entonces se replantearía todo.

Javier sentía el cuerpo de Alice temblando contra el suyo, notaba su angustia y su temor. Por un momento deseó dejarse llevar como había hecho la noche que pasaron juntos, besarla, acariciarla y demostrarle que no era tan descabellada la idea de casarse. Desde que se lo propuso el día anterior había fantaseado con la idea de tenerla en su cama cada noche, de enterrar con ella el pasado y el recuerdo de Marta. De intentar amarla. Pero los argumentos de Alice le habían descolocado, ella quería ser amada y amar, y algo le decía que había ya alguien que ocupaba su corazón y era ese alguien a quien ella deseaba por marido.

Haciendo un enorme esfuerzo se separó; si continuaba abrazándola iba a besarla y no quería confundirla. Alice podría pensar que sentía algo por ella y aceptar su oferta por agradecimiento, y no era eso lo que él quería.

—Terminemos de cenar —dijo ofreciéndole un pañuelo de papel.

Alice negó con la cabeza mientras se secaba la cara, húmeda de lágrimas.

—No tengo hambre.

—Vete a la cama entonces... yo recogeré esto.

—Te ayudo.

—No —dijo resuelto—. Necesitas descansar y yo... tengo que pensar en el modo en que solucionar esto, si Josh da problemas.

—Podemos pensarlo juntos.

—No, descansa. Se te ve hecha polvo.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches, Alice.

Una vez ella hubo entrado en su habitación, se tomó su tiempo para recoger los restos de la cena y meter los platos en el lavavajillas, y después se sentó en el sofá tratando de calmarse. No se había tomado bien la respuesta negativa de Alice, a pesar de que comprendía sus motivos. Sin saber por qué había estado seguro de que aceptaría, de que los tres formarían una familia, la familia que a él le faltaba, la que anhelaba. La idea de adoptar a Javi había ido calando en su mente llenándolo de ilusión, y también, ¿por qué negarlo?, la de acostarse con ella de forma regular. No podía hacerlo con su compañera de piso, con su amiga, pero sí con su mujer.

Tenía veintinueve años y la falta de sexo le estaba pasando factura porque se había excitado como un adolescente cuando la abrazó y el impulso de besarla se le había hecho casi irresistible. Nunca le había pasado antes, con la excepción de la noche que estaba tan destrozado que perdió el control de sus actos. Había abrazado a Alice muchas veces, siempre de forma fraternal, pero aquella noche había sido diferente. Aún estaba excitado, y contrariado, aunque le hubiera dicho que no.

Trató de pensar una solución para el caso de que Josh les encontrase, pero aquella noche se sentía incapaz, de modo que se levantó y se fue a dormir. O a intentarlo.

Una vez en la cama empezó a dar vueltas, acalorado y con la mente llena de sentimientos extraños. Deslizó la mano bajo el pijama dispuesto a calmar la excitación que no lograba dominar y cerró los ojos mientras lo hacía.

Nunca se había permitido pensar en Marta mientras se masturbaba, le parecía una falta de respeto hacia ella y hacia Sergio, pero esa noche la imagen rubia de su cuñada se mezclaba en su mente con la morena y juvenil de Alice sin que pudiera controlarlo. Cuando terminó, se sintió más relajado, pero no consiguió calmar su malhumor.

Capítulo 16

Por enésima vez, Sam levantó la cabeza y sorprendió a Javier con la mirada perdida en el vacío. Hacía varios días que estaba así, distraído y pensativo y aunque hasta el momento había respetado su mutismo y su privacidad, se decidió a preguntarle.

—Javier, ¿se puede saber qué te pasa?

—¿Por qué piensas que me pasa algo?

Sam esbozó una sonrisa.

—Hace años que nos conocemos, que trabajamos juntos, y te pasas las ocho horas de trabajo con la cabeza metida en las anotaciones, en el microscopio o en el ordenador, pero hace varios días que cada vez que te miro estás pensando en las musarañas.

—En las musarañas, no.

—¿Se trata del niño? ¿Está malito acaso?

—No, Javi está bien.

Sam guardó silencio, incitándole a hablar. Tras una breve pausa, Javier le dijo:

—¿Te acuerdas del día que me fui antes a casa?

—Sí, claro, no es algo que hagas con frecuencia.

—Alice pensaba que su ex, el padre de Javi estaba tratando de localizarla.

—Vaya.

—Hace ya una semana de eso y no ha vuelto a dar señales de vida, pero no sabemos si se ha dado por vencido o no.

—Entiendo ahora tu preocupación.

Javier asintió con la cabeza.

—Si hay algo que Helen o yo podamos hacer por ayudar... ya sabes que puedes contar con nosotros.

—Sí, lo sé.

Dudó unos instantes si terminar de sincerarse con su compañero. Hacía días que una idea le rondaba por la mente y no conseguía sacársela de la cabeza, y con Alice no podía compartirla.

—Hay algo más —dijo al fin con un suspiro.

Sam abandonó su banco de trabajo y se acercó a Javier sentándose a su lado.

—Dime.

—Le he pedido a Alice que se case conmigo.

Sam palmeó con fuerza el hombro de su amigo.

—Enhorabuena, ya era hora.

—No tan deprisa... me ha dicho que no.

—¿Que te ha dicho que no?

—Así es.

Sam se rascó la cabeza.

—Caray... hubiera jurado que aceptaría encantada.

—Y yo también, y la verdad es que no llevo muy bien su negativa. La entiendo, claro, pero... me había hecho a la idea.

—¿Qué motivo te ha dado?

—Que no quiere un matrimonio sin amor, que quiere amar y que la amen con locura... esas fueron sus palabras exactas. Y yo la entiendo, claro que la entiendo, pero escuece.

—Vamos a ver, Javier, ¿qué le propusiste exactamente?

—Que nos casáramos para que yo pudiera adoptar a Javi y así hacerle más difícil a su ex que los encuentre.

Sam sacudió la cabeza.

—¿Y no le hablaste de amor?

—No puedo hablarle de amor a Alice, no estoy enamorado de ella. No quiero mentirle, Sam. Además, empiezo a sospechar que ella sí lo está, y es con ese hombre con quien quiere compartir su vida y no conmigo.

—¿Con qué hombre?

—No lo sé; alguien del trabajo quizás.

—Alice comparte su vida contigo.

—Pero no ha querido casarse, hacerlo definitivo.

—Joder, porque tú le has propuesto poco más que un acuerdo comercial.

—No. Le ofrecí cariño, respeto, sexo...

—Bufff, que grandes palabras para una declaración.

—No me estaba declarando. Alice sabe que estoy enamorado de otra, de una mujer con la que nunca podré estar, y sé que hubiera aceptado de no estar ella también por otro. Es feliz conmigo, me lo dijo, y si no quiere casarse es porque tiene la esperanza de hacerlo con otra persona. ¿No crees?

—¿Qué debo creer?

—Que Alice está enamorada.

—Sí, de eso estoy seguro.

—Tengo que averiguar quién es, y si hay posibilidades de que estén juntos.

—¿Para qué?

—Para hacerme a la idea de perderles. El solo pensamiento de que salgan de mi vida me aterra; no he sido consciente de lo solo que estaba hasta que aparecieron.

—Eso no va a pasar. Javier... ¿De verdad no sabes de quien está Alice enamorada?

—Estoy seguro de que no es Josh, vive asustada ante la posibilidad de que entre de nuevo en su vida.

—Eres tú.

Javier abrió mucho los ojos.

—¿Yo? Pero eso no puede ser, ella sabe que yo...

—Amas a otra, ya lo has dicho. Pero eso no significa nada, ¿no? Tú mismo afirmas estar enamorado de una mujer que no te quiere.

—Eso es verdad. Pero si fuera como dices no se habría negado a casarse conmigo.

—¡Qué poco entiendes de mujeres enamoradas, compañero!

—Nada en absoluto —dijo sacudiendo la cabeza.

—Ninguna que tenga un poco de dignidad se conformaría con ser la segunda opción, el premio de consolación.

—Alice no es eso para mí.

—¿No? ¿Entonces qué es?

Javier agachó la cabeza.

—No lo sé.

—Pues acláralo, y mientras, deja las cosas como están.

—Es mi amiga —afirmó rotundo tras meditarlo unos segundos.

—Perfecto; entonces trátala como a tal y deja correr esto de la boda. No te comas la cabeza con su negativa y concéntrate en buscar otra solución por si aparece ese tipo. Si hay que partirle las piernas, cuenta conmigo.

—Esperemos que no.

Aquella tarde, después de un breve encuentro con Alice en el que como cada día comentaban cómo les había ido la mañana y se intercambiaban información acerca de Javi, Javier no pudo dejar de pensar en lo que le había dicho Sam. ¿Sería cierto que ella estaba enamorada de él? Eso lo complicaría todo por una parte, pero le garantizaría que no se iría de su vida de la noche a la mañana. De todas formas, por si era cierto, sería más cuidadoso con sus comentarios acerca de Marta y también con sus caricias. No quería alentarla ni darle falsas esperanzas.

Sobre las ocho recibió una llamada por Skype de su familia, algo extraño puesto que siempre solían llamarse los domingos.

Respondió con un poco de aprensión, temeroso de alguna mala noticia, pero la cara sonriente de su madre al otro lado de la pantalla disipó su inquietud.

—Hola, cariño.

—Hola, mamá. ¿Ocurre algo?

—No, tranquilo. Tenía que llamarte para contarte algunas cosas que he averiguado respecto al exnovio de Alice, pero como tengo visita, pensé que te gustaría saludarla.

—¿A quién tienes ahí?

—Aguarda un momento.

Por un instante pensó si se trataría de Marta, y reconoció que no le apetecía demasiado hablar con ella en esos momentos, después del caos emocional de los

últimos días. Pero su madre regresó minutos después con su sobrina María, a la que no veía desde que tenía pocos meses, las navidades de dos años atrás. Tenía que buscar un hueco para ir a España a ver a los suyos, pero en aquel momento con la amenaza de Josh rondando sobre ellos ni se lo planteaba.

—Saluda al tito Javier —dijo Susana colocando a la pequeña delante de la cámara que agitó su manita frente a la pantalla.

—Hola, María —dijo él lleno de ternura. La pequeña esbozó una sonrisa que le recordó mucho a su hermana y lo llenó de emoción.

—Hola, tito.

—Estás muy grande y muy guapa.

La niña agachó la cabeza y rio complacida.

—¿Cómo está Javi? —preguntó su madre.

—Durmiendo como un lirón. Dime, ¿qué has averiguado de lo que te encargué?

—Según la ley, puesto que no están casados ni tienen firmado ningún documento que les acredite como pareja, no puede acercarse a Alice si ella no lo desea. Con respecto a Javi es diferente, si él sabía que estaba embarazada cuando se fue...

—Sí, lo sabía. Fue ese el motivo de su marcha, no quería ese hijo y pretendía que ella abortase.

—Entonces puede solicitar la custodia, o al menos régimen de visitas, y si pretendéis hacerle creer que el niño no es suyo, pedir una prueba de paternidad, que estaréis obligados a realizar. Eso es lo que dice la ley.

—¡Por encima de mi cadáver va a llevarse a Javi! Aunque tenga que hacer el petate y llevármelos a los dos a España —masculló entre dientes.

—No creo que lo haga, Javier. Me he tomado la libertad de contratar a un detective privado para que investigue a ese individuo, ya sabes, antecedentes y ese tipo de cosas, por tener un as en la manga en caso de que fuera necesario. Y sinceramente, no creo que tenga intenciones de buscar a Alice. Se fue de Maryland, ahora vive y trabaja a más de trescientos kilómetros de allí, y convive con una chica, muy jovencita. El detective le hizo una visita y trató de sonsacar información y apenas mencionó el nombre de Alice saltó con un brusco: «Ella se empeñó en tener a su bastardo, a mí no va a sacarme ni un dólar. La muy zorra se las arregló para intentar pescarme, pero no ha nacido la mujer que me atrape y menos con artimañas. Si le envía ella, dígame que se olvide de mí, que ahora tengo otra vida y otra mujer mucho más comprensiva y amable». El detective es un hombre experto, lleva muchos años de profesión y dice que estaba casi seguro de que no mentía.

Javier la miró perplejo a través de la pantalla.

—¿Entonces quién es el hombre que hizo preguntas sobre ella?

—No lo sé. Si dejó algún número de contacto, quizás deberíais llamarle y averiguarlo.

—Creo que sí, pero lo consultaré con Alice esta noche cuando vuelva, es ella quien debe tomar la decisión.

—Claro.

—¿Y por ahí cómo estáis?

—Muy bien. Miriam ha ido a la peluquería y me ha dejado a esta preciosidad para que me haga compañía esta tarde.

—Te cambian la vida ¿verdad? Me refiero a los niños.

—Totalmente, pero es maravilloso. Cuando la he llamado estaba con tu padre en el despacho haciendo los viejos puzles de Sergio.

—¿Los conservas?

—Por supuesto, Manoli me mataría si tirase cualquiera de vuestros juguetes preferidos.

Javier rememoró tardes de invierno ante la chimenea con Sergio haciendo una y otra vez los puzles de sus películas favoritas.

—Ya me veo haciendo lo mismo en unos meses.

—Estás hecho todo un padrazo.

—Eso creo. ¿Y mis hermanos, no se plantean la paternidad?

—De momento, no creo. Marta y Sergio están hablando de boda quizás para el verano, y Hugo e Inés van tranquilos.

—A nuestro donjuán le cuesta echarse responsabilidades, ¿eh?

—Mucho, pero Inés le entiende y le da el espacio que necesita. Lo conseguirá, tarde o temprano.

—No tengo ninguna duda.

El llanto de Javi interrumpió la conversación.

—Javi me reclama, es hora de su biberón.

—Hasta el domingo entonces, cariño.

—Adiós, mamá, dale un beso a Miriam de mi parte. Adiós, María —dijo saludando a la pantalla.

—*Adió* tito.

—Se lo daré.

Aquella tarde Sam comentó con Helen la conversación que había tenido con Javier.

—Esta mañana Javier me ha contado que le ha pedido matrimonio a Alice.

—¿En serio? Yo sabía que esos dos no eran amigos y nada más.

—¿Tú también lo crees? Pues lo ha fastidiado, ella le ha dicho que no.

—¡No me lo puedo creer, si está colada por él!

—Ya, pero el muy capullo le ha hablado de cariño, de respeto y no sé cuántas gilipolleces más en vez de comerle la boca.

—¡Pero en qué está pensando este hombre!

—Para guinda del pastel le ha dicho que está enamorado de otra, de alguien que dejó en España, un amor imposible.

Helen miró dubitativa la taza de café que estaba tomando.

—¿Y tú crees que lo está?

—Yo no, pero él sí lo cree. No dudo que lo haya estado en el pasado, pero esta mañana hablándome del rechazo de Alice y de sus sospechas de que estuviera enamorada de otro, eran celos puros y duros lo que escupía por la boca, me juego la cabeza.

—El problema de Javier es que la ve como compañera de piso, como madre de Javi, pero no como mujer. Tenemos que hacer que eso cambie.

—¿Tenemos? ¿Nosotros?

—Claro. Tú déjame a mí, ya se me ocurrirá algo.

—Seguro que sí. Si tú tomas cartas en el asunto la veremos en breve embarazada de nuevo.

—Eso ya es asunto de ellos, pero tenemos que abrirle los ojos a ese chico. ¡Pero qué torpes sois los hombres a veces! ¡Cariño y respeto! ¿Y pensaba que iba a aceptar?

—Estaba convencido.

—¡Buffff! Quizás yo podría hablar con mi hermano, es guapísimo, y presentarle a Alice para potenciar los celos de Javier.

—No creo que funcione, porque yo le he dicho que ella está enamorada de él.

Helen miró a su marido con el ceño fruncido.

—¿Eso le has dicho?

—Sí, para que supiera a qué atenerse.

—¡Otro torpe! Eso no se dice, hombre, hay que dejar que lo averigüe por sí mismo. En fin, pensaré otra cosa.

Aquella noche, Alice llegó a casa más cansada de lo habitual. La tensión interna de los últimos días le estaba pasando factura y para colmo la cafetería había estado llena a rebosar toda la tarde acogiendo a los asistentes a un evento que se estaba celebrando justo enfrente.

El lleno era tal que no habían podido cerrar a su hora sin echar a los clientes. En un momento de la noche Alice había tecleado un mensaje apresurado comentándole a Javier que llegaría tarde y no la esperase para cenar y había continuado con su trabajo.

Cuando llegó al apartamento, agotada, ni siquiera tenía hambre, solo deseaba acostarse y dormir.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó inquieto. Fue consciente de las sombras que se dibujaban bajo los ojos de la chica, consecuencia de no haber dormido mucho los últimos días.

—Ha habido un aluvión de trabajo en la cafetería. Justo enfrente se celebraba la inauguración de una librería y en algún momento de la noche todos los asistentes han pasado a tomar algo.

—Se te ve agotada —dijo, y deseó alargar la mano y acariciarle la cara, pasar los dedos bajo esas sombras oscuras que rodeaban sus ojos, pero no se atrevió. Si Sam estaba en lo cierto no quería confundirla ni darle falsas esperanzas.

—Dúchate mientras te preparo la cena.

—He picado algo en la cafetería entre servicio y servicio, no tengo hambre. Espero que tú sí hayas cenado.

—Sí, yo sí.

Se dio una ducha rápida y se disponía a irse a la cama en seguida, pero Javier se lo impidió.

—Antes de que te acuestes, hay una cosa que tengo que decirte.

Ella ahondó en los ojos pardos buscando un indicio de lo que le tenía que contar, y encontró una sonrisa que la tranquilizó.

—Dime.

—Mi madre, además de indagar en las leyes estadounidenses, ha localizado a Josh a través de un detective privado. No es él quién está tratando de encontrarte, vive con otra mujer a muchos kilómetros de aquí y no quiere saber nada de ti ni de tu hijo.

—¿En serio? —dijo sintiendo que se libraba de una pesada losa.

—Eso parece.

—Entonces ¿quién está buscándome? No conozco a nadie más.

—Quizás deberíamos pedirle a la vecina el teléfono de contacto y llamar a ese hombre, puede ser importante.

—¿Querrías hacerlo tú por mí? No me fío. Puedes decir que tienes idea de cómo localizarme, pero sin dar ninguna seguridad. Si lo que diga no te convence le das una pista falsa.

—Claro. Pídele tú el teléfono a la vecina y yo le llamo. Y ahora, duerme tranquila, necesitas descansar. Si Javi llora yo lo atenderé —se ofreció.

—Gracias. Buenas noches. Estoy realmente agotada.

—Hasta mañana.

Contuvo las ganas de abrazarla y decirle que todo iba a salir bien, fuese quien fuese la persona que la quería localizar, que él les protegería de cualquier cosa.

Se acostaron, y ella se durmió de inmediato, mientras que a Javier le costó un poco más conciliar el sueño; también él estaba intrigado sobre la persona que buscaba a Alice.

Estaba en el duermevela que da comienzo al sueño cuando sintió los gorjeos del niño en la habitación de al lado. Aguzó el oído por si la sentía, pero no escuchó movimiento alguno, de modo que se levantó.

No era la primera vez que entraba de noche en la habitación de Alice si el pequeño lloraba, los primeros días después del parto era él quien le atendía y casi

nunca ninguno de los dos cerraba la puerta de su habitación. Ambas se encontraban paralelas, lo que aseguraba una cierta privacidad mientras estaban dormidos. A veces el niño reclamaba comida; otras, solo necesitaba un cambio de pañal o un poco de atención.

En la penumbra de la habitación apenas iluminada por la luz proveniente de la calle vio las manos de Javi moverse ante su cara y los leves sonidos que hacía al contemplarlas. Se acercó a la cuna, no sin antes echar un vistazo a la figura dormida de costado en la cama. La expresión era apacible, estaba claro que se había quitado un peso de encima.

—Ven, campeón —susurró al oído del niño para evitar que llorase, pero este le conocía demasiado bien para hacerlo—. Vamos a dejar que mami duerma.

Se lo llevó a su propia habitación y, tras comprobar que no estaba mojado, lo acostó en la cama con él.

Horas más tarde, Alice se despertó con la sensación de que había olvidado algo. Se incorporó en la cama y echó un vistazo a la cuna vacía. Sin hacer ruido se levantó y se asomó a la habitación de Javier y sintió que el alma se le encogía de ternura ante la imagen que contempló. Ambos dormían plácidamente. El lado de la cama donde estaba el niño se hallaba protegido por la larga almohada para que no se cayese, mientras Javier reposaba la cabeza en uno de los cojines del sofá. Javi tenía agarrado el pulgar del hombre con su manita y dormía feliz y confiado.

Permaneció unos minutos contemplándoles con un nudo de emoción en la garganta y luego se retiró a su cuarto sin hacer ruido.

Capítulo 17

Apenas llegó al laboratorio, Sam se acercó a Javier que llevaba ya allí un buen rato. Había adelantado su hora de entrada para estar en casa y ocuparse de Javi cuando Alice se marchase al trabajo.

—¿Va todo bien? —preguntó inclinándose sobre la prueba que Javier estaba realizando.

—No hay resultados todavía.

—Bueno, tengamos paciencia.

—¡Qué remedio! Ya sabemos que la mayoría de las veces no se consigue nada, pero hay que seguir.

—Por supuesto, compañero. Hablando de otra cosa, me dijiste que Alice libraba los jueves, ¿verdad?

—Sí ¿por...?

—Porque te tengo que hacer una proposición.

—Uy, ¿debo preocuparme?

—No lo creo —rio—, no he cambiado de acera, no va por ahí. El jueves de la semana próxima es el cumpleaños de Helen y queremos salir a cenar para celebrarlo. Nos gustaría que Alice y tú vinierais con nosotros, invitados, por supuesto.

—A mí me encantaría, y estoy seguro de que a ella también, pero te recuerdo que tenemos un niño de pocos meses al que no podemos dejar solo.

—Y nosotros tenemos dos, pero mi suegra se ha ofrecido a cuidarlos a todos.

—¿También a Javi?

—Sí, también. Le encantan los críos, tanto que ya nos está preguntando si no vamos a tener más.

—¿Y eso entra en vuestros planes?

—No de momento.

—¿Estás seguro de que queréis que os acompañemos? ¿No preferiríais una cena romántica para los dos solos?

—Eso ya lo hacemos de vez en cuando, ya te he dicho que mi suegra se lleva a los niños con frecuencia, pero hace un siglo que no salimos con amigos y la verdad es que nos apetece mucho.

—Por mí encantado, pero lo tendré que consultar con Alice.

—Trata de convencerla, a mi mujer le hace mucha ilusión. Y creo que a vosotros también os hace falta un poco de esparcimiento. Cuando los niños son tan pequeños como Javi te conviertes en padre las veinticuatro horas del día y a veces te olvidas de que eres persona.

Javier se echó a reír.

—Eso es verdad. La mayoría de las conversaciones que mantenemos giran en

torno a pañales, biberones y cólicos de lactante.

—Me suena. Helen y yo en esa época hacíamos el amor, pero casi nunca hablábamos más que como padres. Convince a Alice, a todos nos vendrá bien divertirnos un poco.

—Lo intentaré.

—Si pone resistencia haré que Helen la llame.

—Creo que no será necesario.

Al principio Alice puso las mismas objeciones de Javier, pero cuando supo que la madre de Helen se ocuparía de Javi aceptó. La perspectiva de salir con él la llenó de alegría y expectación y más aún cuando su amiga se ofreció para acompañarla a comprar algo de ropa para la ocasión.

Se reunieron una mañana en el centro comercial lleno de tiendas especializadas y Alice se dejó llevar por Helen. También ella iba a comprarse algo con que sorprender a Sam cuando llegara a casa después de la cena. Los niños, tanto los suyos como Javi se quedarían hasta la mañana siguiente en casa de la abuela y, por lo tanto, tendrían toda la noche para emplearla como mejor les pareciera.

La primera parada la hicieron en una tienda de lencería y Helen deambuló entre los percheros llenos de conjuntos de sujetador y braguitas de diferentes tipos y tras coger uno que dejaba poco a la imaginación se lo mostró a Alice.

—¿Qué te parece?

—Precioso. Seguro que a Sam le encanta.

Helen se echó a reír.

—No va a durar mucho puesto después de que lo vea, eso si llega vivo al día siguiente. Como esté muy impaciente es capaz hasta de romperlo.

Alice miró el precio sacudiendo la cabeza.

—¿Lo vas a comprar para que te lo rompa?

Helen se encogió de hombros.

—A veces es un gustazo que te rompan la ropa interior. A mí Sam una vez me arrancó un tanga con la boca, hace ya tiempo, pero nunca se me ha olvidado. ¿Nunca lo has vivido?

—No, nunca.

—¿Ni siquiera con el padre de Javi?

—Josh no era ese tipo de hombres. Cuando quería sexo me pedía que me quitara la ropa y a continuación se me echaba encima.

—¿Sin preliminares?

—Sin nada, algunas veces me dolía.

—Menudo animal.

—Nunca había disfrutado del sexo hasta...

Se quedó callada de repente. Helen la miró interrogante.

—¿Hasta qué?

—Hasta hace poco.

—Comprendo.

Consciente de la ligera turbación de Alice agarró otro conjunto, esta vez de color claro.

—¿Qué te parece este para ti?

La chica negó con la cabeza.

—No, es un gasto inútil; a mí nadie me lo va a arrancar.

—No siempre la ropa interior se compra para eso, sino para sentirse guapa una misma. Si no recuerdo mal, seguro que estás harta de verte con esos espantosos sujetadores de lactancia.

Alice rio.

—Sí, son horribles, pero a ver... tengo que darle el pecho a Javi cada pocas horas.

—Pero esta noche no.

—No, esta noche no. Y no sé cómo voy a aguantar sin que me suba la leche y me manche la ropa en mitad de la noche, nunca he estado tanto tiempo sin darle el pecho.

—Hay unos discos de algodón para eso, te los pones dentro del sujetador y te absorben cualquier posible accidente. Y también está la «otra opción» —dijo con una mirada de picardía.

—¿Qué otra opción?

—Pedirle a Javier que se ocupe.

—¿Qué se ocupe de qué?

—Que tome el lugar de Javi y saque la leche antes de que esta haga estragos.

Alice abrió mucho los ojos.

—¿Quieres decir...?

—Sí, justo eso quiero decir —respondió Helen con una risita.

—¿Cómo voy a pedirle eso? Nosotros solo somos compañeros de piso.

—Pero tú te mueres porque seáis algo más, y no me digas que no.

—No importa lo que yo quiera, Javier no me ve de esa forma.

—Pues quizás si le pides ayuda en esto es la ocasión de que deje de hacerlo. Prueba esta noche a que te vea como una mujer, además de como compañera de piso y madre de Javi. Eres muy guapa, Alice.

—Aunque me presentara desnuda no serviría de nada porque está enamorado de otra, de una mujer que quedó en España.

—Sam tuvo una novia anterior a mí que le dejó después de tres años de relación. ¿Y ahora tú dirías que no está loco por mí?

—No, Sam te adora, eso es evidente.

—Los viejos amores acaban por morir, si el tiempo y la distancia son lo bastante prolongados. Hazme caso, ponte *sexy* esta noche, aunque no sea para él sino para ti misma.

—De acuerdo —dijo cogiendo también un par de conjuntos de ropa interior y

metiéndose en un probador.

Se decidió por uno verde claro que contrastaba con su piel realzando sus pechos hinchados por la lactancia y las braguitas pequeñas y semitransparentes se ajustaban a sus caderas y a su vientre ya plano de nuevo.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Helen apartando por un momento la cortina del probador.

—Que estás preciosa, y que es un desperdicio que nadie lo vaya a ver, aunque nunca se sabe...

Con las compras en la mano se dirigieron a la caja y de allí se marcharon a buscar vestidos.

Hurgaron en los percheros tratando de encontrar algo apropiado para esa noche tan especial, probándose uno tras otro hasta encontrar el que consideraban perfecto para cada una.

Helen se compró uno negro, ajustado y *sexy* con un sugerente escote que Alice no tuvo ninguna duda iba a tener a Sam toda la noche al borde del infarto y deseando arrancárselo.

Ella se decidió por uno del mismo tono de la ropa interior, también corto y ajustado. La tela se adaptaba a su figura recién recuperada y aunque no tenía un escote demasiado bajo, le realzaba los pechos de una forma muy atractiva. Se abrochaba en el cuello y dejaba una buena porción de espalda al descubierto.

—¿Cómo estoy? —volvió a preguntarle a su amiga.

Esta le guiñó un ojo y dijo:

—No estoy muy segura de que no te vayan a arrancar la ropa también a ti esta noche.

—Prefiero que no lo haga porque se arrepentiría a la mañana siguiente.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque ya ha pasado.

Helen alzó una ceja.

—¿Quieres decir que tú y él ya os habéis acostado juntos?

—Una vez. No sé si Sam te cuenta cosas del trabajo, pero hubo una noche que Javier llegó muy tarde porque habían perdido a una paciente.

—Sí me lo contó; llegó hecho polvo.

—También Javier estaba destrozado, lloraba como un crío, yo intenté consolarle.

—Y le consolaste hasta las últimas consecuencias, ¿no?

Alice asintió.

—Eso significa que no es inmune a tus encantos.

—No fue nada de eso, Helen, se levantó al día siguiente muy arrepentido.

—Y tú, ¿también lo estabas?

—No... yo tuve mi primer orgasmo.

—¿En serio? ¿Y con el padre de tu hijo?

Alice negó con la cabeza.

—Con él nunca. No era muy delicado que digamos y tampoco yo le quería como quiero a Javier. Fue una noche maravillosa, pero luego, al día siguiente, con sus remordimientos y sus disculpas, lo pasé bastante mal. Yo sabía que no había pasado por amor, claro, y tampoco esperaba un cambio en nuestra relación, pero que te pidan disculpas por algo que para ti ha sido importante y especial...

—Los hombres y su sentido del honor... algunas veces sobra.

—Sí, a veces sí. Por eso prefiero no forzar nada.

—Bueno, tú misma. Pero sea como sea, el jueves vas a estar preciosa y a disfrutar de sentirte una mujer y no solamente una madre. Ya verás, es una sensación maravillosa.

—Seguro que sí.

Pagaron sus compras y se marcharon.

El jueves por la noche Helen y Sam llegaron al apartamento para recoger a Javi y llevarle a casa de la madre de Helen, junto con sus propios hijos. Alice lo tenía todo preparado, pero no pudo evitar sentirse un poco mal por alejarse de su hijo para pasar una noche de diversión, aunque a la vez estaba ilusionada. Era su primera cita de verdad y Javier iba a ser su acompañante.

Habían quedado en reunirse con sus amigos en el restaurante que estos habían elegido una hora más tarde, justo el tiempo que Alice necesitaba para arreglarse.

Se duchó, se arregló el pelo recogiendo detrás de la cabeza, lo que además de dejar al descubierto los hombros y el cuello la hacía parecer mayor de los veintitrés años que tenía. Se maquilló y al final se puso el vestido. La imagen que le devolvió el espejo nada tenía que ver con la Alice de todos los días, y salió a reunirse con Javier, que ya la esperaba en el salón completamente arreglado. Él vestía un traje negro de corte moderno y camisa blanca con el cuello de esta desabrochado.

Alice sintió que se le secaba la boca al verle. Los ojos de él también le dijeron que se había quedado impresionado al contemplarla. Se recompuso en seguida, y sonrió al decir:

—Estás preciosa, Alice. Voy a ser la envidia de muchos esta noche.

—También tú estás guapísimo. Y todavía no has visto a Helen, está despampanante. Espero que Sam tenga autocontrol o nos veremos abandonados en el restaurante en mitad de la cena.

Javier rio con ganas mientras salían y se dirigían hacia el coche, aparcado en el garaje subterráneo del edificio.

Al sentarse, el vestido de Alice se subió un poco dejando al descubierto un trozo de los muslos y Javier no pudo evitar que los ojos se desviaran hacia ellos. Tenía unas bonitas piernas, casi siempre ocultas por los vaqueros y los pantalones que usaba para trabajar. Al ver la mirada apreciativa, Alice contuvo las ganas de tirarse de la falda para bajarla, como había sido su intención. Quizás Helen tenía razón y era buena cosa

que Javier la viera como mujer.

—¿Sabes? Es la primera vez que salgo a cenar con un hombre. Sé que no es una cita, sino el cumpleaños de Helen, pero me hace ilusión.

Javier sonrió.

—Claro que es una cita, no romántica, pero cita. Y yo voy a intentar que la disfrutes.

«Seguro que sí —pensó—, solo con tenerte al lado me siento feliz».

Javier condujo despacio y poco después estaban en el restaurante donde ya Helen y Sam les esperaban sentados a una mesa. Se levantaron a saludarles y hacerles sitio. A Alice no se le escapó la mirada brillante de Sam cada vez que contemplaba a su mujer, que estaba espectacular con su vestido negro.

—¡Vaya dos bellezas que tenemos esta noche a nuestra mesa ¿eh, Javier?!

—¡Y que lo digas!

Se sentaron, Alice con Javier a su derecha y frente a ellos Sam y Helen. Este pidió vino y propuso un brindis por su mujer.

—Por Helen y por esta noche.

—Que está llena de posibilidades —añadió ella con un guiño antes de beber de la copa.

—¡Uy, uy, uy! ¿Me tienes preparada alguna sorpresa?

—Yo diría que sí —respondió Alice.

—Calla o me chivo yo también.

—¿Qué te tienes que chivar? —preguntó Sam curioso.

—Nada, cosas de Helen.

—¡Madre mía, qué peligro tienen estas dos! —dijo desviando la atención hacia Javier—. No sé por qué esto me huele a encerrona.

—Nada de eso, solo que nos fuimos de compras y nos dimos un pequeño capricho, ¿verdad, Alice?

—Así es. —Respiró hondo, y sintiendo la suavidad del sujetador contra su piel, no pudo evitar recordar lo que Helen le había contado sobre cuánto le gustaba a Sam tomar la leche cuando sus hijos no podían. La sola idea de los labios de Javier en su pecho hizo que tuviera que beber un largo sorbo de vino para calmarse. Después cogió la carta y escondió la cara en ella, temerosa de que él adivinase sus pensamientos.

Encargaron la comida y mientras se la servían degustaron el vino a pequeños sorbos.

—Esta noche prohibido hablar de niños, por favor —pidió Helen—. Necesito una conversación de adultos.

—Nosotros también —rio Javier. Pocas veces en los últimos meses habían hablado de algo que no fuera embarazo, parto y pañales.

—Yo necesito más cosas de adulto —comentó Sam.

Su mujer se inclinó hacia él y le susurró:

—Después...

Javier se dirigió a Helen.

—Ha sido una suerte que cumplieras años el día que Alice no trabaja.

—No ha sido suerte, el cumpleaños es mañana, pero lo celebramos hoy para que pudierais venir. Después de todo, a partir de las doce ya será mañana.

—Eso es verdad.

—Debe ser duro eso de ser camarera —comentó Sam—. Trabajar mientras los demás se divierten.

—No es lo peor, para mí lo más duro es el dolor de piernas. Se resienten al final de la jornada y hay noches que me duelen cuando llego a casa. A veces Javier tiene que darme un masaje.

—A mi hermano Hugo le encanta, él es camarero por vocación. Disfruta detrás de la barra sirviendo copas y hay que reconocer que tira las cervezas como nadie.

Alice frunció el ceño.

—¿Cómo se puede ser camarero por vocación? Yo trabajo en eso porque no tengo formación para hacer otra cosa; cuando terminé secundaria Josh no quiso que continuara estudiando. Y era él quien pagaba las facturas, a mí solo me tocó obedecer.

—¿Y por qué no lo haces ahora? Seguro que hay algo que te atraiga.

—Claro que lo hay. Me gusta la decoración.

—Tienes buena mano con eso, has hecho maravillas en el apartamento con poco presupuesto.

—Pero tengo un hijo que mantener. Ahora quien paga las facturas soy yo.

—Eso puede arreglarse —dijo Javier.

—No.

Él se encogió de hombros resignado. Había hecho el intento, aunque sabía que no iba a funcionar.

—No quiere ni oír hablar de que yo pague los gastos de la casa mientras ella estudia.

—Ya hemos hablado de eso.

—Considéralo un préstamo, si quieres, que me devolverás cuando vuelvas a trabajar.

—No. Cuando Javi sea mayor y vaya al colegio intentaré hacer algún curso por las mañanas, pero ahora ya haces bastante cuidándole por las tardes. No voy a consentir que además pagues nuestros gastos.

—Ni yo voy a desistir, volveremos a hablar del tema.

Ella sonrió.

—Lo sé. Eres muy testarudo.

—Un Figueroa cabezota, dice mi madre. Como mi padre y mis hermanos, al parecer va implícito en el apellido. Y no me rindo.

La conversación se hizo general, y la cena transcurrió alegre y relajada.

Disfrutaron de la exquisita cocina mientras Javier observaba cómo Alice iba perdiendo la rigidez del principio de la velada. Por algún motivo se había puesto tensa cuando Helen hizo mención a la compra que habían realizado días atrás. Si se refería al vestido no podía estar más acertado, moldeaba su cuerpo con elegancia, marcando las curvas que normalmente cubría con ropa holgada y cómoda. No había mentido cuando le dijo que estaba preciosa, había recuperado la figura tras el embarazo y ese cuerpo esbelto merecía ropa que le hiciera justicia. Decidió hablar con Helen para que le ayudase a escoger algo bonito que regalarle en su próximo cumpleaños. No podía apartar los ojos de su cuello, largo y realzado por el peinado. Ese cuello había sido el que le derrumbara el autocontrol la noche que le había hecho el amor. Cuando posó los labios en él, y probó su suavidad, fue incapaz de controlarse. Aún recordaba la sensación de calidez, el olor y el sabor de la piel bajo sus labios.

De pronto se dio cuenta de que Helen le había hecho una pregunta que no había escuchado, sumido en sus pensamientos.

—¿No es verdad, Javier?

—¿Qué? Perdona, estaba distraído.

—Decía que deberíamos repetir esto más a menudo.

—A mí me encantaría, pero no sé qué pensará tu madre.

—Seguro que a ella también.

—Ya veremos.

Una vez terminada la cena y los camareros retiraron platos y cubiertos, Helen comentó.

—Ahora viene la segunda parte.

—¿Hay segunda parte? —preguntó Javier.

—Por supuesto, este restaurante después de la cena se convierte en pista de baile. Pronto aparecerán unos músicos que tocarán en directo.

—Genial... ni te imaginas el tiempo que hace que no bailo. Creo que casi desde que estoy aquí.

—¿Y a ti, Alice? ¿Te apetece?

—Sí, aunque no he bailado mucho; no sé si estaré a la altura.

—Seguro que Javier te lleva bien.

—Seguro que sí.

El aludido enarcó una ceja.

—Lo intentaré. Espero no haber olvidado cómo se hace.

—Bailar es como montar en bicicleta y hacer el amor... nunca se olvida, solo hay que ponerse a ello —dijo Sam guiñando un ojo.

Encargaron unas copas mientras esperaban a los músicos y continuaron con la charla. Apenas estos aparecieron, Helen cogió a su marido de la mano y tiró de él.

—Ven, cariño, me muero de ganas de que me abrases.

—Cualquiera diría que no te abrazo nunca.

—Muy a menudo, pero al compás de la música, no tanto.

—Eso es verdad. Vamos a remediarlo. —Y añadió mirando a la pareja que quedaba en la mesa—: ¿Y vosotros, no os animáis?

Javier miró a Alice.

—¿Quieres bailar?

—Sí.

También ella se moría de ganas de que la abrazara, que le pusiera las manos en la espalda desnuda y sentir el calor de su cuerpo. El vino que había tomado la había puesto muy sensible y romántica, y aquella noche la iba a disfrutar olvidando que Javier estaba enamorado de otra mujer. Esa noche estaba allí con ella, cenando, riendo y charlando y sería a ella y a nadie más a quien abrazaría en la pista de baile.

Sintió las manos en su cintura, cálidas a través de la fina tela del vestido, y alzó las suyas hasta sus hombros; apenas le llegaba a la barbilla, y notó el aliento de él en su pelo. El olor que tan bien conocía le inundó los sentidos y cerró los ojos para olvidar todo lo demás.

—Espero no pisarte —susurró él en su oído.

—Calla... no hables de pisotones. Esta es la primera vez que salgo en mucho tiempo, no lo estropees. Quiero bailar y olvidarme del resto del mundo.

Javier sonrió y apoyó la cara contra su sien. También él quería olvidarse del resto del mundo y disfrutar de aquella noche y de aquella mujer preciosa y no pensar en que era su compañera de piso, su amiga. En aquel momento era solo una mujer cálida entre sus brazos.

Las canciones se sucedían una detrás de otra y el grado de intimidad entre ellos iba en aumento. Hacía rato que Helen y Sam se apretaban uno contra otro sin ningún disimulo.

—Esos dos van a durar poco aquí —dijo Javier conteniendo una risita—. Seguro que en breve saldrán corriendo hacia su casa.

Alice rio también.

—Helen se ha comprado un conjunto de ropa interior para que Sam se lo rompa.

—¿En serio?

—Eso me dijo.

Abrió los ojos y se encontró con los de él a muy poca distancia, y no pudo evitar preguntar:

—¿Tú le has roto alguna vez la ropa interior a una chica?

—No, suelo ser bastante respetuoso con la ropa ajena, aunque sea interior.

—¿Y has sentido ganas de hacerlo?

—Tampoco.

Había apoyado de nuevo la cara contra la sien de Alice.

—¿A ti te la han roto alguna vez? —preguntó.

—No.

—¿Y has deseado que lo hicieran?

—Nunca me lo he planteado, el sexo con Josh no funcionaba así. Él era... más frío.

Javier apretó los labios; la sola idea de pensar en Alice en brazos de aquel tipo que no solo no la había sabido apreciar, sino ni tan siquiera hacerla sentir como una mujer, le hizo subir la bilis.

—Helen dice que es estupendo —continuó Alice.

Javier ahogó una risita.

—Sí, debe serlo.

Y al decirlo la apretó un poco más. Ya sus cuerpos casi se tocaban, el suave vello de la barba le rozaba la cara y le estaba haciendo perder la compostura. Las ganas de apretarse contra él como hacía Helen con Sam la tentaban cada vez con más fuerza y la hizo lanzar un hondo suspiro.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Javier solícito.

—Creo que el vino se me ha subido un poco a la cabeza y me cuesta mantener el equilibrio sobre estos tacones.

—No te caerás —dijo apretándola con más fuerza.

Alice no lo había dicho con esa intención, pero estaba dispuesta a disfrutarlo. Alzó los brazos hasta el cuello, sintió el cosquilleo del pelo en la punta de los dedos, el mismo cosquilleo de mariposas que tenía en el estómago. Quiso darle las gracias, romper con una palabra el momento mágico de aquel baile, pero no fue capaz.

Javier alzó una mano de la cintura hasta la parte desnuda de la espalda, algo que llevaba largo rato deseando hacer, deslizó los dedos con suavidad acariciando la piel y provocando mil sensaciones en el cuerpo de ella. La notó estremecerse con la caricia y se sintió incapaz de seguir conteniéndose. Todo su cuerpo clamaba por algo más y bajando la cabeza buscó su boca. Apenas le rozó los labios que se entreabrían para él, los músicos dejaron de tocar. Ambos permanecieron quietos, inmóviles, con ese beso apenas iniciado que se quedó en suspenso, con el cuerpo agitado y el corazón latiendo como loco. A regañadientes Javier se separó de su boca y miró hacia el estrado donde los músicos estaban ya guardando los instrumentos. Con un suspiro dejó caer los brazos que la rodeaban.

—Creo que el baile ha acabado por esta noche —dijo con pesar.

—No tiene por qué —comentó Helen mirando divertida a la pareja que al igual que ellos acababa de separarse. Tanto Alice como Javier parecían algo azorados ante lo que había estado a punto de ocurrir entre ellos—. Hay otra danza que se baila sin música.

—Y yo estoy deseando bailarla contigo —dijo Sam rodeándole la cintura con un brazo y besándola en el cuello. ¿Nos vamos ya?

—Si —respondió apretándose contra su costado—. Aunque vosotros podéis quedaros un rato más si queréis...

—No, aquí ya se ha acabado el baile y mañana tenemos que trabajar. Es mejor que nos marchemos también —dijo Javier ya recompuesto.

Se despidieron y salieron a la noche. El aire frío de finales de febrero apenas consiguió aplacar el calor de sus cuerpos excitados. Ya en el coche, una tensión incómoda flotaba en el ambiente, el silencio era espeso mientras los cuerpos de ambos continuaban agitados por las emociones experimentadas durante el baile. Alice, rebosante de amor; Javier, con el cuerpo alterado por el deseo que a veces se apoderaba de él cuando tenía a Alice demasiado cerca. Algo que le ocurría desde que habían pasado la noche juntos. Aquella noche había removido en él la abstinencia que se había autoimpuesto y no dejaba de recordarle que era un hombre joven, sano y con necesidades.

Miró a Alice de reojo mientras conducía, también ella estaba silenciosa y se preguntó qué respondería si le decía que aceptaba su propuesta de unos meses atrás de satisfacer mutuamente sus necesidades sexuales. Luego se recordó que ella podría estar enamorándose de él y que no tenía derecho a alentar un amor que no podía corresponder, porque contra todos sus deseos, él seguía enamorado de Marta. Sin esperanzas y a miles de kilómetros, pero enamorado, y quería demasiado a Alice para hacerle daño.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó más para alejar los pensamientos que le acosaban que porque tuviera alguna duda al respecto.

—Sí, mucho. ¿Y tú?

Sonrió.

—Ha sido una noche fantástica.

—También para mí.

De nuevo se hizo el silencio, un silencio pesado y cargado de cosas no dichas que se prolongó el resto del trayecto.

Una vez en el apartamento, por un instante se quedaron mirándose uno al otro, la tensión sexual flotaba en el ambiente y el corazón de Alice se saltó un latido, aguardando. Los ojos pardos de Javier brillaban con intensidad y se veían más oscuros. Al final, él lanzó un débil suspiro y pasándose los dedos por el pelo, murmuró:

—Buenas noches.

Alice respondió tratando de contener su decepción:

—Buenas noches, Javier.

Él se dio media vuelta y entró en su habitación. Y Alice hizo lo propio.

Se sentó en la cama y empezó a desnudarse. La noche no había acabado como hubiera querido, pero había disfrutado, se había sentido mujer y se había estremecido en los brazos de Javier mientras bailaban. Había sido una noche inolvidable y se preguntó si el final hubiera sido diferente si la música no se hubiera interrumpido cuando estaban empezando a besarse. Se tocó los labios, aún con el sabor de Javier en ellos y se dijo que ojalá pudiera conservarlo para siempre.

Se acostó desnuda, no quería ponerse el pijama para no enmascarar el olor de él que aún conservaba en sus sentidos y en su piel. Se acarició el cuello y los pechos

como hubiera deseado que la acariciase él. Aquella noche no le hubiera importado que estuviera enamorado de Marta, si hubiera acabado en sus brazos ella se habría encargado de que no se acordase de ninguna otra.

Al fin, después de rememorar una y otra vez los momentos vividos, se quedó dormida con una sonrisa en los labios.

Capítulo 18

Sentada junto a Javier, Alice no podía ocultar su nerviosismo. Al fin había decidido llamar al teléfono que le había facilitado su vecina del hombre que había estado haciendo indagaciones sobre ella. Por un momento había pensado en ignorarlo, ya más tranquila al saber que no se trataba de Josh, pero la curiosidad había sido más fuerte y había decidido averiguar quién era y qué quería.

No obstante, había preferido que fuera Javier quien hiciera la llamada y actuara de filtro. Habían acordado que en un principio le diría que creía saber el paradero de Alice, pero que si sus argumentos y motivos no le convencían le daría una pista falsa que desviara su atención de ella.

Javier marcó el número y una voz de hombre de mediana edad respondió.

—Buenas tardes. Soy Javier Figueroa, era vecino de Alice Sanders. La señora que vive en el que fue su apartamento me ha dicho que usted ha preguntado por ella.

—Encantado de saludarle, señor Figueroa; sí, en efecto estoy intentando localizar a la señorita Sanders. ¿Conoce usted su paradero?

—No estoy seguro, pero podría tener una idea de dónde se ha mudado.

—En tal caso, le estaría muy agradecido si me diese esa información.

Javier guardó unos minutos de silencio. La voz del hombre era educada y tranquila.

—Si no le importa, antes preferiría saber quién es usted y por qué la busca. No me gustaría que esa chica se encontrase con una multa de tráfico o algo parecido por mi indiscreción —comentó en tono de broma.

—No soy ningún agente de la ley, se lo aseguro, y tampoco voy a causarle ningún problema a la señorita Sanders.

—Estoy seguro de que no.

—Pero entiendo sus recelos y le diré el motivo de mis indagaciones. Soy abogado y la estoy buscando a instancias de su familia.

Javier frunció el ceño y miró a Alice.

—¿Su familia? —preguntó para que ella le escuchara y supiera a qué atenerse—. Por lo que yo sé, carecía de familia, vivía con su novio y no tenía contacto con nadie más.

—Es verdad que no tenía contacto alguno con su familia, pero eso no quiere decir que no la tenga.

—Sí, claro. No obstante, si no se trataban no sé si querría que yo les pusiera sobre su pista, los asuntos de familia son muy delicados.

—Voy a darle más detalles. El padre de la señorita ha fallecido hace unos meses y ha dejado una pequeña herencia que su hermana quiere compartir con ella.

Javier silbó.

—¿Alice tiene una hermana?

Esta abrió mucho los ojos.

—Sí, en efecto. Son hermanas de padre solamente, pero es ella quien me ha pedido que contrate a un detective para encontrarla y sus pesquisas nos han llevado hasta el edificio donde usted vive. Yo me personé allí para hablar con ella, pero ya no residía en esa dirección. A partir de ahí hemos perdido la pista y si usted conoce su nuevo domicilio, le agradecería que me lo comunicara. Su hermana está muy interesada en encontrarla.

Javier sacudió la cabeza, dubitativo.

—Mire, yo intentaré ponerme en contacto con la señorita Sanders y le comentaré sobre esto y que ella decida si quiere ser localizada o no. En caso afirmativo le pasaré su número para que le llame.

—Me parece bien. Pero dígame a Alice que saldría muy beneficiada con esto; aparte de una interesante cantidad de dinero, la señorita Stefany Barrow es una gran persona y realmente está interesada en conocer a su hermana, la única familia que le queda.

—Bien, si logro localizarla le transmitiré esta información.

—Muchas gracias, señor Figueroa.

—Adiós.

Javier cortó la llamada y se giró para enfrentarse a una estupefacta Alice.

—Al parecer tienes una hermana de padre que te está buscando.

—Ya lo he oído.

—Este hombre dice ser abogado y está encargado de gestionar una herencia tras la muerte de tu padre. Creo que te corresponde algún dinero.

—Espera... me estoy perdiendo.

—Tu padre ha muerto, ha dejado una herencia y tu hermana te busca para compartirla contigo, si no he entendido mal. Además de que está interesada en conocerte. Al menos es lo que me ha dicho. Ahora, tú decides.

Alice enterró la cara entre las manos.

—No lo sé. Es lo último que me esperaba.

—No tienes que responder ahora, tómate unos días para hacerte a la idea y pensarlo bien. Si das ese paso tu vida va a cambiar y debes decidirlo con calma.

—Una hermana... tengo una hermana.

—Que quiere conocerte.

—¿Para qué?

—No lo sé, a lo mejor no tiene ningún motivo aparte de que eres su hermana. ¿Tu madre nunca te habló de tu padre?

—No que yo recuerde. Lo único que decía es que se fue porque quiso y que desde ese momento había dejado de pertenecer a nuestra familia. Y que tampoco le necesitábamos, que nos bastábamos la una a la otra, aunque había un dejo de tristeza en su voz. Debió amarle mucho porque nunca hubo otro hombre, pero no tengo ni

idea de por qué se marchó. Yo intuía que hablar de él le hacía daño y no hice demasiadas preguntas; de todas formas, no le eché de menos, ella hizo de madre, padre y de toda la familia completa.

—¿Y no quieres saber? A lo mejor tu hermana te da las respuestas.

—¿Tú crees que debería hablar con ella?

—No sé, Alice, yo solo puedo decirte que mis hermanos son muy importantes para mí, que no concibo mi vida sin ellos, aunque estén lejos. Cuando el barco de Sergio desapareció yo sentí una angustia más profunda que si me hubiera sucedido a mí. Sé que tú no conoces a esa señora Barrow de nada, que hasta ahora ningún vínculo te ha unido a ella, pero a lo mejor te alegras de conocerla.

—¿Has dicho Barrow?

—Sí, ese es el nombre que me ha dicho el abogado, Stefany Barrow. ¿Te suena?

—No, jamás había oído ese nombre.

—Quizás deberías darle una oportunidad. Si no te agrada, siempre puedes volver a poner distancia.

—¿Sabes? Me siento extraña, siempre pensé que no tenía a nadie más que a Javi y a ti y ahora...

—Ahora puede que haya alguien más —dijo alargando la mano y apretando la de ella. Por mucho que se repetía una y otra vez que debía cuidar el contacto físico, no lo conseguía. Las manos se disparaban hacia ella sin que se diera cuenta, el abrazo tierno cuando la veía preocupada o cansada le salía sin pensar, aunque luego se dijera que no debía haberlo hecho. Pero no podía dejar de tocarla, de abrazarla, era su forma de demostrar afecto y no podía cambiarla.

—¿Por qué no lo consultas con la almohada y luego decides?

—Sí, eso haré. Ahora me voy al trabajo o llegaré tarde.

Al día siguiente se levantó con una decisión tomada. Iba a hablar con esa mujer y después decidiría si la quería en su vida o no, pero al menos le daría una oportunidad.

Esperó a que llegara Javier para hacer la llamada y, aunque no disponía de mucho tiempo antes de irse al trabajo, quería que él estuviera presente en el primer contacto, como había estado en todos los momentos importantes de su vida desde hacía un año. Por la mañana había llamado al abogado que le había informado de que era, junto con su hermana, heredera de una cantidad de dinero, dinero que no quería, y le había dado el teléfono de Stefany.

Con Javier sentado a su lado infundiéndole ánimos y las manos sudando por los nervios, marcó el número. Una voz de mujer joven y agradable respondió en seguida.

—¿Sí?

—¿Stefany Barrow?

—Sí.

—Soy... Alice Sanders.

Por un momento el silencio se apoderó del aparato.

—Alice... Dios mío, ¿de verdad eres tú?

La voz denotaba alegría y emoción.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Stefany... bueno eso ya lo sabes... soy tu hermana. Eso también lo sabes... perdona es que me he puesto un poco nerviosa... James no me ha dicho que me fueras a llamar.

—¿James es tu abogado?

—En realidad es el abogado de nuestro padre, pero se ha encargado de buscarte a petición mía.

Alice se mordió la lengua para no decir que ella no tenía padre, no era el momento. Tampoco pudo preguntarle por qué la había buscado, las palabras se le atascaban en la garganta con un nudo de emoción, escuchando a Stefany que no paraba de hablar en su nerviosismo.

—Él ha muerto hace poco y ha dejado la casa y algo de dinero, tú estabas en el testamento por eso he sabido de ti.

—Yo no quiero nada, sea lo que sea, es tuyo —dijo. No quería que aquella mujer pensara que la había llamado porque había un beneficio económico por medio.

—Pero nuestro padre nos lo ha dejado a las dos.

—No hables de él en plural, yo no lo considero mi padre —dijo ya sin poder contenerse—. Nunca lo he tenido y tampoco lo he necesitado. Del mismo modo que ahora no necesito su dinero, es tuyo. Si debo hacer alguna renuncia formal, lo haré.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento. Este es demasiado importante para mí para ensuciarlo con cuestiones económicas.

Había tanta calidez en la voz de la chica que Alice sintió un nudo en la garganta. Se hizo un nuevo silencio que Stefany rompió con voz temblorosa.

—Alice... ya has dejado claro que no quieres dinero... pero ¿quieres una hermana? Porque yo sí. Eres la única familia que me queda, y te aseguro que no tenía ni idea de tu existencia, porque de haberlo sabido te habría buscado mucho antes. No me hagas pagar a mí por los errores de... mi padre.

—No lo haré.

—¿Me permitirás conocerte? Si luego no quieres saber más de mí, lo entenderé y no te molestaré, pero no me cierres las puertas de tu vida sin que nos hayamos visto cara a cara.

—Sí, quiero conocerte —dijo al fin.

Un suspiro de alivio relajó la conversación, un poco tensa hasta entonces.

—¿Cuándo? Yo vivo en Richmond.

—Yo en Bethesda, Washington.

—No está demasiado lejos, unas dos horas en coche.

—Pero yo no puedo desplazarme, tengo un niño de pocos meses.

—¿Estás casada?

—No, soy madre soltera.

—Además de una hermana tengo un sobrino... ¡Ni te imaginas la ilusión que me hace! No te preocupes, yo iré.

—Gracias.

—No me las des, yo no tengo ningún impedimento. ¿Te viene bien el fin de semana?

—Trabajo en una cafetería, solo descanso los jueves.

—Estaré ahí el jueves próximo si te viene bien.

—De acuerdo. Hasta el jueves. Ahora tengo que marcharme, entro a trabajar en un rato.

—Adiós, Alice. Ya estoy deseando que llegue el momento.

Alice cortó la llamada y se quedó con la vista perdida en el vacío.

—¿Y bien? —preguntó Javier intrigado.

—Va a venir el jueves para que nos conozcamos. Vive en Richmond y parece muy interesada en conocerme.

—¿Y tú?

—No lo sé, Javier, me siento muy rara. Pero le daré una oportunidad.

Él le rodeó los hombros con el brazo y la besó en la sien.

—Todo va a ir bien, ya lo verás. Y esa visita no te compromete a nada.

—Ya lo sé. Ahora tengo que irme al trabajo, se me hace tarde.

—Hasta luego.

Durante todo el día, Alice estuvo nerviosa; era jueves y esperaba la visita de Stefany aquella tarde.

Habían vuelto a hablar el día anterior para concretar una hora y ella había preferido que Javier estuviera presente, por lo que habían quedado para merendar. Él había comprado unos dulces para servir en el encuentro, consciente de que tomar algo iba a romper el hielo y facilitar el diálogo, que intuía algo tenso debido a la reticencia y los celos de Alice.

Nada más entrar pudo apreciar el estado nervioso en que se encontraba. Se acercó y le acarició la barbilla.

—Tranquila... esa mujer va a recorrer muchos kilómetros para conocerte, no hay duda de que está interesada.

—Lo sé, y eso también me asusta. ¿Qué pasará si ella no me gusta, si no me cae bien?

—No pasará nada, se lo dices y en paz.

—¿Tan sencillo?

—Por supuesto que es tan sencillo. Cuando te crías con un hermano, no siempre te cae bien, pero no tienes más remedio que aceptarlo en tu vida y en tu entorno; no es este el caso, de modo que relájate y no accedas a este encuentro con ninguna idea

preconcebida. Conoce a tu hermana y deja que tu corazón hable.

—Siempre consigues que me sienta mejor después de hablar contigo.

—Me alegro.

Media hora más tarde llamaron a la puerta y Alice, después de alisarse una imaginaria arruga en el jersey se apresuró a abrir.

En el umbral encontró a una chica joven y menuda, más o menos de su misma edad, de pelo castaño corto y que la miraba con la misma expresión nerviosa que debía presentar ella misma.

—¿Alice? —preguntó.

Esta asintió.

—Y tú eres Stefany.

—Sí.

Durante unos minutos se contemplaron la una a la otra tratando de encontrar algún rasgo familiar en ellas, algo reconocible que las uniera, pero no lo había. Ambas eran muy diferentes, salvo por la complexión menuda y delgada.

—Pasa... —dijo haciéndose a un lado para invitarla a entrar al salón, donde Javier se encontraba sentado ante el ordenador.

—Él es Javier.

Este se levantó y se acercó a darle el beso en la mejilla que ambas hermanas no se habían dado, Alice fue consciente de ello demasiado tarde. Ahora resultaría muy raro que se acercara a su hermana y la besara.

—Javi está durmiendo la siesta, no tardará en despertarse. A él ya te lo presentaré luego.

—Javi es tu hijo.

—Sí. ¿Te apetece tomar algo? Un té o un café... —propuso Javier asumiendo el papel de anfitrión y en vista de que Alice y Stefany solo sabían mirarse la una a la otra.

—Sí, gracias, cualquiera de las dos cosas.

—Lo preparo en seguida. ¿Tú tomarás un café, Alice?

—Sí, por favor.

Entró en la pequeña cocina separada del salón por una barra americana mientras Alice reaccionaba.

—Siéntate —ofreció señalando el sofá y sentándose al lado de Stefany.

—No puedes imaginarte lo feliz que me hace estar aquí, que me hayas permitido conocerte. Sé que nuestro padre no se portó bien contigo, pero yo no soy él, no me hagas pagar por sus errores. Soy tu hermana, no tengo más familia.

—¿Y tu madre?

—Mis padres tuvieron un accidente de coche hace unos meses. Ella murió en el acto y él aguantó un tiempo en la UCI, pero tampoco pudo sobrevivir a sus heridas.

Ni siquiera llegó a recobrar el conocimiento. Cuando su abogado me trajo el testamento, del que yo no sabía nada, con él venían dos cartas, una para ti y otra para mí hablándome de tu existencia. Al parecer tuvo una relación paralela con mi madre y con la tuya y ambas se quedaron embarazadas casi a la vez. Nos llevamos apenas unos meses por lo que he podido averiguar. En la carta me decía que tuvo que elegir entre sus dos mujeres y sus dos hijas y yo fui la afortunada; mi madre le exigió que si la escogía a ella debía cortar todo contacto con vosotras y él fue tan tonto que le hizo caso. Se marcharon a Richmond y nunca volvió a mirar atrás.

Alice tragaba saliva con dificultad mientras escuchaba a Stefany hablar de un hombre que para ella no era más que un extraño.

—Hace unos años —continuó Stefany dando unas explicaciones que Alice ni quería ni necesitaba, pero le permitió seguir hablando porque intuía que su hermana sí necesitaba decirlo. Para ella también debía haber sido muy extraño descubrir su existencia—, hizo testamento y escribió dos cartas, una para cada una de nosotras. En la que me dejó a mí me pedía que te buscase y te entregase la tuya.

Abrió el bolso y sacó un sobre abultado que le tendió a Alice.

—Ten, esta es. Imagino que dentro encontrarás las respuestas que probablemente necesitas.

—No quiero ninguna carta de él. Nunca estuvo en mi vida, ni en lo bueno ni en lo malo; es un desconocido para mí y no necesito respuestas porque nunca me hice preguntas. Ese señor me sacudió de su vida como si fuera un lastre, dejándome muy claro con ello que yo no le interesaba y no voy a permitir que venga ahora después de muerto a perturbar mi vida ni a dar explicaciones. Cuando murió mi madre yo era muy joven y me quedé sola, lo que me hizo caer en manos de un desaprensivo que me ha dado mala vida hasta que me dejó embarazada, y entonces se largó. Ahora tengo un hijo, sé lo que se siente por ellos y no puedo entender cómo tu padre pudo irse tan alegremente dejándome atrás. Pudo buscarme cuando me hice mayor, no era necesario que viera a mi madre, y no lo hizo. Lo siento, pero su carta después de muerto no me sirve de nada porque no tengo padre. Y si has venido aquí siguiendo una petición suya...

—No ha sido así, él me pidió que te entregase la carta y lo he hecho, pero podría haberla mandado por correo. Estoy aquí porque quiero conocer a mi hermana y eso es decisión mía.

—No tengo nada contra ti, Stefany, y espero que me entiendas. Somos hermanas, pero hemos vivido realidades distintas, tú has tenido a tu lado a un padre, yo no. También la palabra está muy sobrevalorada; a mí, Josh, mi ex, me echó un polvo y me dejó embarazada, pero es Javier quien cuida de mi hijo mientras yo trabajo, el que le cambia los pañales y se levanta por la noche si llora. ¿Quién es el padre de Javi?

Stefany giró la cabeza y miró al hombre que de espaldas a ellas preparaba café.

—Yo pensaba que era él.

—Es él, con mayúsculas, porque se gana ese nombre día a día y minuto a minuto.

El aludido se acercaba portando una bandeja con dos servicios en las manos, que depositó en la mesa.

—¿Tú no tomas nada? —preguntó Alice sorprendida.

—Lo tomaré en mi cuarto, creo que esta conversación es mejor que la tengáis a solas.

Stefany lo miró agradecida.

—Cuando Javi se despierte yo me ocupo de él —añadió.

—Gracias.

—No hay de qué.

Ambas mujeres le siguieron con la mirada mientras se perdía en el pasillo en dirección a los dormitorios.

—Es encantador tu chico.

—No es mi chico.

—¿No? Yo hubiera jurado...

—Es mi amigo, compartimos piso y gastos.

—Y a Javi.

Alice sonrió.

—Sí, a Javi también. Cuando Josh supo que estaba embarazada se marchó y en esos días conocí a Javier y es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Pues yo hubiera jurado que había algo entre vosotros.

Alice bajó la vista.

—No lo hay.

—Pues es un desperdicio porque está para mojar pan, si me permites la expresión. A lo mejor tú no te has dado cuenta, pero...

—Claro que me he dado cuenta, no estoy ciega.

—Perdona, estoy hablando de más.

—Pero lo mejor de Javier no está en su físico; es un hombre maravilloso, tierno, encantador, la mejor persona que he conocido aparte de mi madre.

—Entiendo —dijo clavando en Alice una mirada comprensiva a la vez que esta bajaba la suya—. Quizás más adelante quieras hablarme de ello.

—Quizás.

—¿Va a haber un «más adelante»?

—Si tú quieres...

—Claro que quiero, no estaría aquí de no ser así. ¿Y tú, estás interesada en que nos conozcamos mejor? Sé que no es fácil esto, pero si las dos ponemos de nuestra parte podemos conseguirlo.

—Sí, quiero conocerte mejor.

El suspiro de alivio de Stefany hizo consciente a Alice de que realmente era importante para ella su relación, y abandonó sus reservas.

—¿Puedo pedirte una cosa? —preguntó Stefany.

—Claro, si está en mi mano...

—¿Puedo darte un abrazo? Antes no me atreví, te veía tan cautelosa, tan reticente...

—No he tenido una vida fácil, me han hecho daño y no entrego mi afecto a la primera. Pero sí, dame ese abrazo —dijo abriendo los brazos. Stefany se arrojó en ellos tratando de contener su fogosidad y su alegría.

Fue un abrazo afectuoso y cálido. Ambas pudieron palpar emoción en la otra y Alice sintió caer una de las barreras con las que había intentado protegerse. El resto, intuitivo, irían desapareciendo poco a poco a medida que se conocieran.

El llanto de Javi al fondo del apartamento las hizo separarse.

—El niño se ha despertado.

—Me gustaría conocerle.

—En seguida lo traerá Javier, en cuanto le cambie el pañal. Hay que prepararle la merienda, porque si no tendrás ocasión de conocer sus pulmones. Es un niño muy bueno, pero la comida es la comida.

En efecto, en pocos minutos aparecieron ambos en el salón.

—¿Lo cogéis un momento para que pueda prepararle el biberón?

—¿Puedo? —preguntó Stefany algo insegura.

—Claro, cógelo.

Alargó los brazos hacia Javier, que le pasó al niño. La ternura que Alice vio en su rostro acabó de ganársela.

—¿No le das el pecho?

—A esta hora no, porque me pilla trabajando. Hago turno de tarde y noche en la cafetería para que Javier pueda ocuparse de él al salir del trabajo. ¿Y tú, a qué te dedicas?

—Acabo de terminar los estudios, soy diseñadora gráfica y quiero montar mi propia empresa en casa con el dinero que me ha dejado mi padre. Me gusta hacer las cosas a mi manera y trabajar a mi ritmo.

—Eso de no tener un jefe metiéndote presión a todas horas debe ser un lujo. El mío no es mala persona, pero cuando tiene el local lleno se pone un poco nervioso y si pudiera ponernos un cohete en los pies, lo haría.

Stefany rio con ganas. El ambiente se había relajado y cuando Javier regresó con el biberón se sentó con ellas y los tres iniciaron una conversación general relajada y cordial, mientras Javi, en brazos de su madre, tomaba su merienda.

Al anochecer Stefany, que había reservado habitación en un hotel para pasar la noche, se marchó quedando en reunirse con Alice a la mañana siguiente para pasar otro rato juntas. Regresaría a Richmond después de almorzar, y planearían la siguiente visita.

Cuando se marchó Javier señaló la carta que había quedado sobre la mesa.

—¿Y ese sobre?

—Una carta póstuma de mi padre.

—¿Me marcho para que la leas?

—No, no pienso leerla, no me interesa nada de lo que pueda decir.

La cogió y la rasgó por la mitad sin siquiera abrirla.

—Alice... ¿estás segura?

—Completamente —dijo tranquila—. Necesité un padre, no explicaciones.

Terminó de romperla en pedazos pequeños y la arrojó al cubo de la basura.

Capítulo 19

A medida que iban pasando primero los días y más tarde las semanas, Stefany fue entrando en la vida de Alice y Javier.

Se llamaban con frecuencia por las mañanas, Stefany había vuelto quince días más tarde y en esta ocasión se había alojado con ellos, lo que había hecho que la relación entre las hermanas se afianzara.

Ya Alice había enterrado sus recelos y se sentía feliz de tener a alguien a quien poder llamar familia, esa amiga cercana que nunca había disfrutado. Su relación con Helen era buena, pero nunca había llegado al grado de intimidad que estaba consiguiendo con su hermana, quizás por los seis años de diferencia de edad que tenían.

Y porque sospechaba que Helen le contaba todo a Sam y este trabajaba con Javier, lo que la frenaba a la hora de hacerle confidencias. Sin embargo, el vínculo que estaba desarrollando con su hermana le hacía que resultara fácil hablarle de sí misma y de sus sentimientos. Solo había un tema que nunca se tocaba entre ellas y era el padre de ambas, lo que Alice agradecía sobremanera.

Stefany le contó de su vida pasada y presente sin mencionar nada que pudiera hacer daño a Alice, de la relación que había mantenido durante un año con un compañero de estudios y que había terminado hacía poco y no hizo falta que esta le hablase de Javier, porque Stefany supo desde el primer momento la clase de sentimientos que le inspiraba a su hermana.

En abril Stefany inauguró su pequeña empresa de diseño gráfico y les invitó a vivir ese momento especial con ella, por lo que Alice y Javier consiguieron unos días libres y se marcharon a Richmond a pasar un fin de semana largo.

Alice subió al coche eufórica, era su primer viaje y aunque se alejarían apenas doscientos kilómetros, pensaba disfrutarlo, así como de la compañía de su hermana.

Javi se comportó de maravilla durante el trayecto, durmiendo como un tronco y solo se despertó cuando Javier detuvo el coche ante la puerta de la casa de Stefany, un bonito edificio de dos plantas situado en las afueras y rodeado de una cerca pintada de blanco, que ocultaba la casa desde la calle.

Stefany salió a recibirles, y tras los besos de rigor cogió a Javi en brazos y lo achuchó con ternura.

—¡Hola, peque! ¿Cómo está mi niño? ¿Te han dado buen viaje estos dos?

El pequeño sonrió y se dejó abrazar.

—Vamos dentro, os enseñaré la casa y vuestras habitaciones.

Javier cargó la maleta y las siguió al interior. La vivienda era espaciosa, con mucha luz y decorada con muebles claros, sencillos y acogedores.

—Os he preparado una habitación en la planta baja para que podamos escuchar a

Javi, aunque estemos en el salón. Tú dormirás en el cuarto de invitados, si te parece bien —añadió dirigiéndose a Javier.

—Claro, dónde tú dispongas.

Abrió una puerta mostrando una habitación espaciosa que parecía recién decorada, con una cama de matrimonio y una cuna blanca cubierta de una colcha idéntica a la de la cama grande.

—Espero que os guste.

—Stefany... esto es demasiado... la cuna no era necesaria, Javi podía dormir conmigo. Solo serán un par de noches.

—Yo confío en que no sean solo un par de días, sino que vengáis con frecuencia. Ya sé que tu trabajo no te da mucho margen de vacaciones, pero quiero que Javi y tú tengáis vuestra propia habitación. Y que sepas que puedes hacer uso de ella siempre que quieras.

—Gracias.

—Esta casa es de las dos, según el testamento.

—Ya te dije que no quiero nada.

—A mí me da igual lo que tú quieras, está inscrita a nombre de las dos, te guste o no. No voy a ceder en eso.

Alice suspiró. De todas formas, ella no consideraba esa su casa, la suya era la que compartía con Javier, y en la que pagaba la mitad de los gastos. Daba igual a nombre de quién estuviera, esa era la casa de Stefany.

Esta les mostró el resto de la vivienda; en la planta baja se encontraba el salón, la espaciosa cocina y el despacho, además de un baño completo. En la superior, además de otro baño, tres dormitorios más se situaban a lo largo de un corredor alfombrado.

—Esta será tu habitación, Javier.

—Gracias.

Después de que se hubieron instalado, Stefany les enseñó los alrededores. En un aparte, le susurró a su hermana al oído:

—Si las cosas han cambiado y quieres compartir tu habitación con Javier, ningún problema. Le he puesto en otra porque en Bethesda dormís en cuartos separados.

—Nada ha cambiado.

—De todas formas, he puesto una cama grande en la tuya por si más adelante...

Alice se inclinó y besó a su hermana, agradecida.

—No creo que cambien, pero gracias.

Aquel viernes se dedicaron a pasear, charlar y descansar. La celebración se iba a realizar el sábado; Stefany había alquilado un local donde ofrecería un coctel al que acudirían amigos y algunos posibles clientes. Javier rehusó asistir, ofreciéndose a cuidar de Javi para que Alice disfrutara de la celebración junto a su hermana.

Esta se puso el mismo vestido que usó para el cumpleaños de Helen y la mirada brillante de Javier al contemplarla le dijo que se acordaba de aquella noche tanto como ella. Se preguntó una vez más qué habría ocurrido de no interrumpirse la

música cuando estaban a punto de besarse.

Una vez en el coche de Stefany, esta le preguntó:

—¿Puedo presentarte como mi hermana o prefieres que diga que eres una amiga?

—Puedes hacerlo como tu hermana, me siento orgullosa de serlo.

—Y yo. Supongo que ya estarás un poco harta de la palabra amiga. Lo digo por Javier.

—Es lo que somos.

—Pues hace un rato no te miraba como un amigo, precisamente.

Alice sonrió.

—Porque se acuerda de la última vez que me puse este vestido.

—¿Pasó algo?

—Fue para una cena con otra pareja de amigos, bailamos y estuvimos a punto de besarnos. Pero la música cesó en ese momento y se rompió la magia.

—Eso quiere decir que no es tan amistosa vuestra relación.

—Es normal que se pusiera un poco cariñoso, tiene veintinueve años y por lo que yo sé, una vida sexual nula. De casa al trabajo y del trabajo a casa, salvo que eche una cana al aire mientras yo estoy en la cafetería, pero me habría dado cuenta, quedaría algún indicio en el apartamento.

—Claro. Porque tú lo buscas ¿verdad?

—Debo confesarte que sí.

—A lo mejor es gay.

—No lo es. Solo está enamorado de otra.

—Vaya, lo siento. Así ya es más complicado porque, aunque no le conozco demasiado, estoy segura de que se mantiene apartado para no hacerte daño, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Y cuánto dura ya esta situación?

—Le conocí al principio del embarazo, y me enamoré de él en muy poco tiempo. Era tan diferente a Josh que fue inevitable. Aquel me golpeaba, me menospreciaba y me tenía hundida la autoestima. Javier me cuidó, me mimó y me respetó como mujer y como persona. Me ayudó a crecer, a ser fuerte, y me hace sentir que está ahí, que forma parte de mi vida...

—¿Y qué pasará cuando deje de estarlo?

Alice miró a su hermana con auténtico terror en los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Javier es español ¿no? Algún día regresará a su tierra.

—Pero para eso aún falta.

—Ya.

—Además, como bien has dicho tiene veintinueve años, y no va a estar solo toda la vida, dedicándose a cuidaros a ti y a Javi. ¿No has pensado en eso? ¿Qué vas a hacer tú entonces?

—Sobrevivir —dijo en un susurro—, como he hecho siempre. Mientras,

disfrutaré de tenerle cerca, de verle, de sentir sus manos cuando me acaricia de forma ocasional o cuando me abraza.

—¿Y te basta con eso?

—Me tiene que bastar.

—Bueno, ahora no estás sola. Si se marcha para hacer su vida, me tienes a mí. Una hermana, un hogar... nunca lo olvides.

—Lo sé.

Llegaron al local, al que poco a poco fueron acudiendo los invitados. Alice se sumergió en un mundo desconocido para ella. Stefany le presentó a muchas personas aquella noche y ella sentía crecer su orgullo cada vez que la presentaba como su hermana. Ambas desviaron con tacto las preguntas incómodas de algunos amigos sobre por qué no la habían conocido antes, aduciendo distancia entre sus lugares de residencia.

Un hombre de unos treinta años se les acercó al poco rato, y tras besar a la anfitriona con efusividad, se enfrentó a Alice con una sonrisa.

—¿No me presentas a tu amiga? —preguntó.

—No es mi amiga —dijo Stefany rodeándole la cintura con un brazo con evidentes signos de familiaridad.

—Huuuum... ¿enemiga?

—Tampoco.

—¡Cliente!

—Frío, frío.

—Pues ya solo me queda una opción, pero como te conozco desde siempre, me cuesta pensar que sea tu pareja.

—Te presento a Alice Sanders... mi hermana.

La sorpresa no pudo ser mayor en la cara morena del hombre. Los ojos azules se abrieron como platos a la vez que preguntaba:

—¿Hermana? ¿Y dónde la tenías escondida? ¿En el desván? Aunque en tu casa no había desván, lo hubiera visto, y a ella también.

—Somos hermanas de padre, es una larga historia, ya te la contaré. Alice, este es Scott Bellamy, amigo, exvecino y también compañero de trabajo.

—Encantada de conocerte, Scott.

—El encantado soy yo. Y por supuesto que me la contarás, mañana mismo te llamo.

—Ni se te ocurra. Quiero disfrutar de ella este fin de semana, luego volverá a Maryland y después de que empecemos a trabajar será más complicado vernos. Pero el lunes sin falta te pongo al día.

—¿No vives en Richmond?

—Me temo que no.

—No podrás tirarle los tejos, Scott.

—¿Qué te hace pensar que era mi intención?

—Te conozco, cielo. En cuanto conoces a una mujer tu radar se pone en marcha y lo primero que te preguntas es si te podrías enrollar con ella.

—¡Menuda fama me estás creando!

—¿Fama? —rio apretando aún más el brazo con que le rodeaba la cintura—. ¡Lo intentaste hasta conmigo!

—Sin ningún éxito.

—Por supuesto que no. He crecido viendo cómo las chicas primero y las mujeres después aporreaban tu puerta desde que eras un adolescente. Mejor tenerte como amigo que como pareja, tendría que comprarme un descapotable para dejar salir los cuernos.

—¡Qué exagerada!

Stefany le soltó y le dio una palmadita en el hombro.

—¿Por qué no te das una vuelta por la sala y usas tu encanto para buscarnos clientes?

—¡A la orden!

Se alejó de ellas en dirección a la barra, a pedir una bebida.

—¿En serio es solo amigo y vecino?

—Exvecino. Vivía en la casa que hay frente a la mía, nos criamos juntos. Hace años que se independizó y se fue a vivir al centro. Pero amigos lo seguimos siendo y cuento con él para que me eche una mano con el montaje del despacho. Es MacGyver, sabe hacer de todo: electricidad, fontanería, bricolaje. Tiene una empresa de instalaciones de todo tipo. Y sí, solo hay amistad entre nosotros. Hace unos años nos dio por pensar que podía haber algo más, y echamos dos o tres polvos, pero no prendió la chispa. Lo dejamos estar. Y ahora, ven, que te voy a seguir presentando gente.

Fue una noche especial para Alice, feliz de compartir un momento importante para Stefany e integrarse en su mundo. Ella siempre había vivido sola, compartiendo su vida con pocas personas, y no podía imaginar lo que era vivir rodeada de gente, familia y amigos. Stefany parecía sentirse como pez en el agua entre ellos, charlando con todos, dedicándoles una frase o un gesto cariñoso. Y no pudo evitar pensar en Javier, que siempre había formado parte de una familia numerosa, en cómo se sentiría allí lejos de todos, con ella y con Javi como única compañía. Por primera vez no tuvo ninguna duda de que él regresaría a España cuando lograra olvidar a Marta. Y debería empezar a prepararse para eso. Aunque los tres parecieran una familia, no lo eran, porque el vínculo principal que une las familias y que era al amor entre los padres no existía. A pesar de lo que le había dicho a Stefany, cada día le resultaba más difícil conformarse solo con la amistad de Javier, con sus caricias fraternales. A veces fingía no ver cómo él desviaba la mirada, avergonzado y arrepentido, cuando la sentía temblar al abrazarla. Porque ella temblaba con cada caricia, y esperaba más. Siempre

esperaba más.

La inauguración se alargó más de lo esperado y cuando ya las dos hermanas subieron al coche de regreso, era bien pasada la medianoche.

—Ha sido un éxito —dijo Stefany sonriente.

—Sí, había mucha gente. Tienes muchos amigos.

—No todos eran amigos, también estaban invitados clientes en potencia; algunos ya lo son.

—¿Los ha captado Scott?

—Algunos, otros han venido por sí solos. He apalabrado algunos contratos que se firmarán el lunes.

—Me alegro mucho.

—Alice, me gustaría hacerte una pregunta personal.

—¿Sobre Javier? Ya te lo he dicho todo antes.

—No, sobre tu trabajo.

—¿Qué quieres que te cuente sobre eso? No hay nada interesante en servir comidas.

—Lo imagino, y he estado dándole vueltas a una idea. ¿Es eso a lo que quieres dedicarte durante el resto de tu vida?

—Claro que no, trabajo en la cafetería porque no sé hacer otra cosa y tengo un hijo que mantener. Cuando Javi crezca un poco y vaya al colegio intentaré realizar un curso de algo y buscaré un empleo mejor. Javier se ha ofrecido a pagarlo y a mantener la casa mientras estudio, pero no he aceptado; nunca más voy a depender económicamente de un hombre.

—¿Y qué te gustaría hacer?

—Me encanta la decoración, algo relacionado con eso. Javier dice que tengo una habilidad especial y que puedo hacer milagros en una habitación con un bajo presupuesto.

—¿Diseño de interiores?

—Sí.

—Cuando lo hagas, tienes un puesto en mi empresa.

—No quiero irme de Bethesda.

—No tendrías que trasladarte si no quieres; yo trabajo desde mi casa y tú también podrías hacerlo desde la tuya. Hoy todo se hace por ordenador y con una buena conexión a Internet sería muy fácil.

—No sé, Stefany... todavía tardaré unos años en hacer ese curso. Pero gracias por el ofrecimiento.

—Alice... se me está ocurriendo una cosa... por favor no digas que no hasta que haya terminado.

—Ay Dios, qué se te habrá ocurrido.

—Yo he montado la empresa con el dinero de mi padre, que mal que te pese también es el tuyo.

—Ya te dije...

—Calla hasta que termine. Sé que no quieres el dinero, pero yo pensaba abrir una cuenta corriente a nombre de Javi e ingresar tu parte para él. Para sus estudios o para cualquier apuro que puedas tener en el futuro. Pero ¿y si en vez de eso lo invierto en la empresa y te conviertes en socia conmigo? Podemos desarrollar y añadir un departamento de diseño de interiores que llevarías tú. Serías tu propia jefa, podrías trabajar desde casa y cuidar a Javi mientras lo haces. No me digas que no resulta tentador.

—¿Y el curso? Aún no tengo más que unas leves nociones de aficionada sobre decoración y ni idea de cómo plasmarlas en un ordenador o exponérselas a un cliente.

—Podrías realizar el curso ya, en cuanto se abran las inscripciones después del verano, lo pagaría la empresa. El dinero sobrante costearía nuestros sueldos hasta que empiece a dar beneficios, que espero será pronto, porque ya tenemos algunos clientes. Di que sí por favor, Alice... Sería estupendo trabajar juntas. Podríamos encargarle a Scott los montajes de lámparas, cortinas y demás.

—No sé, Stefany.

—Si no aceptas ingresaré el dinero para Javi y tú no tienes derecho a rechazarlo en su nombre.

—Lo pensaré. Es tentador olvidarme de los dolores de piernas y regresar a casa a una hora decente, así como criar a mi hijo yo misma.

—Piénsalo con calma, seguro que hay una forma en que podamos hacerlo.

—No le digas nada a Javier hasta que yo haya tomado una decisión. Ni tampoco te hagas ilusiones tú, aún no sé si quiero hacerlo.

—No hay prisa, tómate el tiempo que necesites para decidir.

—Gracias, no soy una persona impulsiva y me gusta pensar las cosas con calma, sobre todo si son importantes.

—Gracias a ti por no rechazarlo de plano.

Habían llegado y la conversación se dio por terminada.

Javier las esperaba viendo la televisión sentado en el amplio sofá mientras que Javi ya hacía rato que dormía. Se acomodaron junto a él para contarle con detalles toda la velada mientras tomaban una última copa.

Capítulo 20

Como cada domingo, Alice se retiró a su habitación mientras Javier llamaba a sus padres por Skype. Aunque ella les saludaba al comienzo de la conversación, por lo general se marchaba para darles un poco de privacidad y que pudieran hablar de sus cosas y de su familia en privado.

Se tendió en la cama y se quedó adormilada casi al momento. Se sentía cansada, Javi no siempre dormía la noche entera y aunque a veces era Javier quien se levantaba para atenderle, ella se despertaba de todas formas. Cuando abrió los ojos no sabía qué hora era, si había dormido unos pocos minutos o más tiempo, de modo que decidió salir y averiguar si Javier había terminado ya su charla. A mitad del pasillo le escuchó hablar y la frase hizo que se quedara quieta a escuchar, algo que nunca había hecho. No era una cotilla ni espiaba sus conversaciones. No dominaba el español en profundidad, solo algunas nociones que él le había enseñado por si alguna vez le acompañaba a Sevilla. Pero fue suficiente para comprender el tema general de la conversación.

—Lo siento, de verdad que siento no haber estado ahí pero ya sabes que no soy dueño de mi tiempo. Alice necesita que cuide de Javi mientras ella trabaja, no puede pagar una canguro. Dile al abuelo que me perdone, que intentaré no faltar la próxima vez.

—Ya lo sé, le hubiera gustado teneros a todos en su ochenta cumpleaños. Te ven muy poco y están mayores, pero entendió cuando le expliqué que no te habían dado permiso en el trabajo, no te preocupes.

—Nadie lo lamenta más que yo, mamá. Dile que iré a verle lo más pronto posible, os echo mucho de menos a todos.

—Lo sé, cariño, también nosotros a ti.

—No le digas nada de esto a Alice ¿quieres? Se disgustaría y esta es una decisión que he tomado yo.

—Claro que no, ni se me ocurre comentarlo con ella. Te mando las fotos de la reunión al móvil.

—Gracias.

Alice se retiró de nuevo a su habitación con pesar. Había entendido perfectamente que Javier se había perdido algún acontecimiento familiar, que intuía importante, por su cara de pesar, por cuidar de Javi. No había sido consciente hasta ese momento de que él no había ido a ver a su familia desde que le conocía, hacía ya casi año y medio que su hijo y ella acaparaban todo su tiempo y se sintió fatal.

Aunque la sola idea de que volviera a encontrarse con Marta la llenaba de celos, sintió que le estaba privando de algo que él necesitaba y era el contacto con los suyos. Comprendió que había sido muy egoísta, ella y su hijo habían irrumpido en la vida de

Javier y la habían puesto patas arriba y él se sentía responsable de ellos. No tenía ningún derecho a hacerle eso.

Escuchó los pasos de él dirigirse a la habitación y cerró los ojos fingiendo dormir, y los abrió solo cuando detectó su presencia a su lado.

—¿Me he quedado dormida?

—Eso parece. Estás agotada; tienes que hacer algo al respecto, Alice, no puedes seguir así.

—Sí, tengo que hacer algo —dijo—. Debo coger las riendas de mi vida.

—Y descansar más.

—Sí, eso también.

A la mañana siguiente, y mientras Javier estaba en el trabajo, llamó a Stefany. Había pasado una noche llena de inquietud, tratando de buscar soluciones que no fueran drásticas, pero no había encontrado ninguna. La única a la que volvía una y otra vez era dolorosa y difícil, pero al amanecer estaba decidida a llevarla a cabo.

—He decidido aceptar tu propuesta —le dijo a su hermana apenas intercambiaron los saludos de rigor.

—¡Estupendo! No sabes cómo me alegro —respondió Stefany entusiasmada.

—He decidido tomar las riendas de mi vida, no puedo seguir abusando de Javier.

—¿Ha ocurrido algo con él?

—Sí, he descubierto que se ha hecho una celebración importante en España y él no ha asistido porque tenía que cuidar de Javi. De hecho, siempre pasa allí las navidades, pero desde que me conoce no ha ido a su tierra. Al principio por mi embarazo, porque el parto estaba previsto para finales de diciembre y ahora porque debe cuidar de mi hijo mientras yo trabajo. He estado pensando mucho esta noche, Stefany, y he decidido liberar a Javier de la carga que suponemos para él.

—¿Cómo vas a hacerlo?

—Le he dado también muchas vueltas a lo que me dijiste el día de la inauguración sobre que él tiene que hacer su vida, encontrar a su media naranja, que está claro que no soy yo. El día que olvide a Marta, porque ese día llegará...

—Sí que llegará.

—Javi y yo no podemos ser un lastre en su vida.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aceptar tu oferta para asociarnos en la empresa e irme a Richmond, si soy bienvenida allí. Pero marcharme de aquí de todas maneras.

—¡Claro que eres bienvenida! Estaré muy feliz de teneros aquí al niño y a ti, pero Javier no va a querer.

—No puedo planteárselo así, desde luego. Se lo tengo que presentar como algo bueno para mí, porque sé que le va a afectar mucho. Está muy encariñado con Javi, pero se le pasará.

—¿Y tú? ¿Cómo lo vas a llevar tú?

—Mal, pero no importa, lo superaré. Daría mi vida por Javier, y el saber que esto es lo mejor para él me dará las fuerzas que necesito.

—Sabes que puedes contar conmigo para todo lo que sea.

—Lo sé. No podría hacer esto sin tu ayuda, Stefany. Pero es hora de que yo ponga distancia a mi vez, será lo mejor para todos. También debo pensar en mí, no creo que pueda seguir mucho tiempo con esta situación, cada día me cuesta más no reaccionar cuando me toca, fingir que no lo deseo y que soy su amiga nada más. Pero tengo que hacerlo bien, él no debe imaginar siquiera que sobre todo lo hago por él.

—No, no debe saberlo, porque no te lo permitiría.

Cuando Alice llegó a casa aquella tarde se encontró a Javier sentado ante el ordenador con Javi dormido en su regazo. La escena tierna y ya familiar le puso un nudo en la garganta y a punto estuvo de dar marcha atrás. Sabía que él iba a echarles de menos, que quería al pequeño como si fuera su hijo, pero debía ser justa, él debía tener los suyos propios con la mujer adecuada, y esa mujer no era ella, estaba ya más que comprobado. Deseaba con toda su alma serlo, disfrutar de su amor y su pasión además de su cariño, pasar en sus brazos todas las noches de su vida y darle lo que su corazón guardaba para él. Pero hacía más de un año que se conocían y si en ese tiempo no se había enamorado de ella ya no iba a pasar. Las pocas esperanzas que una vez pudiera tener se habían disipado hacía tiempo.

Aunque en los últimos meses él apenas había nombrado a Marta, y su mirada ya no se perdía en recuerdos con tanta frecuencia, por lo que Alice empezaba a pensar que la estaba olvidando, eso no hacía que la mirase a ella de otra forma a como lo había hecho siempre, con cariño y amistad. La mujer que le haría borrar del todo el recuerdo de Marta aún no había llegado a la vida de Javier y él se merecía encontrarla, crear su propia familia, tener sus propios hijos, y para eso ella y Javi tenían que desaparecer.

Sentía el corazón desgarrado por lo que estaba a punto de hacer, pero después de mucho pensarlo y hablarlo con Stefany, sabía que era lo mejor para todos, pero sobre todo lo mejor para el propio Javier, aunque ahora quizás no lo entendiera.

Parpadeó con rapidez para evitar las lágrimas que amenazaban con desbordarse y se acercó hasta los dos hombres que llenaban su vida, tratando de que no le temblara la voz.

—Buenas noches —dijo.

Él la miró por encima de su hombro, no queriendo moverse demasiado y le preguntó.

—Hola, ¿cómo ha ido la tarde?

—Bien, como siempre —mintió. No dijo que había sido una tarde horrible, que apenas había podido concentrarse en su trabajo, que solo había podido darle vueltas a

lo que iba a decirle en cuanto acostaran a Javi y cenaran.

Él se levantó con cuidado de no despertar al niño y se acercó a Alice con él en los brazos.

—Ya está bañadito y cenado, esperando el beso de buenas noches de mami.

Ella se inclinó y le besó la frente y el pelo oscuro que olía a jabón infantil, y lo siguió a su habitación para contemplar cómo lo acostaba. Después de dejarlo en la cuna con cuidado, Javier lo arropó y Alice sintió que le temblaban los labios y tuvo que repetirse una vez más que era lo mejor para todos.

Salieron sigilosamente de la habitación y evitó la mirada inquisidora de él.

—¿Muy cansada? —preguntó al ver su aspecto abatido.

Asintió.

—Un poco. Me voy a la ducha.

—Yo calentaré la cena mientras tanto.

Cogió el pijama y entró en el cuarto de baño. Allí, bajo los chorros, dejó que la tensión y las lágrimas aflorasen antes de salir al salón. No quería derrumbarse delante de él, debía ser fuerte y terminante en sus argumentos o no conseguiría convencerle.

Cuando se miró al espejo del baño tenía los ojos algo enrojecidos, pero nada hacía suponer que no fuera por efecto del champú y el agua caliente.

Salió y se sentó frente a Javier en la pequeña mesa que compartían y observó sin apetito el plato que había colocado ante ella. Era incapaz de tragar, pero aun así hizo un esfuerzo y se llevó a la boca una cucharada de sopa. Esfuerzo inútil porque los ojos perspicaces de él advirtieron enseguida que algo le ocurría.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó con inquietud.

—No, estoy bien.

Él alargó la mano por encima de la mesa y la colocó sobre la de Alice. Una vez más el contacto de los dedos en su piel provocó sensaciones que le costaba controlar, y la apartó despacio.

—No tengo fiebre Javier, estoy bien.

—No, no lo estás.

—Tengo que hablar contigo, eso es todo.

—Dime.

—Ahora no, después de cenar.

Él enarcó una ceja.

—¿Después de cenar? No estás comiendo nada, es evidente que tú no vas a cenar, que lo que tienes que decirme es lo bastante grave como para quitarte el apetito. Y a mí se me ha quitado también. Habla, por favor.

Alice clavó la mirada en el plato de sopa intacto para evitar los ojos inquisidores y empezó a soltar el discurso que tenía preparado. Un discurso que solo era verdad a medias.

—El día de la inauguración estuve hablando con Stefany. Me ha ofrecido asociarme con ella en la empresa y utilizar para ello el dinero que nos dejó nuestro

padre a nombre de ambas. Añadir una línea de diseño de interiores de la que me ocuparía yo después de hacer un curso. Y he decidido aceptar, no quiero pasarme el resto de mi vida sirviendo mesas.

—Eso es estupendo, Alice. Sabes que llevo mucho tiempo diciéndotelo, que debes buscar un trabajo mejor.

Por un momento se había preocupado.

—Siempre te gustó la decoración —añadió paseando la vista por la habitación y sonriendo ante los cambios que ella había realizado en la misma con muchas ideas y apenas dinero. En pocos meses había vuelto el apartamento mucho más bonito y acogedor.

—He estado mirando cursos de un año, es tiempo suficiente para que el dinero de la herencia costee un sueldo razonable con que mantenernos Javi y yo.

—Me parece genial, buscaremos una buena escuela y sabes que cuentas con todo mi apoyo y mi ayuda.

—No voy a hacerlo aquí.

Él frunció el ceño.

—¿Dónde entonces?

—Mi hermana me ha ofrecido irme a vivir con ella y cuidar de Javi mientras estoy en clase y enseñarme entretanto los rudimentos de la empresa.

—¿Quieres irte a Richmond? —preguntó incrédulo.

Ella asintió.

—Sí. Hay allí una buena escuela.

Javier sintió que su pequeño mundo feliz se derrumbaba. Respiró hondo para calmarse antes de preguntar de nuevo:

—¿Y qué pasa conmigo? Vas a llevarte a Javi y yo... yo lo quiero como si fuera mi propio hijo.

Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas.

—Lo sé, y es eso lo que me angustia y me impide comer, la idea de separarte de él —mintió. No dijo nada de sus propios sentimientos, de su propio corazón que sangraba ante la idea de alejarse—. Pero creo que es lo mejor, tú te mereces tener los tuyos propios.

—Si algún día los tuviera sabes que no los querría más que a Javi.

—También lo sé.

—No me separes de él, por favor. Vosotros dos sois mi familia.

—No lo somos, y algún día te darás cuenta.

—En ese caso formémosla. Cásate conmigo, tengamos más hijos juntos y construyamos esa familia que dices.

—Ya me lo propusiste una vez y sabes qué te contesté. Nada ha cambiado desde entonces, Javier.

Alice dejó que las lágrimas que estaba conteniendo corrieran libremente por su cara. Él se levantó y se acercó para abrazarla, para convencerla, pero Alice se separó.

—No... no me abrases, por favor, déjame hablar.

—De acuerdo.

La agarró de la mano y la condujo al sofá, donde se sentó a su lado. Y ahondando en sus ojos dijo:

—¿De verdad no quieres casarte y formar una familia conmigo? Porque yo sí quiero hacerlo.

Alice sintió que no podía más, que tendría que decírselo todo. Sacar de dentro esos sentimientos que llevaba callando tanto tiempo y que la ahogaban.

—Más que nada en el mundo —susurró—, pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué no? La convivencia es perfecta, los dos adoramos a ese pequeño y nosotros también nos queremos —añadió recordando la conversación que había tenido con Sam. Si aquella vez había equivocado los argumentos, es esta ocasión no pensaba cometer el mismo error y hablar de respeto o necesidades sexuales.

—Pero no de la misma forma. Tú eres científico y muy observador, estoy segura de que te has dado cuenta de que estoy enamorada de ti desde hace mucho tiempo.

Él agachó la cabeza. Claro que lo sabía, y no solo porque se lo hubiera dicho Sam. Había observado desde entonces sus gestos, sus reacciones cuando la tocaba por muy leve que fuera el contacto. Y lamentaba con toda su alma no corresponderla en las muchas ocasiones en que se sentía solo, en que necesitaba abrazarla y no como un amigo, en que deseaba a una mujer y ella estaba ahí, cálida, cercana... y enamorada. En esas ocasiones había tenido que hacer un gran esfuerzo para no deslizarse en su cama, para no utilizarla para calmar su soledad y su deseo.

—Aquella vez que me lo propusiste no te dije toda la verdad. Estuve tentada, y también lo estoy ahora, de aceptar lo que me ofreces, pero algo en mí se resiste a tener solo tu cuerpo y tu cariño. Te quiero demasiado; no podría soportar el no saber, cuando me hicieras el amor, si estarías realmente conmigo o a muchos kilómetros de distancia, si era mi cuerpo el que acariciabas o estabas imaginando que tocabas a otra. No puedo hacerme eso ni tampoco hacértelo a ti, eres un hombre decente y te destrozaría.

—Te aseguro...

—Calla, no digas nada más. Hay otro motivo, además.

Javier pensó que pocos argumentos serían más convincentes que aquel, pero aguardó en silencio lo que tuviera que decirle.

—Estoy segura de que Marta no es la mujer de tu vida, y que esa mujer va a llegar tarde o temprano, y cuando eso pase no quiero que estés atado a nosotros. Tú te mereces disfrutar del amor con mayúsculas. Si me voy no es por ese curso, sé que aquí encontraría una escuela mejor, y después podría trabajar desde casa, pero tengo que poner distancia. Sé que alejarte de Javi es una crueldad por mi parte porque soy consciente de cuánto le quieres, y de lo que sentiría yo si tuviera que separarme de él, pero... yo no puedo seguir viviendo aquí contigo, enamorada de ti como jamás lo he estado de nadie... y sabiendo que nunca voy a tenerte.

Había tanta pasión y tanto dolor en su voz que Javier sintió un nudo en la garganta que le impedía tragar. Alice continuó hablando.

—Tú sabes de lo que hablo... tú pusiste miles de kilómetros de distancia entre Marta y tú; yo solo un par de cientos. Podrás venir a vernos de vez en cuando.

La voz desgarrada de Alice, su cara surcada de lágrimas, hicieron que también los ojos de Javier se humedecieran. Alargó los brazos y la estrechó entre ellos. Ella enterró la cara en su pecho y lloró sin control. Él también lloró con una emoción extraña, deseando con toda su alma querer a aquella mujer maravillosa que se estremecía de llanto contra su pecho porque él no podía amarla como ella lo amaba a él.

El cuerpo cálido de Alice acurrucado entre sus brazos le provocó una reacción física totalmente fuera de lugar en aquel momento y que trató de ocultarle de todas las maneras posibles, y unos deseos de besarla como pocas veces había sentido. De tenderla en el sofá y perderse en su cuerpo y hacerle olvidar esa estúpida idea de alejarse de él; pero no podía hacerle eso, Alice pensaría que era lástima lo que sentía y no era así. Era deseo y no lástima lo que sentía en aquel momento, pero después de lo que ella acababa de confesarle no podía decirle que la deseaba, que se moría por hacerle el amor, pero que solo podía ofrecerle su cuerpo.

Cambió de postura para que ella no notase su erección y la acunó en sus brazos hasta que se cansó de llorar. Luego, mirándola a los ojos con intensidad, le susurró:

—Entiendo que quieras irte. Tú también tienes derecho a encontrar otro amor, un hombre que te merezca y te dé lo que yo no he podido darte. Podré ir a veros, ¿verdad?

—Por supuesto. Me enfadaría mucho que no lo hicieras. Javi debe saber quién eres y lo mucho que le quieres.

—A ti también te quiero.

—Ya lo sé.

Javier sacó un *kleenex* del paquete que había sobre la mesa y le secó la cara llena de lágrimas. Después se inclinó y le rozó los labios con los suyos en una caricia tierna y fugaz que volvió a lanzar un ramalazo de deseo a su entrepierna. Abatido, la soltó y Alice se levantó del sofá.

—Me voy a la cama, ya te he perturbado bastante por esta noche —dijo alargando un dedo y cortando el paso a una lágrima que también se estaba deslizando por la cara de Javier—. Lo siento, no pretendía abrumarte con mis sentimientos. No era mi intención hablarte de ellos, pero no he podido evitarlo; tenía que hacer que entendieras mi decisión.

—Yo soy el que lo siente, y no te imaginas cuánto.

Después de la conversación ambos se sentían extraños e incómodos. Se despidieron y se desearon las buenas noches con torpeza, y cada uno se refugió en su habitación.

Alice se abrazó a la almohada y enterró la cara en ella. Se sentía liberada al haber

confesado sus sentimientos y no se arrepentía de ello, la pesada carga de su amor callado se había hecho un poco más ligera.

No le había pasado desapercibida la erección de Javier mientras la abrazaba, y por un momento había esperado que le dijera que la deseaba, que podía llegar a amarla como a una mujer, pero no lo había hecho. Se mordió los labios para no llorar de nuevo, para aceptar que él nunca iba a quererla como ella deseaba.

Javier, por su parte, se tendió en la cama presa de una inmensa desolación. La idea de que Alice y el pequeño salieran de su vida se le hacía muy dura, porque se había acostumbrado a ellos de tal forma que el pensamiento de llegar a casa por las tardes y no encontrarles allí, de volver a vivir solo y no tener nada que hacer, nadie a quien prepararle la cena ni a quien cuidar, se le antojaba demoledora. Pero no podía culparla, él había hecho lo mismo para alejarse de Marta, y se había ido solo y al otro extremo del mundo. Alice al menos tendría al niño y el cariño de su hermana, para cuidar de ella y de Javi. Y estaría libre del trabajo precario y agotador que realizaba en la cafetería. Era bueno para ella, sin duda, y era en eso en lo que debía pensar y no en él, en la soledad que le esperaba y en cuánto iba a echarles de menos a los dos.

Sentía los movimientos de Alice dando vueltas en la cama de la habitación contigua y las ganas de presentarse en ella y deslizarse en su lecho le asaltaron con intensidad una vez más. Abrazarla, consolarla, y decirle que algún día podría quererla, que lo iba a intentar con todas sus fuerzas. No sabía si lo que sentía estaba motivado por la idea de perderla y quedarse solo, pero lo cierto era que esa noche él deseaba a Alice y solamente a Alice. Besarla, acariciarla, hacerle el amor y decirle que todo iba a salir bien.

Pero no podía hacerle eso, no podía confundirla y mucho menos darle esperanzas que no sabía si algún día se podrían hacer realidad, de modo que se alivió solo, algo a lo que se había acostumbrado en los últimos años. Pero por primera vez lo hizo pensando en la mujer pequeña y bonita que dormía al otro lado de la pared.

Capítulo 21

Acostada en la cama Alice miró al techo una vez más, a ese techo que Javier había pintado para ella cuando se mudó a vivir al apartamento y que había contemplado durante más de un año. En aquella habitación había sido feliz, había disfrutado de la vida y amado con intensidad, aunque no fuera correspondida, y también había tenido la sensación de tener una familia, formada por su hijo, Javier y ella, aunque solo hubiera sido una ilusión.

Aquella iba a ser la última noche que pasaría allí, a la mañana siguiente iba a arrojarlo todo por la borda porque ya no podía conformarse solo con eso, con un espejismo de familia ni con la simple amistad de ese nombre maravilloso al que quería con toda su alma y al que debía liberar de la carga que él mismo se había impuesto de cuidar de Javi y de ella.

Debía dejarle libre para que buscara su propia vida, su propia familia y la felicidad en los brazos de una mujer que nunca encontraría si ella permanecía a su lado. Porque después de casi año y medio era evidente que ella no iba a ser la mujer que le hiciera enterrar a Marta en el pasado.

Por la mañana su hermana llegaría para recogerles a Javi y a ella y llevarlos hasta Richmond donde empezarán una nueva vida, lejos de Javier.

La casa estaba lista para recibirles puesto que Stefany había acondicionado una habitación para ellos apenas se conocieron, la matrícula en la escuela para realizar un curso de diseño de interiores formalizada, el puesto de trabajo en la empresa que habían formado ambas hermanas esperándola y ella dispuesta a afrontar esa nueva etapa de su vida con decisión y valentía. O eso se decía a sí misma. Porque hasta esa tarde solo había sido una decisión tomada, pero en aquel momento en que se enfrentaba a la última noche en el apartamento, el corazón se le desangraba de pena y dolor. No obstante, estaba decidida a marcharse, sabía que era lo mejor para todos sobre todo para Javier, aunque él en ese momento no lo viera así.

Pero no podía dormir, llevaba horas dando vueltas en la cama y demasiado consciente de la presencia de él al otro lado de la pared dando las mismas vueltas que ella. Los leves crujidos de la cama filtrados por el débil tabique de la habitación delataban su inquietud y Alice intuía, no, sabía, que estaba tan despierto como ella.

Las ganas de sentirlo cerca una vez más, la última, se le hicieron insoportables, necesitaba su consuelo, su tibieza y su cariño; también su comprensión ante el paso que estaba dando.

Sin pensárselo más, con las manos palpitando de ganas de tocarle y el corazón lleno de sentimientos encontrados, debatiéndose entre lo que debía y lo que quería hacer, se levantó y recorrió descalza los pocos metros que la separaban de la habitación de Javier.

La puerta estaba abierta, nunca la cerraba para escuchar a Javi si lloraba de noche. Él debió oír los leves pasos porque miraba hacia el umbral cuando Alice se detuvo en él.

—No consigo conciliar el sueño —le dijo—. ¿Puedo... dormir contigo esta noche? Solo dormir. Necesito sentirte cerca, que me abracés, que calmes mis temores.

Sin pronunciar palabra, él levantó la ropa de la cama y se hizo a un lado para dejarle sitio. Alice avanzó despacio y se tendió a su lado. Al instante los brazos de Javier la rodearon y tuvo que hacer un esfuerzo para contener la emoción. Se aferró a él y ocultó la cara en su pecho tratando de ahogar el llanto que estalló por unos instantes. Luego se recompuso con un esfuerzo de voluntad.

—No tienes que irte —le dijo en un susurro junto a su oído.

—Sí tengo que hacerlo.

—Puedes hacer tu curso aquí y yo seguiré cuidando de Javi mientras tanto. Y trabajar desde casa, con Internet es posible.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? Quédate Alice, no te vayas —dijo besándola en el pelo.

—Ya te expliqué mis motivos, Javier.

Él asintió.

—Voy a dejar vuestra habitación como está, y prométeme que, si aquello no te gusta, si descubres que no es lo que quieres, volverás a casa.

—Te lo prometo.

—Os voy a echar mucho de menos —dijo acariciándole la espalda.

—Y nosotros a ti. Ahora prométeme tú que vendrás a vernos... también tienes tu habitación en Richmond y siempre serás bienvenido.

—Eso ni lo dudes, son solo doscientos kilómetros. Tendréis que pedirme que espacie las visitas.

—Jamás.

Javier apretó un poco más los brazos en torno a la espalda de Alice que se refugió en el hueco formado por ellos. Había dudado mucho antes de decidirse a ir a su habitación, pero no se arrepentía. Ese abrazo cálido era lo que necesitaba para recordarlo cuando estuviera lejos, cuando ya no pudiera escuchar su voz ni tuviera esa multitud de gestos cariñosos que ella esperaba cada día con el corazón impaciente y los sentidos a flor de piel. Esos gestos que él le dedicaba sin darse cuenta y que para ella eran el único consuelo a su amor no correspondido: una mano puesta sobre su brazo al hablar, el roce de sus dedos en la cara cuando volvía cansada del trabajo, los masajes en las piernas para aliviar el dolor de las tardes duras en la cafetería o el gesto de quitarle el pelo de la cara cuando tenía en brazos a Javi eran cosas que ya no volvería a tener. El nudo de la garganta se hizo más insoportable aún y se aferró a él aún con más fuerza.

—He vivido muy feliz aquí, Javier, este tiempo contigo ha sido el mejor de mi vida desde que era pequeña.

—Yo también he sido feliz, Alice... mucho. Javi y tú sois mi familia, pero entiendo que quieras irte, no te lo estoy reprochando. Tienes derecho a empezar de nuevo en otro sitio y disfrutar de tu hermana y de tu casa.

—Siempre sentiré que mi casa es esta, aquella es la de Stefany.

—Acabarás por hacerla tuya y de Javi. No hay nadie como un niño para tomar posesión de una casa.

Las manos de Javier se deslizaron suaves por la espalda de Alice haciéndola estremecer, no ya en un gesto de consuelo, las palabras susurradas en su oído se volvieron más roncas y en la habitación algo cambió de repente. La atmósfera se hizo más pesada, la respiración de Javier más profunda y Alice, al notarlo, intentó separarse un poco, pero él no se lo permitió. En lugar de eso empezó a besarla en el pelo y a deslizar a continuación los labios por la cara en una sucesión de pequeños roces y caricias leves, que dejaron un reguero de sensaciones a su paso. El corazón le empezó a palpar con fuerza, a desbocarse cuando los labios de él continuaron bajando y buscaron su boca.

Los de Alice sabían a sal y a lágrimas y Javier se adentró en ellos con decisión con un beso tierno y profundo que le llenó el estómago de mariposas.

Fue un beso lento y largo, de tanteo, mientras las manos se afianzaban en la cintura de ella atrayéndola contra su cuerpo cargado de deseo. Un beso que ambos prolongaron, temerosos de acabarlo y de averiguar qué iba a pasar a continuación.

Cuando sus bocas se separaron, se miraron a los ojos con intensidad, los de Javier brillantes de deseo, los de ella de lágrimas, y las manos de él tomaron vida propia y se perdieron bajo el pijama de Alice, deslizándose por la espalda desnuda. Ella se estremeció, y susurró con voz temblorosa:

—No me hagas el amor por lástima.

Javier sonrió y con la otra mano atrapó la de ella y la colocó en su entrepierna para que notara la erección.

—¿Cuánta lástima ves aquí? —preguntó.

—No mucha —respondió deseando acariciarle. No obstante, se contuvo y añadió —: Tampoco quiero que lo hagas pensando en otra mujer.

Él sacó la mano de debajo de su ropa y agarró la cara de Alice entre sus palmas, la miró a los ojos con intensidad y susurró con voz ronca.

—Te juro que en esta cama solo están Alice y Javier; nadie más.

Ella tragó saliva y se perdió en sus ojos pardos llenos de chispitas brillantes, y abrió los labios cuando él buscó su boca de nuevo.

Sintió otra vez las manos deslizarse bajo la ropa y se permitió hacer lo mismo, recorrerle la espalda con las palmas abiertas, acariciarle cada centímetro de piel como había soñado hacer tantas veces sola en su cama. Y se estremeció con las caricias de él, con esos dedos suaves que recorrían su cuerpo, lanzando aguijonazos de placer a todos sus sentidos y rogando por que se demorase y aquello durara mucho rato y no se consumiera todo en unos pocos minutos. Quería atesorar los besos y las caricias

para cuando él ya no estuviera.

Pero Javier no tenía intención alguna de acabar rápido, también él deseaba prolongar aquella última noche, alargarla hasta el infinito como si así pudiera detener el paso del tiempo.

Se desnudaron con lentitud, Alice acarició el suave vello rubio que le cubría el pecho con los dedos primero y después con los labios abiertos probando su sabor, lamió y mordisqueó los pezones sintiéndose atrevida por primera vez, dispuesta a vivir todos los deseos que había acallado en infinidad de noches de amor en silencio.

Mientras, las manos de él la recorrían buscando y encontrando puntos de placer desconocidos para Alice, que abrió su corazón, su cuerpo y sus sentidos disfrutando de aquellos momentos preciosos que tanto había deseado y que nunca se iban a repetir.

Cuando al fin Javier se abrió camino en su interior no pudo evitar mirarlo a los ojos tratando de adivinar si era a ella o a un fantasma a quien le estaba haciendo el amor. Él pareció adivinar sus temores y susurró su nombre entre jadeos.

—Alice... mi Alice...

Y ella apoyó los talones en la cama y alzó las caderas para recibirle.

Empezaron a moverse con suavidad, con un ritmo lento y acompasado, con las miradas perdidas uno en el otro, Alice se acopló a los movimientos de Javier mordiéndose los labios para acallar el «te quiero» que pugnaba por salir del fondo de su corazón y de su garganta. Aunque él sabía sus sentimientos, esas palabras podían romper el maravilloso encanto de lo que estaban viviendo. Solo se permitió pronunciar su nombre, en un susurro enamorado.

—Javier...

Él se hundió más profundamente en su interior, con una embestida desesperada que la hizo lanzar un gemido y moverse contra él acelerando el ritmo hasta alcanzar un orgasmo devastador cuyos gemidos entrecortados él acalló con su boca.

Todo su interior palpitaba mientras Javier se derramaba en ella incapaz de aguantar más, pero aún moviéndose incansable tratando de alargar todo lo posible esos preciosos momentos.

Las uñas de Alice clavadas en su espalda le dijeron a Javier la intensidad del placer que había sentido, paralelo al suyo propio, y no pudo evitar acordarse de cuando ella le había confesado meses atrás que había tenido su primer orgasmo con él. En esta ocasión había sido mucho más intenso para los dos, de eso no tenía ninguna duda.

Sus ojos se encontraron una vez más aquella noche, brillantes, cómplices. Javier se dejó caer sobre ella y la abrazó con fuerza, tratando de recobrar el ritmo de la respiración. No dijeron nada, no hacía falta.

Alice sintió un nudo de lágrimas, esta vez de felicidad, subirle a la garganta, pero las contuvo, no quería llorar otra vez, ni siquiera de alegría y menos aún cuando los brazos de Javier todavía la rodeaban, mientras su pelo le hacía cosquillas en el cuello

y el olor de su piel le inundaba los sentidos.

Después él se quitó el preservativo y se tendió a su lado, atrayéndola hacia su costado. Alice se acurrucó en el hueco de su hombro y no pudo evitar susurrarle:

—Gracias.

Él frunció el ceño.

—¿Qué clase de palabra es esa para pronunciar después de lo que acabamos de vivir? No te he hecho ningún favor para que me des las gracias —dijo con suavidad—. Yo lo deseaba tanto como tú.

La palabra gracias estuvo a punto de brotar de nuevo, pero la contuvo a tiempo.

—Esto es lo más bonito que he vivido nunca junto con el nacimiento de Javi —susurró. Sabía que se estaba poniendo demasiado tierna, pero no podía evitarlo, tenía los sentimientos a flor de piel y necesitaba sacarlos fuera.

—También para mí ha sido algo especial. Alice... ¿Por qué no te quedas? —insistió—. Podríamos intentar...

Ella leyó entre líneas, él podría intentar quererla, pero no era eso lo que deseaba; no quería que lo intentara, sino que la quisiera como ella a él, sin intentos, sin esfuerzo. Quería ser la única mujer de su vida, y tener no solo su cuerpo sino sus pensamientos y su corazón, como él tenía los de ella. Levantó la cabeza y le rozó los labios con los suyos para hacerle callar.

—No digas nada más, Javier.

«No lo estropees —pensó—. No digas que intentarás quererme, déjame vivir la ilusión de esta noche».

—Me voy mañana, está decidido.

Él suspiró. Por un momento en sus labios se enroscaron las palabras que sabía que Alice quería escuchar, sabía que si las pronunciaba ella se quedaría. Pero ¿las sentía? Una parte de él le decía que sí, que lo ocurrido aquella noche iba mucho más allá del sexo y que le había hecho el amor con toda su alma, además de con su cuerpo. Pero otra parte le advertía que podría tratarse del temor a quedarse solo de nuevo y que no tenía derecho a jugar con los sentimientos de Alice hasta tener claros los suyos. Ojalá dispusiera de un poco más de tiempo, pero ya estaba todo preparado, la casa de Stefany acondicionada para recibir a su hermana y a su sobrino, la matrícula en la escuela de Richmond cumplimentada para que Alice comenzara su curso en septiembre y debía empezar a conocer el trabajo que realizaría en la empresa que ambas hermanas habían creado juntas.

—En ese caso será mejor que durmamos un poco. Mañana te espera un largo viaje.

Sí, sería un largo viaje, no por los kilómetros que debía recorrer sino porque implicaba dejar atrás toda su vida.

Se acercó aún más a él y le colocó la mano sobre el pecho, Javier le rodeó los hombros con el brazo y la besó en la sien. El silencio se hizo más pesado.

—Alice...

—¿Qué?

—¿Si yo estuviera enamorado de ti, te quedarías?

Por toda respuesta, ella giró la cabeza y le besó en el pecho con suavidad. Javier sintió un nudo en la garganta y cerró los ojos.

Permanecieron en silencio fingiendo dormir, durante un rato, hasta que al fin la respiración acompasada de Javier le hizo saber que había conseguido conciliar el sueño. Ella no, y tampoco quería. Deseaba eternizar aquel momento, estar abrazada a él con el cuerpo aún agitado después de haber hecho el amor, y los sentimientos aflorando por todos los poros de su piel. El llanto que llevaba rato tratando de contener pugnaba con fuerza por salir, pero antes de permitirselo tuvo que asegurarse de que él dormía.

—Javier... —llamó suavemente.

Y solo cuando no respondió, dejó salir la desesperación de sacarle de su vida en forma de lágrimas silenciosas. Lloró mucho rato, hasta que al fin el cansancio y el sueño la vencieron.

Javier se despertó al amanecer como cada día, aunque en aquella ocasión se había tomado el día libre para despedirse de Alice y de Javi, cuando Stefany pasara a recogerles.

En el duermevela que precede al despertar sintió el cuerpo cálido pegado al suyo, la mano pequeña sobre su pecho y se sintió feliz. Realmente feliz. Luego recordó que ella iba a marcharse en unas pocas horas.

Giró la cabeza y la contempló. Había surcos de lágrimas secas en su cara y se sintió fatal. Alice había estado llorando mientras él dormía, y no sabía si por lo que acababa de ocurrir entre ellos o porque se iba a marchar, pero en cualquiera de los casos él debería haber estado despierto para consolarla. Sintió que le había fallado también en esto.

Girando la cabeza la besó en la mejilla, y el leve roce provocó que se despertara. Sus ojos se encontraron en la mortecina claridad del amanecer.

—Buenos días —la saludó con una sonrisa, que ella devolvió.

—Buenos días, Javier.

—¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Y tú?

—De maravilla.

Alice retiró la mano del pecho de Javier, pero él la agarró en el aire y después de besarla, la volvió a colocar dónde estaba.

—Alice, debemos hablar.

—No, no, por favor, no te disculpes.

—No pensaba hacerlo. Pero lo que pasó anoche...

—No cambia nada —lo interrumpió.

—¿Tú crees?

—Sí. Ha sido la mejor noche de mi vida, algo realmente inolvidable, pero dejémoslo en eso. Por favor.

Él suspiró.

—Como quieras. Pero para mí no fue solo sexo.

—Lo sé, la última noche, la despedida, todo se confabuló para convertirlo en algo especial. Pero nada más.

En la habitación de al lado Javi se hizo notar.

—Me reclaman —dijo Alice saltando de la cama.

Javier se quedó tumbado de espaldas contemplando cómo se vestía, la espalda delgada, la estrecha cintura y las caderas redondeadas que apenas habían cambiado después del embarazo. Tenía un cuerpo precioso, que no se apreciaba cuando estaba vestida. Sintió agitarse de nuevo su entrepierna y respiró hondo conteniendo las ganas de hacerle el amor otra vez.

Alice ya salía de la habitación, pero él se sentía incapaz de abandonar aquella cama agitado por sentimientos confusos.

No sabía qué le había impulsado a hacerle el amor a Alice aquella noche. ¿Había sido deseo? ¿La necesidad de estar con una mujer después de un largo periodo de abstinencia había provocado que, al tenerla abrazada, se hubiera excitado hasta el punto de no poder contenerse? ¿O había sido el saber que Alice iba a marcharse al día siguiente y que sería la última vez que pasarían la noche bajo el mismo techo? No lo sabía, solo que había sido una experiencia maravillosa y que había ido más mucho allá del sexo. La otra vez que se acostaron juntos había sido diferente, había buscado consuelo y eso había encontrado y al amanecer solo sentía remordimientos y pesar; pero aquella mañana se sentía feliz, revitalizado y ni siquiera saber que en unas horas volvería a su existencia solitaria podía hacer que dejara de estarlo.

«Alice, pequeña —pensó—, ¿por qué tienes que irte justo ahora?».

Con gesto perezoso se levantó y tras vestirse se acercó a la otra habitación para participar en las tareas de arreglar a Javi por última vez.

—¡Hola, campeón! —dijo acercándose al niño que estaba tendido en la cama mientras su madre intentaba meterle las piernas en los pantalones.

—¿Te importa si lo visto yo? —le preguntó—. Mañana no podré hacerlo.

—Todo tuyo —respondió ella apartándose con una sonrisa.

Javier se acercó al niño y le hizo cosquillas en la barriga, algo que sabía que le encantaba. Javi se rio a carcajadas y Alice se retiró hasta la puerta contemplando al hombre y al niño, los dos grandes amores de su vida, juntos y riendo y se dijo que hubieran sido una gran familia si él hubiera podido amarla. Después salió sin hacer ruido y se dirigió a la cocina para preparar el desayuno dejándoles a solas para que disfrutaran de sus últimas horas.

Preparó los cereales para su hijo y café y tostadas para ellos. Javier salió con el niño en brazos y se sentó colocándolo sobre sus rodillas y no en la trona donde solía

comer. Alice no dijo nada, sabía cuánto le gustaba tenerlo en brazos, habían sido muchas las veces que al regresar del trabajo le encontraba ante el ordenador con el niño en su regazo.

Javier hundió la cuchara en el cuenco de papilla y empezó a darle de comer. A Alice se le encogió el corazón de pensar que quizás no les volviera a ver nunca juntos, por mucho que él hubiera prometido ir a visitarles.

Se esforzó en desayunar ella también consciente de que le quedaba un largo camino, pero apenas podía tragar. Tampoco Javier comió mucho, entre cucharada y cucharada a Javi bebió algunos sorbos de café y mordisqueó desganado una tostada mientras sus ojos trataban de evitar los de ella. Como si se tratara de un desayuno más, pero no lo era.

Cuando el niño terminó ambos se levantaron. Alice se dirigió al fregadero, pero él se lo impidió.

—Déjalo, ya recogeré yo luego, siéntate conmigo. Juguemos los tres un rato.

Alice se sentó en un extremo del sofá y Javier en el otro y dejaron al pequeño entre ambos. Alice le acercó un pañuelo a las manos para que intentara cogerlo y cuando lo consiguió, Javier hizo amago de quitárselo. Javi lo agarró con más fuerza y le dedicó una palabra ininteligible. Jugaron un rato hasta que sonó el timbre de la puerta.

—Debe ser Stefany —dijo Alice sintiendo que se le cerraba el nudo del estómago un poco más.

Javier se levantó para abrir a una Stefany sonriente.

—Hola —saludó.

—Hola, Javier. ¿Están listos mis chicos? —pregunto dirigiéndose a su hermana.

—Sí —respondió esta—, ya lo tenemos todo preparado.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó tratando de alargar un poco más el tiempo que Alice y el niño debían permanecer en la casa.

—No, gracias. Si todo está dispuesto prefiero salir ya, quiero llegar temprano y que mi hermana tenga tiempo para instalarse.

—Bien.

Se dirigió a la habitación de Alice y cargó las maletas. Stefany había acondicionado la habitación en Richmond para que no tuvieran que llevarse ninguna de las cosas del niño, algunas de ellas prestadas por Helen. Él lo agradecía porque iba a sentir la casa desnuda si desaparecían la cuna, la bañera y el resto de cosas que usaba Javi en su día a día.

Bajó las maletas y los escasos enseres que se iban a llevar y luego cogió al niño en brazos para bajarle también. Alice permaneció en la casa, despidiéndose en silencio del lugar donde había sido tan feliz el último año y medio de su vida. El sofá donde solían ver la televisión, la pequeña cocina americana, la mesa junto a la ventana donde hacían las comidas. Recordó aquella primera cena que habían compartido al principio de su embarazo cuando todavía no vivían juntos y sintió la

humedad detrás de los ojos.

No reparó en la presencia de Javier detrás de ella hasta que sintió las manos en sus hombros. Y no pudo seguir conteniéndose. Se volvió hacia él y se refugió en su abrazo.

Javier la estrechó con fuerza, sintiendo también un nudo en la garganta.

—No sabes cómo te voy a echar de menos, pequeña. Y a Javi.

—Y nosotros a ti —dijo entre sollozos.

—No llores... no llores, cariño. No tienes que irte, ya lo sabes —añadió esperanzado.

Alice suspiró profundamente y no dijo nada. Javier no insistió. Se limitó a abrazarla y a dejarla llorar contra su pecho, sintiéndola temblar por la fuerza de los sollozos. Y de nuevo se sintió mal por haber llegado a esa situación. Tal vez si él se hubiera esforzado más habría podido enamorarse. Quizás su padre tuviera razón y en el fondo no quisiera dejar ir a Marta, y hubiera atesorado su recuerdo como una reliquia en vez de enterrarlo. Si no se hubiera empeñado en ver a Alice como a una amiga y sí como a una mujer... como a la mujer que tenía en los brazos. De pronto se dio cuenta de que estaba desperdiciando los últimos momentos con Alice pensando en Marta. Se dijo que era un gilipollas e hizo algo que se había jurado no hacer: le levantó la cara cubierta de lágrimas y la besó en la boca. No quería confundirla, ni darle falsas esperanzas, pero no pudo evitarlo. Besar a Alice era el único pensamiento que albergaba su mente, besarla hasta perder el aliento y la cordura. Ella se entregó al beso con desesperación y se aferró a su espalda como un naufrago se aferra a una tabla de salvación en medio de la tormenta. Y luego, con brusquedad, se separó y se apartó de él. Los ojos de Javier brillaban también de lágrimas contenidas.

—Iré a verte... a veros, muy pronto, Alice, te lo prometo.

Ella asintió y se dirigió a la puerta. Javier hizo amago de seguirla, pero Alice se lo impidió.

—No, no vengas... por favor, quédate aquí.

—De acuerdo.

La vio salir por la puerta sin un adiós, como si fuera a volver en un rato. Se acercó a la ventana para verla subir al coche y perderse en la calle. Y pensó que las dos personas que más quería iban en aquel coche. Quizás no estaba enamorado de Alice, pero la quería más que a nadie en el mundo. Y no sabía cómo iba a sobrevivir sin ella.

Estuvo un rato mirando la calle vacía y luego se dirigió al fregadero para lavar los platos del desayuno. La simple visión del tazón vacío de la papilla de Javi le puso un nudo en el pecho. Después entró al dormitorio para hacer la cama. Las sábanas revueltas le trajeron a la mente escenas de la noche anterior y se encontró incapaz de arreglar aquel desorden. Cogió la chaqueta y se fue al trabajo a pesar de haberse tomado todo el día libre. No podía soportar la casa vacía ni el silencio que reinaba en ella. ¿Cómo iba a sobrevivir al silencio y al vacío que se había apoderado de su alma?

Alice entró en el coche de su hermana comprobando de una ojeada que Javi estaba bien protegido en la sillita portabebés del asiento trasero. También ella se abrochó el cinturón de seguridad y antes de que Stefany arrancara, miró el portal. Apenas el vehículo se puso en movimiento se echó a llorar de nuevo, con un llanto hondo y silencioso. Su hermana le alargó un paquete de *kleenex* que había junto al asiento.

—Gracias.

—¿Tanto te cuesta dejarle?

—Es lo más difícil que he hecho en mi vida.

—¿Más que haber tomado la decisión de tener a tu hijo sola?

—Mucho más.

—Puedo dar la vuelta, si quieres. No es necesario que te vengas a Richmond para trabajar y el curso lo puedes hacer perfectamente aquí.

—Ya hemos hablado sobre mis motivos.

—¿Estás segura? Apostaría algo a que si volvemos encontraríamos a Javier en el mismo estado lamentable en que estás tú.

—Lo sé, pero esto es necesario, para él más que para nadie. Saldrá adelante y retomará su vida libre de cargas.

—Javi y tú.

—Sí.

—No estoy yo tan segura de que os considere una carga. A lo mejor si le hubieras dado un empujoncito y te hubieras metido en su cama hubierais dejado de ser amigos y nada más.

—Lo hice anoche.

—Caray... no me digas que te rechazó.

—No.

—¿Entonces...?

—He pasado la noche más maravillosa de mi vida.

—Pero no te ha pedido que te quedes.

—Sí me lo ha pedido —dijo con voz ahogada.

—¿Entonces qué demonios haces aquí? Damos media vuelta ahora mismo, pedazo de tonta.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me ha dicho que me quería, por eso. Y yo ya no puedo seguir siendo solo su amiga. Necesito que me quiera de la misma forma que yo a él, y no como a un cachorrito abandonado al que se le hace una caricia al llegar a casa, y al que se cuida y se mima. Yo no soy una mascota, soy una mujer y quiero que me amen como a tal. Quiero pasión, ver el deseo en sus ojos cuando me mire, que me arranque la ropa... quiero lo que me ha dado esta noche.

—Si te lo ha dado esta noche puede volver a hacerlo.

—No. Esto ha sucedido porque era la última noche, y porque yo me metí en su cama y me abracé a él... y tiene veintinueve años y no es de hielo.

—Entiendo. Bueno, al menos te has llevado una noche maravillosa que recordar ¿no?

—Sí...

—Entonces vamos a casa y yo te ayudaré a superarlo. Sé lo que es una ruptura, y duele mucho, pero se pasa, es cuestión de tiempo. Y tú tienes un niño que te va a ayudar muchísimo.

—Lo sé.

—Yo cuidaré de ti y de Javi como lo hacía él.

—Gracias.

—Pero si le echas más de menos de lo que crees, si no te sientes capaz de soportarlo y quieres volver, solo tienes que decírmelo y lo entenderé.

—Vale. Pero no creo, soy una chica fuerte.

—Pues entonces llora todo lo que quieras, hasta que te sientas mejor, y luego levanta la cabeza y sigue con tu vida.

—Eso haré.

Stefany apartó la mano del volante y apretó la de su hermana y Alice se sintió un poco mejor.

Capítulo 22

Javier se levantó como cada mañana, apático y desganado. La casa estaba fría a pesar de que el buen tiempo se había instalado en la ciudad. Fría y silenciosa. Eso era lo peor, sobrevivir al silencio, no escuchar los balbuceos de Javi o su llanto, ni la voz de Alice. Despertarse en una casa vacía y solitaria y acostarse en una todavía peor. Hacer frente a los días y a las noches, a la mesa vacía, al sofá no compartido. A los recuerdos.

Muchas veces en medio de la noche recordaba detalles, pequeñas y grandes cosas vividas durante el último año, y siempre acababa con las imágenes de la última noche, con los recuerdos de Alice suspirando de placer entre sus brazos, con sus lágrimas mientras se aferraba a su cuerpo. En esos momentos terribles se decía que la llamaría a la mañana siguiente, que le suplicaría que volviera, pero luego con la luz del día pensaba que no tenía derecho a cambiar su vida de nuevo, que debía dejarla recorrer el camino que ella había elegido. Y cuando la llamaba, una vez a la semana más o menos, en vez de hacerlo a diario como deseaba, no tocaba el tema. Le preguntaba cómo estaba, le mentía diciéndole que él estaba bien, y colgaba después de un rato de charla intrascendente.

Se vistió y se marchó al trabajo, más temprano de lo habitual; había vuelto a ser quien primero entraba y el último en irse.

Cuando Sam llegó le encontró ya enfrascado en una prueba.

—Buenos días, Javier.

—Buenos días.

—Dime que has llegado temprano y no te has vuelto a quedar otra vez aquí toda la noche.

—He llegado temprano.

—¿Cómo de temprano?

—Mucho.

Sam se sentó en el taburete a su lado. Sabía que Javier era introvertido y hablaba poco de sí mismo, pero él podía adivinar el sufrimiento de su amigo sin necesidad de que lo expresara. Su mirada triste y falta de vida, sus prolongados silencios y la forma en que se quedaba mirando al vacío con demasiada frecuencia, eran prueba más que evidente.

—¿Otra mala noche?

—Muy mala. Cuando me dijo que se marchaba sabía que iba a ser duro, pero no me imaginaba cuánto. Me siento perdido, desolado... mucho más desolado que... — Se detuvo con la frase a medio terminar porque era la primera vez que pensaba en ello, pero le había salido del fondo del corazón.

Sam no dijo nada, siguió mirándole en espera de que terminara de decirlo, de que

entendiera de una vez lo que él veía desde hacía bastante tiempo.

—Que cuando la mujer de la que llevaba enamorado toda mi vida se hizo novia de mi hermano —añadió—. Esto es... diferente, mucho más terrible.

—¿Estás admitiendo al fin que estás enamorado de Alice?

—Admitiéndolo no, lo estoy comprendiendo.

—Yo lo he sabido hace mucho, Javier, no sé por qué tú te negabas a verlo.

—No lo sé, quizás por no hacerle daño. Mi padre tenía razón cuando me dijo que no dejaba ir a Marta. Pero Alice se ha ido adueñando de mis sentimientos poco a poco, sin que me diera cuenta.

—Vas a decírselo ¿no?

—Antes debo hacer una última comprobación.

Sam se echó a reír.

—Esa mente científica que tienes no es la más idónea para tratar este tema, amigo, hay que lanzarse al vacío. Deja que hable el corazón, vete a buscarla y tráela de vuelta.

—Con Alice no, ya la he hecho sufrir bastante con esto. Cuando se lo diga debo estar completamente seguro.

—¡Estos españoles! ¿No sois vosotros los apasionados, los de sangre caliente?

Javier sonrió por primera vez desde que se fue Alice.

—Yo debo ser una excepción. La sangre caliente la tengo, no te quepa duda, pero...

—Debes asegurarte.

—Sí. Por ella, sobre todo.

—Pues hazlo pronto, macho, o no va a quedar gran cosa de ti cuando la pilles. A este ritmo de trabajo no vas a durar mucho, estás hecho una piltrafa.

Javier llegó a su casa decidido a coger el toro por los cuernos, a realizar esa prueba que necesitaba. Antes de ir a buscar a Alice, debía enfrentarse a Marta, a su voz que siempre le levantaba mariposas en el estómago, aunque él no quisiera. Le gustaría enfrentarse a ella en persona, pero eso estaba descartado, hasta navidades no iría a España y eso era mucho tiempo para estar sin Alice. Haría dos años para entonces que no veía a los suyos.

Se sentó en el sofá y marcó el número que se tenía prohibido a sí mismo salvo para cosas realmente importantes.

La voz agradable de Marta le respondió al instante.

—Hola, Javier.

—Hola —saludó escuchando la voz que no le producía ningún sentimiento.

—¿Cómo estás?

—Muy bien.

—¿Ocurre algo?

Desde la boda de Miriam no habían hablado, sabía de él a través de Sergio, con el que sí charlaba con frecuencia.

—No, nada. Solo quería hablar contigo.

—Entonces es que te ha llamado Sergio. Comprende que prefiera que te lo haya dicho él.

—¿Que me haya dicho qué? Mi hermano no me ha contado nada, hace un mes que no hablamos.

Marta respiro hondo. Sergio no había encontrado tampoco el valor.

—Que nos vamos a casar —dijo aguardando la respuesta de Javier.

Este comprobó con alivio que solo sentía alegría por la noticia. Que la voz de Marta no le estaba provocando la emoción ni los sentimientos encontrados de otras veces.

—Es estupendo Marta. Ya era hora de que hicieras de mi hermano un hombre decente —bromeó—. Los abuelos llevan fatal eso de «vivir arrebujaos» ¿Cuándo el feliz acontecimiento?

—Muy pronto, en un mes.

—¿Otra boda precipitada? Caray con los Figueroa...

—No es lo que piensas, no estoy embarazada. Pero Sergio quiere una boda marinera y que nos case el que fue su capitán durante mucho tiempo. Y él va a dejar la marina y a retirarse en breve, de modo que estamos organizando la boda rápidamente. De todas formas, estamos seguros de que queremos darnos el «sí quiero», y tampoco vamos a organizar nada muy complicado. Boda en el barco, una comida con la familia y algunos amigos íntimos y nada más.

—Sí, a los Figueroa nos gustan las cosas sencillas.

—Vas a venir, ¿verdad? Javi, sé que esto puede ser difícil para ti, pero... es importante para Sergio que estés.

—¿Y para ti no es importante?

—Claro que sí, pero para él más. Es tu hermano. Yo... podría entenderlo.

—No hace falta que entiendas nada, Marta, por supuesto que voy a estar. No me perdería la boda de mi hermano y mi mejor amiga por nada del mundo. ¿Qué fecha?

—Diez de julio.

—Caramba, eso está aquí ya mismo.

—Sí, ya te lo he dicho. ¿Tendrás problemas para cogerte unos días?

—No, tenía pensado cogernos de todas formas; solo tendré que cambiar de planes y posponer el viaje que iba a hacer.

—Lo siento.

—No lo sientas, quizás hasta sea mejor así. Sí, mucho mejor.

—Gracias Javi... de verdad que es importante para nosotros.

—Deja de dar las gracias. Y supongo que el honor de ser el padrino será para «Su señoría», ¿no?

—Sí, así es. ¿Por...?

—Porque en caso contrario reclamaría el puesto.

—¿En serio lo harías? ¿Tú querrías ser el padrino de nuestra boda?

—Por supuesto.

—Eres genial... de verdad que... —dijo con voz emocionada.

—No me vayas a dar las gracias otra vez. Me alegro mucho de esta boda, Marta, de verdad. Y dile al gamberro de tu futuro marido que si no te hace feliz se encontrará con el puño de su hermano mayor en plena boca.

—Se lo diré.

—Te llamo en cuanto sepa que me dan permiso. Aunque no creo que haya problemas, hace mucho que no cojo vacaciones.

—Vale.

Iba a cortar la llamada, cuando se dio cuenta de algo.

—Oye, Javier... ¿Para qué me has llamado si no era para comentar el asunto de la boda?

Él soltó una leve risita.

—Para escuchar tu voz.

—¿Para escuchar mi voz?

—Sí, Marta, justo para eso.

—No comprendo...

—Ya te lo explicaré. Ahora te dejo, tengo cosas que atender. Te veo en breve y resérvame un abrazo.

—Todos los que quieras.

Colgó. Se sentía contrariado porque esta boda le haría posponer la visita a Alice, pero también eufórico porque la noticia no le había causado el más leve pesar. Ni la voz de Marta al otro lado del teléfono había removido en él los sentimientos de siempre. Había hablado con la novia de su hermano, con su amiga y no con la mujer de la que estaba enamorado y eso lo hacía muy, muy feliz. Había pasado página... no, era más que eso, había cambiado de libro.

Después de estar en España y asistir a la boda podría buscar a Alice y decirle que al fin había encontrado a la mujer de su vida y que Marta pertenecía al pasado.

Sintió que necesitaba escuchar su voz ahora que tenía claros sus sentimientos y buscando en la agenda del móvil el número, la llamó.

Hacía solo dos días de su última llamada, pero se le antojaban siglos. No pensaba hablarle de amor, jamás lo haría por teléfono, para eso debería ir a verla, perderse en sus ojos y ver en ellos la reacción a su confesión, y después sellarlo con un beso. O con muchos.

Estaba nervioso como un colegial que llama a una chica por primera vez, y esperó con impaciencia. Fue Stefany quien contestó a la llamada, después de varios timbrazos.

—Hola, Javier.

—Hola, Stefany —dijo un poco decepcionado de que fuera ella quien respondiera

al móvil de su hermana.

—Alice se pone en seguida, está terminando de cambiar a Javi. Le ha llegado la papilla de frutas hasta las orejas. ¿Cómo conseguías tú que se la tomara? Con nosotras no hay forma.

—Cosas de chicos, supongo —dijo bromeando.

—Te paso a Alice.

Tras unos segundos de silencio al fin pudo escuchar la voz esperada, rebosante de alegría.

—Hola, Javier... ¡Qué sorpresa! No esperaba otra llamada tan pronto.

Mientras hablaba, Alice observó cómo su hermana se llevaba al niño a otra habitación para darle más intimidad.

—Hola. Tenía muchas ganas de hablar contigo. No te molesta que te haya llamado, ¿verdad?

El corazón de ella se ensanchó.

—Por supuesto que no, me encanta comprobar que no te has olvidado ya de nosotros.

—¿Tan poco me conoces para pensar eso?

—Bromeaba.

—¿Cómo estás?

—Bien, aprendiendo muchas cosas sobre programas de diseño gráfico. Aunque no empiezo el curso hasta septiembre, Stefany me está enseñando los que utiliza ella y así le puedo echar una mano en el trabajo.

—¿La empresa va bien? —preguntó temeroso de que Alice se entusiasmara demasiado y no quisiera volver, aunque él le declarase sus sentimientos.

—Sí, muy bien, ya tenemos algunos clientes.

—¿Y la convivencia con tu hermana?

—También genial.

—Entonces... ¿no me echas de menos?

Nunca le había hecho una pregunta de ese tipo y Alice dudó si decirle la verdad o fingir que se estaba adaptando bien a estar sin él, pero no pudo. La palabra le salió del fondo del alma.

—Terriblemente. Pero es cuestión de tiempo, supongo. Stefany se esfuerza en hacerme la vida agradable y así es más llevadero.

Javier sintió relajarse la angustia que por un momento se había apoderado de él.

—Quisiera ir a veros.

—¿En serio? ¿Cuándo? —preguntó ilusionada.

—No tan pronto como desearía. Voy a coger vacaciones, debo ir a España por un asunto familiar, pero a la vuelta pasaré por Richmond unos días. ¿Te gustaría?

—¡Claro que me gustaría! —dijo entusiasmada—. Y a Javi también, él te echa de menos tanto como yo.

—Y yo a vosotros —respondió con voz emocionada—. No te imaginas cuánto.

La casa está triste y vacía, y lo que es peor, silenciosa. No me había dado cuenta de hasta qué punto Javi llenaba la casa de sonidos con sus continuos chapurreos.

—Le está saliendo un diente —dijo aliviada de desviar la conversación hacia el niño, temerosa de decir algo de lo que se arrepintiera. No quería que Javier supiera lo mal que lo estaba pasando, el llanto que apenas podía contener por las noches cuando se acostaba, ni cómo él se colaba en sus sueños diciéndole que la quería y pidiéndole que volviera. Tampoco de los celos que iba a sentir sabiendo que iba a volver a ver a Marta, algo que no podía evitar si iba a España.

—¿Alice...? ¿Sigues ahí?

Por un momento se había perdido en sus pensamientos y no había escuchado su última frase.

—Sí, sí.

—Te preguntaba si os da problemas con la papilla de frutas.

—Muchos. Raro es el día que no acabamos llenos de manchas los dos. Stefany ha probado a dársela ella, pero tampoco funciona. Solo se la tomaba bien contigo.

—Ya...

—Pero no te preocupes, se acostumbrará.

—Sí, seguro que sí. Cuando vaya os explicaré mi método, aunque no creo hacer nada especial.

«Tú eres el especial —pensó—, y Javi no puede dejar de notarlo».

—Estoy deseando veros... Alice... te echo de menos. Sé que ya lo he dicho, pero... es verdad. No se me ocurre otra cosa que decirte más que eso.

Ella respiró hondo.

—No hace falta que me digas nada más. Yo también te echo de menos, Javier. A pesar de que esta nueva vida es estupenda, y Stefany se esfuerza mucho, no está siendo fácil. Todo lleva su tiempo, todos nos acostumbraremos.

—Sí, supongo.

—Ya verás como sí.

—Alice...

—¿Qué?

—No, nada...

—¿Qué te pasa? Te noto extraño.

—Tengo un día raro, no me hagas caso.

—Vale, a mí también me ocurre a veces, no te preocupes.

—Creo que es mejor que cuelgue, me voy a preparar algo de cena.

—Bien. Disfruta en España y da muchos besos a tus padres de mi parte. Espero que tu viaje no sea para nada malo.

—No, no, qué va. Voy de boda.

Estuvo a punto de preguntarle quién se casaba, pero intuyó la respuesta. Eso aclararía el estado extraño de Javier, y sintió el agujonazo de los celos clavarse muy hondo.

—Ah, estupendo. Espero que te diviertas mucho.

—Lo haré. Hasta la vuelta, pequeña —dijo con un tono de voz íntimo y acariciador, que le recordó a la última noche que pasaron juntos.

—Hasta la vuelta, Javier.

Cortó la comunicación. Realmente estaba muy raro, aquella llamada no se parecía a ninguna otra de las que le había hecho desde que se separaron. Quizás él necesitaba consuelo al saber que Marta iba a casarse, pero no había podido dárselo. No, sabiendo que iba a encontrarse con ella, por mucho dolor que le produjera su boda, algo que él no le había aclarado.

Fue a buscar a su hermana al despacho.

—¿Qué tal Javier?

—Muy raro.

—¿Y eso?

—Va a irse de vacaciones a España. A una boda.

—¿A la de esa mujer?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Estaba muy enigmático, solo ha repetido una y otra vez que me echa de menos. Y que vendría a vernos cuando regresara.

Stefany, alzó los ojos al techo.

—¡Hombres! Para eso mejor que no te hubiera llamado. Y tú, no te comas la cabeza, ¿eh? Anda, vamos a llevar a Javi al parque un rato, así te despejas la mente.

—Sí, será mejor. Esta llamada me ha dejado una sensación muy extraña también a mí.

Capítulo 23

Javier se sentía eufórico cuando pisó su hogar de Espartinas después de año y medio. Encontró algunos cambios sutiles derivados de la marcha de Miriam y del nacimiento de María: juguetes en un rincón del salón, y había regresado la protección para niños de la chimenea. También le había llamado la atención la ausencia de Susana y Miriam en el aeropuerto. Había sido Fran, algo inusual, el encargado de recogerle y llevarle a casa; su madre y hermana estaban haciendo las últimas pruebas de vestidos, según le dijo su padre riendo.

—Ni te imaginas lo que mueve una boda —le comentó en cuanto estuvieron sentados en el sofá con una cerveza en la mano—. Las mujeres desaparecen horas enteras, solo hablan de trapos, zapatos, complementos...

Javier rio.

—¿Tan terrible?

—Ya verás, ya. Espero que te quedes lo suficiente después de la boda para disfrutar de tranquilidad, aunque si te vas pronto te entendería.

—Tengo vacaciones todo el mes, y he pensado en quedarme tres semanas.

—Me alegro.

—Después volveré para solucionar algunos asuntos antes de incorporarme al trabajo.

—¿Problemas?

Javier dio un largo trago a la cerveza. Echaba de menos el sabor de su bebida favorita, aunque dijeran que había cervezas mejores, para él una Cruzcampo fría era un placer de dioses.

—Amor. Por fin Marta ha dejado de ser la dueña de mis sentimientos y Alice ocupa su lugar.

—No sabes cómo me alegra oír eso; pero creía que ella se había ido a vivir a Richmond.

—Así es. Es eso lo que tengo que solucionar, debo intentar que vuelva a casa. He tenido que perderla para comprenderlo.

—¿No quiere volver?

La mirada de Javier se volvió más oscura, preocupada.

—No lo sé, aún no se lo he preguntado. Estaba a punto de ir a verla cuando Marta me dijo que Sergio y ella se casaban en pocos días. Preferí esperar a después de la boda para buscar a Alice y hablarle de mis sentimientos.

—Podrías haberla traído. A todos les encantaría conocerla.

—Creo que es mejor que afiancemos un poco lo nuestro antes de presentarle a los Figueroa en masa —rio—. Tampoco es buena idea hacerlo precisamente en la boda de Marta, Alice sabe lo que sentía por ella. Debo convencerla de que eso terminó

antes de ponerlas frente a frente.

—Seguro que sabrás cómo hacerlo.

—Eso espero. Doy por sentado que querrá volver a casa, porque no sé qué haré si no es así. Me estoy muriendo por tenerla lejos.

—Sí, sé lo que es —dijo palmeándole la espalda—. Todo irá bien, ya verás.

—Guárdame el secreto, por favor. No debería decirlo hasta hablar con ella, pero no he podido evitarlo. Sé que os preocupa cómo esta boda me pueda afectar, pero quédate tranquilo... No me afecta más que para alegrarme.

—¿No se lo puedo decir a tu madre?

Javier dio un largo trago a la cerveza y lanzó una carcajada. Fran sintió regocijo, hacía mucho que no escuchaba a su hijo mayor reír con esas ganas.

—Se lo vas a decir de todas formas.

—Nunca he tenido secretos para ella, y menos si se refiere a vosotros.

—Pero solo a ella. Yo se lo diré a Marta y a Sergio, como regalo de bodas, pero a nadie más, hasta que sea oficial.

—Les vas a quitar un peso de encima.

—Sí, lo sé.

Fran terminó su cerveza.

—¿Otra?

—Por supuesto. Tenemos mucho por lo que brindar.

Poco después Susana y Miriam entraron en el salón, con la pequeña María de la mano. Javier, que no la veía desde las navidades de dos años atrás en que tenía pocos meses, la cogió en brazos y la levantó en vilo. No pudo evitar imaginarla jugando con Javi en un futuro.

—¿Y esta señorita tan guapa quién es?

—*Madía* —dijo ella.

—Yo soy...

—El tito *Avié*. Que *ive lejo*.

—El mismo. ¿Me das un abrazo?

La niña asintió y le echó los bracitos al cuello. Javier la abrazó a su vez emocionado. ¡Cómo le gustaban los críos! Tendría que convencer a Alice para tener algunos más. Una familia numerosa como la que él había disfrutado de niño.

Después abrazó a su madre y a su hermana.

—¿Cómo está Ángel?

—Bien, en casa. Casi seguro que preparando la cena para cuando lleguemos, María está agotada, cenará y se dormirá en seguida. Todo esto de la boda la tiene muy excitada.

—Es normal.

—Nos vemos con más calma mañana, Javier. Debo irme o la niña se me dormirá

en el coche.

—Claro. Cuando se tienen hijos son ellos los que marcan todos los horarios.

—Ya te darás cuenta...

—Sí —dijo sin querer añadir que ya lo sabía. Y que lo echaba de menos.

Miriam se marchó y él compartió una cena fría con sus padres sentado en el sofá, mientras se ponían al corriente. Cuando eran pequeños, de vez en cuando y si el tipo de comida lo permitía, pasaban de sentarse a la mesa y cenaban en el salón, viendo la tele o como en aquella ocasión disfrutando de la charla y de la compañía.

El día siguiente lo pasó visitando primero a Manoli, a la que ya su estado de salud no permitía seguir trabajando, y después se pasó por Alveares a tomarse una cerveza con Hugo e Inés.

Por la tarde llegó Sergio para pasar su última noche de soltero en Espartinas, y los tres hermanos, junto con sus primos Manuel e Isaac se marcharon al muelle del Guadalquivir para decorar el barco. Con conchas, en vez de flores, anunció Sergio en cuanto pisaron la embarcación y señalando un enorme cesto lleno de conchas de todos los tamaños y tonalidades.

Los cinco se divertieron como críos con la tarea, recordando cómo años atrás habían trabajado también codo con codo para cambiar el barco pesquero de su abuelo hasta darle su apariencia actual.

Manuel, como siempre, no pudo evitar zaherir un poco a Hugo.

—Bueno, ya el segundo Figueroa que se nos casa. ¿Para cuándo tú, Hugo?

—Bufff. Aún falta.

—¿Inés no quiere?

—Claro que quiere, aunque no me lo diga. Y tener críos, pero estamos muy bien así.

—Vamos, hermano, no te hagas el duro que se te cae la baba con la sobrina —bromeó Sergio.

—Pues claro que sí, pero una cosa es disfrutarla, comprarle cosas y sacarla de paseo y otra muy diferente levantarte de noche a dar biberones o cambiar pañales. Aparte de que cuando eso llegue Inés echará menos horas en el bar, y a mí me encanta que esté allí conmigo. Y tendría que dejar la moto, comprar un coche..., demasiados cambios.

—Veo que lo tienes todo pensado —dijo Javier.

—Lo que significa que ya le has estado dando vueltas a la idea —añadió Isaac.

Hugo se encogió de hombros.

—Imposible no hacerlo al ver la cara que se le pone a Inés cuando coge a María en brazos. Pero a ver si consigo aguantar un poco más.

—Bueno, si ella no te dice nada...

—Eso lo hace aún más difícil, porque sé lo mucho que le gustaría, pero no me quiere presionar. A ver cuánto tiempo me mantengo firme.

—No mucho, por lo que veo —dijo Isaac divertido.

Sergio le lanzó una cuerda llena de conchas engarzadas para que la sujetase al mástil.

—Toma y ata esto.

—No es tan terrible, Hugo —le dijo Javier.

—No, supongo que no.

—Los niños te dan mucho más de lo que te quitan.

Su hermano se encogió de hombros. No tenía duda de que, a pesar de su reticencia, Hugo sería un padrazo. Javier conocía poco a Inés, pero le parecía una mujer capaz de volver a Hugo del revés con su sonrisa limpia y su voz suave y hacerle olvidar sus correrías anteriores.

Durante mucho rato se dedicaron a engalanar el barco para la ocasión, disfrutando de volver a estar los cinco juntos, algo que no podían hacer a menudo.

—Esto de reunirnos solo de boda en boda tiene que cambiar —dijo Hugo subiéndose a la barandilla de proa para colocar un adorno—. Pronto nos quedaremos sin nadie a quien casar y ¿cuándo nos veremos entonces? Os echo de menos.

—También nos vemos en navidades —comentó Sergio.

—Eso es relativo; el año pasado estuviste tú, pero faltó Javier. Raramente estamos todos.

—Lo mío fue algo puntual, esta vez espero estar. Yo también os echo mucho de menos.

—Este año faltaré yo —comentó Manuel—. Estoy a punto de partir para una misión larga.

Cuando terminaron se detuvieron a tomar algo, y después Hugo y sus primos se marcharon a sus respectivas casas y Javier y Sergio a Espartinas. Por el camino, este aprovechó para preguntarle a su hermano sobre algo que quería hacer.

—Sé que papá va a conducir el coche de la novia.

—Sí, se ha ofrecido y yo se lo agradezco. No me gustaría que lo hiciera un extraño.

—¿Te importa si le pido que me deje ocupar su puesto?

Sergio miró fijamente a su hermano.

—Si quieres...

—Me gustaría mucho, pero no lo haré si a ti te molesta.

—No me molesta, pero no quiero que pases más mal rato del necesario.

Javier le miró sonriente.

—No es el caso. Me hace mucha ilusión llevar a mi mejor amiga a su boda.

—Si es así, por mí no hay ningún inconveniente. Y a Marta le gustaría mucho.

—Lo sé.

Se hizo un silencio incómodo y por un momento estuvo tentado de hablarle de Alice, pero creía que antes debería decírselo a Marta. Y lo haría al día siguiente sin falta. Después, esos silencios y cosas no dichas y flotando en el ambiente, desaparecerían.

Fran no puso ningún inconveniente, estuvo encantado de cederle a su hijo el honor de conducir a Marta al barco al día siguiente.

Cuando Javier, apostado ante su puerta la vio aparecer del brazo de Raúl, sonrió al ver lo guapísima que estaba, y también su cara de extrañeza al verle allí.

—Espero que no te importe que haya convencido a mi padre para ocupar su puesto. Quiero ser yo el que lleve a mi amiga a su boda. No te ofrezco mi brazo porque es privilegio del señor juez, pero me gustaría ser el padrino del primer niño si se diera el caso —dijo mirándola con ojos emocionados.

—Claro que no me importa... me hace mucha ilusión que seas tú quien conduzca, Javi. Y lo del niño, pues no sé si lo tendremos y mucho menos si lo bautizaremos, pero si lo hiciésemos ese es un honor que nadie te va a disputar.

Él abrió la puerta y la invitó a entrar.

Ella se acomodó con cuidado en el asiento junto a su padre y poco después Javier los conducía al barco de Sergio, situado en el Guadalquivir, donde se iba a celebrar la boda. La ceremonia estaría restringida a un número limitado de personas, solo la familia más cercana. Y sería el que fue capitán de Sergio durante mucho tiempo quien la officiaría. Una boda marinera.

Cuando el coche paró en el muelle, el barco se veía reluciente y engalanado para la ocasión, gracias al trabajo realizado la tarde anterior por hermanos y primos.

—Habéis adornado el barco con conchas...

—Han sido órdenes del capitán Figueroa —comentó Javier—. Dijo que nada de flores.

Raúl le ofreció su brazo y Marta se aferró a él, caminando con firmeza por el muelle hasta la pasarela engalanada que habían colocado.

Tras la ceremonia, se dirigieron al restaurante donde se celebraría la comida. Hermanos y primos volvieron a compartir mesa y a bromear sobre como unos detrás de otros iban cayendo «en el lazo», según palabras de Manuel.

Después se iniciaron los bailes y, tras esperar un tiempo prudencial, Javier se acercó a su padre que llevaba a Marta al ritmo de una balada.

—¿Me permites bailar con la novia?

—¡Cómo no! Toda tuya... Yo voy a ver si pillo a la madrina y me concede un baile también.

Fran se retiró y Javier enlazó a Marta por la cintura y se deslizaron por la pista.

—Felicidades, pequeña.

—Muchas gracias, Javi.

—Eres la única que todavía me llama así.

—Si te molesta... intentaré acostumbrarme a llamarte Javier.

—No, me gusta. Al menos de momento.

—No entiendo.

—Ya entenderás.

Se hizo un breve silencio y luego Javier comentó:

—Sé que mi hermano te va a hacer muy feliz.

—Ya soy muy feliz.

—Lo sé. Lo leo en tus ojos... —Hizo una pausa antes de continuar—. Ahora me gustaría que leyeras tú en los míos.

Marta alzó la mirada y vio los ojos pardos que la miraban sonrientes.

—¿Qué debo leer? —preguntó con cautela.

—Que por fin puedo verte solo como amiga.

Ella tragó saliva.

—¿Lo dices de verdad, o solo para hacerme feliz este día?

—Nunca te he mentado, Marta, ni te he ocultado lo que sentía por ti, así que no tendría sentido hacerlo ahora. Pero por fin hoy puedo hablar en pasado. Mi corazón está ocupado por otra mujer.

Marta alzó la cabeza y le dio un beso emocionado en la mejilla.

—Gracias a Dios. ¿La mancha de la mora acabó por funcionar?

—Algo así.

—¿Por qué no la has traído? Me habría encantado darle un abrazo.

Él soltó una leve risita.

—Porque ella todavía no lo sabe.

—¿No lo sabe? —preguntó extrañada.

Javier sacudió la cabeza.

—No, se lo diré en cuanto regrese. Te prometí que cuando sucediera tú serías la primera en saberlo.

—Pero Javi, no antes que ella.

—Tenía que estar seguro, y para eso debía verte. Cuando la tenga delante y le diga lo que siento, no quiero tener ninguna duda.

—¿Y no la tienes?

—Ni la más mínima.

—¡No sabes lo feliz que me haces! Ahora sí puedo decir que este es el mejor día de mi vida. Este es el mejor regalo de bodas que podías hacerme.

—Me alegro. Pero aún hay otro, de todos los hermanos Figueroa, incluido tu recién estrenado esposo.

—¿Tiene que ver con el viaje de novios, que Sergio guarda tan en secreto?

—Sí.

—¿Y no vas a darme ninguna pista?

—Mi hermano me despellejaría. No, dejaré que él te dé la sorpresa.

—Los Figueroa hechos una piña como siempre, ¿no?

—Por supuesto.

—Y yo os quiero muchísimo a todos.

—Lo sé. Pero ya va siendo hora de que el señor capitán vuelva a bailar con su mujercita. Se le nota impaciente.

Javier la acercó bailando hasta Sergio y le cedió el sitio.

Después, cumplido su propósito y feliz, disfrutó de la celebración. Bailó con Miriam durante mucho rato, con su madre y el resto de mujeres presentes y al fin se retiró a un rincón con una copa en la mano. No pudo evitar imaginarse a Alice integrada en aquella maravillosa familia que era la suya, riendo y charlando con todos. A sus padres ya les había conquistado y estaba seguro de que haría lo mismo con los demás. A Manoli le encantaría a pesar de que siempre le había advertido que no se enamorase de una americana o nunca volvería. En aquel momento no le importaba quedarse para siempre en Estados Unidos si Alice estaba a su lado. Se sentía tan impaciente que las tres semanas que había pensado quedarse en España se le iban a hacer muy largas.

Sintió moverse una silla a su lado y al volver la cara se encontró con los ojos risueños de Susana, que se sentaba junto a él.

—¿Escondido o soñando despierto?

—Más bien lo segundo.

—¿Alice? Tu padre me lo ha dicho.

—Sí.

—Me hace muy feliz, Javier. Ya intuí cuando me abrió la puerta aquel día en Maryland que iba a ser abuela de nuevo. El instinto de una madre nunca falla. ¿Cómo está Javi?

—Enorme, y guapísimo. Y no es pasión de padre.

Orgulloso, sacó el móvil y buscó las últimas fotos del niño para enseñárselas.

—Sí que lo es. La familia crece y eso me encanta.

—Al que hay que convencer ahora es a Hugo. Inés se derrite mirando a María.

—Caerá. Y más pronto que tarde.

—Sí, lo sé.

Se hizo un breve silencio que Susana rompió.

—¿Cuándo vuelves?

—Pensaba quedarme tres semanas.

Susana alzó las cejas.

—¿Tanto?

—Siempre me quedo un mes, es un viaje muy largo. Casi dos días para ir y otros tantos para volver.

—Lo sé. Pero esta vez es diferente, te mueres de ganas de regresar.

Javier sonrió. Nunca había conseguido engañar a su madre.

—Sí.

—¿Y qué te lo impide?

—Que hace año y medio que no aparecía por aquí y no quiero hacer «la visita del médico», cómo dice Manoli.

Susana le agarró la mano y se la apretó.

—No te preocupes por nosotros, lo entendemos. ¿Tienes el vuelo abierto?

—Sí.

—Entonces vete cuando quieras, arregla tu vida y guarda esos días de vacaciones para volver en navidades... con tu familia. O disfrútalos con ellos.

Javier se levantó de la silla y abrazó a su madre con emoción.

—Gracias, mamá. Eres la mejor.

—Solo quiero tu felicidad y yo sé lo que es quedarse solo de repente. Hace más de treinta años y no lo he olvidado.

—No recuerdes cosas tristes, hoy es un día feliz.

—Sí. Mira, Marta va a lanzar el ramo... vamos a ver quién lo coge.

—Si te cae a ti te tendrás que casar con mi padre de nuevo.

—Mil veces me casaría con él.

—Lo sé.

Se acercaron al grupo que se arremolinaba detrás de Marta. Javier observó que ella le miraba antes de volverse y no tuvo dudas de que iba a lanzarlo en su dirección. A su izquierda estaban Hugo e Inés y en el momento en que las flores volaron se apartó ligeramente y el ramo dio justo en la frente de Hugo que lo atrapó en un movimiento reflejo, ante el regocijo de todos.

Capítulo 24

Javier regresó cuatro días después de la boda de Marta. Tras de una larga conversación con su hermana Miriam sobre los problemas conyugales de esta y asegurarse de que ella iba a hacer algo para solucionarlos, dio por finalizada su estancia en Sevilla y cerró el vuelo en el primer avión que tuvo plazas libres. Fue más complicado, tuvo que hacer dos transbordos en lugar de uno, pero no le importó los casi dos días de viaje ni la noche pasada en el aeropuerto de Lisboa, si con eso llegaba a casa antes. La idea de ver a Alice, estrecharla en sus brazos y contemplar sus bonitos ojos oscuros mientras le expresaba sus sentimientos, llenaba su mente y ni le permitía sentir el cansancio del largo periplo.

Apenas desembarcó en el aeropuerto de Washington D. C. no pudo resistirse y conectando el móvil llamó a Alice. Eran las seis de la tarde, aún horario de trabajo, por lo que marcó el número del despacho. Fue Stefany quien respondió a la llamada.

—Hola, Stefany... soy Javier.

La voz de ella sonó ligeramente irritada, consciente de los días difíciles que Alice estaba pasando por el viaje de él a España. Los celos y el temor a que no regresara le estaban pasando factura. Aunque no le dijera nada, sus ojeras y su mutismo general eran claros indicios del sufrimiento y malestar de su hermana. Por mucho que se hubiera alejado de él de forma voluntaria, Stefany sabía que aún conservaba esperanzas.

—Hola, Javier. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me gustaría hablar con Alice, por favor.

—No está. Ha salido... con Scott.

El pulso de Javier se aceleró y preguntó sintiendo un nudo de aprensión en las entrañas.

—¿Quién es Scott?

La sonrisa de Stefany no tardó en aparecer y hurgó en la herida que estaba segura había producido en Javier.

—Es el dueño de la empresa que realizará las instalaciones en los diseños de interior. Él y Alice se llevan muy bien y salen de vez en cuando.

Respiró hondo y trató de controlar la voz antes de decir:

—¿Sabes si tardará mucho?

—Ni idea. Mi hermana sabe que yo me ocuparé de Javi si se retrasa, de modo que está tranquila. Necesita disfrutar y relajarse.

—Claro. ¿Querías decirle que he llamado?

—Por supuesto. ¿Qué tal por España?

—Bien —dijo escueto. Estaba tan aterrado que ni siquiera acertó a decirle que había regresado—. Volveré a llamar.

Colgó. El fantasma de los celos le corroía por dentro. Unos celos mucho más intensos y feroces que los que sintiera jamás por Marta. Imaginarse a Alice en brazos de ese tal Scott era algo con lo que no podía lidiar.

Tuvo deseos de coger un tren a Richmond en aquel mismo instante y presentarse en casa de Alice, estuviera ella o no, y esperarla para hablarle de sus sentimientos de inmediato. Luego fue consciente de su aspecto desastrado, de que llevaba dos días sin ducharse y casi sin dormir, y puso rumbo a Maryland. Nunca había sido impulsivo y no era cuestión de serlo en aquel momento, cuando se jugaba la felicidad. Tenía que hacerlo bien, no podía arriesgarse a que ella le rechazara de nuevo. Tampoco quería hacerlo delante de Stefany o de ese Scott con el que Alice había empezado a salir. Ella le quería, temblaba ante sus caricias, suspiraba con sus besos. No podía haber desaparecido todo eso en apenas tres meses. Podía recuperarlo, estaba seguro, pero para ello debía atraer a Alice a su casa, a la vida que habían compartido. Debía convencerla.

La sonrisa de Stefany se hizo más amplia al finalizar la conversación con Javier. Era cierto que Alice había salido con Scott, pero omitió decirle que solo habían ido a ver un taller donde fabricaban mecanismos para cortinajes poco convencionales. A pesar de que ella aún no había comenzado su curso de interiorismo, ya tenían algunos encargos menores.

Si aquello no funcionaba, si los celos no traían a Javier corriendo de España, nada lo haría. No le gustaba interferir en la vida de su hermana, pero estaba cansada de verla amanecer con los ojos enrojecidos e hinchados, cosa que se había incrementado desde que él se fue a su país.

Cuando Alice llegó y le habló de la llamada, la mirada de esta se iluminó por un momento, para apagarse después.

—Supongo que no te ha dicho si volvería a llamar...

—Dijo que lo haría, pero no cuándo.

—Ha tardado una semana en hacerlo, imagino que habrá estado muy ocupado. Tiene mucha familia a la que visitar.

—Claro.

—Espero que llame pronto.

—Yo también.

Durante dos días Alice no se separó del móvil ni salió de casa, esperando una llamada que no se produjo. Cada vez que el teléfono sonaba, se apresuraba a cogerlo, y la decepción se pintaba en su rostro al momento. Stefany maldecía a Javier y pensaba decirle cuatro cosas cuando volviera a verle. No tenía derecho a comportarse así con Alice. Si no la quería como ella deseaba, debería mantenerse a distancia,

incluso telefónicamente.

Al tercer día la llamada que recibió fue de Helen, algo que la alegró sobremanera. Desde que se mudara a Richmond, apenas habían mantenido dos o tres conversaciones, y todas muy cortas.

—Hola, Alice.

—¡Helen, qué alegría escucharte!

—También para mí. ¿Cómo estás?

—Bien. Bastante liada con la empresa, aprendiendo muchas cosas nuevas e interesantes. A pesar de que aún no he comenzado el curso que me dará el título, ya tengo algunos encargos de cosas pequeñas.

—¿Y Javi?

—Creciendo a pasos agigantados.

—¿Y en el amor?

Alice suspiró.

—Tratando de asimilar que Javier ha salido de nuestra vida.

—¿Hay algún posible sustituto?

—¡Qué va! Javier puso el listón muy alto, y pasará mucho tiempo antes de que otro logre ni siquiera igualarlo.

—Bueno, ¿quién sabe? Ahora te comento el motivo de mi llamada, no es solo para saber de ti. Vamos a realizar algunos cambios en la casa y poner una habitación para cada niño. Nos gustaría que tú te encargaras de decorarlas.

—Será un placer. Pásame una idea de lo que quieres y te haré un diseño. También necesito las medidas de las habitaciones.

—Sam y yo hemos pensado que vengas y tomes las medidas tú misma. Así aprovechamos para vernos, que te echamos de menos. Y decidimos juntas lo más adecuado.

—Lo tengo complicado para desplazarme, Helen. No dispongo de coche, dependo de horarios de tren y tengo un niño pequeño.

—Déjale al cuidado de tu hermana, seguro que está encantada de hacerlo. Y si es por horarios, quédate a pasar la noche. Puedes dormir en casa, y aprovechamos para ponernos al día.

—No sé...

—Tómalo como un asunto de trabajo, no será la última vez que tengas que viajar para llevar a cabo un encargo.

—Es posible. Quizás sea el momento de sacar el permiso de conducir y buscarme un coche.

—Piénsalo, ¿vale? Y di que sí. Esta semana sería genial, tengo un par de días libres y podría ocuparme de echarte una mano.

—De acuerdo, no creo que Stefany tenga problemas para quedarse con Javi una noche.

Esta alzó la mirada y asintió con énfasis. Cuando su hermana cortó la llamada

dijo entusiasta:

—Me quedaré con Javi todo el tiempo que haga falta, sobre todo si es para que te corras una buena juerga, que falta te hace.

—No se trata de una juerga, si fuera para eso no lo dejaría. Se trata de trabajo. Helen y Sam, los amigos de Maryland, quieren que les decore las habitaciones de sus hijos, y me invitan a pasar allí una noche. Probablemente con un día no bastará.

—Te viene bien cambiar de aires, Alice, aunque no sé yo si Maryland es el mejor sitio para hacerlo.

—Javier está en Sevilla, iba a pasar allí tres semanas, de modo que no hay posibilidades de verle. Tampoco ha vuelto a llamar —dijo apesadumbrada.

—Seguro que tiene un motivo —la animó Stefany, confiando en que su mención a Scott no hubiera causado el efecto contrario al que pretendía.

—Seguro que sí.

—¿Por qué no le llamas tú?

Alice negó con la cabeza.

—Porque me vine aquí para que él siguiera con su vida. Esperaré que me llame, y si no lo hace...

No quería ni pensar en que no lo hiciera, en que saliera de su vida definitivamente. Una cosa era tenerle en su casa día y noche y otra muy diferente no volver a saber de él.

Stefany le dio una palmada amistosa en el brazo, en señal de comprensión.

—Acepta la invitación de tus amigos, necesitas distraerte y dejar de mirar ese móvil a cada momento.

—Sí, lo haré. Pero si Javi...

—Javi estará de maravilla, me lo voy a llevar de discoteca, lo voy a iniciar en el alcohol y las drogas y nos lo vamos a pasar de fábula. ¿Verdad, amiguete? —preguntó mirando a su sobrino que dormía en el cochecito, en un rincón de la estancia.

—Gracias.

Dos días después, a las dos de la tarde, Alice descendía del tren que la había llevado de nuevo a Maryland. Helen la esperaba con el coche en la puerta de la estación y ambas se saludaron con efusividad. La mujer indagó en la mirada triste de Alice y sacudió la cabeza. Esta le devolvió una sonrisa desvaída.

—Me encantaría decirte que te veo estupenda, pero...

—Con el tiempo lo estaré. Aún es pronto; le echo muchísimo de menos, y Javi también. No conseguimos que se tome la fruta, siempre se la daba Javier.

La voz le tembló peligrosamente y Helen arrancó con un suspiro.

Alice contempló por la ventanilla la ciudad donde había nacido, crecido y en los últimos tiempos había sido feliz. Los momentos compartidos con Javier acudieron a

su mente llenándola de recuerdos y pensó que ese viaje iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

La casa de Helen las recibió silenciosa y, tras tomar un almuerzo rápido, las mujeres se pusieron a trabajar en las habitaciones tomando medidas y proponiendo soluciones al reducido espacio.

Alice no quería retrasar demasiado el momento de volver, aunque su hermana le había dicho que se tomara un par de días. Tenía intención de regresar en uno de los trenes de la mañana siguiente.

Cuando ya terminaron el trabajo, Helen comentó:

—Hace un par de días telefoneó Javier.

Alice sintió un nudo en la garganta.

—A casa llamó también, pero yo no estaba. Supongo que volverá a hacerlo cuando le sea posible. Debe estar muy ocupado y muy feliz disfrutando de su familia.

—Sí, eso dijo. Le comentamos que ibas a venir y nos pidió que te transmitiéramos un encargo.

Alice alzó la cara.

—¿Un encargo?

—Nos dejó la llave de su apartamento para que le diéramos un vistazo en su ausencia. Me ha pedido que te la dé para que recojas un juguete que compró para Javi y que lo ha dejado en la que fue vuestra habitación. Pensaba llevárselo a su regreso, pero dice que es mejor que se lo entregues tú.

—¿Quiere que yo vaya al apartamento —iba a decir nuestra casa, pero recordó que ya no lo era— por un juguete para Javi?

—Sí, eso dijo.

La voz le tembló un poco al preguntar de nuevo.

—¿Significa eso que no irá a vernos cuando regrese?

Helen respiró hondo y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—De acuerdo. ¿Me acompañas?

—No puedo, Alice. Debo ir a recoger a mis niños y luego preparar la cena. ¿Por qué no te acercas en un momento, y así estás de vuelta cuando llegue Sam?

—Está bien —aceptó abatida—. Vuelvo en un rato.

Helen le tendió las llaves que en su día fueron suyas. Las cogió deprisa y salió a la calle, en dirección a la parada del autobús.

Con cautela y con el corazón latiéndole en el pecho subió a la que había sido su casa. Hubiera preferido no hacerlo, que Javier les hubiera llevado lo que deseaba regalarle a Javi, pero al parecer prefería que lo recogiera ella. Entre líneas leía que no quería verlos, que su promesa de visitarles a la vuelta de España se iba a quedar en eso, en una promesa.

Avanzó despacio por el corredor hasta la puerta del apartamento, y se detuvo antes de decidirse a abrir. No quería hacerlo, no quería entrar en aquella casa y encontrarla fría y solitaria. Pero no sabía qué excusa darle a Helen y más tarde a Javier para no hacerlo. Respiró hondo y hundió la llave hasta el fondo para a continuación girarla dos vueltas completas, hasta que la madera cedió y se abrió hacia dentro.

Todo estaba oscuro, las luces apagadas, las persianas cerradas y la vivienda vacía. Entró con decisión dispuesta a recoger el regalo y salir de aquella casa antes de que se derrumbase aún más.

Con paso precipitado cruzó el salón hacia la habitación que había sido suya y contempló sobre la cama un peluche envuelto en celofán transparente. Tenía aspecto de ser suave y aterciopelado, seguro que a Javi le encantaría. Se dio cuenta de que esa ventana no tenía la persiana echada, la luz del atardecer entraba a raudales, iluminando lo que habían sido sus dominios unos meses atrás.

Apenas había comenzado a percatarse de ello cuando sintió un cosquilleo en la nuca, como si estuviera siendo observada, y se giró hacia la puerta de la habitación. Javier estaba recostado contra el marco, contemplándola con una radiante sonrisa en los labios. La mirada intensa la recorrió y le provocó una sensación cálida por todo el cuerpo. Se quedaron contemplándose durante unos minutos, algo intangible y espeso flotando a su alrededor.

—Javier... —susurró—. ¿Qué haces aquí?

—Es mi casa, vivo aquí.

—Ya lo sé... pero creía que estabas en Sevilla.

—Ya he vuelto.

—No tenía idea... Helen me dijo que viniera a recoger un juguete para Javi... si hubiera sabido que estabas en el apartamento habría llamado.

—Esta es tu casa, Alice. No tienes que llamar para entrar en ella.

Tragó saliva. Sí, era su casa, lo sentía así. Nada más entrar la sensación de pertenecer a ese lugar se había apoderado de ella, algo que nunca le había pasado con la casa de Richmond.

Seguían mirándose como dos idiotas, las miradas prendidas, conteniendo la emoción de verse. Algo en los ojos pardos de Javier levantaba mariposas en el estómago de Alice y agitaba todo su ser hasta los cimientos. Algo que no había visto antes.

Él se separó del umbral y se acercó despacio.

—¿No vas a darme un beso? —preguntó—. Hace mucho que no nos vemos...

Antes de que se diera cuenta la había rodeado con los brazos, y Alice se encontró envuelta en su cuerpo y apretada con fuerza contra él.

Apoyó la cabeza contra su pecho y le rodeó la cintura a su vez. Sintió los labios de Javier en el pelo, su aliento cálido, su olor inconfundible. Permanecieron así mucho rato, sin hablar, solo sintiéndose. La sensación de haber vuelto a casa la

sobrecogió, de estar en el lugar al que pertenecía, y ese lugar no era otro que los brazos del hombre al que quería más que a su vida.

Luego recordó los motivos de su marcha y trató de separarse, pero él no aflojó el abrazo ni un centímetro. En lugar de eso bajó la cabeza y buscó su boca.

La de Alice se abrió bajo la presión de sus labios y recibió su lengua ahogando un suspiro. Se besaron con intensidad, con el deseo y la pasión acumulados durante los tres meses que llevaban separados.

—Te he echado mucho de menos —susurró Javier cuando al fin consiguió separarse de su boca.

—Yo también. —Enterró la cara en su pecho para evitar mirarle. Temblaba como una hoja agitada por las emociones que ese encuentro estaba provocando en ella.

Él le agarró la barbilla y le alzó la cara obligándola a mirarle.

—Antes de seguir, hay algo que tengo que decirte. Algo importante.

El cerebro de Alice solo registró la palabra «seguir». Y el temblor se hizo más intenso.

—¿Seguir qué? —preguntó, y la respuesta le vino de la mano de él bajando sobre su trasero y apretándola contra la erección que ya sentía contra su vientre.

No quería saber nada, ni plantearse nada, ni siquiera pensar. Solo que volviera a besarla, que continuara con lo que acababa de insinuarle y ya habría ocasión de hablar más tarde. Cuando ya no hubiera posibilidades de dar marcha atrás. Javier y su sentido del deber la asustaban, y en aquel momento solo quería sentirle. Calmar en sus brazos el dolor y la tristeza de la separación, que había sido mucho más dura de lo que imaginara.

—Dímelo luego... ahora mejor «seguimos».

Javier escondió una sonrisa en el pelo de Alice y cogiéndola en brazos la besó de nuevo mientras se dirigía a su dormitorio.

La depositó en la cama con cuidado y se tendió sobre ella. Sin molestarse en deshacerla, sin desnudarse siquiera, dejaron aflorar la pasión que se había apoderado de los dos. Besos ávidos que les dejaban sin respiración, manos que hurgaban bajo la ropa sin miramientos, apartando todo lo que estorbaba. A duras penas Javier consiguió quitarse la camiseta que Alice había subido hasta formar un guiñapo a la altura del pecho mientras las manos de la chica luchaban impacientes con el botón del vaquero. Él le bajó el vestido veraniego y lo arrojó al suelo formando un montón con su ropa. Miró el sujetador blanco que llevaba y recordando la conversación que habían mantenido mientras bailaban, lo agarró con ambas manos y lo rasgó sin miramientos. Después apresó uno de los pequeños pezones con los dientes y tiró de él provocando un estremecimiento y un jadeo en la chica.

Nunca la había acariciado con tanta pasión, con tanta intensidad. Alice gemía sujetando la cabeza contra su pecho para que no se separase, pero Javier no tenía ninguna intención de hacerlo. Con la rodilla separó un poco las piernas de ella y deslizó una de las suyas rozándola con leves movimientos y haciendo que alzara las

caderas hacia él. Alcanzó con una mano las braguitas húmedas y tiró también con fuerza, rompiéndolas. Los dedos se deslizaron sin trabas hasta el fondo provocando gemidos incontrolados. El cuerpo de él la aprisionaba impidiéndole moverse, la boca seguía devorándole los pechos y los dedos se movían con rapidez en su interior. Alice no sabía en qué parte de su cuerpo sentía más placer, hasta que de pronto todo se quedó en suspenso.

Abrió los ojos y vio a Javier, los ojos brillantes, los labios húmedos, con las rodillas a ambos lados de sus caderas colocándose rápidamente un preservativo. Se hundió en ella con un movimiento rápido, hasta el fondo y sin titubear. Agarró las manos de Alice y las apesó sobre su cabeza, impidiéndole tocarle, y se movió dentro de ella una y otra vez, llevándola cada vez más alto, cada vez más cerca. La observaba gemir y retorcerse bajo su cuerpo, y trataba de controlar la pasión abrasadora que se había apoderado de él, pero era incapaz. Los tres meses de separación, el deseo contenido y la expresión extasiada de ella le llevaron al orgasmo mucho antes de lo que deseaba. Cuando se vio incapaz de aguantar más, deslizó los dedos entre los cuerpos de ambos y apenas tuvo que rozar el clítoris para que Alice estallara a la vez que él. Continuó moviéndose mientras ella se estremecía bajo su cuerpo, incapaz de controlar los espasmos ni los gemidos. Gemidos que sonaban a música celestial en los oídos de Javier.

Al fin, se dejó caer a medias sobre ella, también convulso y jadeante. Le rodeó la cintura con un brazo y esperó hasta que se regulara la respiración de ambos.

Cuando se atrevió al fin a abrir los ojos, Alice buscó los de Javier y los encontró muy cerca de ella, la cabeza recostada de lado sobre la almohada, contemplándola. Sonriéndole.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? Yo venía a recoger un juguete para Javi, creía que estabas en España, de boda, y...

—¿Aparte de que hemos echado el polvo del siglo?

—¿Eso hemos hecho?

Él negó con la cabeza.

—No, no ha sido eso. Hemos hecho el amor, al menos yo. Como nunca lo había hecho antes, con el cuerpo y con el alma.

Alargó la mano y la deslizó por la cara, húmeda de sudor, apartando un mechón de pelo.

—Como espero seguir haciéndolo el resto de nuestras vidas.

—Javier...

—¿Puedo hablar ya?

—Solo si no lo estropeas con disculpas.

—No es mi intención. Esta vez no voy a disculparme, ni hablarte de respeto, afecto o cariño. Esta vez voy a decirte lo que quieres oír... Que te quiero, como un hombre a una mujer, a su mujer. Con pasión, con deseo... con locura.

—¿Y Marta? —no pudo evitar preguntar a pesar de que su corazón había

empezado a brincar dentro del pecho.

—Pertenece al pasado. Tenías razón cuando me dijiste que ella no era la mujer de mi vida, que esa estaba por llegar. Fui un imbécil al no darme cuenta de que ya había llegado, de que la tenía delante y no había sabido verlo. Tuve que perderte para darme cuenta.

—¿Estás seguro? ¿No será que nos echas de menos a Javi y a mí?

Javier la miró a los ojos con intensidad.

—Nunca te he mentado respecto a mis sentimientos a pesar de que sabía los tuyos hacia mí. ¿Crees que te mentaría ahora? Lo supe en el mismo momento en que traspasaste la puerta de nuestra casa; no fue solo el apartamento el que se quedó vacío... mi corazón también. Lo intuí aquella última noche cuando hicimos el amor, pero te ibas al día siguiente, lo tenías todo preparado y no estaba seguro. No me atreví a pedirte más tiempo, sentí que no tenía derecho a cambiar tus planes sin ofrecerte seguridades. Dice Sam que soy un maldito científico que tiene que comprobarlo todo diez veces, pero yo soy así. Cuando estuve seguro iba a ir a verte, pero me llamó Marta para decirme que se casaba y preferí esperar un poco más. He estado en Sevilla, he asistido a su boda y el único pesar que sentía era que tú no estuvieras allí conmigo. Por eso he cogido el primer avión disponible... y aquí estoy. No es tarde, ¿verdad?, Scott no me ha reemplazado en tus sentimientos.

Alice parpadeó perpleja.

—¿Scott? ¿Qué tiene que ver en esto?

—Sales con él a veces.

—¿Yo? ¿Quién te ha dicho eso?

—Stefany, el día que volví y te llamé desde el aeropuerto. Me dijo que habías salido con él, que os veáis a menudo.

—Pues claro, por temas de trabajo. Es la persona encargada de las instalaciones en las casas que decoro. Vamos juntos a tomar medidas, a escoger mecanismos y ese tipo de cosas. No hay nada entra Scott y yo más allá de una relación laboral.

La sonrisa de Javier se hizo más amplia.

—No sabes cómo me alegra oír eso. Y ahora me gustaría preguntarte algo... y te juro que tiemblo como un crío adolescente al hacerlo. ¿Querrás volver a casa conmigo? Sé que estás muy bien trabajando en Richmond con tu hermana, que tienes allí tu empresa, y tu casa...

Ahora fue Alice quien deslizó las manos por las mejillas de Javier, acariciando con suavidad la ligera barba.

—Mi casa es esta... siempre lo he sentido así. Y mi trabajo puedo realizarlo en cualquier sitio, gracias a Internet. Sí, Javier, volveré a casa o, mejor dicho, volveremos, porque Javi también te echa de menos.

—Y yo a él. Mañana iremos juntos a Richmond, aún tengo dos semanas de vacaciones. Pero hoy, esta noche es toda para nosotros.

—Antes debería avisar a Helen, que me espera para cenar.

—No te espera.

—¿En serio? ¿Todo esto ha sido un complot?

—En toda regla.

—En ese caso... ven aquí, señor Figueroa... te he echado mucho de menos y necesito resarcirme. —Abrió los brazos y Javier se coló entre ellos.

A la mañana siguiente, y tras un apetitoso desayuno, subieron al coche y pusieron rumbo a Richmond.

Alice se sentía exultante y feliz, y Javier impaciente por abrazar a su hijo, al que no veía desde hacía meses. Aunque no se arrepentía de haberse reencontrado primero con Alice a solas; habían vivido la noche con intensidad y sin interrupciones, algo que no siempre estaba garantizado con el niño presente. Ahora quería hacer lo mismo con él. Cogerlo en brazos, jugar, darle de comer, y dedicarle unas horas por entero.

El trayecto se les hizo muy corto. Mientras conducía él no paró de hablarle de su familia y de las ganas que tenía de que todos la conocieran. Cuando al fin el coche estacionó ante la puerta de la casa, Stefany salió a recibirles con Javi en brazos.

—Ya está aquí mami... y viene acompañada. —Clavó la vista en Javier, que se dirigía con grandes zancadas hacia ellos—. Ya sabía yo que la mención de Scott te haría regresar a toda prisa —añadió, dirigiéndose a él.

—Ya ajustaremos las cuentas sobre eso... ahora dame a mi niño.

En cuanto lo tuvo cerca, Javi le tendió los brazos y él lo cogió emocionado. Ligeros sonidos guturales le demostraron que también se alegraba de verle. Alice se enjugó una lágrima al verlos juntos de nuevo.

—¿Te has portado bien, campeón? —Lo alzó en alto todo lo que le permitían los brazos, como solía hacer, y el niño estalló en carcajadas.

—Imagino que te vuelves a Maryland, ¿no?

Alice asintió.

—Lo siento...

—No lo sientas, cariño. Busca tu felicidad... y la de mi sobrino. La de ambos está con él. Vamos dentro y dejemos a los chicos que se reencuentren a gusto. Tendrán cosas de hombres que contarse.

Capítulo 25

Javier no podía dormir, las últimas horas del vuelo las había pasado en vela y excitado como un crío en día de excursión. Aquel viaje era muy importante para él porque iba a presentar a Alice y a Javi a su familia. Aquellas navidades serían especiales, él llegaba a casa con una mujer y un hijo.

Miró al niño dormido en su regazo y a Alice que mantenía los ojos cerrados, aunque no durmiera. Él sabía que estaba nerviosa ante la idea de conocer a su familia, pero no tenía ninguna duda de la acogida que todos les dispensarían tanto a ella como a Javi. Cuando por teléfono les dijo a sus hermanos que tenía pareja y que además era padre, todos se habían mostrado felices por él, y a Fran y Susana, Alice ya se los había ganado cuando la conocieron un año atrás.

La voz de la azafata anunciando el inminente aterrizaje hizo que Alice se irguiera en el asiento y se abrochase el cinturón de seguridad. También Javier colocó al niño dentro de la mochila especial para bebés que llevaba colgada en el pecho para protegerle de cualquier problema al aterrizar. Y alargó la mano para tomar la de esa mujer maravillosa que había llenado de felicidad los últimos seis meses de su vida. Que lo recibía con una sonrisa al llegar del trabajo, que se refugiaba mimosa en sus brazos acurrucada en el sofá, y que por las noches llenaba de amor y pasión su cama. Jamás pensó que podría tener algo así después de tantos años de amor platónico, pero lo que sentía por Alice era mucho más intenso que ningún sentimiento anterior. Cuando la besaba, cuando la tocaba, el mundo se desvanecía alrededor y solo existía ella.

Apretó con firmeza su mano mientras el avión aterrizaba.

—No estés nerviosa —le dijo con su sonrisa cálida.

—¿Cómo sabes que lo estoy?

—Porque te conozco. Pero no tienes motivos, todos te van a adorar tanto como yo.

Alice no estaba nerviosa solo por la impresión que pudiera causar en la familia de Javier, sabía que Susana y Fran la aceptaban sin reservas y ello lo haría más fácil con los demás. Para ella el verdadero problema era Marta. A pesar de todo lo que Javier le había demostrado en los seis meses anteriores, temía que las viera juntas, que las comparase. Aparte del aspecto físico tan diferente, Marta era abogada y ella solo tenía los estudios secundarios, aunque siempre había leído mucho y se mostraba ávida por aprender. También temía ver en sus ojos algún atisbo de sus antiguos sentimientos hacia su cuñada.

El ruido del avión al aterrizar y las bruscas sacudidas asustaron a Javi que empezó a llorar. Javier lo acurrucó contra él y soltó la mano de Alice para acariciarle la espalda y transmitirle la confianza que necesitaba.

—No pasa nada, campeón. Ya estamos en casa y en seguida veremos a la abuela Susana que está deseando conocerte —dijo con emoción y Alice detectó en su voz cuánto seguía echando de menos a los suyos.

Bajaron del avión y se dirigieron al control de pasaportes. El aeropuerto de Sevilla era pequeño comparado con el enorme que habían dejado atrás, y en pocos minutos estaban recogiendo las dos maletas. Javier le pasó el niño a Alice y se hizo cargo del equipaje para dirigirse a las puertas correderas detrás de las cuales les estaban esperando Susana y Miriam, que llevaba en brazos a María. Fran, según su costumbre habitual, les esperaba en casa.

Al traspasar la cinta que contenía a quienes esperaban, Javier soltó las maletas y se abrazó a su madre con la emoción que siempre les producía a ambos el reencuentro. Miriam se dirigió a Alice y la besó.

—Yo soy Miriam. ¡Bienvenida a la familia!

—Gracias.

Los niños se miraron uno al otro, analizándose.

—Ella es María, mi hija; y este debe ser Javi.

—Así es.

Javier se había soltado de Susana y se dirigió a su hermana, mientras aquella se acercó a Alice, y le dijo sonriente:

—Al final yo tenía razón y sí iba a ser abuela de nuevo.

—Eso parece.

Alargó los brazos hacia el niño y le pidió:

—¿Me lo dejas? Quiero darle un achuchón a él también.

Alice le tendió al niño y Susana lo cogió en brazos y empezó a besarle con cuidado de que no se asustara.

—¡Ven con la abuela! —dijo y Alice sintió que algo dentro se le expandía al contemplar la escena. Su hijo tenía una familia que lo quería tanto en Maryland como en Sevilla, no viviría la soledad ni el aislamiento que ella había padecido en su infancia.

—Vámonos —pidió Javier—. Tengo ganas de darles un abrazo a todos.

—Tu padre ha traído a Manoli para que almuerce con nosotros, Hugo e Inés vendrán luego a tomar café antes de abrir el bar esta noche. Están deseando conocer a su nuevo sobrino, sobre todo Inés.

—Hugo también, aunque no lo diga —comentó Miriam—. Marta y Sergio lo tienen más complicado, a ellos les veréis el día de Navidad en casa de los abuelos.

—La tía Merche e Isaac vendrán mañana. Todos están deseando conoceros, Alice. Nos hace muy felices que Javier y tú estéis juntos —añadió Miriam sonriéndole—. La familia Figueroa es grande y estamos muy unidos, aunque es posible que sea demasiado para ti conocernos a todos de golpe. Pero echamos mucho de menos a Javier y además hoy nos trae esta maravillosa sorpresa.

—No importa. Estoy encantada de conoceros a todos.

En realidad, la única que le preocupaba era Marta. No sabía cuál iba a ser su reacción al verla, aún guardaba recelos hacia la mujer que había ocupado el corazón de Javier durante tanto tiempo.

Subieron al monovolumen de Fran con dos sillitas para bebés en el asiento trasero, mientras los adultos se acomodaban en las plazas restantes.

—Veo que traes el coche preparado —comentó Javier.

—Por supuesto. Y la habitación de Hugo la hemos convertido en cuarto de niños de nuevo, María duerme a veces en casa. Hemos colocado también una cuna para Javi.

—¿De verdad? —preguntó Alice.

—Pues claro. Los niños son los reyes de nuestra familia, ya te darás cuenta.

Se instalaron en el coche y después de que Javier preguntase por la salud de los abuelos, la conversación recayó en los planes para la Navidad. Aquel año serían los hijos de Merche quienes no estarían presentes por motivos de trabajo.

María y Javi se miraban uno al otro desde sus respectivos asientos a través del cuerpo de Alice sentada en medio, mientras que Miriam se había instalado en el asiento trasero del monovolumen.

—Es el primo Javi —dijo a su hija—. Ya verás qué bien vais a jugar los dos juntos.

—¡Pimo!

—Sí, eso es.

Javier se sentía feliz, para él era muy importante que su familia aceptara a Alice y a su hijo, y les agradecía que les hicieran sentir parte de la familia.

Fran y Manoli les esperaban en casa. La mujer ya demasiado mayor para trabajar seguía formando parte de la familia. Para ellos era una abuela a la que querían mucho más que a Magdalena. Les había cambiado los pañales, dado de comer, curado los rasguños típicos de las caídas infantiles y les había mimado como si fueran sus nietos. También les había malcriado un poco ante la mirada indulgente de Fran y Susana que habían hecho la vista gorda cuando les daba dulces antes de las comidas o les hacía los deberes que no les daba tiempo a completar porque habían estado viendo la televisión o jugando.

Fran había recogido a su Tata y la había llevado a casa para que recibiera a Javier y a su familia y compartiera con ellos una comida que ya no podía preparar.

El encuentro emotivo llenó de lágrimas los ojos de todos. Alice vio las pupilas empañadas de Javier abrazando a su padre y a la mujer que le había criado, y poniendo a su hijo en sus brazos.

Se le encogió el corazón cuando le escuchó decirle:

—Ya sé que me advertías de los riesgos de enamorarme de una norteamericana, pero Alice es tan maravillosa que no he podido evitarlo, y lo único que lamento es que no puedas cuidar de Javi, porque nadie iba a hacerlo mejor. De todas formas, yo intento recordar cómo lo hacías con nosotros y seguir tus métodos.

—Si tienes alguna duda, me llamas y te lo aclaro. Mi oído ya no es muy bueno, pero nos entenderemos.

—Claro que sí, por supuesto que lo haré.

Mientras contemplaba el emotivo encuentro, Alice no tuvo dudas de que algún día Javier querría volver a todo aquello y ella le seguiría encantada, porque también quería pertenecer a aquella familia alegre y cariñosa que les había acogido con los brazos abiertos a ella y a su hijo. Se sentía feliz, bien recibida por la familia de él y la sonrisa radiante que veía en su rostro le hizo comprender que se sentía incompleto lejos de los suyos. Hasta Manoli la había sorprendido con un *Hello* que se había molestado en aprender para saludarla. También ella había aprendido unas palabras en español y le correspondió con un «hola, Tata» que hizo humedecer los ojos de la anciana.

Después del almuerzo, Inés y Hugo acudieron a tomar café y ellos aguantaron lo mejor que pudieron el *jet lag*. Javi ya hacía rato que se había dormido cuando se marcharon y Susana los animó a irse a la cama también.

—Mañana será otro día y afrontaréis el resto de las visitas más descansados —dijo.

—Gracias.

Se fueron a la habitación de Javier, renovada con una cama de matrimonio para ellos.

—Menos mal que tu madre nos ha ofrecido que nos vayamos a dormir... no aguantaba más el cansancio.

—Se te nota a punto de derrumbarte —dijo abrazándola por la cintura y acercándola a él—. ¿Qué te parece la familia Figueroa que has conocido hoy?

—Que entiendo que les echas de menos. Creo que cuando regresemos yo también lo haré.

—Pero habéis llegado Javi y tú a mi vida para llenar el hueco. Hasta tendré que darle las gracias a Josh por dejarte tirada en la puerta de mi apartamento.

—No menciones a Josh ahora, por fortuna salió de nuestras vidas de forma definitiva. Ahora estamos Javi, tú y yo.

Javier la besó en la nariz y tirando de ella hacia la cama, se metieron dentro, acurrucándose bajo el edredón.

—Y un montón de Figueroas deseando mimaros y quereros casi tanto como os quiero yo. También Stefany.

—Sí, somos muy afortunados.

Javier la abrazó desde atrás y se acopló a su cuerpo para dormir. Hubiera querido hacerle al amor, pero ninguno de los dos tenía las suficientes energías. Y de todas formas dormir con Alice acomodada contra su cuerpo ya era suficiente placer.

—Buenas noches, cariño —dijo besándola en el cuello.

—Buenas noches.

El día 24 por la mañana todos se dirigieron a Ayamonte para pasar la Nochebuena y la Navidad en casa de los padres de Susana, como era habitual desde hacía años. Allí se les reunirían Sergio y Marta y Alice no podía dejar de sentir cierta aprensión ante la idea de encontrarse con su antigua rival.

Cuando al fin se vieron cara a cara, y se enfrentó a la belleza de Marta y a su simpatía, entendió que Javier hubiera estado enamorado de ella durante años. Trató de responder con cariño al abrazo que le dio, pero algo le impedía hacerlo con la misma naturalidad con que había abrazado a Inés o a Miriam.

—¡No sabes cuánto me alegro de que estés aquí! —le dijo Marta y ella solo pudo responder sin mucho entusiasmo:

—Yo también.

Marta detectó al instante la ligera frialdad en la voz de Alice, pero se dijo que no era el momento, rodeadas de gente, para mantener esa conversación que las dos necesitaban. Pero era indudable que deberían tenerla si quería que fueran todo lo amigas que deseaba.

Por la tarde, observaba cómo Inés, tirada en la alfombra del gran salón de la casa de Ayamonte, llevaba horas jugando con María y con su hijo como si fuera una niña más. La chica de Hugo tenía mano con los críos y había pasado mucho rato montando una torre de construcción tras otra que los niños derribaban antes de que las terminara, con gran estruendo y risotadas por parte de los tres.

Desde el primer momento había congeniado con Inés y se había sentido identificada con ella porque intuía que había debido pasarlo mal antes de que la mirada oscura e intensa de Hugo Figueroa se posara en ella con la adoración con que lo hacía en aquel momento, contemplándola jugar con sus sobrinos. Según Javier le había contado, su hermano había sido un hombre mimado por las mujeres y él no había tenido ningún inconveniente en dejarse mimar. Pero ahora no cabía ninguna duda de que bebía los vientos por aquella chica menudita y alegre, siempre con la sonrisa en la boca.

De pronto se puso un poco tensa al ver acercarse a Marta, con paso decidido, hacia el rincón donde se encontraba sentada junto a la chimenea, y acomodarse a su lado.

—¿Observando cómo Inés juega con los críos?

—Sí —dijo—. Se nota que le gustan.

Marta sonrió.

—Le encantan. Hugo debería darle uno en breve.

—¿Él no quiere?

—Hugo lleva el proceso de la pareja y la paternidad un poco más lento que el resto de los Figueroa, pero no dudo que Inés lo conseguirá.

—Claro.

Marta miró a Alice. Las escuetas palabras de la chica le confirmaron sus sospechas de que como mínimo se sentía incomoda en su presencia, si no realmente molesta. Lo entendía, pero tenía que cambiar eso porque Javier era su amigo y ya había tenido que mantener las distancias con él demasiado tiempo a causa de sus sentimientos. Pero ahora que estos habían cambiado, y no tenía ninguna duda de que era así porque leía en sus ojos su amor por Alice, no estaba dispuesta a renunciar a su amistad debido a los celos de la chica, por mucha razón que tuviera.

Directa y sincera como solía ser, se dispuso a tratar el tema lo antes posible.

—Alice, me gustaría que fuéramos amigas.

Esta asintió con gesto mecánico.

—Claro.

—No, claro no, amigas de verdad.

Alice guardó silencio y Marta prosiguió:

—Creo que tú y yo nos debemos una conversación.

—Cuando quieras.

—Entonces ahora. Ven, salgamos de aquí; en esta habitación hay demasiada gente.

Alice se vio atrapada y no pudo negarse, pero lo último que deseaba era hablar con aquella mujer de la que había sentido celos durante mucho tiempo.

Marta no le dio opción, la agarró de la mano y la sacó de la estancia. La llevó hasta la que compartirían los niños y, cerrando a sus espaldas, la invitó a sentarse en la cama y se acomodó a su lado.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó Alice, aunque sabía la respuesta.

—De Javier, por supuesto. Alice, Javi y yo...

Al notar cómo apretaba los labios levemente, Marta rectificó.

—Ya sé que ahora Javi es tu hijo, pero yo siempre le he llamado así y me cuesta dejar de hacerlo. Dame un poco de tiempo para acostumbrarme, ¿vale?

—Vale.

—Lo que quería decirte es que hemos sido amigos desde pequeños y yo le quiero mucho.

—Ya lo sé; y él también a ti.

—Sí, y durante un tiempo lo ha hecho de una forma más que amistosa, sé que te ha hablado de ello por la forma en que me miras.

Alice suspiró.

—Lo siento, no es mi intención, de verdad.

—Quiero hablarte claro, creo que es lo mejor para las dos, y espero que tú también seas sincera conmigo. Yo le quiero muchísimo y deseo seguir siendo su amiga, pero no podré si tú tienes celos de mí. Es normal que los sientas, pero te aseguro que no hay ningún motivo, Javier está loco por ti.

Alice desvió la mirada.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Hablemos de ello, es la única forma de solucionarlo y por el bien de él, tú y yo debemos arreglar esto.

—Está bien. No sé si te ha hablado de ello, pero yo vengo de una relación desastrosa. Durante años estuve con un hombre que me maltrataba tanto física como mentalmente; es el padre biológico de Javi. He sufrido golpes, humillaciones y vejaciones de todo tipo, mi autoestima estaba por los suelos, y cuando salió de mi vida apareció Javier. Ya le conoces, es un hombre maravilloso, totalmente opuesto a Josh; me trató como a una persona, me cuidó, me dio seguridad y cariño y yo me enamoré de él en cuestión de nada. No quería, porque me habló de ti y de su amor imposible, pero no pude evitarlo. He vivido con eso durante mucho tiempo, tratando de contener lo que sentía y para mi tú eras «ella».

—Pero eso ha cambiado, ahora para Javier «ella», eres tú. Te adora. Durante mucho tiempo he leído en sus ojos sus sentimientos hacia mí y aunque trataba de ocultarlo yo le conozco lo bastante bien para que no pudiera engañarme. Ahora eso mismo lo veo cuando te mira a ti, con la diferencia de que no trata de ocultarlo. Sus ojos rebosan amor cuando te mira, Alice. Y yo solo soy su amiga del alma, el resto pertenece al pasado. Me gustaría que lo entendieras.

Alice asintió y Marta continuó hablando.

—Por favor... acabo de recuperar a mi amigo. Durante años me he mantenido apartada para no hacerle daño a causa de mi relación con Sergio, pero ahora que todo ha cambiado no quisiera tener que seguir haciéndolo. Sin embargo, si mi presencia te provoca malestar continuaré guardando las distancias, no quiero que lo pases mal por mi culpa.

—Lo intentaré. Sé que Javier me quiere, nunca me mintió al respecto y ahora me lo demuestra todos los días. Es solo que al verte... eres preciosa... y por un momento he sentido temor de que nos compare.

Marta le agarró la cara con las manos y la miró.

—Tú también eres preciosa, Alice, no sé quién te ha hecho pensar lo contrario. Yo estoy muy contenta de que Javier te haya encontrado, no puedo pensar en nadie mejor para él; es feliz, no hay más que mirarle. Solo una mujer muy especial puede hacer feliz a alguien tan sensible y cariñoso como él. Por favor, no me veas como a una enemiga; sé que necesitas tiempo y yo te voy a dar todo el que haga falta, pero trata de poner de tu parte, por favor.

Alice miró los ojos emocionados de Marta y sintió que podía ser franca con ella. Y que solo eso podía conseguir que ambas mujeres llegaran a ser realmente amigas. Ella estaba dispuesta a intentarlo, por Javier y por ella misma.

—¿Sabes? Siempre me pregunté qué clase de mujer serías para no quererle... cómo podías no estar enamorada de alguien como él.

Marta lanzó una carcajada.

—Cuando conozcas mejor a Sergio lo sabrás. Todos los Figueroa son maravillosos, desde Fran hasta Hugo, ese chico malote y adorable que tiene sorbido

el seso de Inés. Pero no puedes enamorarte de todos, y yo lo hice de mi marinero.

—Hugo es encantador.

—Vete con ojo o convertirá en motero a tu hijo antes de que te des cuenta.

—Seguro que cuando se trate de su hijo se lo pensará.

—Seguro. ¿Amigas entonces?

—Amigas.

Marta la abrazó con fuerza.

—Bienvenida a la familia, Alice. Son todos maravillosos.

—Incluida tú. Gracias por esta conversación.

—Gracias a ti. La conversación nos la debíamos las dos. Ahora vamos a reunirnos con los demás y a tomarnos una copa para sellar nuestra amistad. Esta noche nadie tiene que conducir, acabaremos todos tirados en el suelo del salón con una buena trompa encima. Hacía mucho que no celebrábamos la Navidad con los cuatro hermanos juntos.

Cuando entraron de nuevo al amplio salón, los ojos de Javier estaban clavados en la puerta por donde ambas mujeres habían desaparecido un rato antes. Marta le guiñó un ojo y él se acercó hasta ellas.

—¿Os apetece tomar algo? —preguntó agarrando a Alice por la cintura.

—Una copa de ese vino dulce que guarda el abuelo para las ocasiones especiales —pidió Marta.

—¿Alice?

—Yo también. No suelo beber alcohol, pero hoy es una noche especial.

—¡Y que lo digas!

Javier se dirigió hacia el aparador donde se alineaban una serie de botellas con bebidas tradicionales de Navidad y que Alice desconocía: anís, coñac, vino dulce, oloroso y alguna otra que no supo identificar, y escanció tres copas.

Marta alzó la suya:

—Por la familia Figueroa que no para de crecer. Pronto este salón se va a quedar pequeño para tanta gente.

Javier volvió a rodear la cintura de Alice y la apretó contra su costado.

—A mí no me importa apretujarme un poquito a la hora de dormir.

Alice le miró extrañada.

—¿No te lo ha dicho? —le preguntó Marta divertida—. Solo hay tres dormitorios, uno para los abuelos, otro para Susana y Fran y el tercero para Isaac y Merche, y una habitación pequeña donde van a dormir los niños. Es tradición que nosotros nos tiremos colchones en el salón y durmamos todos allí.

—No lo sabía.

—¿Supone para ti un problema dormir con todos nosotros? Te aseguro que es muy divertido.

—No, en absoluto.

—El año pasado nos lo pasamos bomba, Hugo se puso cariñoso en medio de la noche cuando creía que estábamos todos dormidos y la pobre Inés no sabía cómo pararle los pies, o mejor dicho las manos.

—¿Lo consiguió?

Marta rio divertida.

—No. Ya te darás cuenta de que es muy difícil decirle que no a un Figueroa cuando se pone cariñoso. Yo al menos no lo he conseguido aún.

—Yo tampoco —admitió Alice sonrojándose, lo que le ganó un beso de Javier en la mejilla. Era cierto, le bastaba con que él la rozase para que el deseo se apoderara de ella. Alzó los ojos y le miró—. Tú esta noche no irás...

—Seré bueno y esperaré a que estemos solos.

—¿En serio lo hicieron? Me refiero a Hugo e Inés.

—Ajá. Muy despacito y sin apenas ruido. Ellos piensan que nadie se dio cuenta, pero lo supimos todos.

—¿Y nadie dijo nada?

—Al día siguiente Ángel, el ex de Miriam, empezó a insinuar indirectas, pero Manuel, uno de los hijos de Merche, se lo llevó aparte y le dijo un par de cosas. Es muy fiero cuando se lo propone. El resto ignoramos las miradas cautelosas de Inés tratando de averiguar si lo sabíamos, pero todos nos hicimos los despistados. Por ella, claro, porque si se hubiera tratado solo de Hugo bien que le hubiéramos dado la lata al día siguiente.

Fran acababa de salir de la cocina y se acercaba a ellos con un plato de jamón en la mano.

—Prueba esto, Alice, seguro que te gusta.

Javier se echó a reír con ganas.

—Claro que le gusta. Buena cuenta dio el año pasado del que mandasteis en el paquete.

—Recién salida del hospital y con la dieta baja en sal y en grasas me supo a gloria.

—Pues hoy no tienes dieta de ninguna clase. Coge más, que Hugo lo corta de maravilla.

Marta apuró su copa observando que Merche y Susana se preparaban para poner la enorme mesa. Los niños ya estaban cenando en la cocina y se acostarían en breve para dejar paso a la comida de los mayores. Javier recordó cuando eran pequeños, la cena con sus hermanos y primos y las pataletas de Hugo y Manuel que siempre querían el mismo plato. Entonces comían en dos tandas porque la mesa no era tan grande, pero hubo que ampliarla a medida que fueron creciendo. Después de cenar solían dejarles levantados hasta que se caían de sueño y se quedaban dormidos en el sofá o los butacones, mientras comían los mayores.

—Vamos a echar una mano con la mesa y la cena —dijo agarrando a Alice y

llevándosela a la cocina. Ella había formado parte de la familia Figueroa y de sus celebraciones desde siempre, pero sabía que la mejor forma de hacer a alguien sentirse integrado era invitarle a participar en los trabajos comunes.

Merche empezó a poner la mesa y la cocina se llenó de actividad. Miriam y Susana estaban ocupándose de la cena, Inés le daba de comer a María y a Javi que no estaba poniendo ninguna objeción al respecto y abría la boca sin rechistar cada vez que le acercaba la cuchara.

—Una cucharadita para María... otra para Javi.

Alice se sintió emocionada. Su hijo parecía encantado con la hija de Miriam, que se sentía mayor y responsable con su *pimo* y del que apenas se separaba.

Fran cortaba chacina, Hugo continuaba dando cuenta de la pata de jamón y Sergio e Isaac empezaban a sacar bebidas del frigorífico.

Marta, Alice y Javier se repartieron para ayudar donde se les necesitara.

Pronto todo estuvo listo, Miriam y Alice se llevaron a los niños a la cama y, a pesar de la excitación, se quedaron dormidos en seguida, mientras ellos se dispusieron a disfrutar de una Nochebuena en familia.

Alice tenía las mejillas sonrosadas de felicidad, nunca había celebrado la Navidad de esta forma, de hecho, hacía mucho que no la celebraba en absoluto. El año anterior ella y Javier habían tenido una comida especial recién salida del hospital, pero nada parecido a lo que estaba viviendo.

Disfrutó enormemente, todos parecían desvivirse para agasajarla, para darle a probar exquisiteces, para hacerla sentir bienvenida. Hasta Miriam, que estaba en trámites de divorcio, parecía disfrutar de la felicidad y alegría reinante. Se sentía integrada y acogida con cariño, lo que había disipado todas sus reservas y recelos, incluidos los referentes a Marta.

Según Javier le había dicho faltaban sus dos primos, los hijos de Isaac y Merche, ambos militares que ese año estaban en misiones lejos de España y no habían podido acudir a la cita familiar.

Después de la cena los abuelos se despidieron y se marcharon a dormir y la tertulia se prolongó durante un buen rato. Hugo había preparado un coctel delicioso que llamaban Agua de Sevilla y del que Alice jamás había oído hablar. Cuando iba por su tercera copa, Javier le advirtió que contenía mucho alcohol y se subía a la cabeza a pesar de su sabor dulzón, pero se sentía tan feliz y tan eufórica que no le importaba. También él disfrutaba de verla integrada y contenta.

Ya de madrugada Susana, Fran, Merche e Isaac se retiraron y el resto preparó el salón para pasar la noche. Tiraron colchones al suelo y los cubrieron con gruesas mantas y tras ponerse los pijamas de acostaron.

—Creo que he bebido un poco más de la cuenta —dijo Inés dando un par de pasos inestables sobre el colchón antes de meterse bajo la manta.

Hugo la agarró de la cintura y le dio un sonoro beso en la boca.

—Ehhhh —corearon todos a la vez entre risas—. Tranquilito.

Inés enrojeció hasta la raíz del pelo y se separó de inmediato observando a los demás.

—¿Lo sabéis? —preguntó.

—¿A qué te refieres, Inés?

—A lo del año pasado.

Sergio se encogió de hombros, Marta sonrió y Miriam le apretó el hombro.

—¡Por Dios, me muero de vergüenza! Habíamos bebido bastante y Hugo se puso muy pesado. Pero este año, ni se te ocurra acercarte a menos de cinco metros de mí —dijo amenazadora.

—Mujer... cinco metros... me tendría que ir del salón. ¿Quién te va a calentar cuando la chimenea se apague?

—No tengo frío —dijo tajante.

Todos se echaron a reír.

—No te preocupes, Inés, aquí todos somos adultos y seguro que alguna vez hemos tenido un desliz más o menos en público.

Miriam sacudió la cabeza, pesarosa. Ella no lo había tenido, jamás se había dejado llevar por la pasión fuera de una habitación cerrada. Pero no era momento de pensar en el pasado, sino en el futuro.

Se acomodaron todos en sus respectivas camas improvisadas. Alice sintió el cuerpo de Javier pegado al suyo en el estrecho colchón. Acomodó la cabeza en el hueco de su hombro y sonrió escuchando los murmullos provenientes de las otras parejas.

—¿Entonces este año piensas comportarte, Hugo? —preguntó Sergio divertido.

—Más me vale. Me acaban de advertir que si repito lo del año pasado voy a dormir en el sofá el resto de mi vida.

—Vaya con la pequeña Inés —bromeó Marta.

—Este año no me toca ni un pelo —dijo la aludida rotunda. Y calló de repente al sentir la mano de Hugo deslizarse por debajo de su camiseta. Trató de apartarla como había hecho el año anterior, pero sabía que eso provocaría más ruido y bromas por parte de todos.

—Claro que no, cariño —dijo Hugo tajante—. Ni un pelo.

Y levantó la mano hasta los pechos. Inés ahogó un gemido y trató de apartarla. Hugo rio entre dientes.

—Solo un beso y me quedo quieto —prometió en un susurro junto a su oído.

Ella giró la cabeza y se encontró con los ojos oscuros y brillantes clavados en los suyos, las bocas muy cerca. Los labios se encontraron saboreándose y paladeando el sabor dulce de la bebida. Un beso suave y lento, íntimo a pesar de estar rodeados de gente. Después Hugo bajó la mano y la deslizó hasta la cadera desnuda, dejándola allí.

—Buenas noches, doña Inés —le susurró al oído.

—Buenas noches —respondió ella relajándose contra su cuerpo.

Alice escuchaba los susurros de las otras dos parejas que sonaban íntimos a pesar de no saber qué se estaban diciendo. Sintió la boca de Javier rozar su mejilla y detenerse junto a su oído y le dijo en un susurro que solo ella podía oír:

—Bienvenida a la familia Figueroa. Espero que no te hayamos asustado.

—No me he asustado, al contrario; ahora entiendo muchas cosas, y te entiendo mejor a ti.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque comprendo tu soledad después de vivir en una familia como esta. Y entiendo tu comportamiento conmigo.

—¿Sabes? Aquel día que te encontré tirada en el corredor delante de mi apartamento tuve la impresión de que mi vida iba a cambiar, pero no sabía hasta qué punto.

Alice giró la cabeza para mirarle.

—Espero que nunca te arrepientas.

—Ni un solo momento.

—Pero sé, y ahora comprendo el porqué, que echas de menos a tus hermanos, a tus padres... Y que algún día querrás volver.

—Ahora tengo una mujer norteamericana y un hijo. Mi vida está donde estéis vosotros.

—Pero si algún día quieres regresar, solo tienes que decírmelo.

Javier clavó en ella sus ojos pardos cargados de emoción.

—¿Te vendrías conmigo?

—Te seguiría hasta el infierno. Pero no es el infierno precisamente la familia Figueroa.

Él esbozó una sonrisa.

—No, no lo es.

Y agachando la cabeza la besó. Alice se apretó contra él y lo rodeó con ambos brazos.

—Te quiero, Alice, con toda mi alma. Nunca tengas la menor duda.

—No la tengo... ya no.

—¡Ejem... ejem...! —dijo Hugo a pocos metros de distancia—. Que aquí unos meamos en lana y suena y otros lo hacen en lata y no.

Javier ahogó una risita, coreada por todos los demás.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alice.

—Una frase hecha española, nada que deba preocuparte.

También al otro lado de la habitación, en el colchón que compartían Marta y Sergio se escuchaban gemidos y arrumacos.

Miriam, con la vista clavada en el fuego que ardía en la chimenea sintió una envidia sana al observar la felicidad de sus hermanos y el amor que sentían por sus parejas. Ella nunca se había sentido amada de esa forma, salvo en unos breves minutos en que un beso había removido hasta la última fibra de su ser. Y había sido

una cobarde, no había tenido el valor de romper con todo y averiguar qué había detrás de aquel beso ni qué podía ofrecerle al hombre que se lo había dado.

Tenía veintiséis años y lo único que había conocido era un matrimonio frío y carente de amor, ahora comprendía que tampoco ella estaba ya enamorada de Ángel cuando se casaron. Tenía toda la vida por delante y sangre caliente en las venas, y derecho a enamorarse de verdad. Quizás para ella y para Pablo Solís, ya fuera tarde, pero aún podía encontrar el amor y la pasión en los brazos de un hombre. Aun así, estaba decidida a averiguar qué había sido de él, si continuaba casado o también su matrimonio había sido un fracaso. Si todavía guardaba algún recuerdo de su chica de la playa.

Capítulo 26

Alice trató de recobrar el ritmo de la respiración después de hacer el amor. El cuerpo de Javier se desplomó a medias contra el suyo incapaz de mantenerse erguido sobre los brazos. El sexo cada vez era más fantástico, más intenso y con frecuencia sentía que le estallaba el pecho por las sensaciones que le provocaba y no solo en el terreno físico.

Si creía estar enamorada cuando empezaron su relación, estaba muy equivocada porque ese sentimiento se había multiplicado en los meses que llevaban juntos. La vida de pareja con Javier superaba con mucho todo lo que había deseado y soñado cuando solo eran compañeros de piso.

Al fin él se incorporó consciente de que su peso no la ayudaba a recobrar el ritmo normal de la respiración y se tendió a su lado. Le retiró un mechón de pelo sudoroso de la frente y la observó con esa mirada cálida que la hacía derretirse por dentro. Ella le dedicó una sonrisa cómplice y susurró:

—Jamás había sido tan feliz.

Él trató de bromear.

—Mañana intentaré hacerte feliz de nuevo.

Alice le dio un amago de puñetazo en el estómago.

—No me refería al sexo, tonto.

—¿Entonces?

—A todo. A estar contigo, compartir los días y las noches, las pequeñas cosas y también los grandes momentos.

—No hemos tenido grandes momentos aún.

—Claro que sí. La Navidad pasada fue uno de ellos, y ¿qué me dices del que acabamos de disfrutar hace unos minutos?

—Hay un gran momento que me gustaría vivir.

Los ojos de Alice escrutaron los de él, esperando que continuase.

—Quiero adoptar a Javi, que sea mi hijo ante la ley y lleve mi apellido.

Alice se sintió tan emocionada que no pudo responder.

—¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga? No podría tener un padre mejor, aunque ya lo eres para todo lo que cuenta.

Javier sonrió consciente de la emoción que sentía cuando el niño le llamaba papá, algo que había aprendido hacía poco y proclamaba a diestro y siniestro.

—Hablaré con el abogado de tu hermana y le preguntaré por los trámites, es posible que el hecho de que yo sea extranjero dificulte un poco las cosas. A lo mejor deberíamos casarnos antes...

Alice sonrió con picardía.

—¿Estás utilizando a Javi para pedirme solapadamente que me case contigo?

—Nada de solapadamente, te lo estoy pidiendo con todas las de la ley.

—Ante una proposición tan directa no tendré más remedio que decirte que sí.
¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ya veremos... me gustaría que nos casáramos en España, pero para eso habría que esperar mucho y yo quiero empezar los trámites de la adopción cuanto antes.

—Podríamos realizar aquí una ceremonia civil, un simple trámite y firma de papeles y luego más adelante ir a España y casarnos como tú quieres, rodeados de los tuyos.

—¿Eso se puede hacer?

—Sí. Mientras no lo legalices en el consulado tú solo estarías casado aquí, el matrimonio no sería válido en España. Pero sería suficiente para empezar los trámites de adopción.

—¿Y cómo sabes todo eso?

Alice sonrió.

—Porque me he estado informando.

—¿En serio?

—Ya me pediste matrimonio antes de estar juntos... era solo cuestión de tiempo que lo hicieras otra vez y quería saber a qué atenerme.

—Entonces lo haremos así. ¿Te has informado también sobre qué tenemos que hacer?

—Hay que pedir una licencia y acudir al juzgado con ella. Es fácil casarse aquí, lo podríamos hacer en un día si quisiéramos.

—¿No hay que pedir documentos a España, certificado de nacimiento ni nada parecido?

—No. Solo buscar un par de testigos.

—Stefany y Sam ¿te parece?

—¿No vas a decírselo a tu familia?

—No hasta que sea un hecho consumado. Es posible que quisieran venir y se va a tratar solo de una firma de documentos. Ya tendrán la boda real en España más adelante. ¿Pedimos la licencia mañana?

—¿Tan impaciente estás por perder la soltería?

—Estoy deseando convertirme en un hombre casado, sí.

—De acuerdo.

—¿Y ahora qué te parece si lo sellamos con un beso? ¿O con unos cuantos?

Alice se colgó de su cuello dispuesta a complacerle.

Acababan de salir del juzgado convertidos en marido y mujer; una ceremonia sencilla, apenas un intercambio de firmas y un beso de lo más apasionado habían bastado para cambiar su estado civil. Stefany, Helen y Sam, así como los tres niños

habían sido los únicos asistentes y también los únicos sentados a la mesa en el restaurante donde habían comido a continuación.

En la puerta del juzgado y con la placa de este como fondo, Stefany les había hecho una foto «nupcial» para enviar a la familia y para el recuerdo, una simple instantánea con el móvil, una foto de pareja con las manos agarradas y mirándose a los ojos, que decía mucho más de lo que en un principio parecía. Una foto que hablaba de amor y de felicidad, de futuro y de familia.

Después de la comida se marcharon a casa sin más celebración que el deseo de estar juntos, de seguir compartiendo el hogar y la vida. No obstante Javier la levantó en brazos para cruzar el umbral ante los ojos asombrados de Javi que ya caminaba con pasos vacilantes y empezaba a chapurrear las primeras frases ininteligibles, salvo para los que convivían con él.

—*Ara Avi* —dijo levantando los brazos cuando Javier depositó a Alice en el suelo al otro lado de la puerta abierta.

—Claro que sí, ahora Javi.

Volvió a salir y levantó al niño en brazos para hacerle cruzar el umbral.

Después abrazó a su mujer mientras el niño le tiraba de los pantalones reclamando atención.

—Vamos a tener que dejar la celebración para luego, me temo —dijo sin poder darle el beso que deseaba.

—No importa, esperaré.

—Vamos a dar la noticia... estoy impaciente por que todos lo sepan.

Se sentó en el sofá y abrió el grupo de *WhatsApp* familiar que habían creado las navidades pasadas. A continuación, subió la foto que Stefany les había hecho ante el juzgado y añadió un comentario:

«Es lo que parece».

En pocos segundos los mensajes empezaron a entrar uno tras otro.

Hugo: ¿Qué parece aparte de que te la quieres comer enterita y de un bocado?

Javier: Eso también. Adivina.

Susana: ¿No habrás sido capaz?

Miriam: ¿Qué has hecho? ¿Cómo puedes privarnos de tu boda?

Inés: ¡Qué romántico!

Hugo: ¿Te has casado?

Marta: ¡Felicidades, Javi!

Sergio: No se puede decir que los Figueroa no somos originales a la hora de casarnos.

Javier: Tranquilos, tendréis vuestra boda. Aquí solo hemos firmado un documento para poder facilitar los trámites de adopción de Javi, pero en cuanto esta sea oficial iremos a Sevilla y nos casaremos allí con todos los perejiles. Y más vale que vayáis decidiendo entre vosotros qué Figueroa lleva a mi mujer del brazo para la ocasión.

Fran: Reclamo ese honor.

Javier: Todo tuyo.

Inés: ¿Os vais a casar dos veces? ¿Se puede hacer?

Marta: Sí, su matrimonio de Estados Unidos no es válido en España salvo que lo legalicen en el consulado. Cosa que parece que no piensan hacer.

Javier: Ni de coña. Una boda de verdad tiene que tener traje de novia, flores, padrinos, y todo lo demás. No me sentiré debidamente casado sin eso.

Hugo: Incluidas invitadas con jopo.

Inés: Por supuesto.

Javier: Mami, estás muy callada ¿te has enfadado?

Fran: Está llorando. Ya sabes cómo se emociona con estas cosas.

Javier: No llores que vas a ser la madrina más bonita del mundo.

Susana: Felicidades, cariño. No estoy enfadada, solo algo sorprendida, pero muy feliz.

Miriam: Un achuchón para los dos, hermano.

Javier: Muchas gracias a todos, sois fantásticos.

Alice leía los mensajes por encima del hombro de Javier, y cuando este cerró la conversación le pidió:

—Traduce. Mi español aún no es tan bueno como para entenderlo todo. No tengo ni idea de lo que es un jopo.

Javier sonrió y alargando los brazos tiró de ella y la sentó sobre sus rodillas.

—Es una especie de sombrero que se ponen en la cabeza algunas invitadas a las bodas. En realidad, su nombre es tocado, pero mi hermano les llama jopo.

—Cuando vaya a una boda en España yo llevaré uno.

—Y estarás preciosa con él. Pero dejemos las bodas de los demás y hablemos de esta... ¿Qué te parece si intento que Javi duerma un rato y nos montamos una «siesta de bodas»?

—Me parece estupendo.

Capítulo 27

Pocos días después de la boda, Javier inició los trámites de adopción. Aconsejado por sus padres contrató los servicios de un abogado especializado para que se ocupara de todo el proceso que comenzaría por conseguir la renuncia a la paternidad por parte de Josh. A partir de ahí seguiría un complejo entramado de documentos y pruebas que aportar, visitas de los servicios sociales y con toda probabilidad una investigación exhaustiva sobre su persona.

Sabían que iba a ser largo y complicado, pero no tenían prisa, continuarían con su vida de familia mientras la maquinaria judicial y burocrática seguía su curso y confiaban en que en un periodo de tiempo no demasiado largo Javi sería un Figueroa más.

Alice realizó su curso y empezó a trabajar en el diseño de interiores mientras Stefany se dedicaba a otras ramas de la profesión, y entre las dos consiguieron levantar de la nada una empresa floreciente que comenzó a dar beneficios casi de inmediato. En poco tiempo recuperaron la inversión inicial y empezaron a disfrutar de una posición económica desahogada, algo realmente nuevo para Alice, que nunca había tenido dinero propio y mucho menos ganado con algo que le gustara hacer.

En junio hicieron un viaje a España para reencontrarse con la familia durante unos pocos días. En ellos, Alice vio una vez más cómo Javier cambiaba cuando estaba rodeado de sus padres y hermanos y comprendió que él no sería del todo feliz hasta que regresara con los suyos. Cuando estaba con ellos se transformaba y el hombre serio y responsable se convertía en un jovencito travieso y bromista.

De mutuo acuerdo habían decidido no realizar la ceremonia de su boda en España hasta que la adopción de Javi estuviera completada, lo que estaba llevando algún tiempo. Pero al fin los ansiados documentos llegaron y pudieron inscribir al niño como Javier Figueroa.

Aquella noche, después de celebrarlo con una botella de vino y una cena especial, lo acostaron en su cuarto, en la cama que antes ocupara Alice, y Javier lo contempló emocionado.

—Sé que un papel no cambia nada, que Javi es mi hijo desde el momento en que nació, pero me siento muy feliz de que lo sea también ante la ley.

Alice le rodeó la cintura con el brazo y se recostó contra él.

—Lo sé.

Sin apartar la mirada del niño que dormía plácidamente, Javier murmuró:

—Me gustaría tener otro hijo. No quiero que se crie solo; tener hermanos es algo fantástico y no quiero que se lo pierda.

—Me preguntaba cuándo ibas a proponérmelo.

—¿Eso es un sí?

Alice sonrió y tiró de él hacia el salón.

—Javier, creo que debemos tener una conversación y hacer planes para el futuro.

—¿Esos planes incluyen que dejes de tomar la píldora?

—Entre otras cosas.

Él se sentó en el sofá y la acomodó en sus rodillas.

—Podemos empezar con esos planes ahora mismo... —propuso metiendo las manos bajo la ropa.

—Más tarde, ahora hablemos del futuro.

—Soy todo oídos, pero desde ya te digo que al futuro lo único que le pido es que tú estés en él.

—Tenemos una boda pendiente en España, se la debemos a tu familia.

—También nos la debemos a nosotros. Ya la adopción de Javi está completada, podemos ocuparnos de todo lo demás. Elige fecha y empezaremos a organizarla.

Alice giró la cabeza, miró a su marido a los ojos para ver su reacción y le preguntó:

—Javier... ¿Nunca te has planteado volver a España? No de visita, sino de forma permanente.

Por un momento los ojos de él brillaron para oscurecerse después.

—Durante un tiempo esos fueron mis planes, estar aquí unos años y luego regresar. Pero ahora tengo una familia...

—Que podría trasladarse a España.

—¿Y tu empresa? Stefany y tú habéis trabajado duro para levantarla.

—Seguirá existiendo aunque me vaya y el cincuenta por ciento continuará siendo mío. Tengo un currículum, experiencia en el campo del diseño de interior y podría encontrar trabajo en España. Al igual que tú.

—¿Quieres irte?

—No me importaría hacerlo. Si vamos a tener otro hijo, creo que es el momento de decidir dónde y cómo queremos criarlo. Javi deberá ir al colegio, y aunque todavía es pequeño no me gustaría desarraigarlo una vez que comience. Antes, con el tema de la adopción pendiente no era oportuno marcharnos, pero eso ya está terminado. Dime, ¿quieres volver?

—Yo quiero lo que tú desees, Alice. Mi vida está donde estéis vosotros.

—A mí me gustaría que nuestros hijos crecieran rodeados de una familia como la tuya, con abuelos, tíos y primos...

—Está Stefany.

—Que vive para la empresa y no tiene trazas de buscar pareja. Sé que es muy posible que el trabajo que encontrarías en España no sea tan interesante como el que tienes aquí, pero habría otras compensaciones. En fin, tú decides, solo quiero que sepas que no tienes que quedarte aquí por nosotros. Sé que hay una parte de ti que no es del todo feliz, que tu mirada se ilumina cuando hablas con los tuyos y te angustias cuando algo les sucede porque estás muy lejos.

Javier asintió reconociendo que tenía razón.

—Si nos marchamos, echarías de menos a tu hermana.

—Sí, pero ella y yo no hemos vivido juntas más que unas pocas semanas, nos vemos de forma esporádica y podríamos seguir haciéndolo. Quizás no con tanta frecuencia como ahora, pero seguiríamos haciéndolo.

Javier ahondó en la mirada oscura de Alice tratando de averiguar si en realidad quería marcharse o lo hacía por él. Era cierto que echaba de menos a su familia, que cuando habían estado en España el verano anterior y había visto a Javi jugando con María había pensado en lo mucho que le gustaría que esa escena se repitiese con más frecuencia.

La mirada de Alice era cálida y llena de ilusión.

—Lo consultaré con la almohada —dijo—, pensaré en los pros y los contras y...

Alice lo besó en la boca con suavidad.

—Haz callar al científico y deja hablar al hombre. Esta decisión no hay que tomarla con la cabeza Javier, sino con el corazón.

—El corazón lo tiene claro.

Alice sonrió.

—Nos vamos entonces.

Javier la rodeó con los brazos y enterró la cara en su cuello. Se preguntó qué había hecho para merecer una mujer como aquella.

—Esto no significará retrasar lo de tener otro hijo, ¿verdad?

—Solo lo suficiente para organizar el traslado. No me gustaría mudarme con una tripa enorme que me impida ocuparme de decorar mi propia casa.

—Trato hecho. Empezaremos a organizarlo todo.

Epílogo

Seis meses después

Sentada en el dormitorio de su casa en Sevilla, Alice se dejaba peinar y maquillar para la que sería su segunda boda. Esta se había retrasado un poco más de lo que habían deseado porque a la adopción de Javi se había añadido el tiempo necesario para el traslado a España.

Después de su experiencia en el NCI, Javier no había tenido ningún problema en encontrar trabajo en el departamento de investigación contra el cáncer del hospital Virgen del Rocío de Sevilla. Y Alice había aceptado la sugerencia de Stefany de abrir una sucursal de su empresa en la ciudad y continuar siendo su propia jefa. Algo muy de agradecer porque las náuseas matinales que estaba empezando a sufrir la hacían sospechar que la familia iba a aumentar en breve, y trabajar en casa era todo un lujo cuando se tenía hijos pequeños.

La boda se celebraría en una hacienda de los alrededores, cerca del domicilio de Fran y Susana y allí mismo disfrutarían de un almuerzo. A continuación, se trasladarían a la casa familiar de Espartinas a pasar la tarde refrescándose en la piscina del tórrido calor de agosto, que estaba pasando factura a los recién llegados, poco habituados a las altas temperaturas del verano en Sevilla y a Marta, embarazadísima de ocho meses.

Miriam se había llevado a Javi a casa para que durmiera con su prima, los niños se habían hecho inseparables dado que vivían muy cerca y ambos asistían a la misma guardería. Alice y Miriam se repartían los traslados y también el cuidado de los niños ayudándose una a la otra.

Su vida y la de Javier había cambiado mucho en los dos meses que llevaban en España, raro era el fin de semana que no se reunían con alguno de los hermanos para salir a comer o asistían a una barbacoa en casa de Fran y Susana, e incluso se acercaban a visitar a Marta y Sergio a Cádiz.

En ningún momento se había arrepentido de su decisión de trasladarse, el único inconveniente era la distancia con Stefany, pero su hermana no se lo había pensado dos veces a la hora de coger un avión para asistir a su boda y ocupaba la habitación de invitados en aquel momento. Y sospechaba que lo haría con cierta frecuencia, que Stefany había entrado en su vida y continuaría en ella a pesar de la distancia.

Una vez terminada de arreglar y después de que su hermana se asegurase de que Javier ya se había marchado en dirección a la hacienda, salió de su habitación al salón donde Fran la esperaba.

—Estás preciosa, cariño.

—Gracias. Ha costado un poco ponerme así, no me he levantado con muy buen

aspecto esta mañana. He necesitado una buena dosis de maquillaje.

—Si ha sido culpa de Javier se las tendrá que ver conmigo —bromeó sabiendo que este era incapaz de hacer sufrir a Alice.

—Pues tiene bastante culpa, sí.

—¿En serio? Me cuesta creerlo.

Alice sonrió.

—Guárdame el secreto, aún no es oficial, pero creemos que vas a ser abuelo otra vez.

—Vaya, eso es una buena noticia.

—Sí, aunque os vais a ver un poco desbordados. Marta embarazada de ocho meses, Inés de cinco y ahora yo.

—Tenemos cariño suficiente para todos. Y brazos para echar una mano cuando haga falta.

—Lo sé.

—Me alegro de que estéis aquí, sé que veniros ha sido idea tuya.

—Javier no estaba completo sin vosotros, y ahora sé que yo tampoco. Quiero que mis hijos crezcan con una familia grande como su padre, que disfruten de tíos, primos y abuelos. Yo me crié sola y es muy triste.

—Yo también, por eso siempre deseé una familia numerosa. Anda, vamos, que nos están esperando.

—Sí —rio—. No quiero llegar tarde.

El trayecto en coche se realizó sin complicaciones y diez minutos antes de lo esperado se detenía ante la hacienda. Fran le abrió la portezuela y le ofreció el brazo. Javier y Susana les esperaban ante la mesa donde se celebraría el enlace, y la mirada de él la recorrió con esa calidez que le caracterizaba y que la hacía derretirse por dentro. Recordó como unas horas antes le había sostenido la frente mientras vomitaba y la había acompañado a la cama de nuevo para que se recompusiera. Ambos tenían una ilusión tremenda por este nuevo hijo que sospechaban estaba en camino, Alice sentía otra vez el deseo de notar las pataditas en su interior y la mano de Javier sobre su vientre jugueteando con su hijo como había hecho con Javi.

Cuando llegó a su lado, él le agarró la mano y le acarició el dorso con los dedos.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

—Sí.

La voz del oficiante les obligó a concentrarse en la ceremonia. En ella cada uno pronunció un pequeño discurso prometiéndose amor, fidelidad y todo tipo de deseos, discurso que Alice había ensayado cuidadosamente dado que su español aún no era nada fluido.

Después fue Marta, quien se acercó hasta la mesa y dedicó, en nombre de todos, una felicitación a la pareja que llenó de lágrimas emocionadas los ojos de Javier. Alice y ella habían sabido solucionar la tensión de un principio y la relación entre ambas mujeres era cordial y afectuosa. Aunque era Miriam la que más amiga se había

hecho de Alice y pasaba con frecuencia las tardes en su casa, y a veces salían juntas a llevar a los niños al parque.

A continuación, llegaron las felicitaciones individuales, los besos y abrazos del resto de la familia. Cuando Stefany se acercó a abrazarla no pudo evitar susurrarle:

—Qué diferente de la otra boda, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—Me alegra ver que tu nueva familia te quiere y te cuida tanto. Me vuelvo tranquila de dejaros en tan buenas manos.

—Son estupendos.

—Sí, aunque hay un invitado que no me quita la vista de encima... me está poniendo nerviosa.

—¿Quién?

—Aquel alto y moreno de allí —dijo señalando hacia un rincón—. Está cañón, desde luego.

Alice sonrió.

—Es Manuel, el primo de Javier. Si quieres te lo presento.

—Quita, quita... tiene aspecto de peligroso.

—¡Ni te imaginas cuánto! Es militar de las fuerzas especiales, se juega la vida en cada misión. Y por lo que he oído, cuando está fuera de servicio, también vive al límite. Su lista de conquistas es larga.

Stefany sentía sobre ella la mirada del hombre, fija e insistente.

—No es mi tipo —dijo dándose la vuelta, aunque continuó sintiendo los ojos oscuros clavados en su espalda.

Marta se acercó también a felicitarles.

—¡Enhorabuena! —dijo abrazándoles con las limitaciones que imponía su enorme barriga—. No sabes cuánto me alegra poder estar aquí y ver cómo os casáis.

—¿¿Cómo ibas a faltar?! —preguntó Javier besándola.

—No por gusto, desde luego; pero esta señorita —dijo señalándose el vientre—, lleva unos días dando un poco de lata y la matrona temía que se adelantase. Pero al final se ha comportado. Ya puedes nacer cuando quieras, Marina... —añadió dándose una ligera palmadita en el estómago.

Javi, de la mano de Inés, se acercó a sus padres.

—Mami guapa.

—¿A que sí, campeón? Mami está guapísima —dijo Javier alzándolo en brazos para darle un beso.

—Papi tampoco está nada mal... —susurró Alice mirándole.

—Papi se está asando de calor. Más nos vale entrar al comedor o vamos a tener más de una lipotimia —comentó observando a Inés que se limpiaba el sudor con un pañuelo y cuya cara se estaba poniendo pálida por momentos.

Abrieron el cortejo hasta la sala donde se iba a servir la comida, con la refrigeración en marcha, y se acomodaron en las mesas.

—Me muero de hambre, no he sido capaz de comer nada esta mañana —se quejó Alice.

—Primero el brindis... —dijo Hugo acercándoles una copa de la botella de cava que acababa de abrir, después de quitársela de la mano al camarero.

Alice miró a Javier dubitativa.

—Un sorbito para brindar no hará daño.

Susana, sentada junto a Fran en la mesa de los novios, miró a su hijo mayor que le guiñó un ojo. Y sonrió feliz.

Alice bebió apenas unos sorbos de su copa y después la depositó en la mesa.

—El único problema es que pueda hacerse camarero de mayor —bromeó Susana—. Yo no supe que estaba embarazada de Hugo hasta después de una noche de fiesta en que nos reunimos con unos compañeros a celebrar una sentencia favorable y en la que me pasé bastante con los cubatas.

—De modo que la culpa fue tuya —comentó este, divertido.

—Toda mía.

—Si habéis terminado los brindis, más vale que des orden de que sirvan ya la comida o mi mujer es capaz de comerse las flores del jopo. Jamás había visto a Inés comer de esta manera, menos mal que se mantiene en el peso. La matrona le ha dicho que si coge más kilos de la cuenta la pondrá a dieta.

—En mis tiempos a las mujeres embarazadas los maridos nos traían a casa los antojos de comida, no nos ponían a dieta —dijo Susana.

—Tú podías comerte lo que quisieras, siempre te mantenías en el peso —comentó Fran rodeándole los hombros con un brazo—. Una vez, embarazada de Sergio, soñó con un pastel y allí estaba yo con un dibujo en la mano de confitería en confitería, buscándolo.

—¿Y lo encontraste?

—No, me lo hizo Manoli —rio Susana. Y desvió la vista hacia la mujer que había compartido la vida con ellos, que había criado a Fran y a sus hijos y que solía adivinar sus embarazos casi antes que ella misma. La vio sentada a la mesa de sus padres y tíos, integrada en la familia y feliz. Su existencia y la de sus hijos hubiera sido muy diferente sin el amor y la dedicación de la mujer que había compartido con ellos todo lo bueno y lo malo de su vida de pareja.

—En el embarazo de Javi no tuve antojos raros.

—Si los tienes en este, yo te los conseguiré —prometió Javier.

—Me gustaría que fuese una niña.

—Si no lo es, lo intentaremos de nuevo todas las veces que haga falta —rio él, acariciándole la mano—. Tendrás tu niña.

Fran y Susana recordaron una conversación en la cocina, muchos años atrás, cuando él intentaba convencerla para que tuviesen un hijo más, con la excusa de buscar la niña. Tenía la batalla ganada de antemano, porque además contaban con el apoyo de Manoli.

Fran siguió la mirada de Susana, que contemplaba a la tata, y los ojos se le empañaron ligeramente.

—No la vamos a tener mucho tiempo entre nosotros —dijo.

—Lo sé. —La enfermedad cardíaca que padecía y que había motivado que dejase de trabajar avanzaba despacio, pero de forma inexorable—. Pero el que sea se lo vamos a hacer lo más feliz posible.

—Sin lugar a duda.

Hugo había vuelto a su mesa y se había sentado junto a Inés, que se servía como si fueran a prohibir la comida; Sergio trataba de acomodar la silla de Marta para aliviar la incomodidad de la última etapa de su embarazo, y Miriam contemplaba a Pablo con la mirada enamorada y feliz que nunca le habían visto antes. Junto a ellos María y Javi metían el tenedor uno en el plato del otro y reían divertidos con la travesura. Javier y Alice, sentados en la mesa junto a ellos, se contemplaban con los ojos empañados de amor, y en cuestión de meses habría tres pequeños Figueroa más en el mundo para hacerles aún más felices.

Por más que quiso, Fran no pudo evitar que una lágrima de emoción y felicidad rodara por su cara, y bebió un largo trago de vino para disimular y deslizar uno de los dedos con que sujetaba la copa para enjuagarla. Pero su mujer le conocía demasiado bien, también ella tenía los ojos brillantes, y apretó su mano con calidez. Él se agachó sobre su oído y le susurró con voz un poco ronca:

—Tenemos una familia maravillosa.

—Sí.

—¿Y sabes por qué la tenemos, empollona?

Susana se perdió una vez más en los ojos pardos y aspiró el aroma embriagador de Hugo Boss, mientras le apretaba la mano.

—No. ¿Por qué?

—Porque un día afortunado, en El Bosque, tú y yo decidimos dejar de ser «solo amigos».

Agradecimientos

Puesto que mis partos fueron «a la antigua usanza», o sea, sin paliativos, me vi en un aprieto a la hora de describir el de Alice, con la moderna anestesia epidural ya en uso. De modo que pedí ayuda a mi amiga Merche, matrona, y ella, además de asesorarme y explicarme que no todos los partos con epidural eran iguales, me puso en contacto con un grupo de lactancia formado por mujeres que habían dado a luz recientemente. Cada una me contó su experiencia, muy diferentes unas de otras, y entre todas, cogí un poco de aquí y otro de allí para conformar la escena. Luego, se lo volví a enviar a Merche para que diera su aprobación.

Todo esto me hizo pasar unos días muy divertidos entre *wasaps*, audios y llamadas telefónicas recopilando información.

Quiero dar las gracias a todas por su colaboración: Sara, Piedad, Montse y todas las demás que ayudaron a Alice a tener un parto memorable, y sobre todo a Merche, que supervisó todo el proceso y le dio el visto bueno.



ANA ÁLVAREZ (Sevilla, España, el 2 de abril de 1959).

Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó durante un tiempo además de ama de casa.

Escribe desde los veinte años novela romántica contemporánea, aunque que por timidez inicialmente solo eran leídos por su hija. Ella fue quién la animó a publicar en internet, y tras comprobar que era leída por numerosas lectoras y gracias a sus comentarios, decidió autopublicar y enviar los primeros capítulos de dos novelas a la Selección RNR (una de ellas, la ya publicada con este sello *Miscelánea*).